

Thomas Pynchon

VICIO PROPIO



se

Se llama Sportello, Doc Sportello, y es un detective privado un tanto peculiar en el colorista Los Ángeles de finales de los años sesenta. Hacía ya tiempo que Doc no veía a su ex, Shasta, seductora femme fatale, cuando ésta recurre a sus servicios porque ha desaparecido su nuevo amante, un magnate inmobiliario que había visto la luz del buen karma, un tanto distorsionada por el ácido, y quería devolver a la sociedad todo lo que había expoliado. Sportello se ve enredado entonces en una intriga en la que los escrúpulos chispean por su ausencia y cuya trama es casi la de una novela negra clásica. A partir de ahí, Thomas Pynchon pergeña un retrato desbocado de una California poblada por surfistas embriagados de la mitología de las olas gigantes, combatientes de Vietnam o agentes del FBI reconvertidos en hippies, pandillas carcelarias, la escabrosa sombra de Charlie Manson y sus acólitas, una brutal organización secreta de dentistas, polis corruptos, una protointernet o bellas masajistas de sexualidad ambigua. Todo sazonado con diálogos y guiños hilarantes, al ritmo de una frenética banda sonora que sirve de réquiem psicodélico por una época que pudo ser y no fue.



Thomas Pynchon

Vicio propio

ePub r1.4

GONZALEZ 12.02.16

Título original: *Inherent vice*

Thomas Pynchon, 2009

Traducción: Vicente Campos González

Editor digital: GONZALEZ

Corrección de erratas: lordbelial, Astennu & Castroponce

ePub base r1.2



Bajo los adoquines, la playa

Grafiti, París, 1968

Ella vino por el callejón y subió las escaleras traseras, como antes. Hacía un año que Doc no la veía. Que nadie la había visto. Por entonces iba siempre en sandalias, con la parte de abajo de un bikini estampado de flores y una camiseta desteñida de Country Joe & the Fish. Pero esa noche vestía de pies a cabeza como una chica de tierra adentro y llevaba el pelo mucho más corto de lo que él recordaba: la pinta que ella juraba, en el pasado, que nunca tendría.

—¿Eres tú, Shasta?

—Se cree que está alucinando.

—Supongo que es por el nuevo envoltorio.

Los iluminaba la luz de la calle que entraba a través de la ventana de la cocina, a la que nunca se había molestado en poner cortinas, y desde la falda de la colina les llegaba el estampido de las olas. Algunas noches, con el viento apropiado, se oía el oleaje en toda la ciudad.

—Necesito tu ayuda, Doc.

—¿Sabes que ahora tengo una oficina?, ¿como un empleo normal y todo eso?

—Te busqué en el listín telefónico; estuve a punto de pasarme por allí. Pero luego me dije: mejor para todos que esto parezca una cita secreta.

Pues muy bien, nada romántico esta noche. Mal rollo. Pero a lo mejor todavía caía algún encargo remunerado.

—¿Te vigilan?

—Acabo de tirarme una hora dando vueltas por las calles de los alrededores para no llamar la atención.

—¿Te apetece una cerveza? —Se acercó a la nevera, sacó dos latas de la caja que guardaba dentro y le dio una a Shasta.

—Hay un hombre —decía ella.

Claro, tenía que haberlo, ¿a qué venía ponerse sentimental? Si le hubieran dado cinco centavos cada vez que un cliente le había contado su historia empezando con esas palabras, ahora estaría en Hawai, colocado día y noche, currándose las olas en Waimea, o, mejor aún, habiendo contratado a alguien que se las currara por él...

—Un caballero de las más rectas convicciones —dijo risueño.

—Ya vale, Doc. Está casado.

—Una... buena situación económica.

Ella se echó hacia atrás una melena que ya no tenía y alzó las cejas: *sí, y qué.*

Por Doc, nada, chachi.

—Y la esposa... ¿sabe lo vuestro?

Shasta asintió.

—Pero también se está viendo con alguien. Sólo que no es lo de siempre, ella y el otro están tramando algo, algo horripilante.

—Para largarse con la fortuna del maridito, sí, me suena, tengo entendido que eso ha pasado un par de veces en L.A. Y... exactamente, ¿qué quieres que haga?

—Encontró la bolsa de papel en la que se había traído la cena a casa y se afanó simulando que garabateaba notas encima, porque con su uniforme de chica virtuosa, su maquillaje que se suponía que no debía notarse ni de cerca, ahí le llegaba la vieja y bien conocida erección que, tarde o temprano, Shasta siempre le provocaba. ¿Es que esto no acaba nunca?, se preguntó. Claro que sí. Se acabó.

Entraron en el salón delantero; Doc se estiró en el sofá, pero Shasta se quedó de pie y se puso a dar vueltas.

—Lo que pasa es que quieren que participe —dijo ella—. Creen que yo soy la única que puede llegar hasta él cuando es vulnerable, o lo más vulnerable que puede ser un hombre como él.

—Con el culo al aire y dormido.

—Sabía que lo entenderías.

—¿Todavía no tienes claro si está bien o mal, Shasta?

—Peor aún. —Le taladró con aquella mirada que él recordaba tan bien. Cuando se acordaba—. No sé cuánta lealtad le debo.

—A mí no me lo preguntes. No sabría qué decirte, a no ser que quieras que te suelte el rollo habitual de que uno le debe algo a cualquiera con el que folle habitualmente...

—Gracias, en el consultorio de la señorita Abby vinieron a decirme casi lo mismo.

—Chachi. Entonces dejemos a un lado las emociones, veamos el dinero. ¿Qué parte del alquiler paga?

—Todo. —Durante apenas un segundo, captó la vieja y desafiante sonrisa de ojos entornados.

—¿Mucha pasta?

—La bastante para la pijez de Hancock Park

Doc silbó las notas iniciales de *Can't Buy Me Love* pasando por alto la expresión de la cara de Shasta.

—Y tú le estás compensando con creces todo lo que le debes, claro.

—Cabronazo, si llego a saber que seguías tan amargado...

—¿Yo? Sólo intento ser profesional, nada más. ¿Cuánto te ofrecían la mujercita y el noviete para que participaras?

Shasta dijo una suma. Doc había visto de todo, había dejado atrás Rolls

trucados llenos de indignados traficantes de jaco en la Pasadena Freeway, adelantándolos a más de ciento cincuenta en la niebla, negociando aquellas curvas burdamente concebidas; había paseado por callejones al este del río Los Ángeles sin más protección que un peine afro en sus pantalones anchos; había entrado y salido del Palacio de Justicia llevando encima una pequeña fortuna en hierba vietnamita..., y últimamente casi se había convencido de que esos tiempos temerarios habían acabado, pero en ese momento volvió a ponerse muy nervioso.

—Entonces esto... —midió las palabras—, no se trata tan sólo de un par de *polaroids* clasificadas equis. Ni de maría colocada de extranjis en la guantera ni nada por el estilo...

En el pasado, ella podía estarse semanas sin esbozar nada más complejo que una mueca de desagrado. Ahora le dedicaba una abigarrada mezcla de ingredientes faciales que él no sabía descifrar. A lo mejor era algo que había aprendido en la escuela de interpretación.

—No es lo que estás pensando, Doc.

—No te preocupes, ya pensaré más tarde. ¿Qué más?

—No estoy segura, pero parece que quieren encerrarlo en una especie de manicomio.

—¿Quieres decir legalmente?, ¿lo secuestrándolo o algo así?

—A mí nadie me cuenta nada, Doc, y o sólo soy el señuelo. —Ahora que lo pensaba, él nunca había notado tanta pena en su voz—. Me han dicho que sales con alguien de la ciudad. ¿Salir? Bueno, podría decirse así.

—Oh, ¿te refieres a Penny? Una buena chica de tierra adentro que anda por ahí buscando las emociones fuertes del amor hippy, poco más...

—Y también una ayudante del fiscal del distrito en la oficina de Evelle Younger, ¿no?

Doc lo pensó un momento.

—¿Crees que alguien de allí puede impedir que lo que me cuentas llegue a ocurrir?

—No puedo llamar a muchas puertas con esta historia, Doc.

—Muy bien. Hablaré con Penny, veré qué podemos ver. Tu feliz parejita... ¿tienen nombres, direcciones?

Cuando oyó el nombre del caballero en cuestión dijo:

—¿Es el mismo Mickey Wolfmann que siempre sale en los periódicos? ¿El pez gordo de las inmobiliarias?

—No se lo puedes contar a nadie, Doc.

—Soy sordomudo, es un requisito de mi profesión. ¿Algún número de teléfono que quieras darme?

Ella se encogió de hombros, frunció el ceño y le dio un número.

—Procura no utilizarlo nunca.

—Chachi, ¿y cómo te localizo?

—No me localizas. Me he ido de mi antiguo piso, ahora me alojo donde puedo, no me preguntes más.

Poco le faltó a él para decir: «Aquí sobra sitio», por más que no sobrara; pero la había visto echar una ojeada a todo lo que no había cambiado —la auténtica diana de *pub* inglés sujeta a la rueda de carreta y la lámpara colgante de prostíbulo con la bombilla de color púrpura psicodélico y el filamento vibrante, la colección de maquetas de automóviles trucados confeccionada por entero con latas de Coors, la pelota de vóley playa firmada por Wilt Chamberlain con un rotulador Day-Glo de fieltro de tinta fluorescente, el cuadro de terciopelo y todo lo demás...—, con una expresión de, cabría decir, repugnancia.

La acompañó colina abajo hasta donde había aparcado. Las noches de los días laborables no eran por aquí muy distintas de las de los fines de semana, así que esta parte de la ciudad era un bullicioso hervidero de buscadores de juerga, bebedores y surfistas gritando por los callejones, drogas que habían salido a comprar algo de comer, tipos de tierra adentro que estaban de fiesta esa noche para acosar a azafatas, damas de tierra adentro con empleos normales más a ras de suelo deseando que las confundieran con azafatas... Colina arriba e invisible, el tráfico del bulevar que salía y entraba de la autopista emitía melodiosas frases de tubo de escape que descendían en ecos hasta el mar, donde las tripulaciones de los petroleros que navegaban por la costa, al oírlas, podrían haberlas tomado por voces de la vida salvaje ocupada en sus quehaceres nocturnos en una costa exótica.

Se detuvieron en la última bolsa de oscuridad antes del resplandor de Beachfront Drive, un gesto intemporal de los peatones en estos lares que por lo general anunciaba un beso o, al menos, un buen magreo de culo. Pero ella dijo:

—No sigas, podría haber alguien vigilando.

—Llámame o algo.

—Nunca me fallaste, Doc.

—No te preocupes. Yo te...

—No, lo digo en serio, nunca.

—Oh..., claro que lo hice.

—Siempre fuiste sincero.

Hacía ya horas que la playa estaba a oscuras, él no había fumado mucho y no había faros..., pero antes de que ella se diera la vuelta, Doc habría jurado que había visto una luz incidiendo sobre su cara, la luz anaranjada que aparece justo después de que se ponga el sol y que se refleja en un rostro vuelto hacia el oeste mientras contempla el océano, a la espera de que alguien, con la última ola del día, regrese a la orilla y a la seguridad.

Al menos, conservaba el mismo coche, el Cadillac descapotable que tenía desde siempre, un Eldorado Biarritz del 59 comprado de segunda mano en uno de

los solares de Western donde la gente se sitúa cerca del tráfico para que éste se lleve el olor de lo que sea que fumen. Cuando Shasta se fue, Doc se sentó en un banco del paseo marítimo, de espaldas a una larga hilera de ventanas iluminadas que ascendían por la pendiente, y contempló las flores luminosas de la espuma del oleaje y las luces del tráfico tardío de las afueras zigzagueando por la remota ladera de Palos Verdes. Repasó las preguntas que no había hecho, como, por ejemplo, hasta qué punto se había acostumbrado ella a los niveles de bienestar económico y poder que Wolfmann le garantizaba, si estaba dispuesta a volver al estilo de vida de bikini y camiseta, y si le pesaría o no. Y también la pregunta más difícil de plantear: ¿estaba genuina y apasionadamente enamorada del bueno de Mickey? Doc conocía la respuesta probable: «Lo amo». ¿Qué otra cosa iba a decir? Con la nota al pie implícita de que aquella palabra se utilizaba demasiado en los tiempos que corrían. Cualquiera con la menor pretensión de estar al día «amaba» a quien fuera, por no mencionar otros usos prácticos de la palabra, como empujar a los demás a actividades sexuales en las que, si se les presentaba la ocasión, no les importaría mucho participar.

De vuelta en casa, Doc se quedó un rato mirando el cuadro de terciopelo que le había comprado a una de las familias mexicanas que montaban sus tenderetes los fines de semana por los bulevares en la llanura verde, donde la gente todavía iba a caballo, entre Gordita y la autopista. En la tranquilidad que reinaba por la mañana temprano sacaban de las furgonetas y desplegaban Crucifixiones y Últimas Cenas de la anchura de un sofá, moteros proscritos a lomos de Harleys representados con minucioso detalle, superhéroes de los bajos fondos ataviados como miembros de las Fuerzas Especiales con M16 y demás. El cuadro de Doc mostraba una playa del sur de California que nunca existió: palmeras, chicas en bikini, tablas de surf, de todo. Cuando se le hacía cuesta arriba asomarse a la tradicional ventana de cristal de la habitación de al lado, se quedaba observándolo como si estuviera mirando por otra ventana. A veces, cuando estaba a oscuras, el cuadro se iluminaba, por lo general si había fumado hierba, como si el botón de contraste de la Creación hubiera sido tocado apenas lo suficiente para darle a todo un leve resplandor, un filo luminoso, y prometiera que la noche estaba a punto de volverse épica.

Pero no esa noche, que sólo auguraba trabajo. Se puso al teléfono e intentó hablar con Penny, pero había salido, probablemente a bailar, a pasarse toda la noche *watuseando* frente a algún abogado de pelo corto con una prometedora carrera por delante. Chachi, a Doc tanto le daba. A continuación llamó a su tía Reet, que vivía en el bulevar al otro lado de las dunas, en una zona residencial, con casas, patios y hasta árboles, por los cuales se la había acabado conociendo como la Tree Section. Hacía unos años, tras divorciarse de un luterano del Sínodo de Misuri que no practicaba, dueño de un concesionario de T-Birds y con cierta debilidad por las atribuladas amas de casa que frecuentan los bares de las

boleras, Reet se había mudado ahí con los niños desde el condado de San Joaquín, empezó a vender inmuebles y al poco ya tenía su propia agencia, que ahora llevaba desde un bungalow ubicado en la misma parcela inmensa donde se levantaba su casa. Cada vez que Doc necesitaba saber algo que tuviera que ver con el mundo inmobiliario, la persona a la que recurría era la tía Reet, que conocía a la perfección la situación de todos y cada uno de los solares, desde el desierto hasta el mar, como les gustaba decir en las noticias vespertinas.

—Algún día —profetizó ella—, habrá ordenadores que se encarguen de todo esto, lo único que tendrás que hacer es teclear lo que estás buscando, o mejor aún, decirselo de viva voz, como a ese HAL de *2001: Una odisea del espacio*, y te responderá con más información de la que puedas digerir sobre cada parcela en la costa de L.A., retro trayéndose hasta las concesiones de tierra de los españoles, hasta los derechos de agua, las servidumbres, los historiales hipotecarios, o lo que quieras, créeme, está al caer.

Pero mientras llegaba ese momento, en el mundo real, no en el de ciencia ficción, estaba el conocimiento del terreno de la tía Reet, que rayaba lo sobrenatural: las historias que raramente aparecían en escrituras o contratos, sobre todo los matrimoniales, los pequeños y grandes odios familiares prolongados durante generaciones, el sentido en que fluía el agua, o solía hacerlo.

Ella respondió al sexto timbrado. La tele se oía al fondo a todo volumen.

—Ve al grano, Doc; hoy me espera una noche movidita y todavía tengo que ponerme media tonelada de maquillaje.

—¿Qué puedes contarme de Mickey Wolfmann?

Si se tomó un segundo para respirar, Doc no lo notó.

—Mafia *Hochdeutsch* del Westside, el más gordo de los peces gordos, construcción, inversiones en cajas de ahorro y crédito, miles de millones libres de impuestos escondidos en lo más hondo de una remota montaña en algún sitio, técnicamente judío pero quiere ser nazi, para lo que se ejercita a menudo, hasta el punto de utilizar la violencia con los que se olvidan de escribir su nombre con dos enes. ¿Por qué te interesa?

Doc la puso al tanto de la visita de Shasta y de lo que ésta le había contado de la trama contra la fortuna de Wolfmann.

—En el negocio inmobiliario —comentó Reet—, bien lo sabe Dios, pocos de nosotros somos ajenos a la ambigüedad moral. Pero algunos de esos promotores hacen que Godzilla parezca un conservacionista, y puede que no te convenga meterte en esto, Larry. ¿Quién te paga?

—Esto...

—No me lo digas...: ya veremos, ¿eh? Menuda sorpresa viniendo de ti. Escúchame, si Shasta no puede pagarte, a lo mejor quiere decir que Mickey la ha plantado, ella le echa la culpa a la esposa y quiere vengarse.

—Es posible. Pero pongamos que yo sólo quiero dar una vuelta y charlar con

el tal Wolfmann.

¿Lo que oyó fue un suspiro exasperado?

—No te recomendaría tu manera habitual de abordar a esos tipos. Va por ahí con una docena de moteros, sobre todo miembros de la Fraternidad Aria, para que le guarden la espalda, todos malos bichos con antecedentes penales que lo certifican. Por una vez, intentaría pactar una cita.

—Espera un momento. Me salté muchas clases de sociales, pero entre los judíos y la Fraternidad Aria... ¿no hay algo así como..., no sé si se me ha olvidado..., como odio?

—Con Mickey no puedes seguir el manual, lo único que se sabe de él es que es imprevisible. Y últimamente cada vez más. Algunos dirían que es un excéntrico. Yo diría más bien que está pirado de tanto drogarse, nada personal.

—¿Y esa cuadrilla de gorilas le es leal?, ¿aunque para que los admitieran en la Fraternidad tuvieran que hacer un juramento con, como poco, una cláusula antisemita aquí y otra allá?

—Si te acercas en coche a diez manzanas de él, ellos se tumbarán delante de tu coche. Si te sigues acercando, te lanzarán una granada. Si quieres hablar con Mickey no vayas de espontáneo, ni siquiera te hagas el listo. Ve por los canales reglamentarios.

—Sí, vale, pero no querría meter a Shasta en líos. ¿Dónde crees que podría tropezarme con él, digamos, como por casualidad?

—Le prometí a mi hermana pequeña que nunca pondría en peligro a su hijo.

—Me llevo bien con la Fraternidad, tía Reet, me sé el rito del apretón de manos y todo lo demás.

—Muy bien, es tu trasero, chaval, ahora no puedo perder más tiempo y tengo que concentrarme en el delineador líquido de ojos, pero me han dicho que Mickey pasa bastante tiempo en su última agresión contra el entorno, ¿te suena un espanto de aglomerado llamado Channel View Estates?

—Oh, sí, eso. Bigfoot Bjornsen hace anuncios para ellos. Interrumpe películas raras que no te sonarían ni de oídas.

—Bueno, a lo mejor tu colega poli es la persona que tendría que ocuparse de esto. ¿Has hablado con el Departamento de Policía de L.A.?

—No, los del LAPD van a la suya. Había pensado en llamar a Bigfoot —dijo Doc—, pero cuando iba a descolgar el teléfono me acordé de que, tratándose de Bigfoot precisamente, intentaría endilgarme todo el marrón.

—Pues puede que te vaya mejor con los nazis, pero no te envidio la elección. Andate con cuidado, Larry. Ponte en contacto conmigo de vez en cuando para que pueda asegurarle a Elmina que sigues vivo.

El cabronazo de Bigfoot. Bueno, nunca se sabe. Siguiendo cierto impulso extrasensorial, Doc alargó la mano hacia la tele, la encendió y cambió a uno de los canales que no emitía en cadena dedicado a películas de televisión antiguas y

programas piloto que no se habían vendido, y, como era de esperar, ahí estaba, en persona, el viejo loco rabioso que odiaba a los hippies, practicando el pluriempleo tras una larga jornada violando los derechos civiles, ejerciendo ahora de presentador publicitario de Channel View Estates. «Una Idea de Michael Wolfmann», se leía en el logo inferior.

Como muchos policías de L.A., Bigfoot, así apodado por su método preferido de irrumpir en las casas, a patadas, abrigaba aspiraciones de introducirse en el mundo del espectáculo, y de hecho ya había aparecido en bastantes papeles secundarios, desde cómicos mexicanos en *La novicia voladora* a ayudantes psicópatas en *Viaje al fondo del mar*, para pagar las cuotas al Gremio de Actores y recibir cheques residuales. Tal vez los productores de esos anuncios de Channel View estaban tan desesperados que contaban con que la audiencia lo reconociera..., o tal vez sospechaba Doc, Bigfoot estaba metido en el ajo podrido que subyaciera a aquel negocio inmobiliario. Fuera como fuese, la dignidad personal no parecía importar mucho: Bigfoot se presentaba ante la cámara con unos atuendos que habrían avergonzado al hippy con menos ironía de California, y que esa noche consistía en una capa de terciopelo que le llegaba hasta los tobillos con un estampado de cachemira formado por tantos y tan chirriantes colores «psicodélicos» que la tele de Doc, un aparato de baratillo adquirido en el aparcamiento de Zody durante una venta «Locura a la luz de la Luna» hacía un par de años, no podía reproducirlos. Bigfoot había añadido accesorios a su atavío como cuentas del amor, gafas de sol con símbolos pacifistas en las lentes y una gigantesca peluca afro en rojo vivo, verde amarillento y añil. A los espectadores, Bigfoot les recordaba la legendaria figura de la venta de coches de segunda mano Cal Worthington, con la diferencia de que si Cal era famoso por incluir animales vivos en sus anuncios, los guiones de Bigfoot presentaban una inmisericorde y pavorosa cuadrilla de niños que se subían por todo el mobiliario de la casa de muestra, se zambullían como bombas rebeldes en las piscinas, gritaban, aullaban y simulaban que abatían a tiros a Bigfoot gritando: «¡Freak Power!» y «¡Muerte al cerdo!». Los espectadores alucinaban. «Esos niños», exclamaban, «menudos son, vaya que sí». Ningún leopardo sobrealimentado le tocó jamás las narices a Cal Worthington como esos críos se las tocaban a Bigfoot, pero el policía era un verdadero profesional, ¿verdad?, y Dios sabía que se preparaba para superar valerosamente la prueba, estudiando a conciencia las viejas películas de W.C. Fields y Bette Davis cada vez que las pasaban por la tele para ver qué detalles podía aprender de ellos cuando tuviera que compartir el encuadre con niños cuyas monerías, para él, nunca habían supuesto más que un inconveniente.

—Seremos amiguitos —decía con voz ronca como si hablara para sí, fingiendo dar compulsivas caladas a un cigarrillo—, seremos amiguitos.

De repente aporrearon la puerta principal y a Doc le pasó por la cabeza que

tenía que ser Bigfoot en persona, a punto de irrumpir a patadas una vez más, como en los viejos tiempos. Pero era Denis, que vivía colina abajo y cuyo nombre todos pronunciaban con «pe» en vez de «de», y que esa noche parecía más desorientado de lo habitual.

—Mira, Doc, resulta que estoy en Dunecrest, ya conoces el *drugstore* que hay allí, y como que de golpe me fijo en el rótulo ¿«*drug*»? ¿«*Store*»? ¿Vale? He pasado por delante un millón de veces y nunca, *nunca* me había fijado, ¡Drug Store!, tío, ¡la tienda de las drogas!, qué pasada, así que entro y Smilin Steve estaba en el mostrador y le digo: «Sí, hola, quería unas drogas, si eres tan amable» ...; oh, toma, acábatelo si quieres.

—Gracias, pero eso lo único que puede hacerme es quemarme los labios.

A esas alturas, Denis se había metido en la cocina e inspeccionaba la nevera.

—¿Tienes hambre, Denis?

—Mucha. Eh, como Godzilla siempre le dice a Mothra: ¿por qué no vamos a comer algo por ahí?

Subieron andando hasta Dunecrest y giraron a la izquierda para entrar en la zona de garitos de la ciudad. Pipeline Pizza era un hervidero, tan cargado de humo que desde una punta de la barra no se veía la otra. En la jukebox, que se oía hasta El Potro y aún más allá, sonaba *Sugar, Sugar*, de los Archies. Denis se abrió paso hasta la cocina para mirar las pizzas y Doc vio a Ensenada Slim jugando a una de las máquinas del millón Gottlieb del rincón. Slim era el dueño y encargado de una *head shop*, una tienda de accesorios para fumar hierba, llamada Screaming Ultraviolet Brain, que se encontraba en la misma calle, y por allí se le consideraba una especie de anciano sabio del pueblo. Tras ganar una docena de partidas se tomó un descanso, vio a Doc y le saludó con la cabeza.

—¿Te invito a una cerveza, Slim?

—¿Era el coche de Shasta el que vi en el Drive? ¿Aquel viejo descapotable grande?

—Pasó un momento por casa —dijo Doc—. Se me hizo un poco raro verla de nuevo. Siempre creí que la siguiente vez que la vería sería por la tele, no en persona.

—No me digas. Yo a veces creo atisbarla en el borde de la pantalla, ¿no?, pero siempre es alguien que se le parece. Y nunca tan guapa como ella, claro.

Una historia triste pero verdadera, como cantaba Dion. En el instituto de Playa Vista, Shasta fue elegida Reina de la Belleza de la Clase durante cuatro años seguidos, siempre la escogían para el papel de *ingénue* en las funciones teatrales escolares y, como todos, fantaseaba con dedicarse al cine, así que en cuanto pudo tomó la autopista y fue a buscar algún rincón barato de Hollywood donde vivir. Doc, aparte de ser casi el único drogata que Shasta conocía que no se metía heroína —lo que les dejaba un montón de tiempo libre a ambos—, nunca había sabido qué otra cosa habría visto ella en él. Y, la verdad, tampoco es que

pasaran tanto tiempo juntos. Al poco, a Shasta la convocaban a castings y consiguió algún trabajillo en el teatro, tanto sobre el escenario como fuera, y Doc emprendió su aprendizaje como sabueso que busca a personas desaparecidas, y así cada uno, siguiendo una corriente térmica kármica distinta sobre la megalópolis, había visto cómo el otro se deslizaba hacia un destino diferente.

Denis volvió con su pizza.

—Se me ha olvidado qué he pedido que me pongan.

Eso pasaba en el Pipeline cada martes, la Noche de la Pizza Barata, cuando las pizzas de cualquier tamaño, con los ingredientes que se quisiera, costaban todas un dólar treinta y cinco. Denis se sentó a mirar fijamente su pizza, como si ésta fuera a hacer algo.

—Esto es un trozo de papaya —conjeturó Slim—, y eso... ¿son cortezas de cerdo?

—¿Y has pedido que te echen yogur de híbrido de zarzamora en la pizza, Denis? Francamente, puaj. —La que habló era Sortilège, que había trabajado en la oficina de Doc hasta que su novio Spike volvió de Vietnam y ella decidió que el amor era más importante que un empleo fijo, o al menos ésa era la explicación que Doc recordaba que le había dado. Su talento, en cualquier caso, radicaba en otro sitio. Estaba en contacto con fuerzas invisibles y podía diagnosticar y resolver todo tipo de problemas, emocionales y físicos, y lo hacía casi siempre gratis, aunque a veces aceptaba hierba o ácido en lugar de pasta. Que Doc supiera, nunca se había equivocado. En ese momento Sortilège estaba examinándole el pelo, y, para variar, él tuvo un espasmo de pánico defensivo. Al cabo de un rato, ella asintió vigorosamente y dijo:

—Más vale que hagas algo con esto.

—¿Otra vez?

—No me canso de repetirlo: cambia de peinado, cambia de vida.

—¿Qué me recomiendas?

—Tú verás. Haz caso a tu intuición. Denis, ¿te molesta si te pillo este trozo de tofu?

—Es una nube de azúcar —dijo Denis.

De vuelta en casa, Doc se lió un canuto, buscó en la tele una película, encontró una camiseta vieja y se sentó a desgarrarla en jirones cortos de poco más de un centímetro de ancho hasta que amontonó alrededor de un centenar, luego se metió un rato en la ducha y al salir, con el pelo todavía húmedo, fue separando mechones pequeños y enrollándolos uno por uno alrededor de las tiras de la camiseta, que sujetaba con un nudo sencillo, y fue repitiendo ese estilo de plantación del sur por toda su cabeza; más tarde, tras pasar una media hora con el secador, durante la cual pudo quedarse dormido o no, desató los nudos y se

cepilló todo el pelo al revés para que le quedara lo que le pareció un peinado afro de blanco bastante pasable, que media medio metro de diámetro. Tras introducir la cabeza en una caja de cartón de la licorería para que no se le deformara el peinado, Doc se tumbó en el sofá y esta vez sí que se quedó dormido, y hacia el amanecer soñó con Shasta. No se trataba de que estuvieran follando, no exactamente, pero sí algo parecido. Ambos se habían alejado volando de sus otras vidas, como se vuela en los sueños de primera hora de la mañana, para encontrarse en un extraño motel que también parecía una peluquería. Ella no paraba de repetir que « amaba » a un tipo cuyo nombre no mencionaba, aunque cuando Doc se despertó por fin supuso que debía de estar hablando de Mickey Wolfmann.

No tenía sentido volver a dormirse. Subió tambaleándose por la colina hasta Wavos y desayunó con los surfistas empedernidos que siempre estaban allí. Flaco « the Bad » se le acercó.

—Eh, tío, aquel pasma anda por ahí buscándote otra vez. ¿Qué te has hecho en la cabeza?

—¿Pasma?, ¿cuándo?

—Anoche. Estuvo en tu casa, pero habías salido. El detective de Homicidios de la ciudad con un El Camino abollado, ¿el que tiene el motor de 396?

—Ése era Bigfoot Bjornsen. ¿Y por qué no echó la puerta abajo a patadas como hace siempre?

—Puede que lo pensara, pero dijo algo así como « Mañana será otro día » ..., que debe de ser hoy, ¿no?

—No si puedo evitarlo.

La oficina de Doc estaba situada cerca del aeropuerto, al lado de la East Imperial. La compartía con un tal Buddy Tubeside, un doctor cuya práctica consistía básicamente en inyectar a la gente « vitamina B₁₂ », un eufemismo para la personal combinación de anfetaminas del médico. Ese día, pese a lo temprano que era, Doc tuvo que abrirse paso entre la cola de clientes con carencia de « B₁₂ », que ya se alargaba hasta el aparcamiento: amas de casa de los pueblos de la playa con cierto índice de tristeza, actores que tenían que presentarse a castings, tipos muy bronceados que esperaban ansiosos un día activo cascando al sol, azafatas que acababan de salir de un muy estresante vuelo nocturno de costa a costa, e incluso algunos casos verdaderos de anemia perniciosa o embarazo vegetariano, todos arrastrando los pies, medio dormidos, fumando sin parar, hablando para sí, mientras entraban de uno en uno en el vestíbulo del pequeño edificio de bovedilla, pasando por un torniquete, junto al cual, sosteniendo una carpeta sujetapapeles y anotando sus nombres, estaba Petunia Leeway, una chica despampanante con una cofia almidonada y un

atuendo médico de tamaño micro, no tanto un auténtico uniforme de enfermera cuanto una versión lasciva del mismo, de los cuales el doctor Tubeside afirmaba haber comprado un camión entero en la lencería Frederick's de Hollywood, en una gama de colores pastel de moda —hoy tocaba verde mar—, casi a precio de mayorista.

—Buenos días, Doc. —Petunia consiguió darle a su saludo el tono cantarín de una cantante de salón, el equivalente vocal de batir para él sus pestañas de visón —. Me encanta tu afro.

—Qué hay, Petunia. ¿Sigues casada con ese como se llame?

—Oh, Doc...

Al firmar el contrato de alquiler, los dos inquilinos, como compañeros de litera en un campamento de verano, habían lanzado una moneda al aire para ver quién se quedaba la suite del piso de arriba, y Doc había perdido o, como prefería creer, ganado. El rótulo de su puerta rezaba LSD INVESTIGATIONS; LSD, como explicaba cuando le preguntaban, lo cual no ocurría a menudo, significaba «Localización, Seguimiento, Detección». Bajo el rótulo había una reproducción de un gigantesco ojo inyectado en sangre con los colores psicodélicos de moda, el verde y el magenta, y para pintar los detalles de sus literalmente millares de desquiciados capilares había subcontratado a una comuna de colgados del *speed* que hacía tiempo habían emigrado a Sonoma. Se sabía de clientes potenciales que se habían pasado horas contemplando el laberinto ocular, olvidándose a menudo del motivo de su visita.

Ahora mismo había un visitante delante de la puerta, esperando a Doc. Lo excepcional del cliente es que era negro. Claro que de vez en cuando se veía a negros al oeste de la Harbor Freeway, pero encontrarse a uno tan lejos de su zona habitual, casi al lado del océano, era muy raro. La última vez que alguien recordaba haber visto a un motorista negro en Gordita Beach, por ejemplo, hubo un aluvión de llamadas angustiadas pidiendo refuerzos que saturaron las frecuencias de la policía, se reunió un pequeño destacamento de vehículos de las fuerzas del orden y se instalaron barreras de control por toda la Pacific Coast Highway. Un viejo acto reflejo de Gordita, que se remontaba a poco después de la segunda guerra mundial, cuando una familia negra había intentado instalarse en la ciudad y los vecinos, con la servicial asesoría del Ku Klux Klan, incendiaron la casa, y luego, como si alguna antigua maldición se hubiera cumplido, se negaron a permitir que se levantara ninguna otra en esa parcela. El solar permaneció vacío hasta que la alcaldía lo expropió y lo convirtió en un parque, donde la juventud de Gordita Beach, siguiendo las leyes del reajuste kármico, pronto empezó a reunirse para beber, fumar hierba y follar, deprimiendo a sus padres, aunque no el valor de las parcelas.

—A ver —saludó Doc a su visitante—, ¿de qué se trata, hermano?

—No me venga con ese rollo —replicó el negro, que se presentó como Tariq

Khalil y se quedó mirando fijamente un rato, en otras circunstancias se diría que casi ofendido, el peinado afro de Doc.

—Bueno, pase.

En la oficina de Doc había un par de bancos alargados de respaldo alto revestidos de un plástico fucsia almohadillado, colocados uno frente al otro a ambos lados de una mesa de formica de un agradable verde tropical. De hecho, se trataba del reservado modular de una cafetería de Hawthorne que Doc había recuperado entre los escombros cuando se reformó el local. Le hizo un gesto a Tariq para que se sentara en uno de los bancos y él se acomodó enfrente. Era acogedor. La superficie de la mesa que se extendía entre ambos estaba salpicada de guías telefónicas, lápices, fichas de siete y medio por doce y medio en cajas y sueltas, mapas de carretera, ceniza de cigarrillos, un transistor, pinzas de colillas, y una Olivetti Lettera 22, en la que Doc, balbuceando « Abriremos un expediente sobre el caso », insertó una hoja de papel que parecía haber sido utilizada repetida y compulsivamente para hacer alguna figura extraña de origami.

Tariq lo observaba con escepticismo.

—¿La secretaria tiene el día libre?

—Digámoslo así. Pero tomaré algunas notas aquí, y luego ya se mecanografiará.

—Muy bien, pues se trata de un tipo con el que estuve en el trullo. Un blanco. Un Hermano Ario, para ser exactos. Hicimos unos negocios dentro, salimos, él me sigue debiendo pasta. Y cuando digo pasta, digo pasta. No puedo darle los detalles, juré que no lo haría.

—¿Y si me dice aunque sólo sea su nombre?

—Glen Charlock

A veces, por el modo en que alguien pronuncia un nombre, te dan vibraciones. Tariq hablaba como un hombre al que le han partido el corazón.

—¿Y sabe dónde vive ahora?

—Sólo sé para quién trabaja. Es guardaespaldas de un constructor que se llama Wolfmann.

Doc sufrió un breve desvanecimiento mental, inducido por las drogas, sin duda. Salió de él con una alerta de paranoia, aunque no lo bastante intensa, esperaba, para que Tariq lo notara. Fingió que estudiaba el expediente que se estaba inventando.

—Si no le molesta que le pregunte, señor Khalil, ¿cómo supo de esta agencia?

—Por Sledge Poteet.

—Guau. —Una ráfaga de destellos del pasado.

—Me dijo que le había sacado de un lío en el 77.

—Fue la primera vez que me dispararon. ¿Se conocen de la cárcel?

—Nos estaban enseñando a los dos a cocinar. A Sledge debe de quedarle

todavía un año por cumplir.

—Le recuerdo de cuando no sabía ni calentar agua.

—Pues debería verlo ahora, sabe hervir agua del grifo, agua Arrowhead Spring, agua con gas, Perrier, lo que se le ponga delante. Es tan bueno con los fogones que le llaman el Fogonero.

—Bueno, pues si no le importa que le haga la pregunta obvia: dado que sabe dónde trabaja Glen Charlock ahora, ¿por qué no se acerca en persona y le hace una visita?, ¿por qué contratar a un intermediario?

—Porque el tal Wolfmann está rodeado día y noche de un ejército de la Fraternidad Aria y, aparte de Glen, nunca he mantenido relaciones cordiales con esos cabrones de mierda nazis.

—Oh..., ya, así que mejor mandar a un blanco a que le machaquen la cabeza.

—Más o menos. Aunque habría preferido a alguien un poco más convincente.

—Lo que me falta en estatura —explicó Doc por millonésima vez aproximadamente a lo largo de su carrera— lo compenso dando siempre la talla.

—Es posible..., no digo que no..., en chirona he visto cosas así de vez en cuando.

—Cuando estuvo dentro, ¿era de alguna banda?

—De la Black Guerrilla Family.

—La organización de George Jackson. Y me está diciendo que ahora hace negocios con... ¿con quién?, ¿con la Fraternidad Aria?

—Descubrimos que compartíamos muchas opiniones sobre el gobierno de Estados Unidos.

—Humm, ya, esa armonía racial, me parece que lo pilló.

Tariq miraba a Doc con una peculiar intensidad, sus ojos se habían vuelto amarillos y penetrantes.

—Hay algo más... —supuso Doc.

—Mi antigua banda del barrio, los Artesia Crips. Cuando salí de la cárcel de Chino fui a buscar a algunos de ellos y descubrí que se habían ido, que había desaparecido hasta su territorio.

—Genial. ¿Qué quiere decir con eso de «desaparecido»?

—Que ya no estaba allí. Lo habían pulverizado en pedacitos. Las gaviotas picoteaban encima de donde había estado el barrio. Creía que estaba alucinando, conduje un rato, volví, y todo seguía igual, había desaparecido.

—Ajá. —Doc mecanografió: «No alucinaba».

—No había nadie, no había nada. Una ciudad fantasma. Salvo un gran cartel: PRONTO EN ESTE TERRENO, casas a precios de muerto de hambre, centro comercial, mierda de ésa. Adivine quién es el constructor.

—Wolfmann otra vez.

—Mismamente.

Doc tenía un mapa de la región en la pared.

—Indíqueme el sitio.

La zona que señaló Tariq parecía encontrarse al final de una línea casi recta trazada desde la casa de Doc hacia el este por Artesia Boulevard, y Doc se dio cuenta, tras minuto y medio ante el mapa, de que tenían que ser los terrenos de Channel View Estates. Fingió que le echaba una mirada étnica a Tariq.

—Usted es..., esto, repítamelo, ¿japonés?

—Eh, ¿cuánto tiempo hace que se dedica a esto?

—Parece más cerca de Gardena que de Compton, es lo único que digo.

—Fue por la segunda guerra mundial —dijo Tariq—, antes de la guerra una buena parte de South Central era todavía un barrio japonés. A aquella gente la enviaron a campos, nosotros nos instalamos allí para ser los siguientes japoneses.

—Y ahora ha llegado su turno de que los echen.

—Más venganzas del hombre blanco. La autopista junto al aeropuerto no le bastaba.

—¿Una venganza por...?

—Watts.

—Los disturbios.

—Algunos de nosotros lo llamamos «insurrección». El Hombre simplemente espera su momento.

Larga y triste historia la del aprovechamiento del suelo en L.A., como nunca se cansaba de repetir la tía Reet. Familias mexicanas echadas de Chavez Ravine para construir el Dodger Stadium. Indios americanos barridos de Bunker Hill para el Music Center, el barrio de Tariq arrasado por las excavadoras para levantar Channel View Estates.

—Si puedo localizar a su colega de cárcel, ¿le pagaré la deuda?

—No puedo decirle de qué se trata.

—No hace falta.

—Oh, y otra cosa: no puedo darle nada por adelantado.

—Chachi, no pasa nada.

—Sledge tenía razón, usted es un ejemplar único de cabrón blanco loco.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Los he contado.

Doc salió por la autopista. Los carriles hacia el este eran un hervidero de autobuses Volkswagen con temblorosos dibujos de cachemira, coches de motores hemis con una capa de imprimación, *woodies* con carrocerías de auténtico pino de Dearborn, Porsches conducidos por estrellas de la televisión, Cadillacs que llevaban a dentistas a citas extramaritales, furgonetas sin ventanas en las cuales se desarrollaban escabrosos dramas juveniles, *pickups* llenos de colchones cargados de primos del condado de San Joaquín..., todos rodando a la par por esos grandes campos de viviendas sin horizonte, bajo los cables de transmisión eléctrica, con las radios disparando el mismo par de emisoras de AM, bajo un cielo que parecía de leche aguada, y el blanquecino bombardeo de un sol anieblado por el smog hasta quedar convertido en una mera probabilidad, a cuya luz uno empezaba a cuestionarse si algo ni remotamente psicodélico podría llegar a suceder jamás o si —qué mal rollo— todo este tiempo había estado en realidad yendo hacia el norte.

A partir de Artesia, los rútolos dirigieron a Doc a « Channel View Estates, Una Idea de Michael Wolfmann ». Allí estaban las previsibles parejas locales que no veían el momento de visitar la siguiente Casa de Mierda que Cuesta Un Ojo de la Cara, como llamaba la tía Reet a la mayoría de casas idénticas construidas con materiales baratos de las urbanizaciones que conocía. De vez en cuando, por los laterales del parabrisas, Doc veía transeúntes negros, tan desconcertados como debía de haberlo estado Tariq, tal vez también buscando el viejo barrio, las casas que habían habitado día tras día, sólidas como los ejes del espacio, ahora arrancadas de cuajo y sumidas en la conmoción y las ruinas.

La urbanización se extendía hasta perderse en la neblina, entre el suave olor del resto de la bruma contenida en el smog y el olor del desierto bajo el asfalto: casas de muestra más cerca de la carretera, hogares acabados más adelante y, apenas visibles tras ellos, los esqueletos de las nuevas construcciones expandiéndose hacia los yermos sin urbanizar. Doc pasó en coche por delante de la puerta y llegó a un tramo vacío, de capa dura de suelo de obra, con los rútolos de las calles ya colocados, pero todavía sin asfaltar. Aparcó en lo que en el futuro sería la esquina de Kaufman y Broad y retrocedió andando.

Esas casas, que disfrutaban de vistas filtradas a un ramal casi abandonado del Dominguez Flood Control Channel (la canalización olvidada y aislada por

kilómetros de material de relleno que se había ido llenando de basura de empresas industriales que habían triunfado o fracasado), eran más o menos de estilo colonial español, aunque no siempre con las típicas pequeñas galerías con paredes maestras ni tejados de tejas rojas, pensadas para evocar ciudades de precios más caros como San Clemente o Santa Bárbara, por más que hasta el momento no había a la vista ni un solo árbol que diera sombra.

Cerca de lo que sería la puerta principal de Channel View Estates, Doc encontró una pequeña plaza provisional montada básicamente para los obreros de la construcción; allí había una tienda de licores, otra que vendía sándwiches para llevar aunque también disponía de un mostrador donde comer, una cervecería en la que se podía jugar al billar y un salón de masajes llamado Chick Planet, delante del cual vio una hilera de grandes motocicletas cuidadas con esmero y aparcadas con precisión militar. Ése parecía el lugar más probable donde encontrar una unidad de gentuza peligrosa. Además, si todos estaban ahí en ese momento, lo más probable es que también estuviera Mickey. Así que Doc, suponiendo que los dueños de esas motos hubieran entrado ahí para divertirse y no estuvieran esperando en formación, preparados para patearle el culo, respiró profundamente, se rodeó de una luz blanca y cruzó la puerta delantera.

—Hola, soy Jade. —Una dicharachera joven dama asiática en un cheongsam azul turquesa le entregó un menú plastificado con los servicios—. Y; por favor, fíjese en el Especial Comecoños de hoy, que se ofrece todo el día hasta la hora de cierre.

—Humm, no es que catorce dólares con noventa y cinco no sea un precio chachi, pero en realidad estoy buscando a un tipo que trabaja para el señor Wolfmann.

—Genial. ¿Y el tipo ese come coños?

—Ni idea, Jade, tú lo sabrás mejor que yo, se llama Glen.

—Oh, claro, Glen viene por aquí, todos vienen. ¿Tienes un cigarrillo? —Él sacó del paquete dándole unos golpecitos un Kool sin filtro y se lo dio—. Vaya, estilo chirona. No se comen muchos coños ahí, ¿eh?

—Glen y yo estuvimos en Chino más o menos por la misma época. ¿Lo has visto hoy?

—Hasta hace un minuto, cuando todos se abrieron de repente. ¿Es que pasa algo raro?, ¿eres poli?

—Veamos... —Doc se miró los pies—. No, zapatos equivocados.

—Lo pregunto porque, si fueras poli, tendrías derecho a un avance gratis de nuestro Especial Comecoños.

—¿Y qué me dices de investigador privado con licencia? ¿Serviría para...?

—¡Eh, Bambi! —Por una cortina de cuentas, como si saliera de un descanso de un partido de vóley playa, apareció una rubia en un bikini azul turquesa y naranja fosforescentes.

—Ay, ay —dijo Doc—, ¿dónde vamos a...?

—No es contigo, cabeza de chorlito —susurró Bambi. Jade ya alargaba la mano hacia el bikini.

—Oh —dijo él—; eh..., veamos, ¿es lo que me parece que es? ¿Cuando dice «Especial Comecoños» lo que significa es..., es que...?

Bueno..., ninguna de las chicas parecía prestarle y a mucha atención, aunque, por educación, Doc creyó que debía seguir mirando un rato, hasta que finalmente desaparecieron detrás del mostrador de recepción, y él se dio una vuelta con la intención de echar un vistazo. En el pasillo, desde algún punto más adelante, se filtraba una luz añil y de frecuencias aún más oscuras, y sonaba una música recargada de cuerdas de una generación anterior, de un LP compilado para acompañar el folleto en pisos de soltero.

No había ni un alma. Daba la impresión de que tal vez la había habido, hasta que apareció Doc. El local resultaba ser más grande por dentro que visto por fuera. Había suites de luz ultravioleta con pósteres fluorescentes de rock 'n' roll, techos cubiertos de espejos y camas de agua vibradoras. Parpadeaban luces estroboscópicas, conos de incienso lanzaban al aire cintas de humo con fragancia de almizcle, y las alfombras de pelo de angora artificial, en una gama de tonos que incluía el granate y el verde azulado, no siempre circunscritas a las superficies del suelo, llamaban seductoramente su atención.

Al acercarse al fondo del establecimiento, Doc empezó a oír un griterío, procedente de la calle, junto con el estruendo concentrado de Harleys.

—Oh, oh, ¿qué es esto?

No lo averiguó. Tal vez fue el montón de exótica información sensorial recibida lo que hizo que, en ese momento, Doc se desmayara bruscamente y perdiera una cantidad desconocida de su jornada. Tal vez se golpeó con algún objeto ordinario al caerse y eso explicaba el doloroso chichón que se encontró en la cabeza cuando por fin se despertó. Sin embargo, en menos tiempo de lo que el personal de *Centro Médico* tarda en decir «hematoma subdural», Doc se dio cuenta de que el anticuado hilo musical había dejado de sonar, de que no había rastro de Jade ni de Bambi, y de que él estaba tirado en el suelo de cemento de un espacio que no reconocía, aunque no podía decir lo mismo de lo que ahora identificaba, arriba, muy lejos, al modo de un planeta de la mala suerte en el horóscopo de ese día, como el rostro diabólicamente centelleante del teniente de detectives Bigfoot Bjornsen, del Departamento de Policía de Los Ángeles, el LAPD.

—Felicidades, mierdecilla hippy —saludó Bigfoot a Doc con su archiconocida voz de carroza que carraspea—, y bienvenido a un mundo de molestias. Sí, esta vez parece que por fin te las has apañado para dar con algo

demasiado real y profundo para que alucine tu inútil culo de hippy. —Sostenía, y de vez en cuando le daba bocados, un plátano helado recubierto de chocolate, que era algo así como su sello personal.

—Qué hay, Bigfoot, ¿me das un mordisco?

—Claro, pero tendrás que esperar, hemos dejado al rottweiler en comisaría.

—No tengo prisa. Y..., ¿y dónde has dicho que estamos ahora?

—En Channel View Estates, en el solar urbanizable de un futuro hogar donde los miembros de una familia sana pronto se reunirán noche tras noche para mirar los diferentes canales de la tele, zamparse sus nutritivos tentempiés y, después de acostar a los niños, puede que incluso intentar unos jugueteos procreativos, poco conscientes de que en el pasado, en este mismo lugar, un infame delincuente yació sumido en un estupor drogado, balbuceando incoherencias al detective de homicidios que lo detuvo y que se hizo famoso a partir de entonces.

Desde donde estaban todavía podían ver la puerta de entrada. A través de un laberinto de armazones grapados entre sí, Doc distinguió a la luz de la tarde una borrosa vista de las calles llenas de cimientos recién vertidos aguardando las casas que irían encima, zanjas para el alcantarillado y las líneas de servicios, barricadas de caballetes con bombillas que parpadeaban hasta en pleno día, sumideros para desagües pluviales, pilas de material de relleno, bulldozers y retroexcavadoras.

—No quisiera parecer impaciente —prosiguió el teniente—, pero en cuanto te apetezca unirme a nosotros, estaríamos encantados de charlar. —Pelotas uniformados se arrastraban alrededor riéndose entre dientes para mostrar su aprobación.

—Bigfoot, no sé qué ha pasado. Lo último que recuerdo es que me encontraba en ese salón de masajes de allí. ¿Una chica asiática llamada Jade?, ¿y su amiga anglo Bambi?

—Ilusiones producto de la imaginación de un cerebro macerado en vapores de cannabis, sin duda —teorizó el detective Bjornsen.

—Pero, a ver, y o no lo hice. Sea lo que sea.

—Ya, claro. —Bigfoot le miraba fijamente, mordisqueando divertido su plátano helado, mientras Doc realizaba un agotador esfuerzo para recuperar la vertical de nuevo, seguido por los inevitables detalles que resolver a continuación, como el mantenerse en pie, intentar caminar y demás. Y fue en esas cuando atisbó a un equipo de médicos forenses con un cadáver humano manchado de sangre, boca abajo en una camilla, encogido sobre sí mismo como un pavo todavía sin asar para un banquete festivo, y con la cara tapada con una barata manta policial. No paraban de caerle cosas de los bolsillos de los pantalones. Los polis tenían que agacharse en el polvo para recogerlas. Doc sintió que se le iba la olla, además del estómago.

Bigfoot Bjornsen sonrió con satisfacción.

—Sí, casi puedo compadecerme de tu angustia de civil..., aunque si hubieras sido un hombre como es debido y no un hippy sin pelotas y un prófugo del reclutamiento, quién sabe, tal vez habrías visto lo bastante en 'Nam para compartir hasta mi propio sentido de *ennui* profesional a la vista de un, ¿cómo lo llamamos?, de un fiambre más que afrontar.

—¿Quién es?—Doc señaló al cadáver con la cabeza.

—Era, Sportello. Aquí, en esta Tierra, decimos «era». Te presento a Glen Charlock, por quien estabas preguntando, llamándolo por su nombre y apellido, hace sólo unas horas, los testigos lo jurarán. Los olvidadizos drogatas tendrías que andaros con más cuidado cuando elegís a alguien para llevar a cabo vuestras fantasías de pirados. Además, a la vista está: has escogido cargarte a un guardaespaldas personal del más que bien relacionado Mickey Wolfmann. ¿Te suena el nombre?, o mejor dicho, dado que eres tú: ¿te hace tilín tilín como una pandereta de mariquita? Ah, pero ahí viene nuestro vehículo.

—Eh..., ¿y mi coche?

—Como su dueño, camino del embargo.

—Estás que te sales, Bigfoot.

—Vamos, vamos, Sportello, sabes que será un placer para nosotros acercarte a donde sea. Cuidado con la cabeza.

—Que tenga cuidado con... ¿cómo coño quieres que la cuide así?

No fueron al centro de la ciudad, sino que, por razones de protocolo policial que a Doc siempre se le escapaban, sólo llegaron a la comisaría de Compton, donde entraron en el aparcamiento y se detuvieron junto a un abollado El Camino del 68. Bigfoot se bajó del vehículo blanco y negro, fue a la parte de atrás y abrió el maletero.

—Anda, Sportello, ven y échame una mano.

—¿Qué coño, perdón —preguntó Doc—, es esto?

—Alambrada de púas —respondió Bigfoot—, una bobina de cuatrocientos metros de auténtico Glidden galvanizado de cuatro púas. ¿Quieres agarrar de ese lado?

La cosa pesaba casi cincuenta kilos. El policía que había conducido se sentó y vio cómo lo sacaban del maletero y lo metían en el suelo del El Camino, que Doc recordó entonces que era el coche de Bigfoot.

—¿Problemas con el ganado por tu barrio, Bigfoot?

—Oh, nunca se utilizaría esta alambrada como valla, no digas tonterías, tiene setenta años, aunque está en perfecto estado...

—A ver.Quieres decir que..., ¿que coleccionas alambre de espino?

Pues bien, resultó que sí, junto con espuelas, arneses, sombreros de cowboy, cuadros de cantinas, estrellas de sheriff, moldes de balas, todo tipo de

parafernalia del Salvaje Oeste.

—Espero que no te parezca mal, Sportello.

—Tranqui, tranqui, Ranchero Feliz, no busco ningún duelo a pistola con un coleccionista de alambradas, es asunto de cada cual lo que meta en su *pickup*, ¿no?

—Eso pienso y o —dijo Bigfoot sorbiéndose la nariz—. Vamos, entremos a ver si hay algún cubículo abierto.

La historia de Doc con Bigfoot, que empezó con incidentes menores por drogas, retenciones y cacheos por todo Sepúlveda y reiteradas reparaciones de la puerta principal de la casa de Doc, se intensificó haría un par de años con el caso Lunchwater, uno más de los sórdidos asuntos conyugales que por entonces ocupaban el tiempo de Doc. El marido, un contable especializado en impuestos que creía haber conseguido una vigilancia de calidad a precio regalado, había contratado a Doc para que siguiera a su esposa. Tras un par de días de vigilancia ante la casa del amante, Doc decidió subirse al tejado y echar una mirada más de cerca a través de una claraboya que daba al dormitorio, donde la actividad resultó tan aburrida —un poco de ñaca ñaca, nada del otro mundo— que se sacó un canuto del bolsillo, se lo encendió para pasar el rato, a oscuras, y resultó más soporífero de lo que había pensado. Al poco se había quedado dormido, se resbaló por la suave pendiente del tejado de tejas rojas y acabó con la cabeza apoyada en el canalón, donde siguió durmiendo a lo largo de todos los sucesos que se produjeron a continuación, entre ellos la llegada del maridito, un considerable griterío y disparos tan ruidosos que los vecinos llamaron a la policía. Bigfoot, que casualmente rondaba por allí en un coche patrulla, se presentó y descubrió al marido y al noviete muertos, y a la esposa atractivamente desarreglada y sollozando, mirando el calibre 22 que tenía en la mano como si fuera la primera vez que lo veía. Doc, en el tejado, seguía roncando.

Avance rápido hasta Compton, el día de hoy.

—Lo que nos preocupa —intentaba explicar Bigfoot— es lo que en Homicidios nos gusta llamar « pauta ». Ésta es la segunda vez que sepamos que se te descubre durmiendo en la escena de un crimen grave, e incapaz, me atrevería a decir incluso que « remiso », a darnos ningún detalle.

—Un montón de hojas, ramitas y suciedad en el pelo —pareció recordar Doc. Bigfoot asintió animándole—. Y... ¿había un camión de bomberos con una escalera?, ¿fue así como bajé del tejado? —Los dos se miraron un rato.

—Estaba pensando más bien en algo como lo que ha pasado hoy mismo, hace nada. —A Bigfoot se le notó un matiz de impaciencia—. Channel View Estates, Chick Planet Massage, cosas así.

—Oh. Bueno, estaba inconsciente, tío.

—Sí. Sí, pero antes de eso, cuando Glen Charlock y tú tuvisteis vuestro fatal encuentro..., ¿cuándo dirías que fue, exactamente, en la secuencia de los hechos?

—Ya te lo he dicho, la primera vez que lo vi estaba muerto.

—Entonces, háblame de sus socios. ¿A cuántos conocías de antes?

—No son tipos con los que suela ir de marcha, tienen un perfil de drogas totalmente equivocado, demasiados « pájaros rojos », demasiado *speed*.

—Los fumetas sois muy exquisitos. ¿Me estás diciendo que te tomarías a mal la preferencia de Glen por los barbitúricos y las anfetaminas?

—Pues sí, estaba a punto de denunciarlo al Comité de Ética y Control de Drogas.

—Ya, pues tu ex novia Shasta Fay Hepworth es una conocida amiga íntima del patrón de Glen, Mickey Wolfmann. ¿Crees que Glen y Shasta estaban...? Ya sabes... —Entrecerró apenas un puño y metió y sacó el dedo corazón de la otra mano durante lo que a Doc le pareció demasiado tiempo—. ¿Cómo te sientes, clavado aquí, bebiendo todavía los vientos por la chica, mientras ella se va por ahí, en compañía de todos esos mierdas nazis?

—Sigue haciendo el gesto, Bigfoot, me parece que voy a tener una erección.

—Eres un manita macarroni con arrestos, como decía mi buen Fatsó Judson.

—Por si te has olvidado, teniente, tú y yo estamos casi en el mismo negocio, salvo que yo no tengo carta blanca para disparar a la gente a todas horas y demás. Pero si yo estuviera sentado donde estás tú, supongo que me comportaría igual, y tal vez ahora empezaría a soltar comentarios sobre mi madre. O, mejor dicho, sobre la tuya, porque tú serías yo... ¿Lo he dicho bien o me he perdido?

Hasta mediada la hora punta no le dejaron llamar a su abogado. Sauncho Smilax. En realidad Sauncho trabajaba para una firma jurídica especializada en derecho marítimo en la Marina llamada Hardy, Gridley and Chatfield, y su curriculum era un tanto pobre en conocimientos sobre derecho penal. Doc y él se habían conocido por casualidad una noche en el Food Giant de Sepúlveda. Sauncho, que por entonces era un fumeta novato que acababa de aprender a quitar las semillas y los tallos, estaba a punto de comprar una criba de harina cuando se le pasó por la cabeza que toda la gente que hacía cola en la caja *sabría para qué quería la criba* y llamaría a la policía. Le entró una especie de parálisis paranoica, y entonces fue cuando Doc, que había sufrido una deficiencia aguda de chocolate a medianoche y salía a toda prisa del pasillo donde se encontraba la comida para picoteo, chocó su carrito contra el de Sauncho.

Con la colisión se despertaron los reflejos legales.

—Oye, ¿te importa si pongo esta criba con tus cosas ahí, eh, como tapadera?

—Qué va, pon —dijo Doc—, pero si te va a entrar la paranoia, ¿qué me dices de todo este chocolate, tío?

—Oh. En ese caso... más vale que metamos unos cuantos más, ya sabes, eh, productos que parezcan inocentes.

Cuando llegaron a la caja habían comprado, sin saber muy bien cómo, cien dólares de más de artículos, entre ellos la inevitable media docena de cajas de

polvos para hacer pasteles, un galón de guacamole y varias bolsas gigantes de tortilla chips, una caja de zumo de un híbrido de zarzamora de marca blanca, casi todo lo que había en la vitrina de postres congelados Sara Lee, bombillas y detergente de ropa para dar el pego ante los clientes normales y, después de pasar lo que parecieron horas en la Sección Internacional, un surtido de escabeches japoneses empaquetados en plástico que tenían buena pinta. En cierto momento, Sauncho mencionó que era abogado.

—Genial. La gente siempre me dice que necesito un «abogado criminalista», cosa que, no te lo tomes como nada personal, pero...

—En realidad, soy abogado especializado en legislación marina.

Doc se lo pensó.

—¿Eres... un marine que ejerce la abogacía? No, no, espera, eres un abogado que sólo representa a marines...

Mientras aclaraban todo eso, Doc también se enteró de que Sauncho acababa de salir de la Facultad de Derecho del Sur de California y, como muchos ex universitarios incapaces de olvidar la buena vida de las fraternidades de las facultades, vivía en la playa, de hecho, no muy lejos de Doc.

—¿Por qué no me das tu tarjeta? —dijo Doc—. Nunca se sabe. Jaleos con barcos, vertidos de petróleo, algo.

Sauncho nunca estuvo a sueldo oficialmente, pero tras unas cuantas llamadas angustiadas e intempestivas de Doc, empezó a revelar un inesperado talento para tratar con avaladores de fianzas y oficinistas en las comisarías de la Southland, y un buen día los dos se dieron cuenta de que se había convertido de facto, así lo dijeron, en el abogado de Doc.

Sauncho le respondió ahora con cierto nerviosismo.

—¡Doc! ¿Tienes la tele encendida?

—Sólo me dejan hacer una llamada de tres minutos, Saunch; me tienen en Compton, Bigfoot otra vez.

—Ya, sí, bueno, ahora estoy viendo los dibujos, ¿vale? Y este Pato Donald me está dando mal rollo. —Sauncho no tenía mucha gente con quien hablar en su vida y siempre había considerado a Doc un blanco fácil.

—¿Tienes un boli, Saunch? Voy a darte el número de procedimiento, anótalo... —Doc empezó a leerle el número muy despacio.

—Están Donald y Goofy, ¿vale?, van en una lancha salvavidas, a la deriva en el mar, desde hace semanas, y lo que empiezas a notar al cabo de un rato, en los primeros planos de Donald, es que le va saliendo *bigotito*, una especie de barbita, ¿vale?, que le crece en el pico. ¿Pillas la importancia de ese detalle?

—En cuanto tenga un minuto para pensarlo, Saunch, pero mientras tanto aquí viene Bigfoot, con esa mirada suya, ya sabes, así que si puedes repetirme el número que te he dado, ¿OK?, y...

—Siempre hemos tenido una imagen fija del Pato Donald, damos por

supuesto que ése es su aspecto a todas horas en su vida normal, pero la verdad es que siempre *ha tenido que afeitarse el pico cada día*. En mi opinión, es cosa de Daisy. Ya sabes, lo que me hace pensar en qué otras exigencias de acicalamiento le impondrá esa chica, ¿vale?

Bigfoot estaba a su lado silbando entre dientes una melodía country-western, hasta que Doc, sin demasiadas esperanzas, dejó el teléfono.

—A ver, ¿por dónde íbamos? —Bigfoot simuló que revisaba unas notas—. Mientras el sospechoso, ése eres tú, estaba durmiendo su supuesta siesta de mediodía, tan necesaria en el estilo de vida hippy, ocurrió un incidente en las cercanías de Channel View Estates. Se dispararon armas de fuego. Cuando el polvo se asienta, descubrimos a Glen Charlock fallecido. Y más fascinante aún para el LAPD, resulta que Michael Z. Wolfmann, el hombre a quien en teoría protegía Charlock, ha desaparecido, dejando a las fuerzas del orden locales menos de veinticuatro horas antes de que los federales lo consideren un secuestro y vengan a joderlo todo. Tal vez, Sportello, podrías ayudar a impedirlo proporcionándonos los nombres de otros miembros de tu culto. Eso nos haría un gran favor a nosotros, los de Homicidios, y también te daría una oportunidad de librarte de una buena cuando llegue la fecha del juicio.

—¿Culto?

—El *L.A. Times* se ha referido a mí en más de una ocasión como un detective del Renacimiento —dijo humildemente Bigfoot—, lo que significa que soy muchas cosas, pero algo que no soy es estúpido, y simplemente porque *noblesse oblige*, amplió esa suposición para aplicártela a ti. En realidad, nadie habría sido tan estúpido para intentar esto solo. Lo cual indica, por tanto, la existencia de cierto tipo de conspiración mansonoide, ¿no te parece?

Al cabo de casi una hora de ese tipo de comentarios apareció, para sorpresa de Doc, Sauncho en la puerta y abordó de inmediato a Bigfoot.

—Teniente, ya sabe que aquí no tiene nada, así que si va a acusarle de algo piénseselo mejor. Si no...

—Sauncho —gritó Doc—, ¿quieres cerrar el pico?, recuerda quién es, lo susceptible que es..., Bigfoot, no le hagas caso, ve muchas películas de juicios...

—Pues, bien pensado —dijo el detective Bjornsen con la mirada fija y siniestra que utilizaba para expresar genialidad—, podríamos llevar esto a juicio, pero con la suerte que tenemos, los jurados elegidos seguramente serían noventa y nueve por ciento de pirados hippies, más algún melenudo simpatizante suyo con el cargo de ayudante del fiscal, que acabarían jodiendo el caso al final.

—Claro, a menos que pudiera cambiar el juzgado donde se celebrara —murmuró Sauncho—, eh, Orange County podría...

—Sauncho, ¿para cuál de nosotros dos trabajas?, ¿te acuerdas?

—Yo no lo llamaría trabajo, Doc, los clientes me pagan por trabajar.

—Sólo lo estamos reteniendo por su propio bien —explicó Bigfoot—. Está

directamente implicado en un homicidio y es posible que también en un secuestro de gente importante, ¿quién sabe si no será él el próximo? A lo mejor resulta que el autor es uno de esos criminales a los que les gusta asesinar a hippies, aunque si Sportello está en su lista yo me vería ante un conflicto de intereses.

—Vamos, Bigfoot, no lo dirás en serio... Si me liquidan piensa sólo en todo el tiempo que perderás y lo mucho que te costará encontrar a otro desdichado a quien acosar.

—¿Cómo que me costará? Salgo por la puerta, me subo al coche, me dirijo a la primera manzana y antes de darme cuenta ya estoy conduciendo en medio de una gigantesca *manada* de pirados hippies, a cual más fácil de manipular.

—Esto es penoso —dijo Sauncho—. A lo mejor ustedes dos tendrían que buscar otro sitio que no sea una sala de interrogatorios.

Empezaron las noticias locales y todos fueron a verlas a la sala de la brigada. En la pantalla ya estaba Channel View Estates, una vista desoladora de la plazuela, ocupada por lo que parecía una división blindada completa de vehículos policiales aparcados en todas las direcciones con las luces encendidas, polis sentados en los guardabarros bebiendo café y, en primer plano, Bigfoot Bjornsen, el pelo pringado de laca Aqua-Net contra los vientos de Santa Ana: «... aparentemente un grupo de civiles, en un ejercicio de instrucción de combate antiguerrilla. Deben de haber pensado que estas obras, cuyas casas todavía no son habitables, estaban lo bastante desiertas para proporcionar un escenario realista para lo que debemos pensar que no eran más que unas inofensivas maniobras patrióticas». La monada japonesa-americana que sostenía el micrófono se volvió directamente a la cámara y prosiguió: «Sin embargo, por desgracia, alguien utilizó munición real en estos juegos de guerra, y esta noche un ex preso yace muerto mientras el famoso magnate de la construcción Michael Wolfmann ha desaparecido de forma misteriosa. La policía ha detenido a varios sospechosos para interrogarlos».

Interrupción para anuncios.

—Un momento —dijo el detective Bjornsen como para sí—. Esto acaba de darme una idea, Sportello, creo que después de todo sí debería patearte. —Doc se estremeció, pero recordó que era la expresión de la jerga policial para «soltar».

La idea de Bigfoot era que si soltaba a Doc, llamaría la atención de los verdaderos autores. Además, eso le daba un pretexto para seguir vigilando a Doc en caso de que le hubiera ocultado algo.

—Ven, Sportello, demos una vuelta.

—Me quedará aquí a ver la tele un rato —dijo Sauncho—. Acuérdate, Doc, por esto te voy a facturar quince minutos de honorarios.

—Gracias, Saunch. Anótalo en mi cuenta.

Bigfoot fue a buscar un Plymouth semicamuflado con pequeños símbolos de

E, Exento, en las matrículas. En él avanzaron ruidosamente entre el último tráfico de la hora punta hasta la Hollywood Freeway y al poco cruzaron el Cahuenga Pass y bajaron al valle.

—¿Qué es esto? —preguntó Doc al cabo de un rato.

—Por gentileza, voy a llevarte al garaje de vehículos confiscados para que recuperes el tuyo. Lo hemos revisado con las mejores herramientas disponibles de la ciencia forense y, salvo restos de cannabis que bastarían para mantener a una familia media de cuatro miembros con un buen ciego durante un año entero, estás limpio. Ni sangre ni pruebas de impactos que podamos utilizar. Felicidades.

La táctica de Doc consistía en tomárselo a bien casi todo en la vida, pero cuando lo que estaba en cuestión era su coche, los reflejos de California intervenían:

—Felicitate metiéndote esto por el culo, Bigfoot.

—Te he molestado.

—Nadie llama *asesino* a mi coche, tío.

—Lo siento, tu coche es una especie de..., ¿de qué?, ¿de pacifista vegetariano? Cuando los bichos se estrellan fatalmente contra su parabrisas, él... ¿siente remordimientos? Mira, lo encontramos casi encima del cadáver de Charlock parado, e intentamos no llegar a conclusiones demasiado rápidas. Tal vez intentaba hacerle el boca a boca a la víctima.

—Yo creía que le habían disparado.

—Lo que sea, date por contento con que tu coche esté limpio. La bendicina no engaña.

—Ya, bueno..., pero a mí me pone un poco nervioso, ¿y a ti?

—No me refería a la que lleva erre. —Bigfoot siempre picaba en ésta—. Oh, pero llegamos a Canoga Park en unas pocas salidas, déjame que te enseñe algo, será sólo un momento.

Al salir por la rampa, Bigfoot cambió de sentido sin avisar, pasó por debajo de la autopista y empezó a subir hacia las colinas, pero al momento se detuvo en un lugar apartado que llevaba inscrito en cada rincón «Muerto cuando intentaba escapar». Doc empezó a ponerse nervioso de verdad, pero, según se vio, lo que Bigfoot pretendía tenía más que ver con una oferta de trabajo.

—Nadie puede predecir cómo serán las cosas dentro de un par de años, pero ahora mismo Nixon tiene la combinación de la caja fuerte y está regalando billetes a puñados a cualquier cosa que se parezca remotamente a fuerzas policiales locales. La financiación federal ha alcanzado cifras que ni soñarías, aunque la mayoría de los hippies no sabéis contar más allá del número de onzas que hay en un kilo.

—Treinta y cinco... coma... algo, todo el mundo lo sabe... Espera. Tú, ¿tú te refieres a algo parecido a *Patrulla juvenil*, Bigfoot? ¿Chivarme de la gente que conozco? ¿Con todo el tiempo que hace que nos conocemos y todavía me crees

capaz de eso?

—Te sorprendería saber a cuántos miembros de tu propia comunidad de pirados hippies les han venido la mar de bien nuestros desembolsos de Empleado Especial. Sobre todo a final de mes.

Doc miró de cerca a Bigfoot. Patillas de charlatán, bigote estúpido, corte de pelo perpetrado en una escuela de barberos de algún rincón de un desolado bulevar, que distaba años luz de cualquier definición actual de estar en la onda. Como salido del fondo de un episodio de *Área 12*, una serie en la que de hecho el pluriempleado Bigfoot había intervenido en un par de ocasiones. En teoría, Doc sabía que sí, por alguna razón que no podía imaginar en ese momento, quería ver a otro Bigfoot, al que vivía fuera del encuadre de la cámara, al que no estaba de servicio, un hombre, por lo que sabía, incluso casado y con hijos, tendría que mirarlo de otro modo y pasar por alto todos esos detalles deprimentes.

—¿Estás casado, Bigfoot?

—Lo siento, no eres mi tipo. —Levantó la mano izquierda para mostrar un anillo de casado—. ¿Sabes lo que es o estas cosas no existen en el planeta Hippy?

—Y... y ¿también tienes, esto, críos?

—Espero que la pregunta no oculte, ni tan siquiera remotamente, una amenaza hippy encubierta.

—Es sólo que..., guau, Bigfoot, ¿no es raro?, aquí estamos los dos, con esta *misteriosa capacidad* para jodernos mutuamente el día, y ni siquiera sabemos nada el uno del otro.

—Muy profundo, Sportello. Chorradas sin sentido de fumeta, sin duda, y aun así, mira tú, acabas de definir la esencia misma del trabajo de hacer cumplir la ley. ¡Felicidades! Siempre supe que tenías potencial. Y bien, ¿qué me dices de la propuesta?

—No es nada personal, pero tu cartera sería la última de la que querría dinero.

—¡Eh! ¡Despierta!, si parece que seamos Feliz y Muditto brincando por el Reino Mágico, cuando de lo que se trata aquí es de lo que llamamos... ¿«realidad»?

Bueno, Doc no tenía barba, pero llevaba unos huaraches del sur de la frontera, de suela de caucho, que bien podían pasar por sandalias bíblicas, y se preguntó a cuántos hermanos y hermanas inocentes habría traído el satánico detective Bjornsen a ese rincón elevado, con su vista pintoresca, para abarcar con un aspaviento del brazo la ciudad aturdida por la luz, y les habría ofrecido todo lo que el dinero podía comprar en ella.

—No me vengas con que no puedes sacarle partido. Me sé el *dictum* de los Freak Brothers de que la hierba te hará sobrellevar mejor los tiempos sin dinero que al revés, y podemos ofrecer compensaciones en una forma, cómo decirlo, más inhalable.

—Quieres decir que...

—Sportello. Intenta quitarte de la cabeza aquellos tiempos del sabueso anticuado y duro, ahora estamos en la ola del futuro de la cárcel de la Casa de Cristal. Todos los Almacenes de Pruebas de la ciudad se llenaron hace mucho; ahora, una vez al mes, la Sección Inmobiliaria del Departamento tiene que alquilar más espacios de almacén en las desperdigadas profundidades de las afueras del condado, ladrillos y más ladrillos de hierba amontonados hasta el techo y desbordándose por el aparcamiento. ¡Dorada de Acapulco! ¡Roja de Panamá! ¡María empaquetada de Michoacán! Incontables kilos de verdadera hierba, di la cantidad, sólo para que lo sepas, que la tenemos. Y lo que no te fumes, por más improbable que parezca que no te lo fumes todo, siempre puedes venderlo.

—Menos mal que no contratas a jugadores para la NCAA, Bigfoot, estarías metido hasta el cuello en la mierda.

Al día siguiente, en la oficina, Doc estaba escuchando el estéreo y tenía la cabeza entre los altavoces, así que casi no oyó el tímido timbrado del teléfono modelo Princesa que había encontrado en una feria de trueque en Culver City. Era Tariq Khalil.

—¡Yo no lo hice!

—Vale, no pasa nada.

—Pero yo no lo hice...

—Nadie ha dicho que lo hicieras. La verdad es que por un rato creyeron que había sido yo. Tío, siento mucho lo de Glen.

Tariq se quedó callado tanto tiempo que Doc creyó que había colgado.

—Yo también lo sentiré —dijo por fin—, cuando tenga un momento para pensarlo. Ahora mismo me estoy concentrando en sacar el culo lo más lejos que pueda de aquí. Si Glen era un objetivo para esa gente, yo también lo soy, diría que aún más, pero vosotros os ofendéis por nada.

—¿Hay algún sitio donde pueda...?

—Mejor que no estemos en contacto. Ésos no son una pandilla de idiotas como el LAPD, sino unos cabronazos duros. Y si no te importa que te dé un consejo gratuito...

—Sí, cuidado al moverse, como dice siempre Sidney Omarr, el astrólogo, en el periódico. Bueno, cuidate tú también.

—*Hasta luego*^[1], blanco.

Doc se lió un canuto y estaba a punto de encendérselo cuando el teléfono sonó otra vez. Era Bigfoot.

—Mandamos a un alumno aventajado de la Academia de Policía a la última dirección conocida de Shasta Fay Hepworth, para una visita de rutina, y adivina

qué.

Ag, mierda, no. Esto no.

—Vaya, lo siento, ¿te estoy asustando? Relájate, lo único que sabemos a estas alturas es que ella también ha desaparecido, sí, igual que Mickey, su novio. ¿No es raro? ¿Crees que puede haber alguna relación? Como, por ejemplo..., ¿que se hayan fugado juntos?

—Bigfoot, ¿no podríamos intentar siquiera ser un poco profesionales? Así no tendré que empezar a llamarle barbaridades como, por ejemplo, no sé, mierdecilla mezquina y cosas así.

—Tienes razón, de hecho con quien estoy cabreado de verdad es con los federales, y la estoy pagando contigo.

—¿Te estás disculpando, Bigfoot?

—¿Me has visto hacerlo alguna vez?

—Humm...

—Si se te ocurre algún sitio adonde ellos, oh, perdón, ella, pudiera haber ido, me lo harás saber, ¿verdad?

En la playa había una antigua superstición, algo parecido a la creencia de los surfistas de que quemar tu tabla trae olas descomunales, que venía a decir esto: toma un papel de fumar Zig-Zag y escribe en él tu mayor deseo, luego úsalo para liarle un porro del mejor chocolate que encuentres y fúmatelo entero, y tu deseo se cumplirá. Se decía que la atención y la concentración también eran importantes, pero la mayoría de fumetas que Doc conocía tendían a pasar por alto ese detalle.

El deseo era simple: sencillamente, que Shasta Fay estuviera a salvo. La maría era un producto hawaiano que Doc había estado reservando, aunque en ese momento no recordaba para qué. Lo encendió. En el preciso instante en que se disponía a pasar la colilla del canuto a una pinza, sonó el teléfono de nuevo, y él sufrió uno de esos breves lapsos en los que te olvidas de cómo se descuelga.

—¿Hola? —dijo una voz de mujer joven al cabo de un buen rato.

—Oh, ¿me he olvidado de decir diga? Lo siento. Esto no es..., no, claro que no...

—Me dio su número Ensenada Slim, en la *head shop* de Gordita Beach. Es por mi marido. Era un buen amigo de una amiga suya, Shasta Fay Hepworth.

Vamos bien.

—¿Y usted es...?

—Hope Harlingen. Me preguntaba si anda muy cargado de casos en este momento.

—¿Cargado de...? —Terminología profesional—. Ya, claro, ¿dónde está?

Era una dirección en las afueras de Torrance, entre Walteria y el aeropuerto, un dúplex con un pimentero junto al camino de entrada, un eucalipto atrás y una lejana vista de miles de pequeños sedanes japoneses que se desbordaban del

aparcamiento principal en Terminal Island, ordenados de forma obsesiva en vastas extensiones de asfalto y destinados a agencias de alquiler a lo largo y ancho del Sudoeste desértico. Las teles y los estéreos se oían por todas las calles. Los árboles del barrio tamizaban el aire de verde. Las avionetas ronroneaban en las alturas. En la cocina colgaba una higuera trepadora de una maceta de plástico, unas verduras cocían a fuego lento en los fogones, los colibríes del patio se posaban vibrando en el aire con los picos levantados, metidos en las flores de las buganvillas y las madreSelvas.

Doc, que tenía un problema crónico para diferenciar una rubia californiana de otra, se encontró ante un ejemplar casi cien por cien clásico: pelo, bronceado, gracia atlética, todo, salvo la sonrisa fingida, famosa en el mundo entero, debido a un conjunto de dientes comprados que, aunque falsos, técnicamente «postizos», invitaban a aquellos a quienes ella sonreía de vez en cuando a plantearse qué historia real y poco divertida los habría puesto allí.

Al ver la mirada fija de Doc, ella se tomó la molestia de explicar:

—Heroína. Chupa el calcio del organismo como un vampiro, si la consumes durante cierto tiempo los dientes se te van a la mierda. De chica de las flores a ruina devastada, ¡zas!, como por arte de magia. Y eso no es lo peor. Si sigues consumiéndola... Bueno.

Se levantó y empezó a caminar. No era una llorona sino una paseante, algo que Doc agradecía, pues eso ayudaba a que la información no parara, fluyera con el ritmo. Según Hope, unos meses atrás, su marido, Coy Harlingen, se había metido una sobredosis de heroína. Hasta donde le alcanzaba su memoria de fumeta, a Doc le parecía recordar el nombre, e incluso alguna historia que había salido en los periódicos. Coy había tocado con los Boards, una banda de surf que se había montado a principios de los sesenta y ahora se la consideraba pionera de la música surf eléctrica, y que últimamente tocaba un subgénero que les gustaba llamar «surfadélico», con melodías disonantes de guitarra, modos peculiares como el *hijaz kar* post-Dick Dale, referencias incomprensibles gritadas a voz en cuello al deporte y los efectos de sonido radicales por los que se había conocido siempre a la música surf, ruidos vocales así como respuestas de guitarras e instrumentos de viento. En *Rolling Stone* escribieron: «El nuevo álbum de los Boards hará que Jimmi Hendrix *quiera* escuchar música surf otra vez».

La contribución de Coy a lo que los productores de los Boards habían denominado humildemente su «Makaha del Sonido» había consistido en tararear por la lengüeta de un saxo tenor o algunas veces de un saxo alto una parte armónica acompañando a la melodía que estuviera tocando, como si el instrumento fuera un kazoo gigante, que luego se realizaba con pastillas y amplificadores Barcus-Berry. Entre sus influencias, según los críticos de rock que se habían fijado, se contaban Earl Bostic, Stan Getz y el legendario tenor de estudio de Nueva Orleans Lee Allen.

—En la categoría de saxo de surf —dijo Hope encogiéndose de hombros—, Coy era considerado una figura prominente, porque de hecho improvisaba de vez en cuando, en lugar de hacer lo habitual con los segundos e incluso terceros coros, que por lo general se repiten nota por nota.

Doc asintió con incomodidad.

—No me malinterpretes, me encanta la música surf, soy de la tierra donde nació, todavía conservo los viejos singles desgastados, me gustaban los Chatays, los Trashmen, los Halibuts, pero tienes toda la razón: parte del peor blues jamás grabado saldrá en los antecedentes penales kármicos de los saxos de surf.

—No era de su trabajo de lo que estaba enamorada —dijo ella en tono tan prosaico que Doc lanzó un rápido vistazo buscando algún brillo húmedo en sus ojos, pero éste no iba a asomar en los grifos de la viudedad, o al menos no todavía. Mientras tanto, ella había empezado a contar una historia—. Coy y yo tendríamos que habernos conocido de guay, con la de belleza y buen rollo que había entonces por todas partes, y además al alcance de la mano, pero la verdad es que nos conocimos en plena sordidez, en Oscar's en San Ysidro...

—Oh, oh. —Doc había entrado un par de veces, y gracias a la misericordia divina había salido, en el mal afamado Oscar's, justo al otro lado de la frontera de Tijuana; se trataba de un local donde los lavabos eran las veinticuatro horas un hervidero de yonquis, novatos y curtidos, que acababan de pillar mercancía en México, la metían en pelotas de caucho y se las tragaban, y luego cruzaban de vuelta a Estados Unidos para vomitarlas.

—Yo acababa de entrar corriendo en el váter sin siquiera pararme a mirar antes, ya me había metido el dedo en la garganta, y allí estaba sentado Coy, con su digestión de gringo, a punto de echar una gigantesca cagada. Los dos lo sacamos casi al mismo tiempo, vómito y mierda por todas partes, y con la cara en su regazo y, para acabar de liarlo todo, él tenía una erección.

—Vaya.

—Ya antes de llegar a San Diego estábamos pinchándonos juntos en la parte de atrás de la furgoneta de no sé quién, y menos de dos semanas más tarde, partiendo de la interesante teoría de que dos pueden pillar más barato que uno, nos casamos, y casi sin darme cuenta llegó Amethyst; y al poco éste es el aspecto que hicimos que tuviera la pobre.

Le pasó a Doc un par de *polaroids* con imágenes de un bebé. La apariencia de la criatura le sobresaltó: hinchada, con la cara enrojecida, la mirada ausente. Sin tener ni idea de en qué estado se encontraba la niña en la actualidad, sintió que la piel empezaba a escocerle con la ansiedad.

—Todos los que conocíamos nos avisaron amablemente de que la heroína salía por la leche materna de mi pecho, pero ¿quién podía permitirse comprar leche artificial? Mis padres nos creían atrapados en una esclavitud sombría, pero Coy y yo lo único que veíamos era la libertad..., nos sentíamos liberados de ese

inacabable ciclo de elecciones de clase media que no son elecciones en absoluto, y así, el complicado mundo de follones para todo se reducía a la única y simple cuestión de pillar caballo. ¿Y acaso era tan distinto pincharse de lo que hacían nuestros viejos con sus cócteles de la hora del aperitivo? Eso creíamos.

» Pero, en realidad, ¿cuándo se puso todo tan drástico? ¿Heroína en California? Por Dios. Si uno la iba pisando a cada paso que daba, con tanta frecuencia que las bolsas deberían haber llevado escrito “Bienvenido”, como un felpudo. Y allí estábamos nosotros, felices y estúpidos como cualquier borracho, riéndonos por las ventanas de los dormitorios, paseando por vecindarios normales y eligiendo casas de extraños al azar, pidiéndoles que nos dejaran usar el lavabo, entrando y pinchándonos. Claro, hoy día eso es ya imposible, Charlie Manson y su pandilla lo han jodido para todos. Fue el fin de cierto tipo de inocencia, de esa que tiene la gente normal que impide que llegues a odiarla del todo, ese deseo auténtico a veces de ayudar. Eso se acabó, supongo. Una tradición más de la Costa Oeste caída por el retrete junto con el tres por ciento puro de la mercancía.

—Y, bueno..., lo que le pasó a tu marido...

—No era caballo de California, eso seguro. Coy no habría cometido ese error, el de utilizar la misma cantidad sin comprobarlo. Alguien tuvo que intercambiar la bolsa con él a propósito, sabiendo que lo mataría.

—¿Quién era el camello?

—El Drano, de Venice. En realidad se llama Leonard, pero todos utilizan el anagrama de la marca porque tiene una personalidad tirando a cáustica, como el desatascador de cañerías, además de por su efecto en las finanzas y las emociones de los que le rodean. Coy lo conocía desde hacía años. Él juró y rejuró que era heroína de aquí, nada fuera de lo normal, pero ¿qué le importa a un camello? Las sobredosis son buenas para el negocio, de golpe manadas de yonquis se presentan a la puerta, convencidos de que si ha matado a alguien es que tiene que ser una mierda verdaderamente buena, y de que lo único que tienen que hacer es andarse con cuidado y no pincharse demasiado.

Doc notó la presencia de un bebé, o técnicamente una niña pequeña, que se había levantado sin hacer ruido de su siesta, se agarraba al quicio de la puerta y los miraba con una gran y expectante sonrisa en la que ya se veían algunos dientes.

—Eh —dijo Doc—, tú eres Amethyst, ¿verdad?

—Ajá —replicó Amethyst como si fuera a añadir: « ¿Y a ti qué te importa? ».

Con los ojos brillantes y preparada para el rock 'n' roll, guardaba poco parecido con el bebé de las *polaroids*. Fuera cual fuese el sombrío destino que había estado cerniéndose sobre ella, esperando para abatirse en cualquier momento, debió de prestarle poca atención, pues le había dado la espalda y había ido a por algún otro.

—Encantado de conocerte —dijo Doc—, de verdad.

—De verdad —repitió ella—, ¿mamá?, quiero zumo.

—Ya sabes dónde está, zumito mío. —Amethyst asintió con gesto vigoroso y se dirigió a la nevera—. ¿Puedo preguntarte algo, Doc?

—Mientras no sea la capital de Dakota del Sur, lo que quieras.

—Esa amiga común que Coy y tú compartís. Compartíais. ¿Es, eh, una especie de ex o sólo salíais o...?

¿Podía hablar Doc de esto con alguien que no estuviera pedo, celoso o fuera poli? Amethyst había encontrado una jarra de zumo esperándola en la nevera, se subió al sofá y se sentó a su lado, con todo el aire de estar preparada para que un adulto le contara un cuento. Hope sirvió más café. De repente se respiraba demasiada amabilidad en el salón. Doc sólo había aprendido un par de cosas en su oficio, pero una era que la amabilidad sin una etiqueta de precio se da muy raras veces, y cuando se da suele ser demasiado preciosa para aceptarla por las buenas, y era demasiado fácil, al menos para Doc, abusar de ella, algo a lo que se sentía inclinado. Así que respondió:

—Bueno, digamos que una especie de ex, pero ahora sólo es un cliente más. Le prometí que haría algo, y tardé demasiado, así que el tipo con el que acabó, un promotor cabronazo y tal, podría estar metido en un buen lío ahora, y si yo me hubiera ocupado del asunto...

—Te lo digo como alguien que ha pasado por ese peaje de salida —le aconsejó Hope—, lo único que puedes hacer es recorrer los bulevares del remordimiento hasta cierto punto, pero luego tienes que volver a la autopista.

—Lo que pasa es que Shasta también ha desaparecido. Y si tiene problemas...

Amethyst, que se percató de que esa historia no se ajustaba a su idea de diversión, se bajó del sofá, lanzó a Doc una mirada de reproche por encima de su zumo y se fue a la habitación contigua a ver la tele. Pronto pudieron oír el tiple dramático de Súper Ratón.

—Si estás en ese otro caso —dijo Hope—, ocupado en él o lo que sea, lo entiendo. Pero la razón por la que quería hablar contigo —y Doc lo supo medio segundo antes de que ella lo dijera— es que no creo que Coy esté muerto.

Doc asintió, más para sí que para Hope. Según Sortilège, éstos eran tiempos peligrosos, astrológicamente hablando, para los drogatas..., sobre todo para aquellos en edad de ir al instituto, que habían nacido, la mayoría de ellos, bajo un aspecto de noventa grados, el ángulo más funesto posible, entre Neptuno, el planeta de los drogatas, y Urano, el planeta de las sorpresas desagradables. Doc sabía de casos de supervivientes que se negaban a creer que las personas que amaban o con las que simplemente asistieron a clase estaban muertas de verdad. Venían con toda clase de historias alternativas para que no fuera cierto. Alguna ex novia había llegado a la ciudad y se habían fugado juntos. En la sala de urgencias los habían confundido con algún otro, como en las salas de maternidad

cambian los bebés, y estaban todavía en alguna unidad de cuidados intensivos con otro nombre. Era una especie particular de negación incoherente, y Doc imaginaba que a esas alturas ya había visto bastantes casos como para reconocerla. Y lo que Hope le estaba mostrando en ese momento, fuera lo que fuese, no tenía nada que ver.

—¿Identificaste el cadáver?—supuso que era la pregunta que tenía que hacer.

—No. Eso ya me pareció raro. Quienquiera que fuera el que llamara dijo que alguien de la banda ya lo había identificado.

—Pues creo que tiene que hacerla un familiar. ¿Quién te llamó?

Ella conservaba su diario de esos días y recordaba haberlo anotado.

—Teniente Dubonnet.

—Oh, sí, Pat Dubonnet, he tenido un par de roces con él.

—Por como lo dices, suena como si hubierais tenido un par de encontronazos.

—Más bien un par de atropellos. —Ella le había clavado una de sus miradas —. La verdad es que yo estaba pasando por una fase hippy. De todo lo que de verdad hice, salí impune, y nada de lo que me acusaron lo había hecho yo, porque la única descripción que tenían era la de un varón caucásico, pelo largo, barba, ropa multicolor, descalzo y demás.

—Como la que me leyeron de Coy por teléfono. Podía haber sido un millar de personas.

—Hablaré con Pat. Podría saber algo.

—Y todavía pasó otra cosa. Mira. —Sacó un viejo extracto bancario de poco después de la supuesta sobredosis, de una cuenta que tenía en el Bank of America local, y señaló el saldo.

—Bonita suma.

—Llamé, fui y hablé hasta con los vicepresidentes, y todos insistieron en que era correcto. «A lo mejor perdió usted el justificante del depósito, o hizo mal las cuentas». Por lo general no le miro los dientes a un caballo regalado, pero eso era escalofriante. Ellos repetían las mismas frases, una y otra vez, insinuando que era un problema de negación por mi parte.

—¿Crees que tenía algo que ver con Coy?

—El ingreso se hizo tan cerca de su..., su desaparición. Pensé: ¿no será que alguien quiere compensarme o algo así? Procedía de la sección local, la 47, de la Asociación de Músicos Profesionales, una póliza de seguros de la que yo no sabía nada. Quiero decir que uno tampoco esperaría que fuera anónima, ¿verdad? Pero aquí tengo esta serie muda de cifras en un extracto mensual y una historia falsa y obviamente descabellada que se ha inventado el banco para explicarla.

Doc anotó la fecha del depósito en la tapa de una caja de cerillas y dijo:

—¿Puedes dejarme alguna fotografía de Coy?

Podía. Sacó una caja de licores llena de *polaroids*: Coy durmiendo, Coy con el bebé, Coy preparando heroína, Coy haciéndose un torniquete, Coy

pinchándose, Coy al aire libre a la sombra de un árbol fingiendo que se apartaba asustado de un modelo 454 Big Block Chev, Coy y Hope en la playa, sentados en una pizzería jugando al tira y afloja con la última porción, paseando por Hollywood Boulevard cuando se encendía el alumbrado de la calle.

—Sírvete. Seguramente debería haberlas tirado todas hace mucho tiempo. Para distanciarme, ¿eh?, salir adelante, mierda, yo misma siempre estoy sermoneando a los demás para que lo hagan. Pero a Ammie le gustan, le gusta que las miremos juntas, le contaré un poco de cada una y así tendrá algo, cuando se haga mayor, que recordar. ¿No te parece?

—¿A mí? —Doc recordó que las *polaroids* no tienen negativo y que la vida de las copias es limitada. Esas mismas, se fijó, ya estaban empezando a perder color y desvaírse—. Claro, a veces a mí me gustaría tener una de cada minuto. Y alquilar un almacén para guardarlas.

Hope le lanzó una de sus miradas de asistente social.

—Bueno, eso... sería un poco... ¿Estás saliendo con, esto, una terapeuta?

—Más bien con una ayudante del fiscal, diría.

—No, me refería a que si... —Había separado un puñado de fotos y fingía ordenarlas con algún sentido, la mano de apertura de la partida de gin rummy de su breve tiempo con Coy—. Incluso si no sabes lo que tienes —añadió despacio poco después—, compórtate a veces como si supieras. Ella lo agradecerá, y hasta tú mismo te sentirás mejor.

Doc asintió y escogió la primera fotografía a su alcance, una instantánea de Coy sosteniendo su saxo tenor tomada tal vez durante una actuación, la iluminación barata, codos, mangas de camisas y mástiles de guitarra desenfocados asomando por los bordes.

—¿Te parece que me lleve ésta?

Sin mirarla, Hope dijo:

—Claro.

Amethyst entró corriendo, revolucionada.

—Aquí estoy —cantó como Súper Ratón—, ¡para salvarlos!

Avanzada la tarde, Doc se dirigió sin un propósito claro a la Tree Section, a casa de su tía Reet, donde se encontró a su primo Scott Oof en el garaje, con su banda. Scott había tocado con un grupo local llamado los Corvairs hasta que la mitad de ellos decidieron unirse a la corriente migratoria de aquellos años hacia el norte y se fueron a Humboldt, Vineland y Del Norte. Scott, para quien las secuoyas eran una especie extraterrestre, y Elfmont, el batería, prefirieron quedarse en la playa y fueron clavando por ahí avisos en los tabloncillos de anuncios de muchos institutos hasta que formaron una nueva banda que llamaron Beer. Tocando básicamente versiones en conciertos que daban por bares de la zona, los

Beer ya casi se pagaban el alquiler mes a mes.

Esos días andaban ensayando o, más bien, intentando aprenderse las notas correctas del tema musical del western de televisión *Valle de pasiones* que habían repuesto últimamente. En los estantes del garaje se alineaban tarros de corteza de cerdo púrpura, cebo infalible para la depravada perca de pantano, que la tía Reet iba a buscar a México, de donde volvía con el maletero lleno. Doc no estaba seguro, pero bajo aquella la luz tenue, las cortezas siempre parecían resplandecer.

Huey, el líder de los Beer, estaba cantando, mientras el bajo y el guitarra rítmica lo acompañaban, cubriendo sus huecos:

El... Gran...

Valle

[fill de guitarra]

El

GRAN Valle [el mismo fill de guitarra]

pero

qué grande que es, anda, acércate alguna vez...

Cabalga toda la noche, hasta,

el-alba —¿y -qué-puedes

encontrar?

¡El Gran Valle! ¡Sí! Aún más valle, porque es —¡el

Gran Valle! Ningún sitio donde pillar en —¡el

Gran Valle! ¿Grande? Y tanto, es —¡el

Gran Valle!

—Es como mis raíces —explicó Scott—, mi madre odia el San Joaquín, pero yo no sé, tío, cada vez que voy allá, para dar conciertos en el Chowchilla Kiwanis o lo que sea, tengo una extraña sensación, como si hubiera vivido allí...

—Pero si viviste allí —señaló Doc.

—No, quiero decir como en otra vida.

Doc había tenido el detalle de traer un bolsillo de la camisa lleno de hierba panameña ya liada, y al poco todos andaban por allí bebiendo latas de refrescos de supermercado y comiendo galletas de cacahuete y mantequilla caseras.

—¿Se sabe algo en la radio macuto del rock 'n' roll —preguntó Doc— sobre un saxofonista de surf llamado Coy Harlingen que tocaba con los Boards?

—Sobredosis, ¿no? —dijo Lefty, el bajo.

—Supuestamente sobredosis —dijo Scott—, aunque también ha corrido un rumor muy raro de que en realidad sobrevivió, lo resucitaron en una sala de urgencias de Beverly Hills, pero todo el mundo guardó el secreto, algunos dicen

que le pagaron para que siguiera simulando que había muerto, y él anda por ahí ahora mismo disfrazado, con el pelo cambiado y todo eso...

—¿Por qué iba alguien a tomarse tantas molestias? —preguntó Doc.

—Sí —dijo Lefty—, porque no es que sea un cantante guaperas al que quieren tirarse todas las chicas, ni un guitarrista bestial que cambiará el negocio para siempre, sino tan sólo un saxofonista de surf más, fácil de sustituir. —Pobre Coy. En cuanto a los Boards, habían estado ganando montones de dinero últimamente, y vivían todos juntos en una casa en Topanga Canyon, con el séquito habitual: groupies, productores, parientes políticos, peregrinos que han viajado desde muy lejos y con suficientes dificultades para que los acepten como parte de la casa. Se rumoreaba enigmáticamente que el resucitado Coy Harlingen era uno de estos últimos, aunque nadie había reconocido a nadie que pudiera ser él. Puede que a algunos se lo pareciera, pero allí todo estaba borroso, como envuelto en una bruma de maría.

Más tarde, cuando Doc subía al coche, la tía Reet asomó la cabeza por la ventana de la oficina en el *bungalow* y le llamó a gritos.

—Así que tenías que hablar con Mickey Wolfmann, ¿eh? Qué momento más oportuno. ¿Qué te había dicho, listillo?, ¿no tenía razón?

—Se me ha olvidado —dijo Doc.

El poli que había llamado a Hope Harlingen para darle la noticia de la sobredosis de Coy, Pat Dubonnet, era ahora un oficial curtido, un *top kahuna*, de la comisaría de Gordita Beach. Doc se encontró detrás de la oreja un Kool doblado, lo encendió y reflexionó sobre algunos detalles de la situación. Pat y Bigfoot habían aparecido casi a la vez, al comienzo de sus respectivas carreras en la South Bay, casi en el mismísimo trozo de playa donde vivía Doc, en los tiempos de las guerras entre Surfers y Lowriders. Pat se había quedado, pero Bigfoot, que enseguida se ganó una reputación tan sólida como experto en pacificación asistida por porras que la gente del centro de la ciudad lo consideró una obvia opción de reclutamiento, había cambiado de destino. A estas alturas, Doc llevaba por allí el tiempo suficiente para haber visto ir y venir a unos cuantos de esos personajes, y para darse cuenta de que siempre dejaban tras de sí residuos de historia. También sabía que Pat aborrecía más o menos intensamente a Bigfoot desde hacía años.

—Es hora de hacer una visita —decidió— a la Central de la Hippy fobia.

Pasó por delante de la comisaría de Gordita Beach dos veces antes de reconocerla. El lugar había sido transformado de arriba abajo por cortesía del dinero federal antidroga: de un despacho de recepción al lado del muelle con un hornillo cutede dos filamentos y una jarra de café instantáneo había pasado a ser un palaciego paraíso del policía, con máquinas de café expreso del tamaño de locomotoras, su propia minicárcel, un depósito de vehículos lleno de armamento rodante que de otro modo estaría en Vietnam y una cocina con un equipo de reposteros que trabajaban todo el día.

Tras abrirse paso cautelosamente entre un grupo de aprendices de policía que canturreaban por allí salpicando de bruma las palmeras enanas, los judíos errantes y las diefembaquias, Doc localizó a Pat Dubonnet en su despacho, metió la mano en su bolso bandolera con flecos y sacó un objeto de unos treinta centímetros de largo envuelto en papel de plata.

—Ten, Pat, expresamente para ti.

En un abrir y cerrar de ojos, el detective había cogido, desenvuelto y hasta ingerido la mitad al menos de la larga salchicha y el bollo que venía en la oferta Con Todo Incluido.

—Resucita a un muerto. Me asombra que tenga hambre. A propósito, ¿quién

te ha dejado entrar?

—Me hice pasar por un camello soplón, se lo tragan siempre, todas esas caras me resultan nuevas, unos novatos todavía, supongo.

—No tanto como para quedarse aquí más de lo que se vean obligados. — Aunque Doc lo observaba atentamente, no vio cómo desapareció el resto del perrito caliente—. Mira este sitio miserable. El Desastre Interminable. Todo el mundo se va, pero adivina quién, por sus pecados, permanecerá atascado para siempre aquí, en Gordita, sin nada más que detenciones de tres al cuarto, chavales en el muelle traficando con los tranquilizantes de sus madres, cuando debería estar en West L.A. o en la Hollywood Division, como poco.

—El centro del universo de los polis, claro. —Doc asintió comprensivamente—. Pero no todos podemos ser Bigfoot Bjornsen, ¿verdad que no?... uy, quería decir que ¿quién quiere ser él en realidad? —Añadió esperando no haber ido demasiado lejos, dada la salud mental de Pat, frágil aún en sus mejores días.

—A estas alturas —respondió sombríamente Pat con un temblor en el labio inferior—, aceptaría un cambio de vida incluso con él, sí, trocaría lo que tengo por lo que haya detrás de la puerta con el regalo sorpresa de ese programa de la tele, aunque fuera la calabaza de consolación, si quieres decirlo así, dada la categoría de Bigfoot, ¿sería tan mal trato?

—Qué raro, Pat, porque, según tengo entendido, últimamente lo está pasando mal. Aunque, claro, tú lo sabrás mejor que yo.

Pat entornó los ojos.

—Estás muy preguntón hoy, Sportello. Me habría dado cuenta antes de no estar tan preocupado por cuestiones profesionales que nada tienen que ver contigo. ¿Te está molestando Bigfoot otra vez? Llama a la línea abierta de Asuntos Internos, es gratis, apunta: 800-POLICORRUPTO.

—Yo jamás he presentado una queja ni nada parecido, no, teniente, enténdeme, es sólo por lo *desesperado* que estoy, tío, me exprime hasta la última gota, si hasta el más tirado de los mendigos que piden calderilla por Hollywood Boulevard pasa de mí, pero no ese Bigfoot, ése no.

Se podía ver la lucha que se estaba librando en la mente de Pat entre dos reflejos de poli: la envidia de la carrera de otro poli contra el aborrecimiento a los hippies. Se impulsó la envidia.

—¿Llegó a decirte una *suma*?

—Hizo una lista de gastos —Doc empezó a improvisar y vio que las orejas de Pat cambiaban claramente de ángulo—: personales, del departamento. Le dije que siempre había creído que estaba mejor relacionado. Se puso filosófico. «La gente se olvida», dijo, «tanto da lo que hayas hecho por esos tipos en el pasado, nunca puedes contar con ellos cuando los necesitas».

Pat negó con la cabeza.

—Y con los riesgos que ha asumido... Una lección para todos nosotros. En

este oficio hay algunos cabrones muy desagradecidos, ¿verdad? —Había adoptado una expresión parecida a las que ponía Art Fleming en *Jeopardy*, como si se supusiera que Doc tuviera que adivinar ahora a qué oficio se refería concretamente.

Por su parte, Doc replicó con la mirada fija y vacía de hippy que podía significar cualquier cosa, y que si se sostenía el tiempo suficiente podía desconcertar a cualquier cabeza cuadrilátera de uniforme, hasta que Pat desvió la mirada murmurando:

—Oh, sí, te entiendo. Chachi. Claro —añadió tras un momento de reflexión— que él tiene todos esos ingresos residuales.

A esas alturas, Doc ya no tenía ni idea de qué estaban hablando.

—Procuro mantenerme alerta para no perderme esas reposiciones en la tele —aventuró—, pero por alguna razón siempre me duermo antes de que lleguen las de Bigfoot.

—Bueno, pues el Señor de las Noticias a las Diez ha conseguido otro caso del siglo desde que se cepillaron al gorila de Mickey Wolfmann... Que otros se queden con Benedict Canyon y Sharon Tate y demás, para un jefe de investigación espabilado este caso puede ser una fuente inagotable de pasta.

—Quieres decir...

—Seguro que harán una película para la televisión, ¿no?, pase lo que pase. Bigfoot conseguirá salir en los créditos de guión y producción, y hasta es posible que se interprete a sí mismo, el gilipollas, pero ag, son asuntos del undécimo mandamiento, olvida lo que he dicho.

—Por no mencionar lo que pasará si consigue encontrar a Mickey, va a ser un héroe para el público.

—Sí, si lo consigue. Pero ¿y si está demasiado metido, demasiado cerca de todo eso? En algún momento empieza a joderte la capacidad de juicio, como a los médicos que no pueden operar a los miembros de su propia familia.

—¿Mickey y él son tan íntimos?

—Colegas del alma, según la leyenda. Eh. ¿Crees que Bigfoot también es judío?

—Pensaba que era sueco.

—Puede ser las dos cosas —replicó Pat un poco a la defensiva—. Puede haber judíos suecos.

—Lo que sí hay es caramelitos suecos —añadió intentando sólo ser amable.

Algunos días, entrar en coche en Santa Mónica era como tener alucinaciones sin pasar por las molestias de adquirir y luego tomar una droga concreta; aunque otros días, claro, cualquier droga era preferible a ir en coche a Santa Mónica.

Hoy, tras un garbeo engañosamente soleado y sin incidentes por la finca de la Hughes Company —una especie de caótico plato combinado de potenciales zonas de combate de Estados Unidos, con terrenos que abarcaban desde montañas y desiertos a pantanos, selvas y demás, dispuestos allí, según la paranoia local, para ajustar los equipos de radar del ejército— y pasar por Westchester y la Marina hasta Venice, Doc llegó al límite de la ciudad de Santa Mónica, donde empezó su último ejercicio mental. De repente se encontraba en un planeta donde el viento podía soplar en dos direcciones a la vez, arrastrando la neblina desde el océano y la arena desde el desierto al mismo tiempo, lo que obligaba al conductor desprevenido a bajar una marcha en cuanto entraba en esa atmósfera alienígena, con la luz del día atenuada, la visibilidad reducida a media manzana, y todos los colores, incluidos los de las señales de tráfico, desplazados drásticamente a otro punto del espectro.

Doc avanzó a tientas automotrices por ese territorio extraño, hacia el este por Olympic, procurando no asustarse ante lo que de repente surgía de la penumbra encarnado en autobuses urbanos y peatones alterados. Las caras emergían con la marcada intensidad que sólo se veía en los circuitos de carreras: el rastro de sus rasgos se prolongaba en algunos casos en colores muy chillones, y a menudo tardaban cierto tiempo en abandonar el marco del parabrisas. La radio del coche no ayudaba gran cosa, pues sólo captaba la KQAS, donde sonaba un antiguo single de los Droolin' Floyd Womack que a Doc siempre le había producido sentimientos encontrados: por un lado se esforzaba por no tomárselo personalmente sólo porque hubiera perseguido a un par de morosos, pero por otro se encontraba revisando equivocaciones y remordimientos...

Viene el tipo que embarga brincando
por esa
ventana
echando las garras a cuanto puede.
Ahí se va mi 19 pulgadas,

mi carro está detrás de un torno,
¡adiós, hasta luego,
le digo a mi estéreo!

Uooo

El tipo que embarga
no se dará por
contento
hasta que se lleve todo lo que necesito
para seguir adelante...
porque todo está comprado a crédito.
Nunca es tuyo de verdad,
ándate con cuidado,
el tipo que embarga va a por ti.

Nada más salir del Ondas Nudosas Community College, Doc, conocido por entonces como Larry, Sportello se encontró con que no podía pagar su coche. La agencia que fue a por él, ¡Te Pillé! Searches and Settlements, decidió contratarle como aprendiz de sabueso y dejarle saldar la deuda así. Cuando se sintió lo bastante cómodo para preguntar por qué, ya estaba metido hasta el cuello.

—Es divertido —comentó una vez cuando llevaba una semana en el empleo, mientras Fritz Drybeam y él estaban aparcados en algún lugar de Reseda en lo que parecía ser una vigilancia que se alargaría toda la noche.

Fritz, que llevaba veinte años en el oficio y había visto de todo, asintió.

—Sí, y espérate a empezar con las Primas de Incordio.

Ése era el término que empleaba Milton, el contable. Fritz pasó a describirle, todo lo gráficamente que pudo, algunas de las formas de motivación que a menudo los clientes, sobre todo aquellos que prestaban a alto interés, pedían que utilizase la agencia de cobros.

—¿Se espera que yo le pateé el culo a un tío?, ¿quién va a tomarme en serio?

—Se te autorizará a llevar un arma.

—No he disparado en mi vida.

—Bueno... —Metió la mano bajo el asiento.

—¿Qué..., qué clase de « arma » es ésa?

—Es una herramienta hipodérmica.

—Eso ya lo sabía, pero ¿con qué se supone que voy a cargarla?

—Con el suero de la verdad. El mismo que utiliza la CIA. Sólo tienes que clavárselo en cualquier punto accesible y antes de darte cuenta estarán largando como colgados del *speed*, no callarán y te contarán todo sobre bienes que ni ellos sabían que tenían.

Larry decidió guardar la herramienta en un neceser de afeitado de piel falsa de cocodrilo, de color rojo, y siniestro se mirara por donde se mirase, que había

encontrado en un mercadillo en Studio City. Al poco tiempo se fijó en que a muchos de los delincuentes que Fritz y él visitaban les costaba apartar la mirada del neceser. Se dio cuenta de que, con un poco de suerte, le bastaba con abrir la cremallera. Nunca llegó a convertirse en una herramienta de su oficio, pero sí en un accesorio útil y que con el tiempo hizo que le apodaran «Doc».

Hoy Doc encontró a Fritz dando golpes bajo el capó de un Dodge Super Bee que estaba preparando para un desfile de coches de colección.

—Qué hay, Doc, tienes una pinta de mierda.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti, ojos brillantes. ¿Reparando el carburador?

—Pensamientos sanos y no fumar nada que haya sido cultivado en una zona de combate, ése es mi secreto, e incluso podría servirte a ti, bueno, eso en el caso de que tuvieras el menor autodomínio.

—Oh, oh, hoy es mi día de suerte porque tienes el cerebro bien sintonizado y necesito encontrar a alguien rápido...: a mi ex chica, Shasta Fay.

—Me parece que te refieres a la novia de Mickey Wolfmann. Caballero, le llamamos de la oficina del Doctor Realidad, ¿es que se ha retrasado para su revisión?

—Fritz, Fritz, ¿en qué te he ofendido?

—Todos los policías del LAPD y los hombres del *sheriff* andan buscándolos. ¿Quién crees que los encontrará primero?

—A juzgar por el caso Manson, diría que cualquier idiota con suerte que se cruce con ellos por la calle.

—Bueno, pasa, que te enseñaré una cosa. —Le hizo un gesto para que entrara en la oficina. Milton, el contable, que lucía una floreada chaqueta Nehru, varias tiras de conchas de cauri alrededor del cuello y unas gafas de tiro de un amarillo chillón, levantó la vista con una amplia sonrisa, envuelto en una neblina de fragancia de pachuli, y saludó lentamente con la mano mientras ellos se dirigían a la sala del fondo.

—Parece contento.

—El negocio va bien, y todo es gracias a... —Abrió una puerta de par en par —. Dime cuántos idiotas con suerte que conozcas tienen algo parecido a esto.

—Guau, Fritz. —Era como estar dentro de un árbol de Navidad de ciencia ficción. Había pequeñas luces rojas y verdes encendiéndose y apagándose por todas partes. Había armarios de ordenadores, consolas con pantallas de video iluminadas y teclados alfanuméricos, cables que cubrían todo el suelo en medio de montones sin barrer de pequeños rectángulos de cartón, del tamaño apenas de un insecto, perforados de las tarjetas de IBM, un par de copiadoras Gestetner en el rincón y, dominando el escenario a lo largo de las paredes, varias bobinas de cinta de grabación Ampex que se movían nerviosamente adelante y atrás.

—ARPAnet —anunció Fritz.

—Ah, no, más vale que no, tengo que conducir y tal, si quieres dame uno para más tarde...

—Es una red de ordenadores, Doc, todos conectados por líneas telefónicas. UCLA, Isla Vista, Stanford. Pongamos que hay un expediente que ellos tienen y tú no, ellos te lo envían al momento a razón de cincuenta mil caracteres por segundo.

—Espera un momento, ARPA..., ¿es el mismo rollo que tiene un rótulo en la autopista, en la salida para Rosecrans?

—¿Alguna relación debe de tener con la empresa TRW, nadie allí es muy comunicativo, como Ramo, que nunca le cuenta nada a Woolridge?

—Pero..., a ver, ¿me estás diciendo que alguien enganchado a esta cosa podría saber dónde está Shasta?

—No lo sabremos hasta que miremos. Por todo el país, es más, por el mundo entero, cada día se conectan nuevos ordenadores. Ahora mismo es todavía experimental, pero, mierda, es dinero del Gobierno, y a esos cabrones no les importa lo que gastan, así que ya nos han dado más de una agradable sorpresa.

—¿Sabe eso dónde puedo pillar?

Shasta había mencionado una posible variante que incluía un manicomio en el drama conyugal de Mickey Wolfmann, y Doc pensó que tal vez sería interesante ver cómo reaccionaba la superestrella de la sección de cotilleos, la señora Sloane Wolfmann, cuando alguien sacara el tema. Si Mickey estaba en ese momento retenido contra su voluntad en una loquería privada, la siguiente y ardua tarea de Doc sería intentar descubrir en cuál. Llamó al número que le había dado Shasta, y la mujercita en persona respondió.

—Sé que hablar ahora de negocios puede parecerle poco elegante, señora Wolfmann, pero desgraciadamente el tiempo es un factor de primer orden.

—No será usted otro acreedor tratando de hacer averiguaciones, ¿verdad que no?, ya ni sé cuántos han venido. A todos los remito a nuestro abogado, ¿tiene su número? —Una voz con algo de fumadora inglesa, le pareció a Doc, en el extremo más bajo del registro y vagamente decadente.

—En realidad, es nuestra empresa la que le debe a su marido cierta cantidad. Dado que estamos hablando de cifras que rondan la mitad de los seis dígitos, nos pareció que debíamos hacérselo saber. —Esperó un compás subvocalizado de *The Great Pretender*—, ¿Señora Wolfmann?

—Puede que tenga unos minutos libres hacia el mediodía —dijo ella—. ¿A quién ha dicho que representa?

—Al Moderno Instituto Cognitivo para el Reajuste y el Ordenamiento —dijo Doc—, MICRO, en breve; somos una clínica privada cerca de Hacienda Heights, especializada en la reparación de personalidades estresadas.

—Por lo general, reviso los gastos más importantes de Michael, y debo confesarle señor..., ¿me ha dicho Sportello?, que no me suena ninguna relación que pudiera tener con ustedes.

La nariz de Doc había empezado a manar, señal inequívoca de que estaba tras algo que merecía la pena.

—Tal vez, después de todo, y dada la suma en cuestión, sería más fácil tramitar el asunto con su abogado.

Ella tardó una décima de segundo en calcular qué porción de la tabla de surf se llevaría el mordisco del tiburón en ese caso.

—En absoluto, señor Sportello. A lo mejor es sólo por su voz..., pero puede considerarme oficialmente intrigada.

En un antiguo armario de la limpieza contiguo a la oficina, Doc había acumulado una colección de disfraces. Hoy eligió un traje cruzado de terciopelo de Zeidler & Zeidler, y encontró una peluca de pelo corto que casi iba a juego con el traje. Sopesó la posibilidad de pegarse un bigote, pero luego pensó que, cuanto más sencillo, mejor; se cambió las sandalias por unos mocasines normales y se puso una corbata más estrecha y menos colorista que las que estaban de moda, con la esperanza de que la señora Wolfmann la considerara lastimosamente fuera de onda. Al mirarse al espejo casi se reconoció. Chachi. Se le pasó por la cabeza fumarse un canuto, pero se resistió a la tentación.

En el taller de imprenta de su misma calle, su amigo Jake, acostumbrado a pedidos urgentes, le confeccionó un par o tres de tarjetas de visita con la leyenda MIRCIO. - RECOMPIENANDO CEREBROS DE LA SOUTHLAND DESDE 1966. LARRY SPORTELO, SOCIO CON CARNET, lo que era bastante cierto, siempre que el carnet se refiriera al de conducir de California.

Ya en la Coast Highway, a medio camino de la residencia de los Wolfmann, la versión que grabó Bonzo Dog Band de *Bang Bang* empezó a sonar en la KRLA en Pasadena y Doc subió el volumen del Vibrasonic. A medida que ascendía por las colinas, la recepción empezó a debilitarse, así que condujo más despacio, aunque finalmente perdió la señal. Al poco se encontró en una soleada calle en algún punto de las montañas de Santa Mónica, aparcó cerca de una casa con altas paredes estucadas, sobre las que se derramaban en una cascada de colores flamígeros las flores de una exótica trepadora. A Doc le pareció vislumbrar a alguien que lo observaba desde una de las aberturas de una logia de estilo Misión que se extendía a lo largo de la planta superior. Un poli de algún tipo, francotirador, sin duda, aunque, ¿federal o local?, ¿quién sabía?

Una guapa y joven chicana en vaqueros y con una sudadera de la universidad del Sur de California abrió la puerta y lo miró con unos ojos maquillados chillonamente.

—Ella anda por la piscina, con la policía y los demás. Venga arriba.

Era una construcción de plano invertido, con dormitorios en la planta de acceso y luego, en la de arriba, la cocina, puede que más de una, y varios espacios de asueto. La casa debería haber estado hasta los topes de agentes de la ley. Pero en vez de eso, los chicos dedicados a Proteger y Servir habían instalado un puesto de mando en la cabaña de la piscina, en la parte de atrás. Parecían disfrutar como invitados en el último momento a un catering, antes de que se presentaran sus amos federales. Sonidos de lejanos chapoteos, radio emitiendo rock 'n' roll, picoteo entre comidas. Algún que otro secuestro.

Como si se presentara a una prueba para acostumbrarse a la viudez, Sloane Wolfmann entró desde la zona de la piscina con unas sandalias negras con tacones de aguja, una cinta para la cabeza con un velo totalmente negro, y un bikini también negro de tamaño insignificante confeccionado con el mismo

material que el velo. No era lo que se dice una rosa inglesa, más bien, en todo caso, un narciso inglés, muy pálida, rubia, delgada, posiblemente con propensión a los cardenales, y, como todas, se excedía con el maquillaje de ojos. Las minifaldas se habían inventado para mujeres jóvenes como ella.

En el tiempo que tardó en conducirlo por un interior que quedaba un poco por debajo del nivel del suelo, tenuemente iluminado, lleno de alfombras grises oscuras, tapicería de ante y teca, y que parecía extenderse sin fin hacia Pasadena, Doc se enteró de que tenía un título de la London School of Economics, que hacía poco que había empezado a estudiar yoga tántrico y que había conocido a Mickey Wolfmann en Las Vegas. Hizo un gesto hacia una fotografía colgada en la pared que parecía una ampliación de un retrato satinado de veinte por veinticinco del vestíbulo de un *nightclub*.

—Vaya, caramba —dijo Doc—, es usted, ¿no?

Sloane respondió con la expresión —medio fruncimiento de ceño, medio sonrisa satisfecha— que Doc había visto entre secundarios y ex profesionales del mundo del espectáculo cuando intentan parecer humildes.

—Mi escabrosa juventud. Era una de aquellas famosas *showgirls* de Las Vegas y trabajaba en uno de los casinos. En aquellos tiempos, sobre el escenario, con las luces, las pestañas y kilos de maquillaje, todas nos parecíamos mucho, pero Michael, que era una especie de *connoisseur* en estos asuntos, según descubriría más tarde, dijo que se quedó con mi cara en cuanto aparecí, y que desde entonces yo era la única a la que en realidad veía. Romántico, ¿verdad?, y ciertamente inesperado, casi sin darnos cuenta estábamos en la Little Church of the West y yo tenía esto en mi dedo —dijo enseñando durante un segundo un gigantesco diamante talla marquesa, que rondaría las alturas de los dos dígitos de quilates.

Ella había contado la historia cientos de veces, pero no parecía aburrirla.

—Bonita piedra —dijo Doc.

Como una actriz que llegara a su marca sobre el escenario, ella se había detenido bajo un acechante retrato de Mickey Wolfmann, en el que aparecía mirando a lo lejos, como si escrutara la costa de L.A. hasta los horizontes más remotos en busca de solares en venta. Sloane se dio la vuelta para encarar a Doc y sonrió amigablemente.

—Pues ya hemos llegado.

Doc se fijó en una especie de friso de piedra tallada de imitación que rezaba: UNA VEZ QUE HAS CLAVADO LA PRIMERA ESTACA, NADIE PUEDE DETENERTE - ROBERT MOSES.

—Un gran americano y fuente de inspiración de Michael —dijo Sloane—. Éste siempre ha sido su lema.

—Creía que eso lo había dicho el doctor Van Helsing.

Ella había encontrado una favorecedora convergencia de luces que la hacían

parecer una estrella con contrato de la época de los grandes estudios, a punto de desmelenarse con algún emotivo discurso a un actor más barato, y se detuvo justo en medio. Doc procuró que no se le notara que estaba buscando la fuente de luz, pero ella reparó en el parpadeo de sus ojos.

—¿Le gusta la iluminación? Jimmy Wong Howe nos la montó hace años.

—¿No fue el director de fotografía de *Cuerpo y alma*? Por no mencionar *Me convirtieron en un criminal. Defiendo mi vida, Saturday's Children*...

—Ésas —dijo ella en tono burlón— son todas... películas de John Garfield.

—Bueno..., ¿y?

—Jimmy también filmó a otros actores.

—Sí, supongo que sí... Oh, y *Out of the Fog*, donde John Garfield es un malvado gánster...

—Pues lo que a mí me parece memorable de esa película es el modo en que Jimmy iluminó a Ida Lupino, que, ahora que lo pienso, tuvo mucho que ver con que me entusiasmara tanto esta casa. A Jimmy, sin duda, le gustaban los toques de luz especulares, todo aquel sudor de boxeador, el cromo, las joyas, las lentejuelas y todo lo demás..., pero su trabajo también tenía una cualidad espiritual, fijese en los primeros planos de Ida Lupino, ¡aquellos ojos!, y en lugar de reflejos de focos, brilla ese fulgor, esa pureza, casi como si procediera de dentro... Discúlpeme, ¿es eso lo que creo que es?

—¡Vaya! Es por Ida Lupino, cada vez que se menciona su nombre me pasa esto. Por favor, no se lo tome como algo personal.

—Qué curioso. No recuerdo que John Garfield me produjera jamás tal efecto..., pero como tengo una cita para meditación a la una, podríamos encontrar ahora un momento para tomar unas copas, si nos las tragamos rápido, y así hasta es posible que me explique lo que le ha traído aquí. ¡Luz!

La joven que le había hecho pasar apareció entre las sombras efectivamente esculpidas.

—¿Señora?

—Sirvenos los '*refrescos*' de mediodía ahora, si no te importa, Luz. Espero, señor Sportello, que los margaritas sean de su gusto, aunque, dadas sus preferencias cinematográficas, ¿le parecería mejor algún combinado de cerveza y whisky?

—Gracias, señora Wolfmann, el tequila está bien, ¡y cómo se agradece que no se le ofrezca a uno «maría»! ¡No sé qué le encuentran los hippies a esa sustancia! A propósito, ¿le molesta si fumo un cigarrillo normal?

Ella sonrió gentilmente y Doc sacó un paquete de Benson & Hedges mentolado que se acordó de traer en lugar de Kools, dada la esperable diferencia de clase y demás; le ofreció uno y ambos se encendieron los cigarrillos. Entonces oyeron ruidos, procedentes de una piscina cuyo tamaño él sólo podía imaginar, de policías jugando.

—Intentaré ser breve para que pueda volver con sus huéspedes. Su marido tenía pensado hacer una donación para una nueva ala en nuestra institución, que iba a construirse como parte de nuestro programa de expansión, y poco antes de su desconcertante desaparición nos había entregado una suma por adelantado. Pero no nos parecía correcto conservar el dinero mientras se sabe tan poco de su paradero. Así que queríamos devolverle la suma, preferiblemente antes de finales del trimestre, y si, como todos deseamos, vuelve a saberse del señor Wolfmann, pues tal vez podamos reanudar los trámites.

Ella, sin embargo, había entrecerrado los ojos y negaba levemente con la cabeza.

—No estoy segura... Hace poco financiamos otras instalaciones, en Ojai, creo... ¿No serán ustedes una filial o...?

—Tal vez se trate de uno de los sanatorios con los que estamos hermanados, ha habido un programa desde hace unos años...

Ella se había acercado a un pequeño escritorio de época en el rincón, se había inclinado como si quisiera presentar a la mirada de Doc un culo incuestionablemente seductor, y pasó un rato rebuscando en distintas casillas hasta que encontró una instantánea publicitaria de sí misma. Era una fotografía de la ceremonia de colocación de la primera piedra de unas obras, con Sloane sentada a los mandos de una retroexcavadora de carga frontal, en cuya cuchara se veía uno de esos cheques de tamaño descomunal que también se entregan a los ganadores de los torneos de bolos. Un personaje vestido de médico sonreía y simulaba mirar la cifra, que se alargaba un montón de ceros, aunque en realidad miraba la falda de Sloane, que era tan corta como dictaba la moda. Ella también llevaba gafas de sol, casi como si no quisiera que la reconocieran, y exhibía una expresión que dejaba bien claro lo poco que le apetecía estar ahí. Una pancarta detrás de Sloane mostraba la fecha y el nombre de la institución, aunque ambos estaban tan desenfocados que Doc apenas distinguía una larga palabra que parecía extranjera. Estaba planteándose hasta qué punto despertaría las sospechas de Sloane si preguntaba el nombre, cuando Luz volvió con una bandeja sobre la que había una jarra de cóctel margarita y unos vasos enfriados, cuyo exótico diseño parecía tener el propósito exclusivo de hacer casi imposible a los sirvientes fregarlos sin la ayuda de una bayeta carísima confeccionada exclusivamente a tal efecto.

—Gracias, Luz. Ya sirvo yo, si me lo permites —dijo al coger la jarra y servir.

Doc se fijó en que había un vaso de más en la bandeja, así que no se sorprendió mucho cuando poco después vio reflejada en la pantalla de un televisor descomunal que había en un rincón a una persona corpulenta, muscular y rubia que bajó silenciosamente las escaleras y se dirigió hacia ellos por el suelo alfombrado, como un asesino en una película de kung-fu.

Doc se levantó para mirarlo y saludarlo, y al instante se dio cuenta de que cualquier contacto visual prolongado supondría una visita al quiropráctico para que le revisara el cuello, pues el tipo que tenía delante le sacaba un metro de altura, como un poco.

—Éste es el señor Riggs Warbling —dijo Sloane—, mi preparador espiritual. —Doc no les vio exactamente «intercambiar miradas», como diría Frank, pero si el viaje con ácido servía de algo era para ayudarte a sintonizar frecuencias no registradas. No cabía duda de que ese par se había sentado de vez en cuando en esterillas de meditación contiguas fingiendo que se vaciaban las cabezas, para que quien anduviese por allí los viera: Luz, los polis, él mismo. Pero Doc se apostaría una onza de hawaiana sinsemillas y un paquete de Zig-Zags a que Sloane y el bueno de Riggs ahí presente también follaban con regularidad, y que ése era el noviete que Shasta había mencionado.

Sloane sirvió a Riggs una copa e inclinó inquisitivamente la jarra hacia Doc.

—Gracias, pero tengo que volver a la oficina. Tal vez pueda decírnos adónde enviar la devolución, y de qué forma la querría.

—¡Billetes pequeños! —atronó Riggs amistosamente—. ¡Que no sean de números de serie consecutivos!

—Riggs, Riggs —dijo Sloane, no en un tono tan lúgubre como él habría esperado dada la posibilidad, todavía abierta, de que su marido hubiera sido secuestrado—, siempre con tus chistes de mal gusto... ¿y si uno de los empleados de su empresa sencillamente endosa el cheque de Michael en una de sus cuentas bancarias?

—Claro. Denos el número de cuenta y es tan simple como por correo.

—Entonces voy un momento al despacho.

Riggs Warbling se había apropiado de la jarra de margarita, a la que daba sorbos sin pasar por el ejercicio de servirse en un vaso. Sin previo aviso, le soltó:

—Me dedico a los zomes.

—¿Cómo ha dicho?

—Soy contratista. Diseño y construyo zomes. Es la contracción de «cúpulas de zonahedras». El mayor avance en estructuras desde Bucky Fuller. Mire, permítame que se lo enseñe. —De alguna parte había sacado un cuaderno de papel cuadrículado y empezó a dibujar en él utilizando números y símbolos que podrían haber sido griegos, y al poco empezó a hablar de «espacios vectoriales» y «grupos de simetría». Doc se fue convenciendo de que algo no marchaba en su cerebro, aunque los diagramas tenían una pinta de lo más moderna...

» Los zomes son grandes espacios de meditación —prosiguió Riggs—, ¿sabe? Hay gente que ha entrado en zomes y ha salido transformada. Hasta hay quien ni siquiera ha salido. Como si los zomes fueran portales hacia otro sitio. Sobre todo si se encuentran en el desierto, que es donde he estado casi todo el año pasado.

Oh, oh.

—¿Ha estado trabajando para Mickey Wolfmann?

—En Arrepentimiento: es un proyecto con el que llevaba soñando desde hacía mucho, cerca de Las Vegas. A lo mejor lo ha visto en el *Architectural Digest*

—Me lo perdí. —En realidad, la única revista que Doc leía con una mínima regularidad era *Naked Teen Nymphos*, a la que estaba suscrito, o al menos lo estuvo hasta que descubrió que los pocos números que llegaban a su buzón venían siempre ya abiertos y con las páginas pegadas. Pero no vio la necesidad de mencionar el detalle. Sloane volvió contoneándose, sosteniendo un trozo de papel:

—El único número que encuentro en este momento es el de una cuenta conjunta en una de las Cajas de Ahorro y Crédito de Michael, espero que no suponga ningún problema para su gente. Tenga un formulario de depósito en blanco, por si le sirve de algo.

Doc se levantó, y Sloane se quedó donde estaba, que era lo bastante cerca para que se le echara encima y la violara, idea que inevitablemente se le pasó a Doc por la cabeza, bueno, no sólo se le pasó sino que se demoró y, de hecho, más de una vez se volvió a mirarlo y le hizo un guiño. Quién sabe qué actos lascivos se habrían producido a continuación de no haber reaparecido Luz clavándole una mirada que, a no ser que estuviera alucinando por el tequila, habría jurado que era de advertencia.

—Luz, ¿le importaría acompañar al señor Sportello a la salida?

En el piso de abajo, entre pasillos que llevaban a un número desconocido de dormitorios, Doc, como si se acordara de que tenía ganas de mear, dijo:

—¿Puedo ir al baño?

—Mientras no robes nada.

—Ay, Dios. Espero que eso no signifique que los policías que andan por la piscina han vuelto a las andadas..., es decir...

Ella dijo que no meneando un dedo y lanzando una rápida mirada alrededor, como si hubiera micrófonos en la casa, empujó el codo y sacó biceps a la par que movía los ojos hacia el piso de arriba.

Riggs, estaba claro. Doc sonrió y, en beneficio de cualquier posible audiencia, dijo:

—Gracias, eh..., sí, '*muchas gracias*': Luz, no tardaré nada.

Ella se alejó con grácil aire desgarbado hasta un umbral y se quedó allí mirándolo, con ojos oscuros y atentos. Doc encontró la puerta que daba a un baño palaciego y, suponiendo que era el de Mickey, entró y luego pasó al dormitorio contiguo.

Fisgoneando por la habitación, se topó con varias corbatas extrañas colgadas dentro de un ropero en un estante a propósito. Encendió una luz y echó una mirada. A primera vista, parecían ser corbatas vintage de seda pintadas a mano, cada una con una imagen de una mujer desnuda distinta. Y no eran precisamente

desnudos vintage. Clitoris erectos, labios vaginales abiertos con una especie de toques luminosos para sugerir humedad, cada centímetro de piel y el vello púbico reflejados a conciencia con detalle fotográfico. Doc se quedó absorto en la contemplación artística y reparó en que también había algo asombroso en las caras. No eran los rasgos habituales de dibujo animado con las expresiones típicas de «jódeme». Éstas parecían las caras, y supuso que también los cuerpos, de mujeres concretas. Tal vez una especie de inventario de novias de Mickey Wolfmann. ¿No estaría por casualidad ahí Shasta Fay? Doc empezó a pasar las corbatas una por una, procurando que no le goteara el sudor encima. Acababa de dar con la imagen de Sloane —inequívocamente Sloane y no una rubia cualquiera—, tumbada boca arriba entre sábanas enmarañadas, con los brazos y piernas abiertos, los párpados caídos, los labios brillantes..., una perspectiva casi caballerosa que no habría esperado, dado el carácter de Mickey, cuando de repente una mano le rodeó por la cintura desde atrás.

—¡Yaaag!

—Sigue mirando, y o también estoy ahí —dijo Luz.

—Tengo cosquillas, cariño.

—Ésa soy yo. Mona, ¿eh? —Como era de esperar, ahí estaba Luz, a todo color, de rodillas, mirando hacia arriba enseñando los dientes en lo que no era, le pareció a Doc, una sonrisa especialmente tentadora.

—No tengo las tetas tan grandes, pero es la intención lo que importa.

—¿Todas las chicas posáis para esto?

—Sí, las pinta un tipo en North Hollywood, hace el trabajo a medida.

—¿Y qué me dices de aquella chica... cómo se llamaba? —Doc se esforzaba para que no se le notara que le temblaba la voz—. ¿La que ha desaparecido?

—Oh, Shasta. Sí, también está por ahí. —Pero resultó que, misteriosamente, no estaba. Doc comprobó las dos o tres últimas corbatas, pero ninguna tenía la imagen de Shasta.

Luz miraba por encima del hombro de Doc hacia el dormitorio de Mickey.

—Siempre me metía en la ducha para follar —recordó—. Nunca tuve ocasión de hacer nada en esa cama tan chachi de ahí.

—Pues parece bastante fácil de solucionar —dijo Doc suavemente—, tal vez... —Instante en el cual, cómo no, llegó un chirrido espantoso de baja fidelidad procedente del altavoz de un interfono del vestíbulo:

—‘¡Luz! ¿Dónde estás, mi hijita?’

—Mierda —susurró Luz.

—Tal vez en otra ocasión.

En la puerta, Doc le dio una de las tarjetas falsas de MICRO, que tenía el número verdadero de su oficina. Ella se la guardó en el bolsillo de atrás de sus vaqueros.

—Tú no eres psiquiatra, ¿verdad que no?

—Sí..., bueno, no. ¡Pero tengo un diván!

—‘¡Psicodélico ése!’—Enseñó su famosa dentadura.

Doc estaba subiéndose a su Dodge cuando un coche patrulla blanco y negro dobló la esquina a gran velocidad con todas las luces encendidas y paró a su lado. Bajaron la ventanilla del lado del copiloto a manivela y Bigfoot se asomó.

—Es la parte equivocada de la ciudad para pillar hierba, ¿no, Sportello?

—¿Cómo...?, ¿insinúas que se me está yendo la olla otra vez?

El policía al volante apagó el motor, se bajaron los dos y se acercaron a Doc. A no ser que a Bigfoot lo hubieran degradado en una extraña demostración de falta de respeto por parte del LAPD, que Doc sabía que nunca entendería ni de lejos, el otro policía de ninguna manera podía ser el acompañante del teniente, aunque sí un pariente cercano: los dos tenían el mismo aspecto malvado y sibilino. El tipo alzó las cejas hacia Doc.

—¿Le importa que echemos un vistazo a esa cartera tan bonita, caballero?

—No llevo más que mi comida —le aseguró Doc.

—Oh, no se preocupe, nosotros nos ocuparemos de que no le falte de comer.

—A ver, vamos, vamos, Sportello sólo está haciendo su trabajo —Bigfoot fingió tranquilizar al otro poli—, intenta descubrir qué le pasó a Mickey Wolfmann, como el resto de nosotros. ¿Algo nuevo al respecto que quieras compartir con nosotros, Sportello? ¿A quién se está tirando..., eh, perdón, quería decir cómo... está la señora?

—Es toda una valiente damita —dijo Doc asintiendo sinceramente. Pensó comentar algo de lo que Pat Dubonnet le había contado sobre que Bigfoot y Mickey eran colegas del alma, pero había algo en el modo en que los estaba escuchando el otro policía..., con demasiada atención, puede que incluso, si uno quería ponerse paranoico, como si estuviera de tapadillo, informando a otro nivel del LAPD, y su verdadera misión consistiera, básicamente, en no quitar ojo a Bigfoot...

Demasiadas cosas en que pensar. Doc optó por exhibir su más estúpida sonrisa de fumeta.

—Ahí dentro hay hombres de la ley, chicos, pero nadie me los ha presentado. Por lo que sé, hasta podrían ser *federales*.

—Me encanta que un caso se vaya a la mierda —comentó Bigfoot con una espléndida sonrisa—. ¿No te parece, Lester?, ¿no te recuerda para qué estamos todos aquí?

—Ánimate, compadre —dijo Lester volviendo al coche—, ya llegará nuestro día.

Y se fueron a toda velocidad, haciendo sonar la sirena sólo por quedar bien. Doc se subió a su coche y se quedó mirando la residencia de Wolfmann.

Hacía un rato que algo le desconcertaba, a saber: ¿qué pintaba Bigfoot allí exactamente paseándose en aquellos coches patrulla blancos y negros a todas

horas? Por lo que sabía Doc, los detectives que vestían traje y corbata iban en sedanes sin identificar, en general por parejas, como también iban de dos en dos los agentes uniformados. Pero él no recordaba haber visto a Bigfoot trabajando con otro detective...

Oh, un momento. De la permanente alerta de smog que a él le gustaba creer que era su memoria empezó a emerger algo..., un rumor, probablemente llegado a través de Pat Dubonnet, sobre un colega de Bigfoot al que habían disparado y asesinado hacía tiempo mientras estaba de servicio. Y desde entonces, al menos eso se decía, Bigfoot había trabajado solo, sin que le asignaran ningún sustituto ni pedirlo él. Si eso significaba que Bigfoot seguía en una especie de luto de poli, el difunto y él debían de haber sido muy íntimos.

Esos lazos entre compañeros eran casi lo único que a Doc le había parecido admirable en el LAPD. Pese a la larga y lamentable historia de corrupción y abuso de poder del Departamento, ahí había al menos algo que no habían vendido, que habían sabido conservar para sí, algo forjado en las peligrosas incertidumbres donde se jugaban la vida y la muerte de un día laboral tras otro..., algo auténtico que había que respetar. Nada de farsas, ni pensar en comprarlo con favores, dinero o promociones: la gama entera de incentivos capitalistas no te comprarían ni cinco segundos de protección cuando de verdad importaba, tenías que salir y ganártela poniendo tu lastimoso culo en la línea de fuego una y otra vez. Sin conocer ningún detalle de la historia que Bigfoot y su difunto compañero habían vivido juntos, Doc se apostaría el contenido de su reserva de maría para el próximo año a que en el improbable caso de que alguien le pidiera a Bigfoot una lista de personas a las que amaba, habría puesto a ese tipo muy arriba.

Lo que quería decir que..., ¿que qué? ¿Acaso Doc iba a ofrecerle consejos gratis a Bigfoot? Nonono, no era una buena idea, se advirtió Doc a sí mismo, no lo era, deja que el hombre supere su dolor, o lo que sea, sin tu ayuda, ¿vale?

Claro, se respondió Doc a sí mismo, por mí guay, tío.

Al final, como no la encontraba nunca en casa, Doc tuvo que llamar a la ayudante del fiscal del distrito Penny Kimball a su despacho en la ciudad. Acababa de anular una cita para comer, así que aceptó hacerle un hueco y quedar con Doc. Él acudió a un peculiar restaurante de los barrios bajos, junto a Temple, donde los indigentes aficionados a la botella, recién levantados de sus cartones en los solares vacíos de detrás de lo que quedaba en pie del viejo Nickel, se mezclaban con jueces del Tribunal Superior que se tomaban un descanso, por no mencionar a la masa de abogados trajeados, cuyo cotorreo de muchos decibelios rebotaba en las paredes acristaladas, que vibraban amenazando con volcar los botellines de ochenta y cinco centavos de moscatel y *tokay* apilados en pirámides detrás de mesas de vapor.

Al poco entró Penny, con una mano metida relajadamente en un bolsillo de la chaqueta, intercambiaba civilizados comentarios con varios colegas impecablemente acicalados. Llevaba gafas de sol y uno de esos trajes de ejecutiva de poliéster gris con una falda muy corta.

—Según parece, en este caso de Wolfmann-Charlock —así saludó a Doc—, una de las implicadas es una de tus antiguas novias, ¿no? —Tampoco es que él esperara un beso afectuoso ni nada por el estilo: había colegas mirando, y él no quería, cómo decirlo, joderle el número. Penny dejó el maletín sobre la mesa y se sentó mirando fijamente a Doc, sin duda una técnica del juzgado.

—Acabo de enterarme de que se ha largado —dijo Doc.

—Dicho de otro modo: ¿erais muy íntimos Shasta Fay Hepworth y tú?

Él llevaba un tiempo preguntándose lo mismo, y no había sabido responderse.

—Todo acabó hace años —dijo—. ¿O han sido meses? Ella tenía cosas más importantes que hacer. ¿Me rompió el corazón? Pues claro. Si tú no hubieras aparecido, cariño, quién sabe cómo habría acabado.

—Eso es verdad, estabas hecho un lío de mierda. Pero, dejando a un lado los viejos tiempos, ¿has tenido algún contacto con la señorita Hepworth durante, pongamos, la última semana o así?

—Vaya, qué curioso que me lo preguntes. Me llamó un par de días antes de que Mickey Wolfmann desapareciera y me contó una historia sobre que su esposa y el amante estaban tramando meter a Mickey en un manicomio y quedarse con todo su dinero. Así que espero que vosotros, o los polis o quien sea,

os estéis ocupando.

—Y con tus años de experiencia como investigador privado, ¿la considerarías una pista fiable?

—Las he visto peores..., oh, espera, ya lo entiendo, todos vosotros lo vais a pasar por alto, ¿no? Una chiquita hippy con problemas con su novio, la sesera confusa por el chocolate, el sexo y el rock 'n' roll.

—Doc, nunca te había visto tan emocionado.

—Porque normalmente tú y yo estamos a oscuras.

—Qué gracioso; pues, según parece, no le contaste nada de esto al teniente Bjornsen cuando te detuvo en la escena del crimen.

—Le prometí a Shasta que primero hablaría contigo, para ver si alguien de la oficina del fiscal podía hacer algo. Te estuve llamando, día y noche, sin respuesta, y al poco me entero de que Wolfmann ha desaparecido y de que Glen Charlock está muerto.

—Y Bjornsen por lo visto piensa que tú y a le vales como sospechoso.

—« Por lo visto piensa... », ¿has estado hablando con Bigfoot sobre mí? Guau, vaya, nunca te fies de una chica de tierra adentro, tío, primera directiva de la vida en la playa, con todo lo que hemos sido el uno para el otro, eh, si las cosas tienen que ser así, pues vale, como siempre dice Roy Orbison —extendió las muñecas en gesto dramático—: acabemos de una vez...

—Doc, chiss, por favor. —Se ponía muy guapa cuando se avergonzaba, con la nariz arrugada y demás, pero no le duró mucho—. Además, a lo mejor lo hiciste tú, ¿no se te ha pasado por la cabeza? A lo mejor sencilla y oportunamente se te olvidó, como se te olvidan tantas cosas tan a menudo, y esta peculiar reacción tuya ahora no es más que un modo típicamente retorcido de confesar.

—Ya, pero..., ¿cómo iba a olvidar algo así?

—Por la hierba y sabe Dios qué más, Doc.

—Eh, vamos, si sólo fumo un poco.

—¿Ah sí?, ¿cuántos porros al día, de media?

—Humm, tendría que mirarlo en el cuaderno...

—Escúchame, Bjornsen está a cargo del caso, eso es todo, os interrogará a cientos de vosotros...

—De nosotros. Lo que hará será entrar reventándome la ventana otra vez, eso es lo que me estás diciendo.

—Según los informes policiales, en ocasiones anteriores has tenido la fea costumbre de atrancar tu puerta como una barricada.

—Así que has buscado mi expediente y me has investigado, Penny, ¡te importo de verdad! —dijo con una mirada que pretendía ser agradecida, pero que todos los espejos del local, cuando Doc comprobó su reflejo, devolvían como otra mirada fija y de ojos enrojecidos de fumeta.

—Voy a buscar un sándwich, ¿te traigo algo? ¿Jamón, cordero o ternera?

—Mejor el plato de verdura del día, si puede ser.

Doc la miró mientras se ponía en la cola. ¿A qué juego de fiscales estaba jugando con él ahora? Ojalá pudiera creerla, pero el oficio era implacable, y la vida en los psicodélicos sesenta de L.A. daba más razones para andarse con cautela frente al exceso de confianza de las que podían diluirse agitando un canuto, y los setenta no parecía que fueran a ser mucho mejores.

Penny sabía más de ese caso de lo que le contaba. Doc había visto muchas veces los taimados métodos con los que esos picapleitos retenían la información: los abogados se los enseñaban unos a otros, asistían a seminarios de fin de semana en moteles de La Puente sólo para perfeccionar esas resbaladizas habilidades, y no había ningún motivo, triste era reconocerlo, para que Penny fuera una excepción.

Ella volvió a la mesa con la verdura del día, coles de Bruselas hervidas, amontonadas en un plato. Doc se abalanzó sobre ellas.

—¡Humm, qué buena pinta! Pásame el tabasco un momento... Eh, ¿has hablado con alguien de la oficina del forense? ¿Tu amiga Lagonda no habrá visto la autopsia de Glen?

Penny se encogió de hombros.

—Lagonda se refiere al caso como « muy sensible » . El cadáver ya ha sido incinerado y ella no cuenta nada más. —Miró un momento cómo comía Doc—. ¡Bueno! ¿Y cómo va todo por la playa? —Esbozó una sonrisa no muy sincera que Doc ya había visto antes, y eso le puso alerta—. ¿« Chachi » ?, ¿« psicodélico » ?, las conejitas surfistas ¿siguen tan serviciales como siempre?, ¿y qué tal las dos azafatas con las que te pillé aquel día?

—Ya te lo he dicho, tía, era aquel jacuzzi, los chorros de agua salían con demasiada fuerza, los bikinis se desanudaron de forma misteriosa, no fue nada deliberado...

Parecía que últimamente ella no dejaba pasar ninguna ocasión para trabajar. Penny se refería a las esporádicas socias en diabluras de Doc, las famosas azafatas Lourdes y Motella, que ocupaban una casa palaciega de solteras en Gordita, en el mismo Beachfront Drive, con sauna y piscina, y un bar en medio de la piscina, y que tenían habitualmente una provisión inagotable de hierba de alta calidad, pues se sabía que las chicas traían de contrabando mercancía prohibida, y a esas alturas, eso se decía, habían acumulado enormes fortunas en cuentas bancarias en paraísos fiscales. Aun así, la mayoría de las veces que hacían escala aquí, ellas acababan recorriendo después del anochecer las desoladas carreteras de las sombrías zonas más dejadas de la mano de Dios de L.A., buscando por alguna inexorable fatalidad la compañía de los tirados que les proveyera el azar.

—¿Vas a verlas pronto, quizá? —Penny evitó el contacto visual.

—¿A Lourdes y a Motella? —preguntó todo lo amablemente que pudo—,

ellas... ¿te interesan por alguna razón a tu oficina?

—No tanto ellas como algunas de las compañías que frecuentan en los últimos tiempos. Si en el curso de alguna de esas actividades con bikinis oyes por casualidad que mencionan por su nombre a uno o a los dos jóvenes caballeros que atienden por Cookie y Joaquín, ¿por qué no tomas nota en algo impermeable y me lo cuentas?

—Eh, si estás pensando en salir con alguien que no se dedique a la profesión legal, yo puedo echarte una mano. Y si estás muy desesperada, siempre me tienes a mí.

Ella había estado mirando su reloj.

—Me espera una semana movida, Doc, por lo tanto, a no ser que esto se dispare dramáticamente..., espero que me entiendas.

Doc le cantó, todo lo románticamente que fue capaz, unos compases con falsete de *Wouldn't It Be Nice*.

Ella había depurado la técnica de apuntar con la cara en una dirección mientras miraba en otra, en este caso de soslayo a Doc, con los párpados medio cerrados y una sonrisa que sabía que tendría su efecto.

—¿Me acompañas de vuelta a la oficina?

Delante del Palacio de Justicia, como si de repente se acordara de algo, Penny dijo:

—¿Te importa si dejo unas cosas en la puerta de al lado, en el Juzgado Federal? Tardaré sólo un momento.

No habían dado ni dos pasos dentro del vestíbulo antes de que se les unieran, o acaso rodearan, le pareció a Doc, un par de federales con trajes baratos a los que no habría venido mal pasar un poco más de tiempo tomando el sol.

—Éstos son mis vecinos de puerta, el agente especial Flatweed y el agente Borderline..., Doc Sportello.

—Tengo que deciros que os admiro, chicos, a las ocho de la noche del domingo, guau, no me pierdo un episodio.

—El lavabo de señoras está por ahí, ¿no? —dijo Penny—, vuelvo en un santiamén.

Doc la miró hasta que la perdió de vista. Conocía su paso de cuando tenía ganas de mear, y no era ése. No volvería pronto. Tuvo un segundo de margen para prepararse espiritualmente antes de que el agente Flatweed dijera:

—Anda, Larry, vamos a tomar un cafelito. —De forma educada pero con firmeza le condujeron hasta un ascensor, y durante un minuto él se estuvo preguntando cuándo volvería a fumarse un porro.

En la planta de arriba le indicaron que entrara en un cubículo con fotografías enmarcadas de Nixon y J. Edgar Hoover. El café, en suntuosas tazas negras con

una insignia dorada del FBI, no tenía el sabor que uno esperaría con todo el presupuesto que contaban para esparcimiento.

Por lo que Doc adivinaba, los dos federales parecían recién llegados a la ciudad, tal vez directamente desde la capital de nuestra nación. A esas alturas había visto a bastantes de esos enviados del Este, que aterrizaban en California imaginándose que tendrían que tratar con nativos rebeldes y exóticos, y, o bien se mantenían dentro de un campo de fuerza de desprecio hacia lo que les rodeaba hasta que acababan su viaje de trabajo, o bien, con trepidante velocidad, se encontraban descalzos y ciegos, metiendo su tabla en el *woody* y dejándose llevar por el oleaje. No parecía haber opciones intermedias. A Doc no le costaba imaginarse a ese par como nazis surfistas condenados a repetir en un bucle un costalazo en alguna violenta pero entretenida película de playa.

El agente Borderline había sacado una carpeta y empezó a mirar el contenido.

—Eh, ¿qué es eso? —Doc inclinó la cabeza amistosamente, al estilo de Ronald Reagan, para mirar—. ¿Un expediente federal? ¿Sobre mí? ¡Guau, tío! ¡Soy una estrella! —El agente Borderline cerró la carpeta de golpe y la colocó encima de una pila de documentos sobre un aparador, pero a Doc le dio tiempo de ver una borrosa fotografía de sí mismo, tomada con teleobjetivo en un aparcamiento, posiblemente el de Tommy's, sentado en el capó de su coche mientras sostenía una gigantesca hamburguesa de queso cuyos ingredientes miraba burlescamente, de hecho, estaba hurgando entre las capas de encurtidos, las desproporcionadas rodajas de tomate, la lechuga, el chile, la cebolla, el queso y demás, por no mencionar la base de ternera que era casi un añadido de última hora, una ganga sin discusión para los que conocían la costumbre de Krishna, el cocinero de fritangas, de incluir en alguna parte, por cincuenta centavos más, un porro envuelto en papel encerado. A decir verdad, la tradición había empezado en Compton, hacía años, y llegó a Tommy's como muy tarde en el verano del 68, cuando Doc, después de manifestarse contra los planes de la NBC de poner punto final a *Star Trek*, se unió hambriento a un convoy de fans iracundos que desfilaban con orejas de goma puntiagudas y uniformes de la Flota Estelar para lanzarse (o eso parecía) por Beverly Boulevard hasta el centro de L.A., dando una curva cerrada para llegar a un trecho de la ciudad encajado entre la autopista de Hollywood y la Harbor, que es donde él contempló por primera vez, en la esquina de Beverly y Coronado, el ombligo de hamburguesa del universo...

—¿Dónde estábamos?, me he quedado absorto.

—Te has puesto a babear encima de la mesa. Y no tendrías que haber mirado ese expediente.

—Sólo me preguntaba si os sobraba alguna copia, siempre me gusta llevar encima algunas fotos por si la gente me pide autógrafos.

—Como debes saber —dijo el agente Flatweed—, últimamente casi toda la

energía de esta oficina se dedica a investigar los Grupos de Odio Nacionalistas Negros. Y nos ha llamado la atención que no hace mucho recibiste la visita de un conocido militante negro que había estado en prisión, un tipo que se hace llamar Tariq Khalil. Como es natural, sentimos curiosidad.

—En realidad es una cuestión cronológica —intentó explicar el agente Borderline—. Khalil visita tu lugar de trabajo y al día siguiente un amigo suyo de la prisión es asesinado. Michael Wolfmann desaparece y te detienen como sospechoso.

—Y me sueltan otra vez, no te olvides de esa parte. ¿Habéis hablado con Bigfoot Bjornsen sobre esto?, él tiene el expediente íntegro del caso, mucha más información de la que yo nunca dispondré, y os encantará hablar con él, es inteligente de verdad y toda esa mierda.

—La impaciencia que muestra el teniente Bjornsen con los federales es bien conocida. —El agente Borderline levantó la mirada interrumpiendo la lectura rápida de otra carpeta—. Y su colaboración es probable que sea muy limitada, si es que se presta a ofrecer alguna. Por otro lado, tú puedes saber cosas que él desconozca. Por ejemplo, ¿qué nos dices de esas dos empleadas de Kahuna Airlines, la señorita Motella Haywood y la señorita Lourdes Rodríguez?

Sobre quienes Penny también acababa de preguntarle. Qué extraña y curiosa coincidencia.

—Vaya, ¿y qué tienen que ver esas dos jóvenes con vuestro Programa de Contrainteligencia para perseguir a militantes negros?, espero que no vayáis a por ellas porque no son de origen anglo o algo así...

—Habitualmente —dijo el agente Flatweed—, somos nosotros los que hacemos las preguntas.

—Claro, colegas, pero ¿no nos dedicamos todos a lo mismo?

—No hace falta insultar.

—¿Por qué no nos cuentas con tranquilidad lo que el señor Khalil te dijo el otro día cuando fue a verte? —sugirió el agente Borderline.

—Oh. Pues porque es un cliente, así que se trata de una conversación confidencial, por eso. Lo siento.

—Si esto guarda alguna relación con el caso Wolfmann, me temo que no estamos de acuerdo.

—Chachí, pero lo que no acabo de entender es que, si vuestro departamento está tan concentrado en los Panteras Negras y todo ese rollo de que se partan la cara con los tipos de Ron Karenga y demás, ¿qué interés tiene el FBI en Mickey Wolfmann? ¿Acaso ha estado jugando alguien al Monopoly con el dinero federal para vivienda?, no, eso no puede ser porque estamos en L.A. y aquí eso no existe, qué va. Entonces, qué hay detrás, me pregunto.

—No podemos hablar del tema —respondió el agente Flatweed con suficiencia y, esperaba Doc, calmado por su interrogatorio cruzado

deliberadamente inútil.

—Oh, esperad, ya lo sé: al cabo de veinticuatro horas se considera oficialmente un caso de secuestro, se pueden saltar las fronteras estatales o lo que sea, así que vosotros debéis de creer que se trata de una *operación de las Panteras*, digamos que han secuestrado a Mickey por alguna razón política y de paso para sacar también una buena pasta del rescate.

Ante lo cual, los dos federales, como si no pudieran evitarlo, cruzaron unas rápidas miradas nerviosas, lo que indicaba que, como mínimo, habían pensado que aquella historia podía servirles de tapadera.

—Bueno, qué coñazo y todo eso, ojalá pudiera ayudaros, pero el tal Khalil ni siquiera me dejó un número de teléfono, y a sabéis lo irresponsables que son. — Doc se levantó y apagó el cigarrillo en los restos de su café del FBI—. Decidle a Penny lo chachi que ha sido por su parte organizar esta pequeña reunión, oh, y una cosa..., ¿puedo seros franco un momento?

—Claro —dijeron los agentes Flatweed y Borderline.

Chasqueando los dedos, Doc se dirigió a la puerta cantando cuatro compases de *Fly Me to the Moon*, más o menos entonado, y añadió:

—Sé que a vuestro director le van los penes de los negratas, y espero que encontréis a Mickey antes de que empiece ese rollo de mariconeo carcelario.

—No está colaborando —murmuró el agente Borderline.

—Mantente en contacto, Larry —dijo el agente Flatweed—, y recuerda, como informante del Programa de Contrainteligencia podrías llevarte hasta trescientos dólares al mes.

—Claro. Saludad a Lew Erskine y la pandilla de mi parte.

Sin embargo, mientras bajaba en el ascensor, era Penny la que preocupaba a Doc. Si la mejor ficha para hacer tratos que tenía esos días era entregarlo a él a los *'federales'*; debía de estar muy enmierdada con alguien. Pero ¿hasta qué punto?, ¿y con quién? La única relación que intuía a primera vista era que tanto los federales como los polis del condado compartían el mismo interés por las azafatas Lourdes y Motella y sus amigos Cookie y Joaquín. Sí, más valía investigarlo cuanto antes, aprovechando de paso que las chicas acababan de volver de Hawai y probablemente tendrían en casa material del bueno.

Mientras tanto, la gente veía a Mickey por todas partes. En la sección de carne de Ralph's en Culver City, robando *filets mignons* en paquetes de tamaño familiar. Por Santa Anita, enfrascado en una acalorada discusión con alguien que se llamaba Shorty, o puede que Speedy; o según algunas versiones, con ambos. En un bar en Los Mochis, viendo un viejo episodio de *Los invasores* doblado al español, y redactando informes urgentes para sí mismo. En salas VIP de aeropuertos, de Heathrow a Honolulu, bebiendo con displicencia combinados de

vino y licor que no se veían desde los tiempos de la Prohibición. En manifestaciones contra la guerra en el Área de la Bahía, suplicando a una variedad de representantes armados de la autoridad que acabaran con él y pusieran fin a sus problemas. Por Joshua Tree, tomando peyote. Ascendiendo al cielo, rodeado de un halo de resplandor casi insoportable, hacia una nave espacial que no era de origen terrestre. Y así sucesivamente. Doc empezó un archivo con todas esas noticias y esperó no olvidarse de dónde lo había guardado.

Al acabar de trabajar, avanzado ya el día, en el aparcamiento reparó por casualidad en una larguirucha rubia y en una monada oriental que también le resultaba familiar. ¡Sí! ¡Eran las dos jovencitas del salón de masaje Chick Planet!

—¡Eh! ¡Jade! ¡Bambi!

Las chicas, lanzando miradas paranoicas por encima de sus atractivos hombros desnudos, echaron a correr y se subieron de un salto a una especie de Harley Earl Impala, salieron chirriando del aparcamiento y se alejaron echando humo por la West Imperial. Intentando no tomárselo como algo personal, Doc volvió adentro a buscar a Petunia, quien, sacudiendo la cabeza en gesto de reproche, le pasó un prospecto del Especial Comecoños del Salón de Masajes Chick Planet.

—Oh. Sí, bueno, puedo explicarlo...

—Un trabajo callado y solitario —murmuró Petunia—, pero alguien tiene que hacerlo, ¿algo así? Vamos, Doc.

En el dorso del prospecto, escrito con un aplicador de esmalte de uñas de pies, de color rosa fuerte, se leía: « Me he enterado de que te han soltado. Tengo que verte para una cosa. Las noches entre semana trabajo en el Club Asiatique, en San Pedro. Amor y Paz, Jade. P.D.: *¡Cuidado con el Colmillo Dorado!* ».

Bueno, a decir verdad, a Doc tampoco le habría importado charlar de un par de cosas con la tal Jade, dado que, siendo la única persona con la que había hablado en el Chick Planet antes de sumirse, como habría dicho Jim Morrison, « en la inconsciencia », ella podía haber tenido algo que ver con dejar al descubierto su incauto culo para quienquiera que hubiera secuestrado a Mickey Wolfmann y asesinado a Glen Charlock.

Y así, sabedor de que eran clientes desde hacía mucho del Club Asiatique, se encaminó directamente a la mansión a orillas del mar de Lourdes y Motella, quienes esa velada resultó que pensaban acudir a ese mismo garito del muelle para encontrarse con sus actuales guaperas y Personas de Interés para el FBI, Cookie y Joaquín, lo que proporcionaría a Doc la ocasión de averiguar por qué estaban tan interesados los *'federales'*, mientras se iba al traste a la vez cualquier esperanza que hubiera abrigado de montar un trío, estimulado por drogas, entre las chicas y él; bueno, como siempre decía Fats Domino, eso « no estaba escrito », que era lo que, de todos modos, solía pasar con aquellas dos.

—¿Os molesta que os acompañe?

Motella le dedicó un vistazo escéptico.

—Esos huaraches no importan mucho, los pantalones de campana servirán, pero la parte de arriba necesita algún retoque. Ten, echa una mirada. —Le llevaron a un armario lleno de ropa, de cuya penumbra Doc extrajo la primera camisa hawaiana que vio, con loros en estampados de colores psicodélicos, algunos sólo visibles bajo una luz ultravioleta, que les habrían deparado segundas miradas incluso de las comunidades de loros ya famosas por la extravagancia de los tonos de sus plumas; más flores de hibisco que simplemente con inhalarlas te mandaban a viajes de ácido nasales; y espuma fosforescente de un verde alucinante. Una luna creciente muy amarilla. Chicas hula con grandes tetas.

—También puedes ponerte esto. —Le pasó un collar de cuentas del amor de la *head shop* del Duty Free de Kahuna Airlines, que abría cada vez que el avión entraba en el espacio aéreo internacional—. Pero lo quiero de vuelta.

—Aggg. —Lourdes, en el baño, gritaba con la nariz pegada al espejo—. ¡Parezco una de esas fotos cortesía de la NASA!

—Es por esta luz —se apresuró a señalar Doc—. Estáis muy guapas, de verdad, muy guapas.

Lo estaban, y pronto, ataviadas con vestidos a juego del Dynasty Salon del Hong Kong Hilton, las chicas, cada una de un brazo de Doc, bajaron por el callejón, donde, encerrado en un garaje con una única ventana polvorienta, resplandecía a través del viejo cristal enturbiado ese sueño de vintage Auburn de un color cereza sobrenatural con algún embellecedor de nogal y que llevaba la matrícula con las iniciales guerreras de las chicas LNM WOW.

Conduciendo por la San Diego y la Harbor Freeways, las más que animadas azafatas pusieron a Doc al corriente con una lista de las virtudes de Cookie y Joaquín, de la que él, en circunstancias normales, habría desconectado antes de llegar a la mitad, pero dado que la curiosidad del FBI por los chicos había despertado la suya, se sintió obligado a escuchar. También era una distracción de lo que le parecía la forma innecesariamente suicida en que Lourdes conducía el Auburn.

En la radio sonaba un viejo éxito de los Boards, en el que los críticos de rock habían descubierto cierta influencia de los Beach Boys:

Aunque pueda que estuviera alucinando,
cuando esperaba en el semáforo ella me llamó: « ¡Vamos! » .
¿Cómo voy a rechazar a una monada
de 18 en un GTO?

Fuimos hacia el norte, desde el semáforo de Topanga,
con las llantas humeando en un largo y caliente chirrido,
bajo el capó de mi Ford Mustang, un 427

Cammer corriendo como en un sueño...

[*Puente*]

rejilla junto a rejilla, cuando llegamos a
Leo Carrillo [*fill de sección de viento*],
y todavía no habíamos llegado a Point Mugu...
sólo un Ford Mustang y un dulce GTee-O
en marcha junto al océano,
haciendo lo que hacen los locos del volante.

Debería haber echado gasolina cuando salí por la San Diego,
marca vacío desde hace veinte kilómetros,
y sin darme cuenta ella se despide con la mano
'hasta luego', esbozando
una de esas grandes sonrisas de California...

(Doc intentó escuchar el pasaje instrumental, y aunque la sección de viento añadió algunas bellas armonías mariachis a *Leo Carrillo*, el saxo tenor no parecía ser Coy Harlingen, sólo otro especialista en solos de un par de notas).

Abatido sobre el hombro, no podía estar más triste,
y llega la familiar ráfaga de aire presurizado.
¿Qué es lo que hay en el asiento del acompañante?,
¿no es una brillante lata roja llena de gasofa de alto octanaje?

Y así nos lo pasamos en grande, vuelta atrás, más allá
de Leo Carrillo [*Mismo fill de viento*]
rejilla junto a rejilla hasta Malibú,
sólo un Ford Mustang y un dulce GTee-O,
en marcha junto al océano,
haciendo lo que hacen los locos del volante...

Las chicas, en el asiento de delante, brincaban sin parar, chillando « *'¡A toda madre!'* » , « *¡Qué hay, chavala!* » y cosas así.

—Cookie y Joaquín, menudo par de cabrooonazos —suspiró Motella.

—*'¡Seguro, ése!'*

—Bueno, me refiero a Cookie, no puedo hablar de Joaquín, ¿no?

—¿Por qué lo dices, Motella?

—Oohhh, sólo me preguntaba cómo sería meterse en la cama con alguien que tiene el nombre de otra persona tatuado en el cuerpo.

—No veo el problema, a no ser que lo único que hagas en la cama sea leer —

murmuró Lourdes.

—¡Señoras, señoras! —dijo Doc fingiendo que las separaba, como Moe cuando dice «dispérsense» en *Los tres chiflados*.

Doc creyó entender que Cookie y Joaquín eran un par de ex soldados de infantería recién regresados de Vietnam, de vuelta en el Mundo por fin, aunque parecían seguir embarcados todavía en misiones de importancia, pues se habían enterado justo antes de marcharse de un plan demencial que incluía contenedores llenos de moneda de Estados Unidos que eran transbordados en barcos, o eso se pensaba, a Hong Kong. El tráfico de dinero en dólares dentro del país habitualmente acababa en largos años penando en una prisión militar, pero con el dinero físicamente en aguas internacionales, según diversos expertos en chorradas que conocían, la situación sería distinta.

Se lo habían contado a Lourdes y Motella en el vuelo a Kai Tak, bastante idos a causa de los Darvons, el *speed*, la cerveza PX, la hierba vietnamita y el café de aeropuerto, hasta el punto de ser completamente incapaces de mantener la charla habitual de un vuelo, por lo que, según explicaban las chicas, en cuanto se apagaron las luces de los cinturones de seguridad, Lourdes y Joaquín por un lado, y Motella y Cookie por otro, se encontraron en lavabos contiguos follándose hasta reventar. El jugueteo prosiguió durante la escala en Hong Kong, mientras los containers con el dinero eran cada vez más difíciles de localizar, por no decir de creer en su existencia, aunque Cookie y Joaquín intentaban, siempre que se lo permitía una pausa en su diversión, proseguir una búsqueda cada vez menos entusiasta.

El Club Asiatique estaba en San Pedro, frente a Terminal Island, con una vista filtrada del Vincent Thomas Bridge. Por la noche parecía cubierto, en cierto sentido protegido, por algo más profundo que una sombra, una expresión visual de la convergencia, desde todo el Pacific Rim, de innumerables necesidades de hacer negocios que pasaran inadvertidos.

La cristalería detrás de la barra, que en otro tipo de local habría parecido demasiado deslumbrante, adquiría aquí el resplandor borroso y frío de las imágenes de los televisores baratos en blanco y negro. Camareras en cheongsams de seda negra estampados con flores rojas tropicales se deslizaban sobre tacones altos, llevando copas altas y estrechas engalanadas con orquídeas naturales, rodajas de mango y pajitas de plástico de un vívido color aguamarina moldeadas para que parecieran bambú. En las mesas, los clientes se inclinaban los unos hacia los otros y luego se apartaban, en ritmos pausados, como plantas submarinas. Los parroquianos habituales bebían tragos de sake caliente acompañados de champán helado. El aire estaba cargado del humo de las pipas de opio y de cannabis, así como de los cigarrillos de clavo. Puritos malayos y los Kools típicos de las instituciones penitenciarias, pequeños focos resplandecientes de conciencia latiendo con mayor o menor intensidad por todas partes en la

penumbra. En la planta inferior, para todos los nostálgicos de Macao y de las diversiones de Felicidad Street, una exclusiva partida de fantan estaba en marcha día y noche, así como otras de mahjong y un Go de a dólar la piedra en varios apartados detrás de cortinas de cuentas.

—A ver Doc, colega —le advirtió Motella mientras entraban en un apartado que tenía tapicería de piel de tigre estampada con esmalte de uñas púrpura y vívido color de orín—, recuerda que Lourdes y yo lo pagamos todo, así que esta noche sólo hay copas de garrafón, nada de esa mierda con sombrillitas. —A Doc y a le iba bien, dada la disparidad de ingresos y todo lo demás.

Cookie y Joaquín se presentaron justo cuando la banda del local se iba metiendo poco a poco en una versión acelerada de *People Are Strange (When You're a Stranger)* de los Doors, luciendo panamás de ala ancha, gafas de sol de diseño falsas, y trajes de calle blancos sacados de algún estante del Kaiser Estates, de Kowloon, y entraron despaaacio, al paso, adelantando un pie por compás, cada uno meneando un dedo en el aire, hasta las zonas sin eco del club.

—¡Joaquín! ¡Cookie! —los llamaron las chicas—. ¡Guau! ¡Quédate! ¡Qué estilazo tan chachi! —y todo lo demás. Aunque pocos hombres pueden sentirse tan a gusto con sus vidas para que no les complazca un halago público como ése, Doc también vio que Joaquín y Cookie se miraban uno al otro pensando: Mierda, tío, me pregunto cómo lo hace.

—Voy a tener que marcharme a toda prisa, *mes chéries* —tronó Cookie, enterrando una mano en el pelo afro de Motella y dándole un beso de cierta duración.

—No es nada personal —añadió Joaquín—, una especie de viaje de negocios sin previo aviso. —Y envolvió a Lourdes en un abrazo más apasionado si cabe, interrumpido por un conocido fraseo del bajo de la banda, cuyos músicos tocaban escondidos en un bosquecillo de palmeras de interior.

—¡Muy bien! —Motella agarró a Cookie por la corbata, que tenía una imagen de un florido paisaje lacustre del Pacífico en colores psicodélicos—. ¡Cuerpo a tierra!

A los dos segundos, Joaquín había desaparecido debajo de la mesa.

—¿Qué es esto? —Lourdes mantenía la compostura.

—Un rollo psicológico de 'Nam —dijo Cookie alejándose bailando—, cada vez que la gente dice eso, él lo hace.

—No pasa nada, amigos —gritó Joaquín, que se había pasado la guerra intentando ganar dinero y sería incapaz de reconocer una Zona de Aterrizaje ni aunque se cayera de culo en medio en pleno fuego cruzado—. Me gusta estar aquí abajo, no te importa, ¿verdad que no, 'mi amor'?

—Supongo que podría tomármelo como si saliera con alguien muy bajito —dijo ella con los brazos cruzados y una espléndida sonrisa, que era tal vez un poco más alta de un lado de la boca que del otro.

Una pequeña y perfecta gota de rocío asiática con el uniforme de la casa, que vista más de cerca podría haber sido Jade, se acercó a Doc.

—Hay un par de caballeros —murmuró— que tienen muchas ganas de ver a estos chicos, hasta el punto de agitar billetes de veinte a derecha e izquierda.

Joaquín asomó la cabeza desde debajo del mantel.

—¿Dónde están? Les señalaremos a otros y tendremos veinte dólares más.

—Cuarenta —le corrigió Lourdes.

—En circunstancias normales sería un plan sensato —dijo Motella volviendo con Cookie—, pero resulta que aquí os conocen todos y, para colmo, ahí vienen los tipos en cuestión.

—Oh, mierda, es Blondie-san —dijo Cookie—. ¿A ti te parece cabreado? Sí, creo que está cabreado.

—Qué va —respondió Joaquín—, él no, pero no estoy tan seguro del socio que lo acompaña.

Blondie-san llevaba un biseñé rubio que no habría engañado a una *'abuelita'* de South Pas, y un traje negro de ejecutivo cuyo corte recordaba vagamente su relación con la mafia. Con aire estrafalario, ojos irritados y fumando sin parar cigarrillos japoneses baratos, le acompañaba un corpulento matón yakuza llamado Iwao, la pureza espiritual de cuyos dan en artes marciales se había visto cuestionada hacía mucho debido a su gusto por partir crismas sin que le provocaran, y no paraba de mirar a todas partes, arrugando la cara como si intentara averiguar quién sería su primera víctima ahí.

A Doc le molestaba ver a alguien tan confuso. Además, cuanto más se enzarzaban Cookie y Joaquín en su discusión con Blondie-san, menos atención prestaban a Lourdes y Motella, lo que desquiciaba cada vez más a las damas, volviéndolas susceptibles a esos grandiosos desastres emocionales que a ambas parecían deleitar. Nada de todo aquello presagiaba nada bueno.

Entonces volvió a aparecer Jade.

—Me pareció que eras tú —dijo Doc—, aunque no puede decirse que hayamos estado regodeándonos en un exceso de contacto visual. Recibí tu nota en la oficina, pero ¿por qué tuviste que largarte corriendo? Podríamos haber dado una vuelta, ya sabes, fumar algo de mierda...

—¿Con esos malos bichos en un Barracuda que nos llevaban pisando los talones desde Hollywood? Podrían ser cualquiera y no queríamos meterte en más problemas de los que tienes, así que fingimos que estábamos allí por los chutes de B₁₂ y supongo que eso nos aceleró un poco, así que cuando te vimos nos pusimos paranoicas y nos largamos.

—Más vale que no estéis pidiéndoos Singapore Slings ahí —les advirtió Motella—, nada de esos cócteles de mierda.

—Es una antigua compañera de clase, estábamos recordando los bailes de fin de curso, la clase de geometría, relájate, Motella.

—¿Y a qué escuela ibais, a Tehachapi?

—Oooh —soltó Lourdes. Las chicas estaban a punto de estallar, y la bebida fuerte no mejoraba su humor.

—Nos vemos fuera —susurró Jade, y se alejó sobre sus tacones altos.

La casi total ausencia de alumbrado en el aparcamiento podría haber sido deliberada, para insinuar intrigas y amoríos orientales, aunque también parecía la escena de un crimen a la espera del siguiente asesinato. Doc reparó en un descapotable Fireflite del 56, que parecía respirar hondo, como si hubiera venido a toda pastilla hasta aquí recogiendo anfetos por el camino, y empezó a darle vueltas a cómo podía levantar discretamente el capó y echar aunque sólo fuera un vistazo al motor hemí, cuando apareció Jade.

—No puedo quedarme aquí mucho tiempo. Estamos en territorio del Colmillo Dorado y una chica no tiene por qué querer meterse en líos con esa gente.

—¿Es el mismo Colmillo Dorado del que me advertiste que me cuidara en tu nota? ¿Qué es, una banda?

—Más quisiera. —Hizo el gesto de « mis labios están sellados» .

—¿No vas a decírmelo después del « cuidado con» y todo lo demás?

—No, en realidad sólo quería decirte lo mucho que lo lamento. Me siento una mierda por lo que hice...

—Que fue..., dímelo otra vez.

—¡No soy ninguna soplona! —gritó—. Los polis nos dijeron que retirarían los cargos si te poníamos en la escena, y ellos ya sabían que estabas allí, así que, ¿qué mal hacíamos?, y yo debía de estar cagada de miedo y, de verdad, Larry, no sé, lo siento, lo siento mucho.

—Llámame Doc, es más guay, Jade; tuvieron que soltarme y ahora se limitan a seguirme por todas partes, eso es todo. Ten. —Encontró un paquete de pitillos, le dio unos golpes con el canto de la mano, se lo acercó, ella sacó uno, lo encendió.

—Ese poli... —dijo ella.

—Supongo que te refieres a Bigfoot.

—Menudo pedazo de caca retorcida, el tío.

—Por casualidad, ¿no irá alguna vez a vuestro salón?

—Se pasaba de vez en cuando, no como lo haría un poli, no como si esperara consumiciones gratis o lo que fuera... Si el tipo sacaba algo debía de ser más bien por un trato privado con el señor Wolfmann.

—Y..., no te lo tomes como algo personal, pero... ¿fue Bigfoot en persona el que me subió al Buenas Noches Express o subcontrató la faena?

Ella se encogió de hombros.

—Me perdí esa parte. Bambi y yo estábamos tan histéricas con toda la

brigada de cabrones haciendo ruido por allí, que no nos quedamos.

—¿Y qué me dices de esos nazis de chirona que se suponía que protegían a Mickey?

—Atestaban hasta el último rincón del local y, de repente, desaparecieron. Una pena. Fuimos su maldito economato militar durante un tiempo, incluso ya éramos capaces de distinguirlos.

—¿Desaparecieron todos? ¿Eso sucedió antes o después de que empezara la diversión?

—Antes. Fue como en una redada, cuando la gente está avisada y sabe de antemano qué va a pasar. Todos se largaron menos Glen, él fue el único que... —hizo una pausa como si se esforzara por recordar la palabra— se quedó. —Dejó caer el cigarrillo sobre el asfalto y lo aplastó con la puntera afilada del zapato—. Escúchame, hay alguien que quiere tener unas palabras contigo.

—Quieres decir que debería largarme pitando.

—No, él cree que os podéis echar una mano mutuamente. Es nuevo por aquí, ni siquiera estoy segura de cómo se llama, pero sé que está metido en algún lío. —Ella volvió adentro.

De entre las brumas que penetraban en la tierra desde el mar y que envolvían ese tramo de costa emergió entonces otra figura. Doc no era de los que se asustan fácilmente, pero aun así deseó no haberse quedado. Reconoció al tipo por la polaroid que le había dado Hope. Era Coy Harlingen, recién regresado del otro mundo, donde la muerte, junto con sus efectos secundarios, había destruido el menor sentido de la moda que el saxo tenor hubiera tenido antes de la sobredosis, lo que se concretaba en un mono de pintor, una camisa rosa de botones de los años cincuenta, una estrecha corbata negra de punto y viejas botas puntiagudas de cowboy.

—¿Qué tal, Coy?

—Habría ido a tu oficina, tío, pero pensé que me encontraría miradas poco amistosas. —Doc debía de necesitar una trompetilla o algo así, porque, aparte de las sirenas y campanas de la bahía, Coy también mostraba cierta tendencia a hablar con un casi inaudible murmullo de yonqui.

—¿Y aquí fuera te parece bastante seguro para ti? —preguntó Doc.

—Encendamos esto y simulemos que hemos salido a fumárnoslo.

María indica asiática, de intenso aroma. Doc se preparó por si se caía de culo, pero en vez de eso percibió un perímetro de claridad en el que no le costaba mucho mantenerse. El resplandor en la punta del canuto se desvaía en la niebla y no paraba de cambiar de color, entre el naranja y el rosa fuerte.

—Se supone que estoy muerto —dijo Coy.

—También corre el rumor de que no lo estás.

—Pues no es buena noticia. Estar muerto forma parte de las exigencias de imagen de mi trabajo. Digamos que es lo que hago.

—¿Y trabajas para esta gente del club?

—No lo sé. A lo mejor, sí. Es a donde vengo a recoger el cheque de la paga.

—¿Dónde te alojas?

—En una casa en Topanga Canyon. Con una banda para la que tocaba, los Boards. Pero ninguno de ellos sabe que soy yo.

—¿Cómo es posible que no se den cuenta?

—Ni siquiera cuando estaba vivo sabían que era yo. «El saxofonista», poco más, el músico de sesión. Además, con los años el personal ha cambiado muy a menudo, y los Boards con los que yo tocaba se han ido casi todos, y han formado otras bandas. Sólo quedan un par del viejo grupo, y lo están pasando mal, o a lo mejor han tenido suerte y sufren los estragos de la mala memoria de los fumetas.

—Lo que se cuenta es que la cagaste por culpa de caballo chungo. ¿Sigues dándole?

—No. Dios. No, últimamente estoy limpio. Estuve en un sitio cerca... —Un largo silencio y una mirada fija mientras Coy se preguntaba si había hablado de más e intentaba hacerse una idea de cuánto sabía Doc—. Mira, te agradecería si...

—No pasa nada —dijo Doc—. No te oigo muy bien, así que ¿cómo voy a hablar de lo que no he oído?

—Claro. Quería verte por cierto asunto. —Doc creyó captar un tono en la voz de Coy... no exactamente acusador, pero que aun así responsabilizaba a Doc de alguna injusticia mayor.

Doc contempló el rostro de Coy, que sólo se veía con claridad intermitentemente; las gotas de niebla se condensaban en su barba y brillaban a la luz del Club Asiatique, formando un millón de pequeños halos distintos que irradiaban en todos los colores del espectro, y comprendió que, aparte de quién pudiera ayudar a quién en esta historia, iba a tener que emplear cierto tacto con él.

—Lo siento, tío. ¿Qué puedo hacer por ti?

—No sería nada chungo. Sólo me preguntaba si podías echar un ojo a un par de personas. Una mujer y una niña pequeña. Ver si están bien. Eso es todo. Y sin que nadie sepa de mí.

—¿Dónde viven?

—¿En Torrance? —Le pasó un trozo de papel con la dirección de Hope y Amethyst.

—Me queda a un paso en coche, probablemente ni tenga que cobrarte el kilometraje.

—No hace falta que entres ni que hables con nadie, sólo que compruebes si siguen viviendo ahí, qué hay en el camino de entrada, quién entra o sale, si hay policías a la vista, cualquier detalle que te parezca interesante.

—Lo capto.

—Ahora mismo no puedo pagarte nada.

—Ya me pagarás cuando puedas. Cuando te venga bien. A no ser que seas uno de esos que creen que la información es dinero..., en cuyo caso, podría preguntarte...

—Teniendo en cuenta que o bien no lo sabré o bien me jugaría el cuello si te contara algo, ¿qué quieres saber?

—¿Has oído hablar del Colmillo Dorado?

—Claro. —¿Había notado Doc cierta vacilación en la voz?, ¿cuánto tiempo es demasiado tiempo?—. Es un barco.

—No me digas, qué interesante —cantó Doc más que habló, al modo que hacen los californianos para indicar que lo que les han dicho no les interesa nada. ¿Desde cuándo tienes que cuidarte de un barco?

—Lo digo en serio. Una goleta, me parece que dijeron. Mete y saca material del país, pero nadie dice exactamente qué. Aquel tipo japonés rubio de esta noche que se presentó con el matón, ¿el que estaba hablando con tus amigos? Él lo sabe.

—Porque...

En lugar de responder, Coy asintió sombríamente por encima del hombro de Doc, señalando por el aparcamiento hacia el canal principal y la Bahía Exterior más allá. Doc se dio la vuelta y le pareció ver algo blanco moviéndose. Pero la niebla que llegaba desde el océano hacía que todo resultara engañoso. Cuando llegó a la calle, no había nada que ver.

—Era ése —dijo Coy.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi entrar en la bahía. Llegó casi a la misma hora que yo esta noche.

—No sé lo que he visto.

—Yo tampoco. Es más, ni siquiera quiero saberlo.

De vuelta dentro, a Doc le pareció que la luz había cambiado a un tono más ultravioleta, porque los loros de su camisa habían empezado a agitarse y batir las alas, a graznar y puede que hasta a hablar, aunque es posible que todo se debiera al canuto. Mientras tanto, Lourdes y Motella se estaban portando peor que mal, y habían optado por agredir a un par de chicas malas locales en un ataque concertado, por lo que los camareros y camareras, manteniéndose en la semivisibilidad, habían reubicado un par de mesas para hacer sitio, y los clientes se habían congregado alrededor para dar ánimos. Se desgarraron los vestidos y se destrozaron los peinados, la piel quedó al descubierto, y se hacían y deshacían muchas llaves con subtextos sexuales: los habituales atractivos de las peleas de chicas. Cookie y Joaquín seguían enfrascados en su conversación con Blondiesan. Iwao el matón estaba ocupado mirando a las chicas. Doc se acercó hasta poder oírles.

—Acabo de tener una conferencia por satélite con los socios —decía Blondie-san— y la mejor oferta es tres por unidad.

—A lo mejor vuelvo y me reengancho —murmuró Joaquín—, sacaré más de la prima militar que de esto.

—Sólo se está poniendo emotivo —dijo Cookie—, lo aceptamos.

—Lo aceptas tú, 'ése', yo, ni hablar.

—No hace falta que os recuerde —dijo Blondie-san con un tono de siniestra diversión— que se trata del Colmillo Dorado.

—Más vale no buscarse problemas con ningún Colmillo Dorado —convino Cookie.

—¡'Caaa-rajo'! —Joaquín tuvo que mirar dos veces—, ¿qué coño están haciendo esas chicas ahí?

Doc llamó a Sauncho al día siguiente y le preguntó si por un casual sabía algo de un barco llamado *Colmillo Dorado*.

Sauncho reaccionó poniéndose cada vez más raro y evasivo.

—Antes de que me olvide..., ¿era un anillo de diamantes lo que llevaba Ginger en el último episodio?

—Seguro que no estabas, esto...

—Eh, que estaba sobrio, lo que pasa es que no pude verlo bien. ¿Y qué me dices de esas miradas de tortolita al Capitán? Ni siquiera sabía que estaban saliendo.

—Debo de habérmelo perdido —dijo Doc.

—A ver, quiero decir que siempre imaginé que ella acabaría con Gilligan, no sé muy bien por qué.

—Nanay ..., Thurston Howell III.

—Vamos, vamos. Él nunca se divorciaría de Lovey.

Siguió un latido de incómodo silencio mientras ambos hombres se percataban de que toda la conversación podía leerse en clave de lo que estaba pasando con Shasta Fay y Mickey Wolfmann y, por increíble que pueda parecer, incluso con el propio Doc.

—La razón por la que pregunto por ese barco —dijo Doc finalmente— es..., es que...

—Vale, a ver —dijo Sauncho con cierta brusquedad—, ¿conoces el muelle de yates en San Pedro? Hay un pequeño restaurante de pescado llamado Belaying Pin, quedamos allí para comer. Te contaré lo que pueda.

Por el olor que le alcanzó cuando entró, Doc no habría clasificado al Belaying Pin entre los tugurios de marisco más preocupados por la salud alimentaria. Sin embargo, la clientela no resultaba tan fácil de clasificar.

—No se trata exactamente de nuevos ricos con dinero nuevo —sugirió Sauncho—, sino más bien, diría yo, de deudas nuevas. Todo lo que poseen, incluidos sus veleros, lo han comprado con tarjetas de crédito emitidas por instituciones de lugares como Dakota del Sur, de esas tarjetas que te mandan si las pides por correo rellenando el dorso de una caja de cerillas. —Se abrieron paso entre la plasticocracia tarjetera de los tipos de los yates sentados a mesas hechas de coberturas de escotillas hasta un apartado del fondo con una ventana

que daba al mar—. Al Pinò me gusta traer a los clientes muy especiales, y también pensé que te interesaría la vista.

Doc se asomó por la ventana.

—¿Es eso lo que creo que es?

Sauncho llevaba unos antiguos gemelos de la segunda guerra mundial colgados de una cinta alrededor del cuello. Se los quitó y se los pasó a Doc.

—Te presento la goleta *Colmillo Dorado*, recién llegada de Charlotte Amalie.

—¿Dónde está eso?

—En las Islas Vírgenes.

—¿El Triángulo de las Bermudas?

—Bastante cerca.

—Un bajel de buen tamaño.

Doc observó las líneas elegantemente trazadas pero con algo de, cómo decirlo..., con algo de *inhumanas* del *Colmillo Dorado*: todo en la goleta relucía tal vez demasiado a propósito, con más antenas y cúpulas de radar de los que posiblemente podría utilizar cualquier barco, sin ninguna bandera que indicara su origen nacional a la vista, con las cubiertas de abrigo de teca o tal vez de caoba, aunque no era probable que estuvieran destinadas a la relajación con unas cañas de pescar y otras de cerveza.

—Tiene cierta propensión a presentarse de imprevisto en plena noche —dijo Sauncho—, sin las luces encendidas, sin comunicaciones de radio.

Los enterados de la zona, persuadidos de que sus visitas estaban relacionadas con la droga, merodeaban esperanzados un par de días, pero no tardaban en marcharse, entre murmullos sobre «intimidación». Quién la ejercía, nunca quedó muy claro. El práctico del puerto iba de un lado a otro presa de los nervios, como si le hubieran coaccionado para no reclamar las tasas que se aplicaban a los barcos en tránsito, y cada vez que se ponía en marcha la radio de la oficina se le veía sobresaltarse violentamente.

—Y bien, ¿quién es el capitoste de la mafia propietario de eso? —A Doc no le parecía que hiciera ningún daño preguntándolo.

—La verdad, habíamos pensado en contratarte para averiguarlo.

—¿A mí?

—Va por días.

—Pensaba que vosotros estabais al tanto de todo esto, Saunch.

Desde hacía años, Sauncho había realizado un atento seguimiento de la comunidad de veleros del sur de California, según ésta iba, venía y cambiaba; al principio, lo hizo sintiendo el inevitable odio de clase que esas embarcaciones, pese a toda su belleza con las velas desplegadas, inspiraban en aquellos con ingresos medios, pero luego el aborrecimiento evolucionó hacia fantasías sobre navegar con alguien, puede que incluso con Doc, en un pequeño velero Snipe o en un Lido al menos.

Según resultó, su bufete, Hardy, Gridley and Chatfield, había sentido una intensa, casi obsesiva, curiosidad por el *Colmillo Dorado* desde hacía tiempo. El historial de seguros de la goleta era un ejercicio de mixtificación, que obligaba a los desconcertados pasantes, e incluso a los abogados, a remitirse directamente a teóricos del derecho del siglo XIX como Thomas Arnauld y Theophilus Parsons, por lo general a gritos. Los tentáculos del pecado y el deseo y el extraño karma mundano que constituye la esencia misma del derecho marítimo se extendían por todas las áreas de la cultura de navegación del Pacífico, y de ordinario no habría requerido más que una fracción del presupuesto de entretenimiento del bufete, invertido en un cuidadosamente seleccionado puñado de bares marinos de la zona, el descubrir lo que quisieran gracias a charlas nocturnas, a historias que corrian por Tahití, Moorea o Bora-Bora, a nombres de oficiales granujas y bajeles legendarios que se dejaban caer entre trago y trago, y averiguar así lo que había sucedido, o podría haber sucedido, a bordo, y quién rondaba todavía los camarotes, y qué antiguo karma seguía sin vengar, esperando que llegara su momento.

—Me llamo Chlorinda, ¿qué va a ser? —Una camarera ataviada con una combinación de chaqueta Nehru y blusa con estampado hawaiano, sólo lo bastante larga para considerarla un minivestido, y que emitía una sucesión de vibraciones que no ayudaban precisamente a agudizar el apetito de nadie.

—De normal, pediría el Admiral's Luau —dijo Sauncho, con más timidez de la que Doc habría esperado—, pero hoy me parece que pediré sólo el filete de anchoa de la casa para empezar y, mmm, un filete de manta, ¿me lo pueden servir en un rebozado de cerveza bien frito?

—El estómago es suyo, ¿verdad? ¿Y usted qué, amiguito?

—Humm —Doc examinó el menú—. No sé, ¿con tantos *manjares!* — Mientras, Sauncho le daba patadas por debajo de la mesa.

—Si mi marido se atreviera a comer algo de esta mierda, lo echaría a patadas y tiraría por la ventana todos sus álbumes de Iron Butterfly detrás de él.

—Una cuestión peliaguda —se apresuró a decir Doc—, las croquetas *teriyaki* de medusa, supongo; y la anguila *Il trovatore*.

—¿Y para beber, caballeros? Supongo que querrán estar cargados y confusos cuando todo *esto* les llegue. Les recomendaría los Tequila Zombis, suben bastante rápido. —Se alejó cabreada y con el ceño fruncido.

Sauncho había estado mirando la goleta.

—Mira, de esta embarcación es difícil averiguar nada. La gente se acobarda, cambia de tema, incluso, no sé, le entra escalofríos, se va al váter y no se la vuelve a ver. —Una vez más, Doc creyó ver en la expresión de Sauncho un extraño matiz de deseo—. En realidad, ni siquiera se llama *Colmillo Dorado*.

No, el nombre original del barco era *Preserved*, que le pusieron después de

salvarse milagrosamente en 1917 de una tremebunda explosión de nitroglicerina en el puerto de Halifax que había volado casi todo lo demás, carga y almas. La *Preserved* era una goleta de pesca canadiense que, más adelante, durante los años veinte y los treinta, también consiguió fama de rápida en las regatas compitiendo regularmente con otras de su clase, entre ellas, al menos en dos ocasiones, la legendaria *Bluenose*. Poco después de la segunda guerra mundial, mientras las goletas de pesca eran sustituidas por embarcaciones con motores diesel, la compró Burke Stodger, una estrella de cine de la época que, al poco, fue incluido en la lista negra por cuestiones políticas y se vio obligado a subir al barco y dejar el país.

—Que es donde entra el Triángulo de las Bermudas —contaba Sauncho—. En algún punto entre San Pedro y Papeete, el barco desaparece, al principio todo el mundo da por sentado que lo ha hundido la Séptima Flota, cumpliendo órdenes directas del Gobierno estadounidense. Ni que decir tiene, los republicanos en el poder niegan cualquier participación, la paranoia se dispara, hasta que un día, un par de años más tarde, el barco y su propietario reaparecen de repente: la *Preserved* lo hace en el océano de enfrente, cerca de Cuba, y Burke Stodger, en la primera plana del semanario *Variety*, en un reportaje que informa de su regreso a las pantallas en un proyecto de gran presupuesto de un importante estudio llamado *Commie Confidential*. Mientras tanto, como movida por fuerzas ocultas, la goleta fue trasladada de inmediato al otro lado del planeta, y se renovó de proa a popa, incluyendo la eliminación de cualquier rastro de alma, para convertirla en lo que ves ahí. Los propietarios, según consta, son un consorcio con sede en las Bahamas, y la han rebautizado como *Colmillo Dorado*. Eso es todo lo que sabemos hasta ahora. Yo sé por qué me interesa el barco, pero ¿a qué viene tu interés?

—Una historia que escuché el otro día. Tal vez algo relacionado con contrabando.

—Contrabando..., sí, eso sería una manera de explicarlo. —El habitualmente despreocupado abogado parecía hoy un poco abatido—. Otra sería que más valdría que hubiera saltado hecha pedazos en Halifax hace cincuenta años antes que encontrarse en la situación en que está ahora.

—Sauncho, cambia esa expresión tan rara de la cara, tío, que me estás quitando el hambre.

—Te lo pregunto de abogado a cliente: esa historia que te contaron, ¿no incluiría por un casual también a Mickey Wolfmann?

—No hasta ahora, ¿por qué?

—Según los rumores, poco antes de su desaparición, se vio a nuestro promotor favorito subir a bordo del *Colmillo Dorado*. Se dio una vuelta por el océano y regresó. Lo que el Capitán de *Gilligan* llamaría «un tour de tres

horas» .

—Y, espera, no me digas que lo acompañó su encantadora amiga...

—Creía que ya no te interesaba ese triste rollo. A ver, déjame que te pida un pelotazo de cerveza y whisky o algo que combine bien con ese Zombi, no vayas a empezar con la sórdida historia desde el principio otra vez.

—Sólo preguntaba..., bueno, así que todos volvieron, nadie fue arrojado por la borda ni nada por el estilo.

—Pues por extraño que parezca, mi fuente en el juzgado federal dice que sí vio caer algo por la borda. Puede que no fuera una persona, a él le parecieron más bien contenedores con pesos, es posible que fuera lo que llamamos *lagan*, la mercancía que hundes a propósito para volver luego y recuperarla.

—¿Y qué hacen, dejan una boya o algo así para señalar el lugar?

—Hoy en día todo es electrónico, Doc, señalas tu posición de latitud y longitud en las coordenadas Loran, y luego, cuando quieres afinar más cerca, pasas un sónar.

—Lo has dicho como si quisieras salir y echar un vistazo en persona.

—No, más bien como un civil que va de excursión. La gente del juzgado que sabe que estoy... —Pensó la palabra.

—Interesado.

—Por decirlo bonito. Mientras no digas obsesionado...

Si fuera por una chica, tal vez, pensó Doc esperando que no se le movieran los labios.

Como era habitual últimamente, Fritz estaba al fondo, en la sala de ordenadores, revisando datos. Tenía esa expresión en la cara de «pregúntame si me importa un carajo» que Doc había visto antes en los recién llegados al fantabuloso mundo del comportamiento adictivo.

—Se dice por ahí que tu novia se ha largado del país, lamento ser yo el que te da la noticia.

A Doc le sorprendió la intensidad de la punzada rectogenital que le recorrió.

—¿Y adónde ha ido?

—No se sabe. Se la vio a bordo de lo que los federales llaman un barco de interés, de interés para ellos, se entiende..., y puede que para ti.

—Oh, oh. —Doc miró el listado impreso y vio el nombre de *Colmillo Dorado*

—, ¿Y has conseguido esto de un ordenador que está enanchado a tu red?

—Esto en concreto procede de la Biblioteca Hoover de Stanford, es una colección de expedientes antisubversivos. Ten, lo he imprimido todo. —Doc fue a la oficina de delante y se sirvió una taza de la cafetera, tras lo cual, Milton, el contable, que se había estado comportando de una manera extraña últimamente, se enzarzó en una discusión con Fritz sobre si el café de Doc tenía que cargarse a

viajes y esparcimiento o a los gastos generales de la empresa. Gladys, la secretaria, subió el estéreo del despacho, donde por casualidad sonaba Blue Cheer, bien para ahogar el ruido de la discusión, bien para sugerir amablemente que todo el mundo cerrara el pico. Entonces Fritz y Milton empezaron a chillarle y ella les respondió con más gritos. Doc se encendió un canuto y empezó a leer el expediente, que había sido confeccionado por un servicio de espionaje privado conocido como el American Security Council, que, según Fritz, trabajaba en Chicago desde el 55, más o menos.

El listado contenía una historia resumida de la goleta *Preserved*, un buque de mucho interés para la comunidad antissubversiva por su rendimiento en alta mar. En la época de su reaparición en el Caribe participó en cierta misión de espionaje contra Fidel Castro, quien por entonces se movía por las montañas de Cuba. Más tarde, ya con el nombre de *Colmillo Dorado*, iba a resultar muy útil en las intervenciones anticomunistas en Guatemala, África Occidental, Indonesia y otros lugares cuyos nombres habían sido tachados. A menudo admitía como cargamento a «agitadores» locales secuestrados, a los que no se volvía a ver. La expresión «interrogatorio hasta el fondo» surgía una y otra vez. Transportó heroína de la CIA desde el Triángulo Dorado. Monitorizó las comunicaciones de radio de costas enemigas y las envió a departamentos de Washington D.C. Transportó armas a guerrillas anticomunistas, entre ellas las de la desafortunada operación de Bahía Cochinos. La cronología saltaba entonces hasta la actualidad e incluía el día de la excursión de Mickey Wolfmann antes de desaparecer, así como la partida de la goleta la semana anterior desde San Pedro con la conocida acompañante de Mickey Wolfmann, Shasta Fay Hepworth, a bordo.

Que Mickey, conocido y generoso contribuyente a las campañas de Reagan, participara en alguna cruzada anticomunista no era ninguna sorpresa. Pero ¿hasta qué punto estaba involucrada Shasta? ¿Quién había organizado su salida del país a bordo del *Colmillo Dorado*? ¿Había sido Mickey? ¿O acaso otro, en pago por sus servicios por haber ayudado a secuestrar a Mickey? ¿Se había metido en un lío tan gordo que la única salida fue tender una trampa al hombre que supuestamente amaba? ¡Qué mal rollo, tío! Qué mal. Qué rollo.

Todo eso suponiendo que ella quisiera irse. Quizás en realidad quería quedarse donde estaba, fuera donde fuese, y Mickey se interponía, o tal vez estaba viéndose a escondidas con el novio de Sloane, Riggs, y tal vez Sloane se enteró e intentaba vengarse engañando a Shasta para cargarle con el asesinato de Mickey, o tal vez éste tenía celos de Riggs y quiso cargárselo pero falló el tiro y quienquiera que hubiera contratado para el trabajo se presentó y mató accidentalmente a Mickey, o tal vez lo hizo a propósito porque *el hasta ahora desconocido asesino a sueldo en realidad quería fugarse con Sloane...*

—¡Ajjj!

—Mierda de la buena, ¿no? —Fritz le devolvió la colilla de un canuto que

ardía despacio en una pinza, lo único que quedaba de lo que habían fumado.

—Defineme «de la buena» —murmuró Doc—, se me está calentando tanto la cabeza que se me va a chamuscar, ten.

Fritz se rió un buen rato.

—Sí, los detectives privados deberíais manteneros alejados de las drogas, todos esos universos alternativos sólo sirven para complicar el trabajo.

—Pero ¿qué me dices de Sherlock Holmes? Tomaba coca a todas horas, le ayudaba a resolver los casos.

—Ya, sí, pero él no era... real, ¿no?

—¿Cómo? Sherlock Holmes era...

—Era un personaje inventado de un montón de cuentos, Doc.

—Ehh..., qué va. No, es real. Vive en esa dirección auténtica de Londres. Bueno, puede que ya no, eso pasó hace años, supongo que ya debe de haber muerto.

—Anda, pasémonos por Zucky's; no sé a ti, pero a mí de repente me ha entrado una gusa de lo que Cheech y Chong llamarían *matzo-ball-jones*.

Al entrar en la legendaria delicatessen de Santa Mónica fueron sometidos al escrutinio de un montón de frikis de ojos enrojecidos y de todas las edades que parecían estar esperando a alguien. Al cabo de un rato, Magda se presentó con el habitual Zucky burger y patatas fritas, rollo de ternera en centeno, ensalada de patatas, el refresco de apio Cel-Rays del Dr. Brown, además de otro cuenco de encurtidos y chucrut, y con un aire más autoritario de lo habitual.

—El antro está a punto de reventar —comentó Doc.

Ella recorrió el local con la mirada.

—Frikis de *Marcus Welby*. ¿Te has fijado alguna vez que el rótulo de Zucky's aparece durante medio segundo en los créditos del principio? Si parpadeas, te lo pierdes, pero es más que suficiente para esta gente, que viene preguntando cosas como si esa que está aparcada ahí fuera es la motocicleta del doctor Steve Kiley, y dónde está el hospital, y que, por si fuera poco —subió la voz a medida que se alejaba de la mesa—, se quedan de piedra cuando no encuentran Cheetos o Twinkies en el jodido menú.

—Al menos no son seguidores de *Patrulla juvenil* —gruñó Doc.

—Qué pasa —se quejó con inocencia Fritz—, es mi serie favorita.

—Es propaganda a favor del mierdoso control mental de la pasma. Chivaos de vuestros amigos, chicos, el capitán os regalará un pirulí.

—Mira, me crié en Temecula, que es Territorio de Krazy Kat, donde siempre animamos a Ignatz y no al oficial Pupp.

Se dedicaron a atiborrarse durante un buen rato y, olvidándose de si habían pedido algo más, hicieron volver a Magda, pero cuando llegó ya no se acordaban de para qué la habían llamado.

—Porque los investigadores privados están malditos, tío —dijo Doc

recuperando un hilo que había perdido antes—, se veía venir desde hace años, en las películas, en la tele. Antes estaban todos aquellos grandes investigadores de los viejos tiempos: Philip Marlowe, Sam Spade, el detective de los detectives Johnny Staccato, siempre más listo y más profesional que los polis, siempre resolviendo los crímenes mientras los polis siguen pistas falsas y no hacen más que molestar.

—Aunque aparecen al final para poner las esposas.

—Sí, pero ahora lo único que vemos son polis, la tele está saturada de mierdosas series de polis, que parecen tipos normales, que sólo quieren hacer su trabajo, gente corriente, que no suponen más amenaza para la libertad de nadie que un padre en una *sitcom*. Pues vale. Los espectadores está tan contentos con los pasmas que ruegan que por favor los detengan. Adiós, Johnny Staccato, bienvenido, Steve McGarrett, y ya de paso, por favor, echa mi puerta abajo a patadas. Mientras tanto, aquí, en el mundo real, la mayoría de los sabuesos privados ni siquiera sacamos para pagar el alquiler.

—¿Y por qué sigues en la profesión? ¿Por qué no te pillas una casa flotante en el delta de Sacramento y fumas, bebes, pescas, follas, ya sabes, lo que hacen los viejos?

—No te olvides de mear y quejarse.

Se acercaba el amanecer, los bares acababan de cerrar o estaban haciéndolo, delante de Wavos todo el mundo estaba o bien sentado en las mesas a lo largo de la terraza, adormilado, con las cabezas sobre gofres dietéticos o cuencos de chile vegetariano, o bien vomitando por la calle, haciendo que el tráfico de motos pequeñas resbalara en los vómitos y demás. Era finales de invierno en Gordita, pero estaba claro que no hacía el tiempo que cabía esperar. La gente comentaba entre murmullos que el verano no había llegado a la playa hasta agosto, y que ahora posiblemente el invierno no llegaría hasta la primavera. Las ráfagas de vientos de Santa Ana habían estado llevándose todo el smog del centro de L.A., como empujándolo por un embudo entre las colinas de Hollywood y Puente hacia el oeste, atravesando Gordita Beach hasta salir al mar, y la situación se prolongaba desde lo que parecían ya semanas. Los vientos de la costa habían soplado con demasiada fuerza para que se pudiera surfear bien, pero aun así los surfistas madrugaban para contemplar aquel extraño amanecer, que parecía un equivalente para la vista de la sensación que a todos les producía en la piel los vientos, el calor y los rigores del desierto, intensificada por los gases de los tubos de escape de millones de vehículos a motor que se mezclaban con la arena microfina de Mojave para refractar la luz hacia el extremo sangriento del espectro, todo tenue, escabroso y bíblico, cielos que avisaban: «Marinero, ten cuidado». Hasta los timbres del estado para el licor se despegaban sobre los tapones de las botellas de tequila en las tiendas, así de seco era el aire. Los dueños

de las licorerías podían llenar esas botellas con lo que quisieran. Los reactores tomaban la dirección equivocada al despegar en el aeropuerto, y los ruidos de los motores no cruzaban el cielo por donde deberían, y así los sueños de todos estaban desajustados, eso, cuando la gente podía conciliar el sueño. En los pequeños complejos de apartamentos, el viento penetraba angostándose para silbar por los huecos de las escaleras, las rampas y los pasadizos, y las hojas de las palmeras vibraban rozándose con un sonido líquido, de manera que en el interior, en las habitaciones oscurecidas, a la luz tamizada por las persianas, resonaban como un chaparrón, el viento bramaba en la geometría de cemento, las palmeras se golpeaban entre sí con el ímpetu de un aguacero tropical, tanto como para hacerte abrir la puerta y mirar afuera, aunque por supuesto no había más que la misma densidad del día caluroso y despejado, sin lluvia a la vista.

Desde hacía ya unas semanas, San Flip de Lawndale, para quien Jesucristo no sólo era su redentor personal sino también su asesor de surfing, y que utilizaba una tabla de secuoya de la vieja escuela que apenas alcanzaba los tres metros, con una cruz de nácar incrustada encima y dos quillas traseras de plástico de un chillón color rosa por debajo, había estado pidiéndole a un amigo que le acercara en una pequeña motora de fibra de vidrio hasta el Exterior, muy lejos de la costa, para surfear lo que él juraba que era el lugar más acojonante del mundo donde rompían olas, con olas más grandes que las de Waimea, más grandes que la de Maverick costa arriba en Half Moon Bay o las de Todos Santos en Baja. Azafatas de vuelos transpacíficos en su descenso de aproximación a LAX afirmaban haberlo visto allá abajo, surfeando donde no debería haber habido ninguna ola: una figura con pantalones holgados blancos, más blancos de lo que la luz imperante podía explicar... Al atardecer, cuando el sol se ponía ya a sus espaldas, subía de nuevo al ritmo secular de los tugurios de Gordita Beach, se agarraba una cerveza y pasaba el tiempo en silencio, sonriendo a la gente cuando no le quedaba más remedio, esperando a que regresara de nuevo la primera luz del día.

En su guarida de la playa, había una pintura en terciopelo de Jesús surfeando con el pie derecho por delante sobre una tabla toscamente tallada con *outriggers*, que pretendía sugerir un crucifijo, por más que se hubiera practicado poco surf en el mar de Galilea, lo cual no suponía gran problema para la fe de Flip. ¿Qué era «caminar sobre las aguas» sino la expresión con que la Biblia se refería al surf? Una vez, en Australia, un surfista local, que sostenía la lata de cerveza más grande que Flip viera en su vida, incluso le había vendido un fragmento de la Santa Tabla Verdadera.

Como de costumbre, entre los clientes tempraneros de Wavos había diferencia de opiniones acerca de qué era lo que había surfeado el Santo, si es que había surfeado algo. Algunos sostenían la existencia de una geografía *freak* —una montaña submarina o un arrecife exterior sin cartografiar—, otros

hablaban de un extraño suceso atmosférico de los que se dan una vez en la vida, o puede que se tratara de, pongamos, un volcán, un maremoto, en algún lugar muy lejano del Pacífico Norte, cuyas olas, cuando llegaron hasta el Santo, habrían adquirido una cualidad apropiadamente acojonante.

Doc, que también se había levantado temprano, estaba sentado tomando el café de Wavos, del que se rumoreaba que contenía anfetaminas *double-cross whites* molidas, y escuchaba las conversaciones cada vez más frenéticas, pero básicamente observaba al Santo, que como todas las mañanas esperaba que lo acercaran hasta el punto donde rompían las olas. A lo largo de los años, Doc había conocido a un par de surfistas que habían encontrado y cabalgado otras olas ubicadas lejos de la costa, olas que ningún otro tenía lo necesario, ni bajo los pies ni en sus corazones, para surfear, y que salían solitarios cada amanecer, a menudo durante años, sombras proyectadas sobre el agua, dejándose arrastrar sin que los fotografiaran ni grabaran, en cabalgadas de cinco minutos y aún más, prolongadas a través de los túneles bullentes de verdeazul solar, el verdadero e insoponible color de la luz del día. Doc se había fijado en que al cabo de cierto tiempo esos tipos ya no solían presentarse donde los buscaban sus amigos. Largas esperas en cervecerías de tejados frondosos tuvieron que ser perdonadas, novietas de la costa quedaban olvidadas mirando melancólicamente los horizontes y con el tiempo se liaban con civiles del arcén, tasadores de pérdidas, vicedirectores, guardias de seguridad y demás, y aunque el alquiler de las casas abandonadas de esos surfistas se seguía pagando de algún modo y de vez en cuando aparecían luces misteriosas en las ventanas mucho después de que los garitas hubieran cerrado por la noche, y la gente que creía haber visto a esos ausentes tenía que acabar admitiendo que tal vez no eran más que alucinaciones.

Doc tenía al Santo por uno de esos espíritus avanzados. Suponía que Flip surfeara las olas más *freaks* que había encontrado, no tanto impulsado por la locura ni por un deseo de martirio cuanto por un estado de pura y pétrea indiferencia, con el convencimiento profundo y extasiado del creyente religioso que se sabe elegido por Dios para darse un hostiazo desde una ola que sirva de expiación para todos los demás. Y ese día, Flip, como los otros elegidos, estaría en otro sitio, desaparecido incluso de la RUMORES, la Red Universal de Marujadas O Rollos de Surfistas, y esta misma gente que ahora estaba ahí, seguiría sentada en Wavos discutiendo su paradero.

El amigo del fueraborda de Flip se presentó al cabo de un rato, y entre un clamor de comentarios contra los barcos a motor, los dos se marcharon por la colina.

—Bueno, está loco —resumió Flaco the Bad.

—Yo creo que se van por ahí a beber cerveza hasta quedarse dormidos y luego vuelven cuando oscurece —opinó Zigzag Twong, que el año anterior se había cambiado a una tabla más corta y a olas más compasivas.

Ensenada Slim sacudió la cabeza con solemnidad.

—Corren demasiadas historias sobre esa zona de olas. A veces está; a veces no. Casi como si hubiera algo allá abajo, vigilándola. Los surfistas de los viejos tiempos la llamaban el Umbral de la Muerte. No es sólo que te caigas, sino que ella te agarra, casi siempre por detrás, cuando crees que te estás dirigiendo a lo que te parecen aguas seguras o la has cagado interpretando algún detalle obviamente fatal del modo equivocado, y te hunde a tanta profundidad que nunca llegas a la superficie a tiempo de respirar otra vez, y mientras te engulle para siempre, o eso dicen las viejas leyendas, oyes una *desquiciada risa cósmica de los Surfaris* repitiéndose como un eco por el cielo.

Todos en Wavos, incluyendo el reaparecido Santo, procedieron a carcajearse « ¡jo-oo-oooo, Wipeout! », más o menos al unísono, y Zigzag y Flaco empezaron a discutir sobre los dos singles de *Wipeout* y cuál de las versiones, la de la discográfica Dot o la de Decca, incluía la risa y cuál no.

Sortilège, que había estado callada hasta ese momento, mordiéndose la punta de una trenza y dirigiendo enormes y enigmáticas miradas de uno de los teóricos al otro, finalmente metió baza:

—¿Una zona donde rompen olas en medio de lo que se supone es el océano más profundo? ¿Un fondo donde no había fondo antes? Bueno, de verdad, pensadlo bien, a lo largo de la historia ha habido islas en el océano Pacífico emergiendo y hundiéndose, así que, ¿qué pasaría si lo que ha visto Flip por allá es algo que se hundió hace mucho y ahora está emergiendo otra vez a la superficie?

—¿Una isla?

—Oh, una isla, *como poco*.

A esas alturas de la historia de California, la metafísica hippy había saturado a los surfistas hasta tal punto que incluso los clientes de Wavos, algunos al menos, viendo hacia dónde llevaba la conversación, empezaron a mover los pies y a mirar a su alrededor buscando otra cosa que hacer.

—Lemuria otra vez —murmuró Flaco.

—¿Y qué pasa con Lemuria? —preguntó dulcemente Sortilège.

—La Atlántida del Pacífico.

—Esa misma, Flaco.

—¿Y nos estás diciendo que ese continente perdido está emergiendo de nuevo?

Ella entornó los ojos con lo que, en una persona menos serena, se habría tomado por irritación.

—Pues no es tan raro, siempre se ha predicho que Lemuria volvería a emerger algún día y qué mejor momento que ahora, con Neptuno saliendo por fin del viaje mortal de Escorpión, signo de agua dicho sea de paso, y ascendiendo a la luz sagitaria de la mente más elevada.

—¿No debería avisar alguien al *National Geographic* o algo así?

—¿A la revista *Surfer*?

—Ya está bien, chicos, ya he tenido mi ración de bocazas Barney para toda la semana.

—Te acompañaré —dijo Doc.

Pasaron hacia el sur por las callejuelas de Gordita Beach, mientras el alba se filtraba lentamente, entre el olor invernal del crudo y el agua salada. Al cabo de un rato, Doc dijo:

—¿Puedo preguntarte algo?

—Te has enterado de que Shasta se ha largado del país y necesitas hablar con alguien.

—Me lees los pensamientos otra vez, cariño.

—Entonces lee tú los míos, ya sabes a quién hay que ver, lo sabes tan bien como yo. Vehi Fairfield es lo más parecido a un verdadero oráculo que vas a encontrarte jamás por estos lares.

—Tal vez seas un poco parcial porque es tu maestro. ¿Te gustaría hacer una pequeña apuesta a que todo lo que dice no es más que cháchara fruto del ácido?

—Tirando así tu dinero, no es raro que estés siempre en números rojos.

—Nunca tuve ese problema cuando trabajabas en la oficina.

—Y nunca me plantearía volver, no, no sin derechos sociales, incluidos asistencia dental y quiropráctica, y tú sabes muy bien que eso está por encima de tus posibilidades.

—Tal vez podría ofrecerte un seguro para malos viajes.

—Ya lo tengo, se llamaba *shikantaza*, deberías probarlo.

—Es lo que consigo por enamorarme de alguien que no es de mi religión.

—¿Que es cuál?, ¿la ortodoxa colombiana?

Su novio Spike estaba en el porche con una taza de café.

—Qué hay, Doc. Todo el mundo ha madrugado esta mañana.

—Ella intenta convencerme de que vaya a ver a su gurú.

—A mí no me mires, tío. Ya sabes que siempre tiene razón.

A su regreso de Vietnam y durante bastante tiempo, Spike había sufrido una paranoia aguda que le llevaba a evitar los sitios donde podía toparse con hippies, convencido de que todos los melencidos eran unos antibelicistas que tiraban bombas, capaces, además, de captar sus vibraciones, saber al instante dónde había estado y odiarle por eso, y tramar contra él alguna siniestra putada hippy. Cuando Doc conoció a Spike, le pareció que se esforzaba un tanto históricamente en asumir la cultura *freak*, que desde luego no estaba allí cuando se había ido y que convirtió su regreso a Estados Unidos en un aterrizaje en otro planeta lleno de formas de vida alienígenas y hostiles.

—¡Alucinante, tío! ¡Qué pasa con Abbie Hoffman! ¡Liémonos un par de petardos, descansenos y escuchemos a los Electric Prunes!

Doc comprendió que Spike sería un buen tío en cuanto se calmara un poco.

—Sortilège dice que estuviste en Vietnam, ¿eh?

—Sí, soy uno de los asesinos de niños. —Había inclinado la cara, pero miraba a Doc a los ojos.

—Para serte sincero, admiro a cualquiera que haya tenido las pelotas —dijo Doc.

—Eh, yo sólo iba dejando pasar los días y trabajaba en los helicópteros. Charlie y yo, sin ningún mal rollo, nos tirábamos un montón de tiempo juntos, en la ciudad, dando vueltas por ahí, fumando aquella cojonuda hierba nativa, escuchando rock 'n' roll en la radio de las Fuerzas Armadas. De vez en cuando te hacían un gesto y decían, eh, oye, ¿vas a dormir esta noche en la base?, y tú decías, sí, ¿por qué?, y ellos decían, no vayas esta noche. Así salvé el pellejo un par de veces. Su país, eso era lo que querían, y por mí ya estaba bien. Siempre que me dejen trabajar en mi moto sin que nadie me dé la murga.

Doc se encogió de hombros.

—Parece justo. ¿Es tuya esa de ahí fuera, la Guzzi?

—Sí, se la pillé a un maniaco de la carretera, un tipo de Barstow que la había exprimido hasta la última gota, así que volver a ponerla en condiciones me está llevando unos cuantos fines de semana. Pero son ella y la buena de Sortilège las que me mantienen animado.

—Se os ve muy bien juntos.

Spike miró hacia el rincón de la habitación, se lo pensó un momento y dijo con cautela:

—Volvimos a juntarnos, yo iba un curso por delante de ella en el insti Mira Costa, salimos un par de veces, luego, cuando yo estaba allá, empezamos a escribirnos, al poco, sin que nadie se diera cuenta, acabé el servicio y, bueno, es posible que al final no me reenganche.

—Debió de ser por la época en que yo tenía aquel caso conyugal en Inglewood, en el que el amante quiso mearme a través del ojo de una cerradura por el que yo estaba mirando. Leej no me deja olvidarlo, ella todavía trabajaba para mí por entonces, recuerdo que pensé que debía de estar pasándole algo guay en la vida.

Con el paso del tiempo, poco a poco, Spike fue aprendiendo a relajarse en las posturas de yoga social que definen la vida en la playa. La moto Guzzi aportó su grupo de admiradores con los que salía por ahí, fumaba chocolate y bebía cerveza en la plataforma de cemento delante del garaje donde Spike la retocaba, y conoció a un par de excombatientes de Nam que querían aproximadamente el mismo tipo de vida civil sin agobios que él, sobre todo Farley Branch, que había estado en el Cuerpo de Transmisiones y se las había ingeniado para levantarse algún equipo que nadie quería, incluida una vieja cámara Bell & Howell de 16 milímetros de la segunda guerra mundial, de color verde camuflaje, a cuerda, indestructible, y sólo un poco más grande que la bobina de película que utilizaba.

Salían en sus motos de vez en cuando buscando rodar lo que la suerte les deparara, y al poco descubrieron que ambos compartían el mismo interés por el respeto al entorno natural, tras haber visto cómo grandes extensiones de jungla eran napalmizadas, contaminadas, defoliadas hasta que la laterita del suelo quedaba al descubierto, abrasada al sol, sólida e inútil. Farley ya había acumulado docenas de bobinas que registraban los abusos medioambientales en el país, sobre todo Channel View Estates, que le recordaban extrañamente los desbroces que los bombardeos producían en la selva que había vivido. Según Spike, Farley había estado allí el mismo día que Doc, grabando película sobre la incursión de los vigilantes, y ahora esperaba que se lo devolviera el laboratorio.

El propio Spike se había obsesionado con la refinería y los depósitos de El Segundo, un poco más arriba en la costa. Incluso cuando el viento era favorable, vivir en Gordita era como habitar en una casa flotante anclada en un foso de brea. Todo olía a petróleo, al crudo vertido por los petroleros que hacían limpieza en la misma playa, negro, espeso, viscoso. A cuantos paseaban por la playa se les pegaba a las plantas de los pies. Había dos líneas de pensamiento: a Denis, por ejemplo, le gustaba que se fuera pegando hasta que formaba una capa tan gruesa como unas suelas de huarache, con lo que se ahorraba el precio de unas sandalias. Otros, más remilgados, incluyeron en sus costumbres cotidianas una limpieza a fondo de pies, como el afeitado o el cepillado de dientes.

—No me malinterpretes —dijo Spike la primera vez que Sortilège lo encontró en el porche con un cuchillo raspándose las plantas de los pies—. Me encanta esto, Gordita, sobre todo porque es tu pueblo y a ti te gusta, pero de vez en cuando hay algún... pequeño... y jodido detalle...

—Están destruyendo el planeta —coincidió ella—. La buena noticia es que, como todo ser vivo, la Tierra también tiene su sistema inmune y tarde o temprano empezará a rechazar a los agentes de la enfermedad como la industria del petróleo. Y, con un poco de suerte, será antes de que acabemos como Lemuria o la Atlántida.

Su maestro Vehi Fairfield creía que los dos imperios se habían hundido en el mar porque la Tierra no podía aceptar los niveles de toxicidad que habían alcanzado.

—Vehi es un buen tío —le decía Spike a Doc en ese momento—, aunque está claro que toma un montón de ácido.

—Le ayuda a ver —explicó Sortilège.

Vehi no sólo estaba «muy metido» en el LSD, sino que el ácido era el medio en el que nadaba y, a veces, hasta surfeaba. Se lo servían, posiblemente por una cañería especial, desde Laguna Canyon, directo desde los laboratorios de la mafia psicodélica post-Owsley, que por entonces se creía que estaba radicada allí. En el curso de sus sistemáticos viajes diarios había encontrado un guía espiritual llamado Kamukea, un semidiós lemuro-hawaiano que se remontaba al

alba de la historia del Pacífico y hacía siglos había sido un sacerdote sagrado del continente perdido que ahora yacía bajo el océano.

—Y si alguien puede ponerte en contacto con Shasta Fay —dijo Sortilège—, ése es Vehi.

—Vamos, Leej, ya sabes que tuve una historia chunga con él...

—Bueno, él cree que has estado evitándolo, y no entiende por qué.

—Pues muy fácil. ¿La Regla número uno del Código de los drogatas? Nunca, jamás, coloques a nadie que no...

—Pero si él te avisó de que era ácido.

—No, lo que me dijo fue que era una « Edición Especial Burgomeister ».

—Bueno, pues eso, Edición Especial, así es como él llama al ácido.

—Tú lo sabes, él lo sabe... —Por entonces ya estaban en el paseo marítimo, de camino a casa de Vehi.

Voluntario o no, el viaje que le había dado Vehi con aquella lata de cerveza mágica era de esos que Doc esperaba olvidar con el tiempo. Pero no fue así.

Todo había empezado, según parecía, hacía unos tres mil millones de años, en un planeta con un sistema estelar binario a bastante distancia de la Tierra. Entonces Doc se llamaba algo así como Xqq, y debido a la presencia de dos soles y al ritmo al que salían y se ponían, él trabajaba en turnos muy enrevesados, limpiando un laboratorio lleno de científicos-sacerdotes que inventaban cosas raras en una instalación gigantesca que en el pasado había sido una montaña de osmio puro. Un día oyó alboroto procedente de un pasillo semiprohibido y fue a echar un vistazo. El personal, habitualmente tranquilo y estudioso, corría por todas partes presa de un júbilo incontrolable. « ¡Lo conseguimos! », gritaban sin parar. Uno de ellos agarró a Doc, mejor dicho a Xqq: « ¡Ahí está! ¡El sujeto perfecto! ». Antes de darse cuenta estaba firmando el finiquito y le vestían con lo que pronto reconocería como un clásico atuendo hippy del planeta Tierra; luego le condujeron a una cámara que relucía de un modo peculiar en la que un mosaico con motivos de los dibujos animados Looney Tunes se repetía de manera obsesiva en varias dimensiones a la vez, en frecuencias del espectro intensamente audibles aunque imposibles de nombrar... Mientras tanto, los tipos del laboratorio le explicaban que habían inventado el viaje en el tiempo intergaláctico y que estaban a punto de enviarlo por el universo, puede que a tres mil millones de años, hacía el futuro. « Ah, y otra cosa », le dijeron justo antes de pulsar el último interruptor, « ¿el universo?, pues ha estado, digamos, expandiéndose. Así que cuando llegues allí todo tendrás el mismo peso, pero será más grande, con todas las moléculas más separadas, salvo en tu caso, que tendrás el mismo tamaño y densidad. Lo que significa que serás casi medio metro más pequeño que los demás, pero mucho más compacto. Digamos que más sólido ».

« ¿Puedo atravesar paredes? », quiso saber Xqq, pero para entonces, el tiempo y el espacio que conocía, por no mencionar el sonido, la luz y las ondas

cerebrales, estaban experimentando cambios sin precedentes, y al instante se encontró en la esquina de Dunecrest y Gordita Beach Boulevard, contemplando lo que parecía una infinita procesión de chicas en bikini, algunas de las cuales le sonreían y le ofrecían unos delgados objetos cilíndricos cuyos productos de combustión había que inhalar, o eso parecía al menos...

Y resultó que podía atravesar tabiques de yeso sin mayores problemas, aunque, careciendo de visión de rayos X, pasó algún mal rato con los clavos de las paredes y finalmente restringió la práctica. Su nueva hiperdensidad le permitía a veces desviar armas sencillas apuntadas hacia él con intención hostil, y aunque las balas eran otra historia, también aprendió a eludirlas cuando era posible. Poco a poco la Gordita Beach de su viaje fue fundiéndose con la versión cotidiana y empezó a pensar que las cosas habían vuelto a la normalidad, salvo cuando, a veces, se olvidaba, se apoyaba en una pared y de repente se encontraba con medio cuerpo al otro lado, disculpándose con quien estuviera allí.

—No es para tanto —supuso Sortilège—, muchos de nosotros nos incomodamos cuando descubrimos algún aspecto secreto de nuestra personalidad. Pero tampoco es que acabaras midiendo un metro y con la densidad del plomo.

—Para ti es fácil decirlo. Pruébalo alguna vez.

Habían llegado a una casa de la playa con las paredes de color salmón y el tejado aguamarina, con una palmera enana que crecía en la arena delante de ella y decorada de arriba abajo con latas de cerveza vacías, entre las cuales Doc no pudo evitar reparar en varias ex Burgies.

—Ahora que me acuerdo —recordó Doc—, tengo este vale, compra una caja y llévate una gratis, caduca hoy a medianoche, a lo mejor podría ir a...

—Eh, que se trata de tu ex chica, tío, yo sólo he venido por la tarifa del intermediario.

Les recibió una persona con la cabeza afeitada, gafas de sol con montura de alambre y un kimono verde y magenta con una especie de motivo de pájaros. Era un devoto de las tablas largas de la vieja escuela que había regresado hacía poco de Oahu, tras haberse enterado por adelantado de la ola épica que rompía en la costa norte de esa isla el diciembre anterior.

—Tío, te has perdido una gran historia —saludó a Doc.

—Tú también.

—Estoy hablando de series de olas de quince metros que no acababan nunca.

—Así que «quince», vaya. Pues yo me refería a la detención de Charlie Manson.

Se miraron.

—A primera vista —dijo finalmente Vehi Fairfield—, dos mundos separados, cada uno inconsciente del otro. Pero siempre conectan en algún punto.

—Manson y la Marejada del 69 —dijo Doc.

—Me sorprendería mucho que no estuvieran conectados —dijo Vehi.

—Eso es porque tú crees que todo está conectado —dijo Sortilège.

—No sólo lo «creo». —Se volvió hacia Doc, resplandeciente—. Has venido aquí por tu ex chica.

—¿Qué?

—Has recibido mi mensaje. Sólo que no lo sabes.

—Ya. Claro, por la compañía de Teléfonos y Telégrafos del Más Allá, bla bla bla, siempre me olvido.

—No eres una persona muy espiritual —comentó Vehi.

—Hay que trabajar un poco su actitud —dijo Sortilège—, pero para el nivel en que está podría ser peor.

—Ten, toma alguno de éstos. —Vehi le acercó un trozo de secante con LSD y algo escrito en chino. O puede que en japonés.

—Ay, Dios, ¿y ahora qué?, ¿más ciencia ficción atravesando paredes o algo así?, chachi, no veía el momento.

—Esto no tiene nada que ver —dijo Vehi—, está diseñado expresamente para ti.

—Claro. Como una camiseta —Doc se lo metió en la boca—. Un momento. Expresamente para mí... ¿qué significa eso?

Pero tras poner en su estéreo a todo volumen a Tiny Tim cantando *The Ice Caps Are Melting*, de su reciente álbum, y programar diabólicamente el aparato para que sonara sin parar, Vehi, o bien se fue, o bien se volvió invisible.

Al menos no era tan cósmico como el último viaje para el que había hecho de agente ese entusiasta del ácido. No estaba muy claro cuándo empezó con exactitud, pero en cierto momento, mediante una transición sencilla y normal, Doc se encontró en las ruinas vívidamente iluminadas de una ciudad antigua, que era, y a la vez no era, el Gran Los Ángeles de cada día, extendiéndose a lo largo de kilómetros, casa tras casa, habitación tras habitación, todas y cada una habitadas. Al principio le pareció reconocer a la gente que se cruzaba, aunque no siempre podía ponerles nombre. A todos los que vivían en la playa, por ejemplo. Doc y sus vecinos eran y no eran refugiados del desastre que había sumergido Lemuria hacía miles de años. Buscando trechos de tierra que creían más seguros, habían acabado instalándose en la costa de California.

De un modo inevitable, la guerra en Indochina se metió de por medio. Estados Unidos, situado entre los dos océanos en los que la Atlántida y Lemuria habían desaparecido, era el punto intermedio en su antigua rivalidad, y permaneció atrapado en esa posición hasta la actualidad, imaginándose que luchaba en el sudeste de Asia por voluntad propia, pero en realidad repitiendo un bucle kármico tan antiguo como la geografía de esos océanos, con un Nixon que era un descendiente de la Atlántida del mismo modo que Ho Chi Minh lo era de Lemuria, porque durante decenas de miles de años todas las guerras en

Indochina habían sido en realidad guerras libradas por terceros interpuestos, una situación que se remontaba muy atrás, a un mundo anterior, antes de que existiera Estados Unidos, o la Indochina francesa, antes de la Iglesia católica, antes de Buda, antes de la historia escrita, hasta el momento en que tres hombres santos de Lemuria desembarcaron en esas costas, huyendo de la espantosa inundación que les había arrebatado su tierra natal y trayendo consigo la columna de piedra que habían recuperado de su templo en Lemuria y que colocarían como cimiento de su nueva vida y corazón de su exilio. Se la conocería como la piedra sagrada de Mu, y a lo largo de los siguientes siglos, según iban y venían los ejércitos invasores, la piedra se ocultaría cada vez para su custodia en un lugar secreto, y sería ubicada en un lugar distinto cuando hubiera pasado el peligro. Desde que Francia empezó a colonizar Indochina hasta la presente ocupación de Estados Unidos, la piedra sagrada ha permanecido invisible, retirada en su propio espacio...

Tiny Tim seguía cantando la misma canción. Desplazándose por el laberinto de la ciudad en tres dimensiones, Doc reparó en que los niveles inferiores parecían un poco húmedos. Cuando el agua ya le cubría los tobillos, empezó a entenderlo. La inmensa estructura entera se estaba hundiendo. Subió por escaleras a niveles cada vez más altos, pero el agua no paraba de ascender. Casi al borde del pánico y maldiciendo a Vehi por habérsela jugado de nuevo, sintió, más que vio, al guía espiritual lemuriano Kamukea como una sombra de una profunda claridad... Ahora tenemos que irnos, dijo una voz en su mente.

Iban volando juntos, rozando las crestas de las olas del Pacífico. En el horizonte se anunciaba, oscuro, el mal tiempo. Por delante de ellos, un borrón blanco empezó a definirse y a crecer, y poco a poco se concretó en las velas de una goleta con mastelero, desplegadas ante una fresca brisa. Doc reconoció el *Colmillo Dorado*. El *Preserved*, le corrigió en silencio Kamukea. No era un barco salido de los sueños; cada vela y pieza del aparejo cumplían su función, y Doc oía el chasquido de la lona y el crujido de la madera. Se desvió hacia la aleta de babor de la goleta, y allí estaba Shasta Fay, a quien habían llevado al buque, o eso parecía, presionada de algún modo; se hallaba en cubierta, sola, mirando hacia lo que había quedado atrás, el hogar que había dejado... Doc intentó gritar su nombre pero, claro, las palabras que emitió eran sólo palabras.

No le pasará nada, le tranquilizó Kamukea. No tienes que preocuparte. Ésa es otra cosa que tienes que aprender, porque lo que debes aprender es lo que te estoy enseñando.

—No tengo muy claro qué significa eso, tío. —Hasta Doc percibía ahora, pese al viento y las velas, tan limpios y claros en ese momento, la inexorabilidad con que el viejo y honesto pesquero había acabado habitado, poseído, por una antigua y perversa energía. ¿Cómo iba Shasta a estar ahí a salvo?

Te he traído hasta aquí, pero ahora debes regresar por tus propios medios. El

lemuriano desapareció, y Doc se quedó a esa insignificante altura sobre el Pacífico para buscar su salida de ese vórtice de historia herrumbrosa, para eludir como fuera un futuro que parecía sombrío allá donde mirara...

—Todo va bien, Doc. —Sortilège llevaba un rato repitiendo su nombre. Estaban fuera, en la playa, era de noche, no veía a Vehi por allí. El océano se extendía cerca, oscuro e invisible salvo por la luminiscencia donde el oleaje rompía majestuosamente como la línea de bajo de algún gran e incontenible clásico del rock 'n' roll. Desde algún lugar a su espalda, en los callejones de Gordita Beach, llegaban, a ráfagas, las risas de los fumetas.

—Y bien...

—No lo digas —le advirtió Sortilège—, no digas: «Déjame que te cuente mi viaje».

—No tiene sentido. A ver, hemos venido a esto...

—Puedo hacer dos cosas: o mantener tus labios cerrados apretando suavemente con mi dedo o... —Cerró el puño y se lo puso delante de la cara.

—Si tu gurú Vehi no acaba de jugármela...

Al cabo de un minuto, ella dijo:

—¿Qué?

—¿Cómo?, ¿de qué estaba hablando?

El impreso para el depósito bancario que Sloane Wolfmann le había dado a Doc era de la sucursal de Ojai de la Caja de Ahorros y Créditos Arbolada. Ésta, según la tía Reet, era una de las numerosas instituciones bancarias que Mickey controlaba.

—Y sus clientes..., ¿cómo los describirías?

—La mayoría son particulares, propietarios de casas, del tipo que en la profesión llamamos «mamonos» —respondió la tía Reet.

—Y los préstamos..., ¿algo raro?

—Rancheros, contratistas locales, algún que otro rosacruz y algún teósofo de vez en cuando... Oh, y por supuesto está Chryskylodon, que ha amasado una fortuna últimamente construyendo, ajardinando y diseñando interiores horteras pero caros.

Como si su cabeza fuera un gong tridimensional al que un pequeño martillo acabara de golpear, Doc recordó la palabra extranjera que aparecía borrosa en la fotografía de Sloane que había visto en su casa.

—¿Cómo lo deletreas y qué es?

—Tengo uno de sus folletos en algún sitio de esta mesa, por debajo de la capa del Precámbrico, creo recordar... Ajá, aquí: «Situado en el pintoresco Ojai Valley, el Chryskylodon Institute, así llamado por la antigua palabra india que significa “serenidad”, proporciona silencio, armonía con la Tierra y compasión sin condiciones a aquellos cuya estabilidad emocional corre peligro debido al inaudito estrés de la vida en los sesenta y los setenta» .

—Pues suena como una loquería para gente con los bolsillos llenos, ¿verdad?

—Las fotografías no aclaran gran cosa, todas han sido tomadas con grasa en el objetivo, como las de una revista de chicas. Aquí hay un número de teléfono. —Doc lo anotó y ella añadió—: Y, ya puestos, llama a tu madre.

—Mierda. ¿Ha pasado algo?

—Hace semana y media que no la llamas, eso es lo que ha pasado.

—Por trabajo.

—Bueno, pues la última es..., es que creen que eres traficante de chocolate. Al menos ésa es mi impresión.

—Bueno, era de esperar, visto que Gilroy es el que tiene una vida como es debido, gestor de operaciones de lo que sea, con nietos, terrenos y demás, parece

lógico, ¿no?, yo tengo que ser el que lleva a los de narcóticos pegados a los talones.

—A mí me lo vas a decir, Doc, y yo ya quería salir de allí antes de saber hablar. Me atrapaban pedaleando a mil por hora en mi pequeño triciclo rosa, escapándome por los campos de remolacha, y me arrastraban de vuelta llorando. No me dices nada que no sepa de San Joaquín, hijo. Aun así, Elmina dice que echa de menos tu voz.

—La llamaré.

—Ella también coincide conmigo en que deberías echar un vistazo a ese terreno de dos acres en Pacoima.

—Ni hablar, y o no.

—Todavía está en venta, Doc. Y, como decimos en este oficio, pillá cacho mientras seas joven.

Leo Sportello y Elmina Breeze se habían conocido en 1934 en la Partida de Rummy al Aire Libre Más Grande del Mundo, que se celebraba anualmente en Ripon. Leo, al recoger uno de los descartes de Elmina, dijo algo así como: «A ver, ¿estás segura de que no lo quieres?», y según contaba Elmina, en cuanto levantó la vista de las cartas y lo miró a los ojos supo, con la misma convicción en que creía en la salvación, qué era lo que de verdad quería. Por entonces todavía vivía en casa de sus padres, estudiando y dando clases, y Leo tenía un buen empleo en una bodega conocida por un producto vigorizante comercializado por toda la costa como Midnight Special. Cada vez que Leo se atrevía siquiera a asomar la cabeza por la puerta, el padre de Elmina imitaba a W.C. Fields: «¿Quién? Sí, el amigo del vino... siiii...». Leo empezó a tomarse la molestia de llevar alguna botella cada vez que iba a recoger a Elmina para salir, y al poco tiempo su futuro suegro compraba el producto por cajas, utilizando el descuento de la empresa que tenía Leo. El primer vino que bebió Doc en su vida fue el Midnight Special, gracias al curioso concepto que tenía el abuelo Breeze de los cuidados que debía depararle al nieto.

Doc estaba en casa viendo las semifinales de división entre los 76ers y Milwaukee, sobre todo por Kareem Abdul-Jabbar, a quien Doc había admirado desde los tiempos en que se llamaba Lew Alcindor, cuando, justo en medio de un contraataque rápido, se dio cuenta de que una voz estaba llamándolo desde la calle por su nombre. Durante un instante se le pasó por la cabeza que era la tía Reet, que había tomado en secreto la determinación de vender su casa contra su voluntad, y que se la venía a enseñar a esa hora tan inoportuna a una pareja de tierra adentro seleccionada especialmente por sus cualidades de pelmazos. Cuando se acercó a la ventana para mirar, comprendió que lo había engañado el parecido de las voces, y que quien estaba en la calle era en realidad su madre

Elmina, que se había enzarzado en una acalorada discusión con Eddie, el del piso de abajo. Ella levantó la mirada, vio a Doc y empezó a agitar alegremente la mano.

—¡Larry! ¡Larry!

Detrás de ella había un Oldsmobile de 1969 en doble fila, y Doc pudo atisbar vagamente a su padre, Leo, asomándose por la ventanilla, con un puro barato afianzado entre los dientes, latiendo pausadamente con y sin brillo. Doc se imaginaba ahora en la barandilla de un transatlántico de otra época que zarpaba de San Pedro, idealmente hacia Hawai, aunque Santa Mónica también le serviría, y él saludaba con la mano: «¡Mamá! ¡Papá! ¡Subid!». Recorrió toda la casa abriendo ventanas e intentó poner en marcha el ventilador eléctrico, pero hacía años que no había nada que hacer, ni siquiera preocuparse, con el olor a humo de marihuana, que mucho tiempo atrás había impregnado la alfombra, el sofá, el cuadro de terciopelo.

—¿Dónde aparco esto? —gritó Leo.

Buena pregunta. Lo mejor que podía decirse del aparcamiento en Gordita Beach es que era irregular. Las normas cambiaban imprevisiblemente de una manzana a otra, a menudo de un sitio al de al lado, concebidas en secreto por diabólicos anarquistas con la intención de encolerizar a los conductores para que un día organizaran una revuelta y asaltaran las oficinas del ayuntamiento.

—Ahora bajo —dijo Doc.

—Arréglate el pelo —le saludó Elmina.

—En cuanto me ponga delante de un espejo, mamá. —Y al instante, ella estaba en sus brazos, sin parecer demasiado turbada porque un hippy colgado y melenudo la abrazara y besara en público—. Hola, papá. —Doc se subió al asiento delantero—. Probablemente haya algún sitio en Beachfront Drive, sólo espero que no tengamos que recorrer medio camino hasta Redondo para encontrarlo.

Mientras tanto, Eddie, el del piso de abajo, repetía:

—Guau, así que son tus viejos, qué pasada. —Y todo lo demás.

—Chicos, vosotros id a aparcar —dijo Elmina—. Yo me quedaré por aquí con el vecino de Larry.

—Arriba la puerta está abierta —se apresuró a decir Doc mientras repasaba lo que sabía de los antecedentes delictivos de Eddie, incluyendo los rumores—, pero no entres en la cocina con ése y no pasará nada.

—Eso fue en el 67 —se quejó Eddie—. Y retiraron todos los cargos.

—Ay, Dios —dijo Elmina.

Por descontado, menos de cinco minutos más tarde, tras haber tenido la suerte de encontrar un sitio justo a los pies de la colina, que serviría al menos hasta medianoche, Doc y Leo volvieron y hallaron a Eddie y Elmina en la cocina, y Eddie estaba a punto de abrir la última caja de bizcochos de nueces y

chocolate.

—Ajajá. —Doc meneó el dedo.

Había cervezas y media bolsa de Cheetos, y la tienda de comidas de Surfside Slick colina arriba estaba abierta hasta medianoche por si les faltaba algo.

Elmina no tardó ni un segundo en sacar el tema de Shasta Fay, a la que había visto sólo una vez y de la que se había encariñado inmediatamente.

—Siempre esperé que... Oh, ya sabes...

—Deja al chico en paz —murmuró Leo.

Doc sintió que Eddie, el del piso de abajo, que desde tiempos inmemoriales lo escuchaba todo a través de su techo, le clavaba la mirada.

—Ella tenía su carrera —prosiguió Elmina—. Es duro, pero a veces tienes que dejar que una chica vaya a donde la llaman sus sueños. En Manteca había varias Hepworth, ya sabes, y un par de ellas se trasladaron aquí durante la guerra para trabajar en las fábricas de armamento. A lo mejor eran parientes.

—Si la veo, le preguntaré —dijo Doc.

Se oyeron pisadas en las escaleras traseras y Scott Oof entró por la cocina.

—Hola, tío Leo, tía Elmina, mamá me dijo que os acercaríais.

—Te echamos de menos en la cena —dijo Elmina.

—Tuve que ir a controlar una actuación. Os quedaréis un tiempo por aquí, ¿no?

Leo y Elmina se alojaban en Sepúlveda, en el Skyhook Lodge, que hacía mucho negocio con clientela del aeropuerto, y estaba habitado día y noche por los insomnes, los que se quedaban tirados y los abandonados, por no mencionar a algún ocasional zombi declarado.

—Paseando arriba y abajo por los pasillos se ve de todo —dijo Elmina—: hombres trajeados, mujeres con vestidos de noche, gente en ropa interior y a veces sin nada, niños muy pequeños buscando a tropicónes a sus padres, borrachos, drogadictos, policías, asistentes de ambulancias, tantos carros del servicio de habitaciones que hay atascos... ¿A quién le hace falta subirse al coche para ir a ningún sitio?: la ciudad de Los Ángeles entera está ahí, a cinco minutos del aeropuerto.

—¿Y qué tal la televisión? —quiso saber Eddie, el del piso de abajo.

—Menudas películas pasan por algunos de esos canales —dijo Elmina—, te lo juro. Anoche dieron una que no me dejó dormir. Después de verla, me daba miedo quedarme dormida. ¿Habéis visto *Narciso negro*, de 1947?

Eddie, que estaba matriculado en el curso de posgrado de cine de la universidad, soltó un grito de reconocimiento. Había estado trabajando en su tesis doctoral, « De lo inexpresivo a lo demoníaco: usos subtextuales del lápiz de ojos en el cine », y de hecho acababa de llegar al momento de *Narciso negro* en el que Kathleen Byron, en el papel de monja desquiciada, aparece vestida con ropa normal y con un maquillaje de ojos que daría para un año de pesadillas.

—Bueno, pues espero que incluyas a algunos hombres —dijo Elmina—, todas esas pelis mudas alemanas: Conrad Veidt en *Caligari*, Klein-Rogge en *Metrópolis*...

—... es complicado, claro, por las exigencias de la película ortocromática...

Aydiós. Doc salió a buscar por la cocina tras acordarse vagamente de la existencia de una caja de cervezas sin abrir que tal vez estuviera todavía por allí. Leo no tardó en asomar la cabeza.

—Sé que tiene que estar en algún sitio —Doc expresó su desconcierto en voz alta.

—A lo mejor tú puedes decirme si esto es normal —dijo Leo—: anoche, en el motel, recibimos una llamada telefónica muy rara, alguien al otro lado de la línea empezó a gritar, al principio creí que era chino, no entendía palabra. Al final pude entender: «Sabemos dónde estáis. Cuidad vuestro puto pellejo». Y colgaron.

A Doc le acometieron esas pulsaciones rectales.

—¿Con qué nombre os habéis registrado?

—Con el nuestro de siempre. —Pero Leo se estaba sonrojando.

—Papá..., podría ser importante.

—Vale, pero intenta comprenderlo, tu madre y yo hemos caído en la costumbre de alojarnos los fines de semana en diferentes moteles de la vieja 99 registrándonos con nombres falsos. Simulamos que estamos casados con otros y que tenemos encuentros ilícitos. Y, para qué engañarnos, es muy divertido. Como dicen esos hippies, vale lo que te pone, ¿no?

—Así que en la recepción no constáis como ninguna variante de Sportello.

Leo le dedicó una de esas sonrisas vacilantes que utilizan los padres para eludir la desaprobación de sus hijos.

—Me gusta utilizar el de Frank Chambers. Ya sabes, el de *El cartero siempre llama dos veces*. Si alguien pregunta, tu madre utiliza el de Cora Smith; pero, por el amor de Dios, no le digas que te lo he contado.

—Así que se trataba de un número equivocado. —Doc vio la caja de cerveza, que había estado delante de sus narices todo el tiempo. Metió varias latas en el congelador, con la esperanza de no olvidarse, para que no explotaran, como solía pasarle—. Vaya, papá, me sorprendéis los dos. —Le dio un abrazo a Leo, y lo alargó lo suficiente como para que resultara incómodo.

—¿Qué pasa? —dijo Leo—, ¿te estás burlando de nosotros?

—No, no..., me río porque a mí me gusta usar el mismo nombre.

—Uh. Debes de haberlo heredado de mí.

Pero más tarde, a eso de las tres o las cuatro de la madrugada, durante una de esas horas de desolación, Doc se había olvidado de su sensación de alivio y sólo se acordaba de lo mucho que se había asustado. ¿Por qué había asumido automáticamente que había algo ahí fuera que podía encontrar a sus padres con

mucha facilidad y ponerlos en peligro? En estos casos, la respuesta casi siempre era «Porque estás paranoico». Pero en la profesión, la paranoia era una herramienta del oficio, te indicaba direcciones que tal vez no habrías visto de otro modo. Había mensajes del más allá, puede que no de la locura, pero sí al menos de un montón de posibles motivos poco amables. ¿Y hacia dónde le indicaba que mirara esa voz china en plena noche, cuando quiera que fuera de noche en el Sky hook Lodge?

La mañana siguiente, mientras esperaba a que se hiciera el café, Doc se asomó por la ventana y vio a Sauncho Smilax en la calle en su clásico vehículo de pueblo playero, un 289 Mustang granate con interior de vinilo negro y una vibración grave y lenta en el tubo de escape, intentando no atascarse en el callejón.

—¡Saunch! Sube a tomarte un café.

Sauncho subió las escaleras de dos en dos y esperó jadeando en el umbral, sosteniendo un maletín.

—No sabía si estabas levantado.

—Yo tampoco. ¿Qué pasa?

Sauncho se había pasado fuera todo el día y toda la noche con un pelotón de *'federales'* a bordo de un barco llamativamente sobreequipado perteneciente al Departamento de Justicia, visitando un lugar que había sido identificado como el punto donde se suponía que el *Colmillo Dorado* había dejado cierto *lagan*. Los buzos se sumergieron y, a medida que la luz cambiaba sobre el océano, empezaron a sacar a la superficie un contenedor tras otro llenos de fajos de moneda estadounidense empaquetados en plástico, tal vez los mismos que Cookie y Joaquín, en representación de Blondie-san, andaban buscando todavía. Con la salvedad de que, al abrir los contenedores, imaginen lo pasmados que se quedaron todos al descubrir que, en lugar de los dignatarios habituales: Washington, Lincoln, Franklin y los que fueran, todos esos billetes, fuera cual fuese su valor, tenían la cara de *Nixon*. Por un instante, el destacamento conjunto de diversas instituciones federales hizo una pausa para preguntarse si, bien pensado, el barco entero, con todos los agentes, no estaría sufriendo una alucinación colectiva. Nixon miraba fijo a algo que quedaba fuera de campo, más allá del margen del cajetín, casi encogiéndose acobardado, con los ojos extrañamente desenfocados, como si él también hubiera estado abusando de alguna novedad psicodélica asiática.

Según los contactos de Sauncho en el servicio de inteligencia, desde hacía ya tiempo había sido una práctica frecuente de la CIA poner la cara de Nixon en billetes falsos norvietnamitas, como parte de un plan para desestabilizar la moneda enemiga lanzando desde el aire millones de esos billetes falsos durante

las habituales incursiones de bombardeo sobre el norte. Pero nixonizar billetes estadounidenses no era tan fácil de explicar, ni, a veces, era apreciado siquiera.

—¿Qué es esto? La CIA lo ha hecho otra vez, esta mierda no vale nada.

—¿No los quieres? Yo me los quedaré.

—¿Y qué vas a hacer con ellos?

—Gastarme un buen fajo antes de que alguien se dé cuenta.

Algunos pensaban que era un plan de unos comunistas chinos, dados a las bromas, para atacar el dólar. La filigrana del grabado era demasiado exquisita para que no fuera obra de Diabólica Procedencia Oriental. Según otros, podrían llevar circulando como pagarés desde hacía tiempo por todo el sudeste de Asia, e incluso ser negociables en los propios Estados Unidos.

—Y no olvidemos su valor en el mercado de coleccionistas.

—Un poco raros para mi gusto, me temo.

—Y quédate con el detalle —le dijo Sauncho a Doc un poco más tarde—: la ley dice que antes de que pongan tu cara en la moneda norteamericana tienes que haber fallecido. Por tanto, en cualquier universo donde esta moneda sea de curso legal, Nixon estaría muerto, ¿no? Así que yo creo que se trata de *magia simpática* que hace alguien que quiere ver a Nixon entre los difuntos.

—Vaya, eso sí que reduce el número de autores posibles, Sauncho. ¿Puedo quedarme algunos?

—Eh, los que quieras. Vete de compras. ¿Ves estos zapatos que llevo? ¿Recuerdas los mocasines blancos que lleva el doctor No en *Agente 007 contra el doctor No*, 1962? ¡Sí, ahí es nada! ¡Los mismitos! Los compré en Hollywood Boulevard con un Nixon de estos de veinte, nadie se fijó, nada, es asombroso. ¡Eh! Mi serie está a punto de empezar, ¿te importa si...? —Se encaminó sin demora hacia la tele.

Sauncho era un fiel seguidor del culebrón matinal *Por el estómago los conquistarás*. Esta semana —fue poniendo al día a Doc durante las pausas—, Heather acababa de confiar a Iris sus sospechas sobre el pastel de carne, incluido el papel de Julian al cambiar el contenido del frasco de tabasco. A Iris no le sorprendió demasiado, claro, pues durante el tiempo que había estado casada con Julian habían hecho turnos en la cocina, de manera que allí, entre esos ex tan dados a las broncas, quedaban por saldar literalmente cientos de cuentas pendientes culinarias. Mientras tanto, Vicki y Stephen siguen discutiendo sobre quién debe a quién cinco dólares de una pizza que pidieron hacia semanas, discusión en la que el perro, *Eugene*, es por alguna razón un elemento clave.

Doc estaba meando en el lavabo durante una pausa publicitaria cuando oyó a Sauncho gritarle al televisor. Al volver, se encontró al abogado alejando la nariz de la pantalla.

—¿Todo bien?

—Agg... —Se dejó caer en el sofá—. Charlie, el jodido Atún de los anuncios, tío.

—¿Qué?

—Se supone que todo es muy inocente, un trepa esnob ambicioso, gafas de sol de diseño, boina, ansioso por demostrar que tiene buen gusto, salvo que también es disléxico, así que confunde «buen gusto» con «cómo me gusto», pero todavía es peor. ¡Mucho, muchísimo peor! Charlie tiene, digamos, *jese obsesivo deseo de muerte!* ¡Sí! Él..., él quiere que lo pesquen, lo procesen, lo enlaten, y no en cualquier lata, pillalo, ¡tiene que ser una de StarKist! Lealtad suicida a la marca, tío, una profunda parábola del capitalismo de consumo, no se darán por satisfechos hasta que nos atrapen a todos con la red, nos hagan picadillo y nos amontonen en los estantes del Supermarket Amerika, y subconscientemente lo más espantoso es que..., que *queremos* que lo hagan...

—Saunch, guau, eso es...

—Lo he tenido en la cabeza. Y otra cosa. ¿Por qué anuncian Pollo del Mar, pero no Atún de la Granja?

—Humm... —Doc se había puesto a pensar en ello.

—Y no te olvides —siguió Sauncho para recordarle oscuramente—, que Charles Manson y el Vietcong *también* se llaman Charlie.

Cuando acabó el capítulo, Sauncho dijo:

—Bueno, ¿y tú qué tal?, Doc, ¿van a detenerte otra vez o qué?

—Con Bigfoot pegado a mis talones, puedo llamarte en cualquier momento.

—Oh, casi lo había olvidado. ¿El *Colmillo Dorado*? Por lo visto se suscribió una póliza de seguros marítima justo antes de que aligerara cabos, pero que sólo cubría esa travesía en la que al parecer iba tu ex chica, y el beneficiario es Colmillo Dorado Enterprises de Beverly Hills.

—Si el barco se hunde, ¿se llevan un montón de pasta?

—Justamente.

Oh, oh, ¿y si se trataba de un timo premeditado al seguro? Tal vez Shasta pudo llegar a tiempo a la costa, a alguna isla donde ahora, ¿por qué no?, estaría sacando del lago pequeños peces perfectos y cocinándolos con mangos, guindillas y rodajas de coco. Tal vez estaba durmiendo en la playa, contemplando estrellas que nadie aquí, bajo la brumosa luz enrarecida por el smog del cielo de L.A., sabía siquiera que existían. A lo mejor estaba aprendiendo a navegar de isla en isla en una canoa hawaiana, a interpretar las corrientes y los vientos, y a percibir los campos magnéticos como un pájaro. A lo mejor el *Colmillo Dorado* había seguido navegando hacia su destino, llevándose a aquellos que no habían sabido llegar a la costa, adentrándolos cada vez más en las complicaciones del mal, la indiferencia, el abuso y la desesperación necesarios para ser aún más ellos mismos. Fueran quienes fuesen. A lo mejor Shasta había logrado escapar de todo eso. A lo mejor estaba a salvo.

Ese anochecer, en casa de Penny, Doc se quedó dormido en su sofá delante del resumen de las noticias deportivas del día, y cuando se despertó, ya de noche, una cara, que resultó ser la de Nixon, estaba en la tele y decía:

—Siempre habrá lloricas y quejicas que dirán: esto es fascismo. Bueno, compatriotas americanos, si es Fascismo para la Libertad, *yo... puedo... entenderlo.*

Siguió una tumultuosa ovación en una inmensa sala llena de simpatizantes, algunos de ellos con carteles que mostraban la misma frase rotulada profesionalmente. Doc se incorporó parpadeando y buscó su maría a tientas, a la luz de la tele, hasta encontrar medio canuto y lo encendió.

Lo que le llamó la atención fue que Nixon tenía en ese mismo momento la misma expresión de flipado que la que mostraba en los billetes falsos de veinte que Sauncho le había dado. Sacó uno de su cartera y lo miró para asegurarse. Sí. Los dos Nixon *parecían fotos* tomadas el uno del otro.

—Veamos. —Doc inhaló y se puso a pensar. Este mismo Careto de Nixon de aquí, en vivo en la pantalla, ya había sido puesto en circulación hacía meses, en millones, tal vez miles de millones, de billetes falsos... ¿Cómo era posible? A menos..., claro, eso lo explicaba todo: un viaje en el tiempo..., un grabador de la CIA, en algún taller de alta seguridad muy lejano, se afanaba *en este mismo momento* a copiar esta imagen de su propia pantalla, y luego más tarde, de algún modo, metería su copia en un *buzón especial* secreto, que debería estar situado cerca de una subestación eléctrica de la que piratear la energía que necesitaban, cosa que subiría las tarifas eléctricas de todos los demás, para enviar la información viajando en el tiempo *hacia el pasado*, de hecho incluso podría haber un *seguro de distorsiones en el tiempo* que uno podría suscribir por si los mensajes se extraviaban entre las desconocidas oleadas de energía en la inmensidad del Tiempo...

—Sabía que había olido algo aquí. Tienes suerte de que mañana no vaya a trabajar —dijo Penny con los ojos entornados y las piernas desnudas a la vista bajo una de las camisetas de los Pearls Before Swine de Doc.

—¿Te ha despertado el canuto? Lo siento, Pen, toma... —le ofreció lo que a esas alturas era más un gesto amistoso que una verdadera colilla fumable.

—No, han sido todos esos gritos. ¿Qué estás viendo?, suena como otro documental de Hitler.

—Es de Nixon. Me parece que está pasando ahora mismo, en directo, en algún sitio de L.A.

—Podría ser el Century Plaza. —Cosa que confirmaron al momento los periodistas que cubrían el acontecimiento: Nixon se había pasado de manera

imprevista, como por capricho, por el palaciego hotel del Westside para hablar en un mitin de activistas del Partido Republicano que se autodenominaban California Vigilante. En los cortes que enfocaban a individuos concretos entre los asistentes, algunos tipos parecían un tanto descontrolados, como los que uno esperaría encontrarse en concentraciones como ésta, pero otros eran menos expresivos y, al menos para Doc, daban más miedo. Estratégicamente diseminados entre la multitud, vistiendo trajes y corbatas idénticos que distaban mucho de estar a la última moda, ninguno de ellos parecía prestar mucha atención al propio Nixon.

—No me parece que sean del Servicio Secreto —dijo Penny sentándose al lado de Doc en el sofá—; para empezar, no son lo bastante monos. Tienen más pinta de pertenecer al sector privado.

—Están esperando algo... ¡Ajá! Mira, ahí lo tenemos. —Como si estuvieran conectados por telepatía, los agentes robot se habían dado la vuelta como uno solo y empezaban a converger sobre un asistente, melencólico, con los ojos desorbitados, vestido con una camisa Nehru y psicodélicos pantalones de pata de elefante a juego, que ahora gritaba:

—¡Eh, Nixon! ¡Eh, pichi Richi! ¡Que te den! ¿y sabes qué te digo?, que le den a Spiro también. Que les den a todos en la Primera Familia de Mierda. ¡Que le den hasta al perro! ¡Alguien se acuerda de cómo se llamaba el perro? Da igual, que le den también. ¡Que os den a todos! ¡A la mierda!

Empezó a reírse como un loco mientras lo detenían y lo sacaban a rastras entre la multitud, y muchos de los asistentes le lanzaban miradas asesinas, le gruñían y espumeaban por la boca mostrando su repugnancia.

—Será mejor que lo llevéis a una clínica para drogadictos hippies —sugirió Nixon de buen humor.

—Esto le da mala fama a la juventud revolucionaria —le pareció a Doc, que se estaba liando otro canuto.

—Por no mencionar que pone sobre la mesa algunas cuestiones sobre la Primera Enmienda —dijo Penny inclinándose hacia la tele—. Pero resulta raro...

—¿De verdad? Pues a mí me parecen los típicos republicanos.

—No, me refiero... Ahí, ahí está el primer plano. Ése no es un hippy, míralo, ¡es Chucky!

O, por decirlo de otro modo, Doc, con un sobresalto, se dio cuenta en ese instante de que también era Coy Harlingen. Puede que apenas tardara una aspiración a pleno pulmón de humo de maría en decidir no contárselo a Penny.

—¿Amigo tuyo? —preguntó Doc con poca sinceridad.

—Todo el mundo lo conoce, cuando no está pasando el rato en el Palacio de Justicia, está en la Casa de Cristal.

—¿Un soplón?

—« Informante », por favor. Trabaja sobre todo para la Brigada Antirrojos y

los de la DIDP.

—¿Quiénes?

—División de Inteligencia para Desórdenes Públicos. No habías oído hablar de ellos, ¿verdad?

—Y... ¿por qué le está gritando así a Nixon?, es que no te he entendido.

—Jesús, Doc, a este ritmo te van a quitar el carnet de paranoico. Ni siquiera un investigador privado puede ser tan ingenuo.

—Bueno puede que su ropa esté demasiado conjuntada, pero eso no significa que se trate de una trampa.

Ella suspiró didácticamente.

—Pero ahora ha aparecido en todas las teles, ha conseguido una credibilidad general e instantánea. La policía puede infiltrarlo en el grupo que le venga en gana.

—Habéis estado viendo otra vez *Patrulla juvenil*. Es de esa mierda de donde sacáis esas ideas tan cojonudas. ¡Eh! ¿Te conté que Bigfoot me ofreció un empleo el otro día?

—Tan astuto como siempre, ese Bigfoot. Debe de haber detectado en tu personalidad algún don especial para... ¿la traición?

—Vamos, vamos, Penny, ella tenía dieciséis, traficaba. Yo sólo intentaba apartarla de una vida de delincuente, ¿cuánto tiempo más vas a...?

—Dios, no sé por qué siempre te pones tan a la defensiva cuando sale el tema, Doc. No hay motivos para sentirse culpable, ¿verdad?

—Genial, precisamente lo que quería: hablar de culpabilidad con una ayudante del fiscal.

—... ha sido identificado —anunció el televisor, mientras Penny se acercaba para subir el volumen— como Rick Doppel, un estudiante parado que dejó la universidad de UCLA.

—Yo diría que no —murmuró Penny—. Ése es Chucky.

Y que me parta un rayo, añadió Doc en silencio, si no es también un saxo tenor resucitado.

Optando por un aspecto profesional, Doc se recogió el pelo atrás en una tirante coleta, sujetándosela con un pasador de cuero que sólo más tarde recordó que le había dado Shasta, se puso un sombrero fedora negro vintage encima y se colgó una grabadora del hombro. En el espejo le pareció que presentaba un aspecto aceptablemente creíble. Esa tarde se dirigía a Topanga, a visitar a los Boards, y se iba a hacer pasar por un periodista musical de una revista *underground* de fans llamada *Stone Turntable*. Denis, que le acompañaba simulando ser su fotógrafo, llevaba una camiseta con el conocido detalle del fresco *La creación de Adán* de Miguel Ángel en el que Dios extiende la mano hacia la de Adán y casi se tocan, con la diferencia de que en esta versión Dios le está pasando un canuto.

Durante todo el trayecto a Topanga, en la radio sonó una ruidosa Super Surfin' Marathon, sin un solo anuncio publicitario, cosa que extrañó a Doc, hasta que se dio cuenta de que nadie que aguantara esa pesadilla de profesor de música con líneas de blues retorcidas, imbéciles «melodías» de un acorde y angustiados efectos vocales podía pertenecer a ningún grupo demográfico de consumidores conocido para el negocio publicitario. De esa exhibición de excéntricos juerguistas blancos sólo muy de vez en cuando, misericordiosamente, había alguna desviación: *Pipeline* y *Surfin' Bird* de los Trashmen, y *Bamboo* de Johnny and the Hurricanes, singles de Eddie and the Showmen, los Bel Airs, los Hollywood Saxons y los Olympics, recuerdos de una infancia que Doc nunca había tenido muchos deseos de abandonar.

—¿Cuándo van a poner *Tequila*? —no paraba de preguntar Denis, hasta que, cuando ya estaban en el camino de entrada de la mansión alquilada de los Boards, ahí llegó, el aire español y los toques de batería aflamencados del enemigo jurado de los surfistas, el Lowrider—. ¡Tequila! —gritó Denis mientras se metían en el último espacio libre de aparcamiento.

La casa había pertenecido en el pasado a un actor palurdo muy querido de los años cuarenta, y los Boards se la habían alquilado a un bajo reconvertido en ejecutivo de una compañía discográfica, lo que los analistas de tendencias interpretaban como una prueba más del fin de Hollywood, por no decir del mundo, tal como lo habían conocido hasta entonces.

Como las chicas en los aeropuertos hawaianos, un par de groupies de la casa,

llamadas Bodhi y Zinnia, se adelantaron con guirnaldas hawaianas, o más bien cuentas del amor, y las pusieron alrededor de los cuellos de Doc y Denis; luego los guiaron haciendo un tour por la mansión, que, vista desde dentro, a una persona menos tolerante le habría hecho pensar inmediatamente: guau, esto es lo que pasa cuando la gente gana demasiado dinero en muy poco tiempo. Pero Doc creyó que dependía de la idea que tuviera cada cual del exceso. En el curso de los años, el trabajo le había obligado a visitar un par de majestuosas mansiones de L.A., y no tardó en reparar en el mal gusto y la poca idea que tenían los muy acaudalados de lo que estaba en la onda, y que la cosa empeoraba de manera aproximadamente proporcional a la acumulación de riqueza. Los Boards se las habían apañado hasta ahora para eludir esa grave deficiencia, aunque Doc tenía sus dudas sobre las mesitas de café confeccionadas a partir de antiguas tablas de surf hawaianas, hasta que descubrió que lo único que tenía que hacer para recuperar una tabla era desatornillar las patas. Gracias a una ingeniosa distribución al estilo *porte cochère*, varios de los armarios de la casa no eran sólo piezas cerradas sino estancias de paso, llenos de disfraces del pasado y del futuro, muchos obtenidos en Culver City en la histórica liquidación de activos del estudio de la MGM unos meses antes. Comidas preparadas para veinte o treinta personas venían en camión todos los días de Jurgensen's, en Beverly Hills. Había un fumadero de maría con una inmensa reproducción tridimensional en fibra de vidrio de la famosa *Gran Ola de Kanagawa*, de Hokusai, que trazaba un arco de una pared a la de enfrente pasando por el techo, y creaba un sombreado escondite de goma-espuma bajo el monstruo eternamente suspendido, aunque de vez en cuando el efecto trastornaba tanto a algún visitante que declinaba dar la calada que le correspondía cada vez que se le pasaba un canuto, lo cual a los Boards ya les estaba bien, pues no habían superado todavía la fase de su periodo surf-punk, cuando cada brizna de maría importaba, y seguían siendo tan codiciosos con la mercancía como siempre.

Fuera, en una azotea con vistas al cañón, monadas de pelo largo y faldas cortas pululaban a la luz del sol cuidando las plantas de marihuana o empujando carritos con enormes bandejas llenas de cosas que comer, beber y fumar. Los perros iban y venían, algunos razonablemente tranquilos, otros con un comportamiento obsesivo-compulsivo, y te traían de vuelta la piedra que llevabas arrojándoles, cada vez más lejos, durante la última media hora (« Es su viaje, tío »), y de vez en cuando se las tenían con algún miembro de la raza de humanos al que le parecía divertido dar LSD a un perro y mirar luego qué pasaba.

Doc se acordó por enésima vez de que por cada banda como ésa había cien o mil como los Beer, la de su primo, condenados a batirse en la oscuridad y estimulados por una fe en la inmortalidad del rock 'n' roll, funcionando a fuerza de chocolate y valor, de fraternidad masculina y femenina, y de mucha moral. Los Boards, aunque conservaban su estructura inicial —las tradicionales dos

guitarras, el bajo y la batería, además de una sección de viento— habían cambiado de músicos con tanta frecuencia que sólo unos meticulosos historiadores de la música tenían ya vagamente controlado quién era, o había sido, quién. Lo cual tampoco importaba mucho porque a esas alturas la banda había evolucionado hasta convertirse en una especie de marca, a años de distancia y tras cambios que los alejaban de los envalentonados chavalitos, todos emparentados por sangre o matrimonio, que entraban a saco pisando fuerte y descalzos en la delicatessen de Cantor en Fairfax y se pasaban toda la noche comiendo *bagels*, holgazaneando y procurando no incordiar a ninguno de los guardaespaldas de las estrellas del rock para que no se produjera ningún incidente. Cuando al final el antiguo restaurante para hippies, cada vez más preocupado por posibles demandas y los costes del seguro, empezó a poner carteles que decían OBLIGATORIO LLEVAR ZAPATOS, los Boards acudieron en grupo a un salón de tatuaje en Long Beach y se hicieron tatuar cintas de sandalias en los pies y en los tobillos, cosa que engañó a los encargados durante un tiempo, y para entonces la banda ya se había mudado a locales más caros al oeste de la ciudad. Aun así, hubo un par de años en que todavía se sabía siempre quiénes eran los miembros originales de la banda por aquellas sandalias de tinta.

Entre los huéspedes de los Boards se contaban, desde hacía una semana más o menos, los Spotted Dick, una banda británica de visita, que estaba recibiendo cierta atención en las ondas de las emisoras donde el pulso era menos acelerado, aunque ellos mismos eran tan indolentes que se contaba que hubo quienes llamaron a una ambulancia al confundir el concepto que tenía la banda de una Pausa General con una especie de ataque cardíaco colectivo. Hoy vestían trajes de pana con canalé de color marrón dorado, extrañamente luminoso, y lucían cortes de pelo de precisión geométrica de la Cohen's Beauty and Barber Shop, del East London, donde Vidal Sassoon había sido aprendiz y adonde cada semana se llevaba a un montón de chicos en un pequeño autobús, se les daba su asignación semanal de cannabis y se les depositaba para que se sentaran en fila riéndose ante números antiguos de *Tatler* y *Queen* hasta que les hacían *bobs*, los cortes asimétricos a tijera de la época. Es más, la semana anterior, el cantante del grupo había decidido cambiarse legalmente el nombre a Asymmetric Bob, después de que el espejo de su baño le revelara, a las tres horas de una experiencia con hongos, que en su cara había, de hecho, dos lados distintos, que manifestaban dos personalidades radicalmente diferentes.

—¡Tienen una tele en cada habitación! —informó excitado Denis—. ¡Y... y esos dispositivos saltacanales con los que puedes cambiar de cadena sin levantarte siquiera del sofá!

Doc echó una mirada. Esos aparatos de control a distancia, que acababan de inventarse y se encontraban sólo en las casas de los más ricos, eran grandes y rudimentarios, como si su diseño compartiera origen con los equipos de sonido

soviéticos. Manejados requería hacer fuerza, a veces con ambas manos, a través de las que se percibía su zumbido, porque utilizaban ondas de sonido de alta frecuencia. Cosa que tendía a desquiciar a la mayoría de los perros de la casa salvo a *Myrna*, una fox terrier de pelo hirsuto, que, siendo ya mayor y un poco sorda, era capaz de yacer pacientemente durante cualquier programación, a la espera de que saliera algún anuncio de comida de perros, que, debido a una extraña percepción extrasensorial canina, ella sabía que iba a emitirse un minuto antes de que apareciera en pantalla. Cuando acababa, volvía la cabeza hacia cualquier humano cercano y asentía enfáticamente. Al principio, la gente creía que eso significaba que quería cenar o, al menos, un tentempié, pero tenía algo más de gesto social, algo así como: « No ha estado mal, ¿eh? ».

En ese momento estaba tumbada en una habitación a oscuras de tamaño incierto, que olía a maría y aceite de pachuli, viendo *Sombras en la oscuridad* junto a componentes escogidos de los Boards y los Spotted Dick, más los miembros del séquito que no estaban en otras partes de la casa pelándose el culo para cumplir los caprichos de la banda, entre los que se contaban preparar bizcochos rellenos Hostess Twinkies bien fritos; alisarse el pelo unas a otras en la tabla de planchar para mantener cierta imagen de musa, y revisar revistas de fans con cutters X-acto y recortar todas las referencias a bandas de surf rivales.

Era el momento en la saga de la familia Collins en que el guión había empezado a meterse de lleno en algo llamado « tiempo paralelo », que estaba confundiendo a los telespectadores en toda la nación, incluso a aquellos que conservaban la cordura, aunque a muchos fumetas no les parecía nada difícil seguir el hilo. Básicamente parecía significar que los mismos actores interpretaban dos papeles distintos, pero si la historia te había absorbido lo bastante, tendías a olvidar que esa gente eran actores.

Al cabo de un rato, el nivel de concentración entre los espectadores hizo que Doc se sintiera un tanto incómodo. Se daba cuenta del alcance del daño mental que pulsar el botón de *off* de un aparato saltacanales podía infligir en esa habitación atestada de obesos. Afortunadamente, estaba cerca de la puerta y pudo deslizarse afuera sin que nadie se fijara. Todavía no había visto a Coy Harlingen por ahí, y pensó que ese momento era tan bueno como cualquier otro para ir a buscarlo.

Empezó a vagar por la inmensa casa antigua. El sol se puso, las grupies se reunieron un momento, como para señalar la transición al modo nocturno. Denis corría por todas partes como un perro persiguiendo palomas en el parque, mientras hacía fotos, y las chicas se desparramaban atentamente, suspirando *uuu... uuu*. Algo que podría ser un servicio de seguridad aparecía de vez en cuando por la finca, comprobando el perímetro. Desde una ventana de arriba llegaba el sonido del teclista de los Spotted Dick, Smedley, haciendo ejercicios Hanon en su Farfisa, un pequeño modelo Combo Compact que había adquirido

atendiendo el consejo de Rick Wright de Pink Floyd y del que nunca se alejaba mucho. Lo llamaba *Fiona*, y algunos testigos afirmaban haberlo visto mantener largas conversaciones con ella. Un poco antes, Doc, fingiendo entrevistarle para *Stone Turntable*, le había preguntado de qué hablaban.

—Oh, de lo normal. Fútbol americano, la guerra en el Sudeste Asiático, dónde pillar, cosas así.

—Y..., ¿y qué tal se lo está pasando Fiona aquí, en el sur de California?

Smedley se puso taciturno.

—Le encanta todo salvo la paranoia, tío.

—Ya, la paranoia, ¿de verdad?

Su voz se volvió un susurro:

—Esta casa... —Pero en ese momento un joven con el ceño fruncido, tal vez uno de los *roadies* de los Boards, tal vez no, entró y se apoyó en una pared con los brazos cruzados y se quedó allí, escuchando. Smedley, con los ojos moviéndose descontrolados, salió pitando de la habitación.

Cualquier investigador privado que tomara ácido desde hacía años en esta ciudad adquiriría cierto tipo de talentos extrasensoriales, y la verdad era que, desde que había cruzado el umbral de esa casa, Doc empezó a percibir lo que podríamos llamar una atmósfera. En lugar de un apretón de manos ritual o siquiera de una sonrisa, todo el mundo que le presentaron le saludó con la misma fórmula, « ¿En qué estás, tío? », lo que indicaba un alto grado de incomodidad, incluso de miedo, frente a cualquiera que no pudiera ser encasillado y etiquetado al instante.

Últimamente, parecía que eso estaba sucediendo cada vez más; en el Gran Los Ángeles, en reuniones de despreocupados jóvenes y felices drogatas, Doc había empezado a distinguir a hombres mayores, que estaban allí y no estaban, rígidos, adustos, que él sabía que había visto antes, no necesariamente sus caras pero sí sus actitudes desafiantes, su falta de voluntad para desdibujarse en la masa, que era lo que hacían todos los demás en los eventos psicodélicos de esos días, más allá de las finas envolturas de piel oficiales. Como los agentes que arrastraron a Coy Harlingen la otra noche en la concentración en el Century Plaza. Doc conocía a esos tipos, había visto a muchos de ellos en el curso de su trabajo. Salían a cobrar deudas en efectivo, rompían costillas, hacían que despidieran a la gente, mantenían un ojo implacable clavado en cualquier cosa susceptible de convertirse en una amenaza. Si cuanto había existido en esta prerrevolución soñada estaba condenado, de hecho, a terminar, y si el pérfido mundo movido por el dinero acabaría reafirmando su control sobre todas esas vidas, que se creía con derecho a tocar, sobar e importunar, serían agentes como éstos, sumisos y silenciosos, los encargados del trabajo sucio, quienes se ocuparían de que así ocurriese.

¿Era posible que en todas las concentraciones —conciertos, manifestaciones

por la paz, *love-in*, *be-in* y *freak-in*, aquí, en el norte, en el este, o donde sea— hubiesen estado interfiriendo esos grupos siniestros desde el principio, reclamando la música, la resistencia al poder, el deseo sexual tanto épico como cotidiano, en fin, todo aquello con lo que podían arramblar, para devolvérselo a las antiguas formas de la codicia y el miedo?

—Caramba —se dijo en voz alta—, no lo sé...

Momento en el cual se cruzó con Jade, que salía de uno de los baños:

—Vaya, tú otra vez.

—Me he acercado con Bambi, se enteró de que los Spotted Dick se alojaban aquí, así que tuve que acompañarla para evitar que se metiera en líos.

—¿Le van?, ¿a ella?.

—Tiene pósteres fosforescentes de los Spotted Dick en las paredes, sábanas y fundas de los Spotted Dick en la cama, camisetas de los Spotted Dick, tazas de café, pinzas de canuto de recuerdo. Y las veinticuatro horas del día, álbumes de los Spotted Dick en el estéreo. Tío, ¿conoces a ese inglés que toca el ukelele, un tal George Formby?

—Claro. Los Herman's Hermits versionaron uno de sus temas.

—Bueno, esos tíos han hecho versiones de todo. A ver si me entiendes, intento tomármelo con calma. Los Spotted Dick también son famosos por gustarles ciertas formas raras de diversión, y creo que eso es lo que más atrae a Bambi.

—No la he visto por aquí esta noche.

—Oh, ya se ha largado con el guitarra solista, van de camino a Leo Carrillo a jugar al criquet.

—¿Criquet nocturno?

—Sí, Somerset le dijo que era una especie de béisbol. Con las luces y todo eso. A no ser que..., oh, no, ¿crees que me han colado una trola?

—Bueno, si necesitas que alguien te lleve de vuelta, dímelo. Y si alguien te pregunta, soy un periodista de rock 'n' roll, ¿vale?

—¿Tú? Claro, les contaré lo de tu entrevista de portada con Pat Boone.

—Ah, y esto..., ¿te acuerdas del tipo con el que hablé en el Club Asiaticque la otra noche? ¿Lo has visto por aquí?

—Sí, por aquí anda. Echa un vistazo a las salas de ensayo de arriba.

Como era de esperar, cuando recorría los pasillos, Doc oyó el sonido de un saxo tenor tocando *bonna Lee*. Esperó a que hubiera una pausa y se asomó por la puerta.

—¡Eh! ¡Soy yo otra vez! ¿Te acuerdas del trabajito que querías que te hiciera?

—Espera. —Coy inclinó el pulgar hacia el montón de equipo de sonido del rincón, que tal vez tenía más cables de los necesarios entrando y saliendo de los aparatos, y negó con la cabeza—. ¿Cuál era el, esto, repítemelo, la marca y el modelo que te pedí que comprobaras?

Doc le siguió la corriente:

—Preguntabas por un tipo más antiguo de furgoneta Volkswagen, con flores, pajaritos azules, corazones y toda esa historia por encima.

—Esa era la que me interesaba, sí. No, esto... —Coy se detuvo, improvisando —, ¿no tendría piezas de repuesto nuevas ni nada por el estilo?

—Nada que pudiera ver.

—¿Con permiso de circulación, sin problemas de registro ni para andar por las calles?

—Eso parecía.

—Bueno, gracias por ocuparte, sabes, y o... sólo preguntaba, como hace todo el mundo.

—Claro, lo entiendo. Cuando quieras. Y si quieres que compruebe algún otro vehículo sólo tienes que decírmelo.

Coy se quedó callado un buen rato. A Doc se le pasó por la cabeza acercarse y pincharle. La expresión en su rostro era tan angustiada, tan anhelante y delataba tal inquietud que daba la impresión de que le hubieran prohibido hablar dentro de esa casa. A Doc le entraron ganas de darle al tipo, al menos, un rápido ‘abrazo’, algo que lo tranquilizara, pero el gesto podía ser interpretado por unos ojos curiosos como más emotivo de lo que cabía esperar en una venta de coches de segunda mano.

—Tienes mi número, ¿no?

—Estaré en contacto. —En ese momento, una pandilla babeante de drogatas irrumpió en la habitación, y cualquiera de ellos podía tener la misión de espiar a Coy. Doc desenfocó la mirada y dejó que su rostro se aflojara en una sonrisa boba; cuando volvió a mirar, Coy se había vuelto invisible, lo que no quería decir que no estuviera aún en la habitación.

De vuelta a la planta baja, un miembro del grupo repartía canutos alegremente por todas partes. A medida que la gente los encendía e inhalaba, decía:

—¡Eh!, ¿sabéis qué tiene esta hierba?

—Ni idea.

—Vamos, adivinad.

—¿LSD?

—¡No!, ¡es sólo hierba! ¡Ja, ja!

Luego abordaba a otro.

—¡Eh! ¿Qué crees que hay en esta maría que estamos fumando?

—No lo sé, eh..., ¡mescalina!

—¡No, nada! ¡Hierba pura! ¡Ja, ja, ja!

Y así sucesivamente. ¿Hongos psicocibios?, ¿polvo de ángel?, ¿speed? ¡No, sólo marihuana! ¡Ja, ja, ja! Antes de darse cuenta, Doc estaba tan ciego a causa de la misteriosa hierba que pensó que no era Coy el único cuyos signos vitales

eran dudosos..., estaba claro que alguien había andado por ahí rastreando el siguiente mundo para los chicos de los Boards, porque Doc supo en ese momento, sin la menor duda, que *cada uno* de esos Boards era un *zombi*, un muerto viviente y sucio.

—Pero muerto y limpio es lo normal, ¿no? —dijo Denis, que se había materializado desde algún sitio—. Y..., y esos Spotted Dick... son zombis, también, sólo que peores.

—¿Peores?

—¡Zombis *ingleses*! Míralos, tío, los zombis americanos al menos no engañan, tienden a tambalearse cuando intentan ir andando a cualquier parte, habitualmente en la tercera posición de ballet, y van diciendo «uunhh..., uunh...», con ese tono que sube y baja, mientras que los zombis ingleses son bastante bien hablados, utilizan palabras largas y van deslizándose por todas partes, eh, a veces ni se les ve dar los pasos, es como si fueran en patines de hielo...

Momento en el que el bajo de los Spotted Dick, Trevor «Shiny Mac». McNutley, con una sonrisa decadente en la cara y persiguiendo a una joven confusa, entró exactamente así, cruzando con toda suavidad de izquierda a derecha.

—¿Ves, ves?

» Arggh —Denis se alejó corriendo presa del pánico—. ¡Me las piro tío!

Como Denis no le había proporcionado lo que se dice un anclaje en la realidad, Doc procedió a colgarse todavía más. Esa hierba con el ingrediente añadido, que tal vez ni siquiera existiese, también podría haber influido de un modo u otro en su estado. De repente, Doc se encontró corriendo por los pasillos de aquella espeluznante mansión antigua con un número indeterminado de criaturas carnívoras que chillaban tras él...

En la inmensa cocina, Doc casi se dio de bruces con Denis otra vez, ocupado ahora en saquear la nevera y las alacenas, llenando una bolsa de Safeway con galletas, barras de caramelo heladas, Cheetos y otros bocados para picar que iba encontrando.

—Vamos, Denis, tenemos que largarnos.

—Dímelo a mí, tío, he hecho una foto hace un par de minutos y de golpe todos se pusieron como locos intentando arrebatar-me la cámara, y ahora me persiguen, así que pensé pillar lo que pudiera...

—Pues me parece que ya los oigo. —Doc, tirando de Denis por el collar de cuentas del amor que le colgaba del cuello, lo arrastró por una salida lateral a los terrenos de la finca—. Vamos. —Empezaron a correr hacia donde habían aparcado.

—Dios, Doc, dijiste que habría maría gratis, a lo mejor algunas chicas, pero ni una palabra de zombis, tío.

—Denis —le aconsejó Doc, ya casi sin aliento—, corre y calla.

Al pasar junto a un sicomoro, inesperadamente le cayó encima alguien que estaba intentando aferrarse a una rama. Era Jade, presa del pánico.

—Pero ¿qué coño soy, el Capitán del *Minnow*? —murmuró Doc poniéndose en pie otra vez—, ¿o una mierda?

—Tenéis que sacarme de aquí —dijo Jade—, por favor.

Por un golpe de suerte encontraron el coche de Doc en el mismo sitio donde lo habían aparcado, se subieron a toda prisa y salieron chirriando por el camino. En el retrovisor, Doc vio unas figuras tenebrosas con incisivos de un blanco fantasmagórico deslizándose dentro de un *woodie* Mercury de 1949, con la parte delantera y el parabrisas divididos que recordaban el hocico y los ojos inmisericordes de un depredador; el coche arrancó tras ellos, su V-8 emitió un rugido vibrante, levantando la grava del camino de entrada. En la carretera del cañón, Doc dio un volantazo a la izquierda, estuvo a punto de volcar y coleó un par de veces antes de enderezarse y dirigirse a Malibú por lo que en aquellos tiempos no era la carretera suburbana de varios carriles que llegaría a ser con los años, sino más bien una pesadilla que ponía en peligro la vida del conductor, llena de desvíos a caminos sin salida y curvas muy cerradas, donde Doc se vio enseguida poniendo en práctica los cursos de repaso de conducción en la bien conocida Tex Wiener École de Pilotage, ejecutando derrapes con cuatro ruedas y más maniobras punta-talón doble embrague de las previstas ni en sueños por los equipos de diseño en Chrysler Motors, mientras en la radio sonaba *Here Comes the Hodads* de los Marketts.

Denis, pese a las imágenes en 3D que saltaban a su alrededor, estaba de buen humor liando un canuto sin que se le cayera casi nada, luego lo encendió y se lo ofreció a Jade una vez que habían bajado la colina y se dirigían ya a Santa Mónica.

—Muy bien liado, Denis —comentó Doc cuando por fin le llegó—. No sé si yo tendría la presencia de ánimo.

—Básicamente sólo quería estar ocupado para que no se me fuera la olla.

—Oye, Doc —dijo Jade—, ¿qué pasa con ese tipo del Club Asiatique?

—Coy Harlingen. ¿Hablaste con él?

—Sí, y cuando nos vieron juntos me dio la impresión de que alguien quería hacerme daño de verdad. Y no es que yo intentara seducirle ni nada de eso. Por lo general, si está Bambi, no me preocupa si vienen por mí, pero se había ido a ese « criquet nocturno », así que ha sido una suerte que aparecierais vosotros en ese momento.

—Ha sido un placer —le aseguró Denis.

En un momento dado, después de llegar a la Coast Highway y cuando se encaminaban a la autovía, Doc miró por el retrovisor y ya no vio los faros del siniestro *woodie* a sus espaldas. Como un par de viejos granos molestos en el

rostro de la noche, se habían desvanecido. En el espejo, tampoco se le escapó que Denis y Jade estaban haciendo buenas migas.

—¿Y cómo..., esto, cómo te llamas? —preguntaba Denis.

—Ashley —dijo Jade.

—No, Jade —dijo Doc.

—Ése es mi nombre profesional. En el anuario de Fairfax High soy una más de, pongamos, las mil Ashleys que aparecen.

—Y el salón Chick Planet...

—Nunca me lo tomé como algo a largo plazo. Demasiado sano. Sonriendo a todas horas, fingiendo que la cosa va de «vibraciones» o de «auto conciencia» o rollos por el estilo —se incorporó deslizándose para lanzar un chillido de dama de sociedad de una película antigua—: ¡jodiidamente asqueroso!

—El sur de California —metió baza Doc—, no comprende las rarezas, colegas, ni ninguna de las actividades más oscuras.

—Sí, de verdad, pero ya me dirás tú dónde las encuentras —respondió una comprensiva Jade, o Ashley.

—Y a la gente le sorprende que Charlie Manson sea como es.

—Dicho sea de paso, ¿comes coños?

Entraron en el túnel que conducía hacia la autopista que llevaba al este de Santa Mónica, donde se perdió la señal de la radio, que había estado emitiendo *Eight Miles High* de los Byrds. Doc siguió cantándola para sí y cuando salieron y el sonido volvió, apenas se había desviado medio compás.

—Denis, no te olvides de dejarme la cámara, ¿vale? —Un silencio elocuente—. ¿Denis?

—Está ocupado —murmuró Jade. Y así siguieron todo el camino por la Harbor Freeway, la Hollywood Freeway y por el Cahuenga Pass hasta la salida que le venía bien a Jade; un trayecto durante el cual, con una voz muy relajada, a veces adormilada, deteniéndose de vez en cuando para decir una palabra de ánimo a Denis, ella puso al día a Doc de su historia pasada experimentando con los pequeños hurtos en tiendas y el robo de grandes autos. Había conocido a Bambi en la cárcel, en el Dormitory 800 del Sybil Brand Institute, donde ésta, observando cómo Jade se masturbaba ferozmente una noche, se ofreció a comerle el coño por un paquete de cigarrillos. Mentolados, si era posible.

—Y tanto. —A esas alturas Jade estaba tan desesperada que fue lo único que acertó a piar. La vez siguiente, cuando las luces se apagaron a su hora, Bambi había bajado el precio a medio paquete, y luego, de rodillas, después de habérselo pensado bien, se encontró ofreciéndose a pagarle a Jade.

—Supongo —dijo Jade— que podría aceptarlo como un cigarrillo en prenda, aunque no me siento muy cómoda incluso con..., ohhh, ¿Bambi?

Cuando salieron de Sybil Brand, compartían cigarrillos de un depósito común, y las cuentas que echaran entre ellas ya no incluían la nicotina. Alquilaron un

piso juntas en North Hollywood, donde podían hacer lo que querían todo el día y también toda la noche, que es lo que suele pasar en estos casos. En aquellos tiempos era posible vivir barato, y también ayudaba que la patrona hubiera estado en la trena, y cumpliera con obligaciones fraternales que a una persona más severa ni siquiera se le habrían pasado por la cabeza. Pronto tenían un camello habitual que las visitaba en casa, y una gata llamada *Anais*, y se las conocía por todo el Tujunga Wash como un par de chicas respetables de las que te podías fiar en casi cualquier situación. Bambi se imaginaba que estaba allí para cuidar de su amiga Jade, más cerca del filo de la desgracia de lo que pensaba.

Mientras tanto, en uno de esos viajes de auto descubrimiento que eran tan frecuentes en aquellos años, en las complejidades más intensamente portadoras de luz de algún viaje de ácido y casi olvidado, Ahsley/Jade confirmó algo sobre sí misma en lo que pocos habían reparado hasta entonces. En su núcleo esencial, de algún modo, como Doc ya había supuesto no sabía cómo, estaba el cunnilingus. La época, como no le pasó por alto, estaba creando de forma oportuna no sólo chicas complacientes, sino también jovencitos melencos dulcemente pasivos allá donde mirara, que anhelaban dedicar a su coño la atención oral que siempre había merecido.

—Lo que me recuerda: ¿cómo vas por ahí, Denis?

—¿Eh? Oh, bueno, para empezar...

—Déjalo, anda. Pero daos por avisados, chicos —dijo ella—: más vale que os andéis con cuidado porque lo que soy es..., es como una perla del Oriente de pequeño diámetro rodando por el suelo de capitalismo tardío, es posible que cabrones de todos los niveles de ingresos me pisen de vez en cuando, pero si lo hacen serán ellos los que se resbalarán y caerán y un buen día se partirán la crisma, mientras que la vieja perla seguirá rodando.

Farley, el amigo de Spike, tenía un cuarto oscuro, y cuando las pruebas de los negativos estuvieron listas, Doc fue a echar un vistazo. La mayoría de los contactos eran fotos fallidas porque Denis se había dejado la tapa de la lente puesta, o fragmentos de la habitación totalmente ladeados porque había tropezado de modo accidental con el obturador, por no mencionar una cantidad vergonzosa de instantáneas tomadas desde abajo de groupies con microfaldas, aparte de algunos lapsus misceláneos por caída en el sueño o la ausencia mental. La única fotografía en la que por lo visto aparecía Coy era una reunión al estilo de *La última cena* alrededor de una larga mesa de cocina, en la que todos estaban enzarzados en una acalorada discusión encima de varias pizzas. A Coy se le veía en una imagen saturada, un borrón curiosamente vibrante, que no encajaba con ninguna otra parte del espacio, y miraba a la cámara puede que demasiado fijamente, con una expresión siempre a punto de desplegarse en una sonrisa.

—Esta de aquí —dijo Doc—, ¿podrías hacerme una ampliación?

—Claro —dijo Farley—, ¿una veinte por veinticinco en papel satinado va bien?

A desgana, tal vez hasta un poco desesperado, Doc pensó que ahora tendría que ir a ver a Bigfoot. Por principios, procuraba pasar el menor tiempo posible en la Casa de Cristal. Le desquiciaba el modo en que se alzaba allí en medio, inofensiva, todo plástico, entre las anticuadas buenas intenciones de la arquitectura del centro de la ciudad, no más siniestra que el motel de una cadena hotelera junto a la autopista, y aun así, detrás de sus cortinajes neutros y hasta muy adentro, por sus pasillos fluorescentes, era un hervidero de historias extrañas y politiqueros alternativos de polis —dinastías de polis, polis héroes y malvados, polis santos y polis psicópatas, polis demasiado estúpidos para vivir y demasiado listos para lo que les convenía—, aislados por lealtades secretas y códigos de silencio del mundo que habían puesto en sus manos para que lo controlaran, o, como les gustaba decir, para protegerlo y servirlo. El elemento natural de Bigfoot, el aire que respiraba. El éxito que él había buscado tan desesperadamente, que le había llevado a desechar la playa, el sitio al que quiso ascender. Ante la mesa de la recepción de Parker Center, debido sin duda a lo que había estado fumando desde que tomó la autopista, Doc se explayó con una larga y poco coherente, ni siquiera para él, cháchara acerca de cómo no solía pasar mucho tiempo por ahí con representantes del sistema jurídico-criminal, y cómo básicamente obtenía su información del *L.A. Times*, aunque, a ver, qué había de esa Leslie van Houten, eh, tan mona pero tan letal, y cuál era la *historia real* en el juicio de Manson, porque todo le sonaba un poco raro, como la postemporada que estaban haciendo los Lakers, y por casualidad no habría visto el partido con Phoenix...

El sargento asintió.

—Es la trescientos dieciocho.

En la planta de arriba, Bigfoot, extrañamente nervioso ese día, pareció a punto de disculparse por no tener un despacho, ni tan sólo un cubículo propio, aunque la verdad era que en Homicidios nadie lo tenía, todos se amontonaban en una única sala de tamaño descomunal con dos largas mesas, mientras fumaban como carreteros y bebían café de vasos de papel, gritaban por los teléfonos y mandaban que les trajeran tacos, hamburguesas, pollo frito y demás, y la mitad lo tiraban a las papeleras sin probarlo siquiera, de manera que el suelo tenía una textura interesante, que Doc creía que en tiempos tal vez habría incluido baldosas de vinilo.

—Dado el entorno semipúblico, espero que no se trate de otro de esos interminables monólogos paranoicos hippies que cada vez más me veo obligado a soportar.

Todo lo deprisa que pudo, Doc recapituló lo que sabía sobre Coy Harlingen, su

supuesto fallecimiento por sobredosis letal, el misterioso ingreso en la cuenta bancaria de Hope, y Coy fingiendo ser un agitador en la concentración de Nixon. No mencionó el detalle de que había hablado con Coy en persona.

—Otro caso de resurrección aparente —Bigfoot se encogió de hombros—, no lo consideraría, a primera vista, competencia de Homicidios.

—Y entonces..., ¿quién de por aquí se encarga de las resurrecciones, tío?

—Normalmente, la brigada de Estafas y Fraudes.

—¿Significa eso que el LAPD cree oficialmente que todos los regresos de la muerte son una especie de timo?

—No siempre. Podría tratarse de un problema de identificación errónea o falsa.

—Pero no...

—Si estás muerto, estás muerto. ¿O es que hablamos de filosofía?

Doc se encendió un Kool, rebuscó en su bolsa de flecos y encontró la fotografía que le había hecho Denis a Coy Harlingen.

—¿Qué es esto? ¿Otra banda de rock and roll? Ni mis chicos se colgarían esto en la pared.

—Ese de ahí es el fiambre en cuestión.

—Y..., recuérdamelo, ¿a mí qué mierda me importa este tío?

—Trabajó para el Departamento como soplón, por no mencionar que también lo hizo para unos matones patriotas conocidos como California Vigilante, que podrían haber intervenido, o no, en la incursión en Channel View Estates... ¿Te acuerdas de la urbanización con todos aquellos chiquillos saltando en la piscina y demás?

—Muy bien —Bigfoot echó otra mirada a la fotografía—. ¿Sabes qué? Iré a comprobarlo personalmente.

—Pero, Bigfoot, no pareces tú —le pinchó Doc—, éste es un caso cerrado, ¿qué gloria hay en resolverlo?

—A veces se trata sólo de hacer lo correcto —replicó Bigfoot, parpadeando con poca sinceridad.

Le hizo un gesto a Doc para que lo siguiera por un pasillo que conducía por la parte de atrás de la comisaría hacia un trastero.

—Sólo quiero mirar un momento en el congelador.

Era un maniquí del tamaño de un cadáver real de los que utilizaban los patólogos profesionales hacia años, una pieza de segunda mano de la oficina del forense, y Doc, que esperaba encontrarse con fragmentos de cadáveres relacionados con homicidios, se sorprendió al descubrir dentro varios cientos de plátanos helados cubiertos de chocolate.

—No pienses ni por un segundo que tengo nostalgia de la playa —se apresuró a quejarse Bigfoot—. Es una adicción, antes lo negaba, pero mi terapeuta dice que he hecho un progreso asombroso. Por favor, sírvete, estás en tu casa, me han

dicho que tengo que compartir. Aquí tenemos esta instalación de tubos de mensajería neumática, tendida por todo el edificio, y la he estado utilizando para mandar estos pequeños a todos los sitios donde hicieran algún bien.

—Gracias. —Doc sacó un plátano helado—. Dios, Bigfoot, hay un montón ahí dentro. No me digas que el Departamento paga la cuenta.

—En realidad... —durante un instante, Bigfoot fue incapaz de mirar a Doc a los ojos—, nos los dan gratis.

—Cuando los polis dicen gratis..., ¿por qué me da la impresión de que estás a punto de plantearme un dilema moral?

—A lo mejor tú puedes darme la versión hippy sobre el particular, Sportello, es algo que no me deja dormir por las noches.

Bigfoot había estado pasándose una vez a la semana por Kozmik Banana, una tienda de plátanos helados cerca del muelle de Gordita Beach, en la que entraba sin llamar la atención por el callejón trasero. Era una extorsión clásica: Kevin, el dueño, en lugar de tirar las pieles de plátano, les sacaba partido, aprovechándose de una creencia hippy del momento, transformándolas en un producto fumable llamado Yellow Haze. Grupos de colgados del *speed*, especialmente instruidos a tal fin y ocultos cerca de la tienda, en un hotel abandonado a punto de ser demolido, trabajaban en tres turnos, raspando el interior de las pieles de banana y obteniendo, después de secar los restos en el horno y pulverizarlos, una sustancia polvorienta de color negro que envolvían en bolsas de plástico que luego vendían a los ilusos y los desesperados. Algunos de los que lo fumaban afirmaban que habían tenido viajes psicodélicos a otros lugares y épocas. Otros acababan con desagradables molestias en la nariz, la garganta y los pulmones que se prolongaban durante semanas. Pese a todo, la creencia en las cualidades de los plátanos psicodélicos seguía siendo promovida, con total despreocupación, por publicaciones *underground* en las que aparecían artículos eruditos comparando con diagramas las moléculas de plátano con las del LSD, e incluían supuestos extractos de publicaciones profesionales indonesias sobre los cultos de los nativos al plátano y demás, y así iba acumulando Kevin miles de dólares. Bigfoot no veía ningún motivo para que las fuerzas del orden no se llevaran una parte de las ganancias.

—¿Y qué tipo de extorsión te parece eso a ti? —quiso saber Doc—. No es que se trate de una droga verdadera, no te pone, y en cualquier caso es legal, Bigfoot.

—Es justamente lo que digo y o. Si es legal, también lo es que me lleve mi parte. Sobre todo, mira tú, si es en forma de plátanos helados y no de dinero.

—Pero —dijo Doc—, no, un momento, no es lógico, Capitán..., hay algo que no acaba de...

Todavía intentaba aclararse cuando volvió a la playa. Allí se encontró a Spike sentado en los escalones del callejón.

—Hay algo que a lo mejor te interesa ver, Doc. Farley acaba de traerlo del

laboratorio.

Se acercaron a la casa de Farley. Lo tenía metido en un proyector de 16 mm, preparado para verlo en pantalla.

Una vista soleada en película Ektachrome Commercial de edificaciones cutres con aire de rancho a medio construir y suelo compacto de obra en el que de repente irrumpe una multitud de hombres vestidos de camuflaje, que llevan ropa comprada por lotes en algún almacén de excedentes local, y pasamontañas tricotados con motivos de renos y árboles cargados de piñas. Van armados con una artillería rara y pesada, entre la que Spike señala M16 y AK-47, tanto auténticos como imitaciones de diferentes países, metralletas Heckler & Koch en sus versiones de cargador de cinta y de tambor, Uzis y rifles de repetición.

El grupo de asalto se dispersa por el canal de control de inundaciones, toma los puentes de tráfico y los peatonales, y establece un perímetro de seguridad alrededor de la plazoleta provisional cuyo buque insignia es el Chick Planet Massage. Doc se fijó en que su coche estaba aparcado delante, pero las motocicletas que había visto al llegar habían desaparecido.

La cámara enfoca hacia arriba y allí, huyendo por el paisaje o puede que simplemente rodando en círculos, está la brigada de matones de Mickey en sus Harleys, Kawasaki Mach IIIs y, como señala Spike, una Triumph Bonneville T120, aunque los tipos ya no parece que tengan una idea clara de cuál es su misión. A Doc ver todo eso le producía una sensación rara, más rara de lo que sería imaginable, al pensar que él en algún lugar allí dentro, invisible, yacía inconsciente, y que con algún dispositivo de gafas de rayos X podría verse a sí mismo, inerte, a un paso de la muerte, y que la contemplación de esta película sobre el asalto que estaba a punto de producirse podría calificarse como lo que Sorlilège gustaba de llamar una experiencia extracorpórea.

De repente el infierno se desató en la pantalla. Aunque no había banda de sonido, Doc pudo oírlo. Más o menos. El encuadre empezó a botar como si Farley intentara ponerse a cubierto. La vieja Bell & Howell que utilizaba rodaba con bobinas de treinta metros de película, luego debía cambiar el rollo, así que el metraje tenía bastantes saltos. También tenía tres portaobjetivos de revólver incorporados, con lentes largas, medianas y de gran angular, que podían rotarse a voluntad, delante de la ventanilla, a menudo durante la filmación.

La película mostraba, casi con demasiada claridad, cómo uno de los pistoleros enmascarados disparaba a Glen Charlock. Ahí estaba, el plano que daba pasta de verdad: Glen desarmado, entrando en campo agazapado, con esos andares estilo patio de prisión, esforzándose por parecer duro cuando en realidad lo único que traslucía era el miedo que se había adueñado de él y hasta qué punto no quería morir. La luz no le protegía, no del modo en que a veces protege a los actores en una película, ese tipo de luz al que se han habituado los aficionados al cine. Pero ésa no era una luz de estudio, sino tan sólo el indiscriminado sol de

L.A., aunque por alguna razón destacaba a Glen, separándolo y señalándolo como aquel al que no había que perder de vista. El pistolero estaba acostumbrado a manejar armas pequeñas con el estilo eficaz de un comando que dispara rifles, sin baladronadas, sin gritos ni violencia, sin disparos desde la entrepierna, se tomó su tiempo, se le veía cuidando su ritmo de respiración mientras apuntaba a Glen, le hacía un gesto y lo derribaba con tres silenciosos disparos, bastantes más de los necesarios.

—¿Y qué pasa con tu laboratorio? —preguntó Doc por decir algo—. ¿No se miran lo que revelan?

—No es muy probable —dijo Farley—, a estas alturas ya me conocen, se creen que estoy loco.

—¿Pueden sacar otra copia?, ¿ampliar un par de planos? Me gustaría saber qué hay detrás de esos pasamontañas.

—La resolución se pierde por completo —Farley se encogió de hombros—, pero supongo que puedes probar.

A eso del mediodía del día siguiente, el teléfono Princess empezó a tintinear.

—Mierda en vinagre, 'ése', así que eres de verdad.

—Al menos un día por semana. Has debido de tener un golpe de suerte. ¿Quién eres?

—Ya se ha olvidado de mí. 'Sinvergüenza', como diría mi abuela.

—Estaba bromeando, Luz, ¿cómo estás, 'mi amor'?

—Qué manera más rara de coquetear.

—Espero que tengas el día libre.

Cerca de la oficina, tanto que de hecho podía ir andando, había una zona, que en el pasado constituyó un pequeño vecindario, cuyas casas habían sido declaradas en ruina para realizar una ampliación del aeropuerto que tal vez sólo habría existido como una fantasía burocrática. Un barrio vacío pero no exactamente desierto. Dentro se rodaban películas dudosas. Se hacían trapicheos con drogas y armas. Moteros chicanos tenían citas furtivas a mediodía con jóvenes ejecutivos anglos, con bisonés que les servían para desgravarse impuestos y que retenían en su urdimbre de fibra Dynel el olor de los bares del centro a los que iban a comer. Los fumetas despegaban en sus aviones a unos centímetros por encima de sus cabezas, y los residentes especialmente infelices de la zona, que abarcaba desde Palos Verdes a Point Dume, salían a buscar potenciales lugares para suicidarse.

Luz se presentó en un SS396 rojo que, repetía, se lo había prestado su hermano, aunque Doc creía detectar algún novio en algún punto del subtexto. Vestía tejanos recortados, botas de vaquera y una diminuta camiseta que hacía juego con el coche.

Encontraron una casa vacía y entraron. Luz había traído una botella de Cuervo. Había un colchón de matrimonio con quemaduras de cigarrillo, un televisor con mueble incluido modelo French Provincial con la pantalla destrozada a patadas y varios recipientes de pasta de yeso de veinte litros que la gente había utilizado como mobiliario de picnic.

—He leído en los periódicos que Mickey sigue desaparecido.

—Ya ni siquiera el FBI se pasa a visitarme. Riggs se ha largado otra vez al desierto, y Sloane y yo nos hemos hecho amigas.

—Ya, sí, ¿cómo de amigas?

—¿Te acuerdas de la cama de abajo donde Mickey nunca me folló? Ahora es nuestra.

—Humm...

—Pero ¿qué es esto que veo aquí?

—Bueno, no me jodas, es una idea interesante, ¿verdad?, vosotras dos...

—Los tíos y el rollo de lesbianas... ¿Por qué no te pones cómodo ahí, no, ahí, y te cuento todos los detalles?

Los aviones de pasajeros pasaban atronadores cada par de minutos. La casa se estremecía. A veces, cuando Luz separaba brevemente las piernas, Doc creía que oía las ruedas del tren de aterrizaje rodando por el tejado. Cuanto más ruido había, más se excitaba ella.

—¿Y qué pasa si uno desciende demasiado? Podríamos morir, ¿verdad? —Agarró dos puñados del pelo de Doc y le apartó la cara del coño—. ¿Qué pasa, cabronazo, es que no me oyes o qué?

Fuera lo que fuese lo que hubiera querido responder, habría quedado ahogado en otra ensordecedora aproximación aérea, y, en cualquier caso, lo que Luz quería ahora era joder, que es lo que hicieron, y un poco después se encendieron un porro y ella empezó a hablar de Sloane.

—Estas chicas inglesas cuando llegan a Califor no saben cómo comportarse. Ven a esa gente, tío, todo ese dinero y propiedades, y ni una de ellas tiene la menor idea de qué hacer con eso. Lo primero que escuchan los nuestros nada más cruzar la frontera es: *‘Esta gente no sabe nada’*. Por eso Sloane tiene tanto resentimiento. Cada vez que se entera de que hay dinero al que pueda echarle mano, se cree que es ella quien debería llevárselo. Para Riggs no se trata tanto de llevárselo él mismo cuanto más bien, de impedir que algún otro gilipollas lo haga.

—Eso que a la pasma le gusta llamar « robo ».

—Ellos pueden. A Sloane le gusta llamarlo « redistribución ».

—Bueno, y entonces, ¿qué pasaba?, ¿Riggs y ella desplumaban a Mickey, le facturaban por partida doble a sus clientes, timaban a sus contratistas o qué?

Luz se encogió de hombros.

—No era asunto mío.

—¿Se pasaban el día entero haciendo chanchullos o follaban al menos de vez

en cuando?

—Riggs decía que no se trataba tanto de que él se la tirara como de que Mickey no lo hiciera.

—Ya veo. ¿Y qué tenía Riggs contra el marido?

—Nada. Eran viejos ‘*compinches*’. Riggs ni se hubiera acercado al coño de Sloane si Mickey no lo hubiera animado.

—¿Mickey era gay?

—Mickey se tiraba a otras mujeres. Sólo quería que Sloane se divirtiera un poco también. Riggs y él trabajaban juntos en varios proyectos, Riggs se alojaba en la casa cuando venía a la ciudad, y no podía evitar cascársela cada vez que Sloane entraba en la habitación, así que a Mickey le parecía una elección natural montarlo para que ella..., además tenía las características habituales para venderse bien: polla grande, joven y lo bastante pobre para mantenerlo controlado con una correa no muy larga. Claro que a Sloane tampoco es que le hiciera mucha gracia la idea al principio, porque odiaba deberle nada a Mickey.

—Pero...

—¿Por qué te interesa tanto esto?

—Los líos de los ricos y poderosos. Es más divertido que leer el *Enquirer*.

—Y además uno no puede tirarse un periódico, ¿verdad que no, mi pequeño anglo ‘*hijo de puta*’?

—Joderjoder —sugirió Doc de buen humor—, ‘*otra vez, ¿sí?*’

Así que volvió con un poco de retraso a la oficina y durante unos días tuvo que inventarse explicaciones por los visibles chupetones, arañazos y demás. Cuando Luz se disponía a perderse rápidamente de vista en el Super Sport, Doc dijo:

—Una cosa. ¿Qué crees tú que le pasó en realidad a Mickey?

Ella dejó de lado el coqueteo, se puso casi taciturna. Su belleza, de algún modo, se intensificó.

—Sólo espero que esté vivo, tío. No era tan mala persona.

Esperando pasar una mañana tranquila en la oficina, Doc acababa de encenderse un canuto cuando el antiguo interfono empezó a sonar con su zumbido gutural. Movi6 un par de interruptores de baquelita y oyó a alguien que podría ser Petunia gritando su nombre. Por lo general eso significaba que tenía visita, muy probablemente una chica, dado el jadeante interés que mostraba Petunia por la vida social de Doc.

—Gracias, Tunia... —chilló amigablemente Doc como respuesta—, hazla subir, anda, y por casualidad no te habré comentado esta mañana que tu vestido es precioso, ese matiz de narciso recoge el color de tus ojos —dijo, sabedor de que pocas de sus palabras serían inteligibles dada la potente distorsión.

Pese a la improbable posibilidad de que su desconocida visitante tuviera mala opinión del uso de la marihuana, Doc recorrió la oficina con una lata de ambientador comprada en el súper y la fue saturando con una desagradable y espesa bruma de matices florales sintéticos. La puerta se abrió y entró esa... por piedad, esa increíble belleza, perceptible incluso con la visibilidad reducida y demás. Pelirroja, chaqueta de cuero, minifalda diminuta, cigarrillo pegado a un labio inferior que parecía más deseable cuanto más se acercaba.

—¡El copón de fútbol! —gritó sin querer Doc, a quien alguien le había dicho que eso significaba « Amor a primera vista » en francés.

—Está por ver —dijo ella—, pero ¿a qué huele?, es asquerosamente repugnante.

Él miró la etiqueta del bote de aerosol.

—¿« Capricho de flores silvestres » ?

—El váter de una gasolinera en el Valle de la Muerte se avergonzaría de oler así. Mientras tanto, soy Clancy Charlock —Extendió el brazo y se estrecharon las manos.

—La... de Glen Charlock—dijo Doc casi a la vez que ella le aclaraba:

—La hermana.

—Bueno, siento lo de tu hermano.

—Glen era un mierda, y con todos los números para que cancelaran su serie cualquier día. Pero eso no impide que no quiera saber quién es el asesino.

—¿Has hablado con la policía?

—Más bien fueron ellos los que hablaron conmigo. Un listillo llamado Bjornsen. No puedo decir que me animara mucho. ¿Te importaría no mirarme así las tetas?

—¿Quién...? Oh, debía de estar intentando... leer lo que pone en tu camiseta.

—Es una fotografía. De Frank Zappa.

—Sí, eso es... Decías... ¿El teniente Bjornsen te recomendó que vinieras a verme?

—Parecía mucho más preocupado por la desaparición de Mickey Wolfmann que por el asesinato de Glen, lo que, vistas las prioridades del LAPD, no es ninguna sorpresa. Pero supongo que es algo así como un fan tuyo. —Había estado observando el despacho y el tono de su voz dejaba entrever sus dudas—. Perdona, ¿eso que hay en el cenicero de ahí es un canuto a medio fumar?

—¡Ah! Qué lamentablemente maleducado que soy, aquí hay uno nuevo, listo para encenderlo.

Si esperaba una secuencia de fumeteo romántico al estilo de *La extraña pasajera* (1942), pues iba a ser que no... Antes de que le diera tiempo de alzar una ceja para hacerse el interesante, Clancy se había hecho con el canuto, había abierto de golpe el Zippo y lo había encendido; cuando por fin llegó a Doc, medía menos de la mitad de su tamaño original.

—Una mierda interesante —comentó ella tras exhalar todo el humo.

Siguió un prolongado, y para Doc eréctil, intercambio de miradas.

Ahora muéstrate profesional, se advirtió a sí mismo.

—La teoría que corre por la ciudad es que tu hermano intentó impedir que quienquiera que fuese secuestrase a Wolfmann y que lo mataron por hacer su trabajo.

—Demasiado sentimental. —Se había metido en la zona de paredes verdes y fucsias que servía de comedor y apoyaba los codos en la mesa—. Si había un secuestro en marcha, lo más probable es que Glen estuviera metido en el ajo. Que te paguen por hacerte el chico malo está bien, pero cuando había problemas de verdad la reacción natural de Glen era siempre largarse pitando.

—En ese caso, a lo mejor vio algo que no debería haber visto. Ella asintió para sí un buen rato. Por fin añadió:

—Bueno..., sí, eso es también lo que piensa Boris.

—¿Quién?

—Otro de los miembros de la pandilla de musculitos de Mickey. Todos han desaparecido del mapa, pero anoche me llamó Boris. Nos conocemos un poco de antes. Si lo ves en persona, te queda claro que no te gustaría que se pusiera nervioso, pero te aseguro que ahora está cagado de miedo.

—¿De qué?

—No me lo quiso decir.

—¿Crees que hablará conmigo?

—Merece la pena intentarlo.

—Ahí está el teléfono.

—Eh, un teléfono Princess, tío, yo tenía uno. A ver, el mío era rosa, pero el verde veneno tampoco está mal. ¿Tienes pensado casarte con ese canuto o sólo se te ha quedado pegado?

El teléfono tenía un cable largo, y Clancy lo estiró todo lo lejos de Doc que pudo. Doc fue al lavabo y se ensimismó mirando un libro de Louis L'Amour que había olvidado que tenía, y lo siguiente que supo fue que Clancy estaba aporreando la puerta.

—Boris dice que tiene que ser en persona.

Aquella noche, Doc quedó con Clancy cuando ésta acabó su jornada como camarera en un bar de Inglewood, y fueron en coche a un bar de moteros cerca de la Harbor Freeway llamado Knucklehead Jack's. Al entrar por la puerta, en la jukebox sonaba la eterna *Runaway* de Del Shannon, y eso a Doc le pareció una buena señal. El bajo nivel de oxígeno dentro se compensaba con humo de varios orígenes nacionales.

Boris Spivey tenía las dimensiones, aunque posiblemente no el dominio de sí

mismo, de un *lineman* de la NFL. El taco de billar que sostenía en la mano no parecía abultar más que una batuta en la mano de Zubin Metha.

—Clancy dijo que te detuvieron por lo de Glen.

—No les quedó más remedio que soltarme. El sitio equivocado en el momento equivocado, eso fue todo. Me encontraron inconsciente en la escena y demás. Todavía no sé qué pasó.

—Yo tampoco, estaba en Pico Rivera, visitando a mi novia, Dawnette. ¿Juegas al billar? ¿Qué te parecen los tiros *massé*?

—Me inspiran el amor-odio habitual.

—Empiezo yo.

La mesa de billar acogió por un buen rato retorcidas trayectorias de bolas, con la superficie de juego repetidamente amenazada por ángulos muy pronunciados de los tacos, hasta que la señora Pixley, la dueña, se acercó por fin a Doc y Boris, luciendo una sonrisa sombría y una escopeta de cañones recortados, y un silencio se abatió sobre el local.

—¿Veis ese rótulo que hay sobre la barra, chicos? Si no sabéis leer, estaré encantada de aclarároslo.

—Oh, vamos, no estamos rompiendo nada.

—Me da igual, tú y tu pequeño compañero de partida vais a tener que abandonar el local ahora. No es tanto por el coste de sustituir el fieltro; es que, personalmente, aborrezco esos jodidos tiros *massé*.

Doc buscó a su alrededor a Clancy y la vio en un apartado, sumida en una intensa conversación con dos motociclistas del tipo que las madres no suelen aprobar.

—Sabe cuidarse bien sola —dijo Boris—, siempre ha estado con dos a la vez, y ésta parece su noche de suerte. Vamos, tengo mi camioneta en el aparcamiento.

Con la cabeza inevitablemente llena de imágenes lujuriosas, Doc siguió a Boris afuera hasta una Dodge Power Wagon del 46, pintada de un caqui oliva jaspeado sobre una capa de imprimación gris. Subieron y Boris permaneció un rato sentado revisando el aparcamiento.

—¿Crees que hemos dado el pego ahí dentro? Me parece que uno nunca puede ser lo bastante paranoico.

—A ver, ¿tan en serio va la historia de la que estamos hablando? —preguntó Doc encendiendo un par de Kool.

—Dime una cosa, compadre, entre nosotros: ¿has matado a alguien alguna vez?

—En defensa propia, a todas horas; deliberadamente, bueno, ¿quién se acuerda? ¿y tú?

—¿Vas armado ahora?

—¿Esperamos a alguien?

—Después de pasar cierto tiempo en el pabellón de aislamiento —explicó Boris—, tienes la impresión de que siempre hay alguien que quiere pelarte el culo.

Doc asintió.

—Lo que tienen estas prendas hippies —dijo levantando el puño acampanado de la camisa para descubrir una pequeña Model 27 de cañón corto— es que, si quieres, casi puedes meter una Heckler & Koch aquí.

—Eres un hombre peligroso, eso ya lo veo, demasiado peligroso para mí, así que supongo que más vale que lo vacíe todo de golpe.

Doc se preparó para saltar y huir a la carrera, pero Boris prosiguió:

—La verdad es que a Glen se lo cargaron a sangre fría. Se suponía que no tenía que estar allí cuando fueron a por Mickey. El golpe estaba bien preparado, aquel día le tocaba trabajar a Puck Beaverton y el plan era dejarles entrar y luego desaparecer, pero a Puck le entró miedo en el último momento y cambió el turno con Glen, aunque no le dijo lo que iba a pasar, simplemente se largó.

—Y ese tal Puck..., ¿sabes adónde fue?

—Probablemente a Vegas. Puck se cree que allí hay gente que lo protegerá.

—Pues me hubiera gustado hablar con él. Toda la historia es bastante desconcertante. Pongamos, por ejemplo, que Mickey estaba en un apuro.

—Apuro no es la palabra. No podía haberse metido en peor mierda. Y todo por esa idea que se le ocurrió. Toda la pasta que había ganado..., estaba pensando en un modo de devolverlo.

Doc exhaló, más que silbó, a través de los dientes.

—¿Todavía puedo incluir mi nombre en la lista?

—Ya, crees que estoy contando chorradas, pues muy bien, todos nosotros también creíamos que Mickey las decía.

—Sí, bueno, pero ¿por qué iba él a...?

—No me preguntes. No sería el primer ricachón que últimamente se mete en un viaje empujado por el sentimiento de culpa. Tomaba mucho ácido, algo de peyote, tal vez se pasó de la raya. Lo habrás visto otras veces.

—Sí, algunas, pero el viaje suele reducirse a pasar un par de días chungo, o a romper con tu chica, nada a esa escala.

—Lo que Mickey decía era: «Ojalá pudiera deshacer lo que he hecho, sé que no es posible, pero sí puedo conseguir que el dinero empiece a fluir en otra dirección».

—¿Y a ti te decía cosas así?

—Le oí decirlo; él y su chica, Shasta, tenían bastantes de esas charlas íntimas, no es que yo intentara escucharlas ni nada por el estilo, sencillamente andaba por allí, es la ventaja de ser invisible. Shasta creía que Mickey estaba loco por querer desprenderse de todo su dinero. Por alguna razón, esa historia la asustaba. Él empezaba a pincharla, diciéndole que lo único que le preocupaba era perder su

vale de comida. Y eso sí que era una verdadera locura, porque ella estaba enamorada de él, tío. Si se preocupaba por alguien era por él. No sé si Mickey se lo creyó nunca, pero cada convicto que ha estado dentro, aunque sólo sea una noche, reconoce la diferencia entre los rollos que le metes a alguien a quien sólo te quieres follar y la otra historia. Ese anhelo. Lo único que había que hacer era mirarle a la cara a la chica.

Seguían fumando sentados.

—Shasta y yo vivimos juntos un tiempo, fue algo breve. —Doc creyó que debía mencionarlo—. Y no puedo decir que supiera nunca lo que sentía por mí. Hasta qué punto era profundo.

—Tío. —Boris bajó rápidamente la mirada hacia la funda tobillera de Doc—. Espero que no sea un mal rollo tener que escuchar todo esto.

—Boris, sólo en apariencia soy un malvado cabronazo, por dentro soy tan sentimental como cualquier ex. Por favor, olvídate de la Smith, y dime: ¿quién más estaba preocupado por el gran regalo de Mickey? ¿Socios de negocios? ¿Su esposa?

—¿Sloane? Él no le contaba una mierda, «no hasta que esté acabado y cerrado y a prueba de abogados», repetía siempre. También decía que si ella se enteraba antes de tiempo, la asociación de abogados de California declararía un nuevo día de acción de gracias por todo el nuevo trabajo.

—Pero tarde o temprano él habría tenido que recurrir a abogados, nadie se deshace así como así de millones, necesitaría alguna ayuda técnica.

—Lo único que sé es que de repente apareció un ejército de tipos trajeados por la casa de Mickey; sé identificar de un vistazo a los mormones y al FBI, si es que hay alguna diferencia, pero todavía no estoy seguro de qué eran aquéllos.

—¿Crees que podrían trabajar para Sloane? ¿Como si ella ya lo hubiera descubierto? ¿O que hubiera empezado a notar vibraciones raras? ¿Y qué hay de su novio, el tal Riggs?

—Sí, Shasta pensaba que Sloane y él estaban tramando algo juntos. Ella ya estaba bastante nerviosa, pero luego empezó a desquiciarse de verdad. Mickey le había alquilado algo en Hancock Park, y a veces, cuando acababa mi turno, me pasaba por allí, no por nada romántico, enténdeme, sólo porque se notaba lo mucho más segura que se sentía cuando había alguien alrededor. Allí cada día pasaba algo: coches que iban y venían por delante de la casa, llamadas en las que nadie decía nada al otro lado de la línea, gente que la seguía cuando salía en Eldorado.

—¿No apuntó ninguna matrícula?

—Me imaginé que me lo preguntarías —Boris sacó su cartera, encontró un papel de fumar de paja de trigo y se lo dio a Doc—. Espero que lo manejes sin que se enteren los polis.

—Un tipo para el que trabajé tiene un ordenador. ¿Por qué no recurrís al

LAPD? Parece que ellos también quieren pillar al que lo ha hecho.

—Pero ¿de qué vas, en qué te habías doctorado, en los viajes con ácido o qué?, ¿de la universidad de qué planeta me dijiste que venías?

—Casi parece que piensas que... el LAPD está metido en esto.

—No es que lo parezca, no me jodas, y a Mickey ya se lo habían advertido bastante. Un poli amigo suyo iba por la casa a todas horas.

—Déjame adivinar: ¿rubio, sueco, habla raro a veces, responde al nombre de Bigfoot?

—Ése es. Si quieres que te diga la verdad, a mí me daba la impresión de que si venía tantas veces era por Sloane.

—Pero avisó a Mickey de que..., ¿qué?, ¿de que se mantuviera alejado del Chick Planet Massage?, ¿de que no se fiara de tus guardaespaldas?

—De lo que fuera..., Mickey no hizo caso a ninguna de sus advertencias, le gustaba ir a Channel View, y sobre todo a ese antro de masajes. Que era el último sitio donde ninguno de nosotros hubiera esperado que lo atacaran. Uno está tan bien ahí mientras le hacen una buena mamada, y en un abrir y cerrar de ojos es como el jodido Vietnam, comandos de asalto allá donde miraras, unidades de buzos saliendo del jacuzzi, chicas corriendo y chillando por todas partes...

—Guau. Suena casi como si hubieras estado en la escena y no en Pico Rivera.

—Vale, muy bien, me pasé por allí un momento, sólo para pillar un poco de esa mierda púrpura que le gusta a Dawnette, ¿de eso que echas a la bañera y hace burbujas?

—Espuma de baño.

—Eso es. Y me encontré en medio de todo, pero espera, tú..., tú dijiste que también estabas allí, todo el tiempo, inconsciente o como sea, ¿cómo es posible que no te viera?

—A lo mejor era yo el que había ido a Pico Rivera.

—Mientras no te estuvieras liando con mi novia. —Se miraron socarronamente.

—Dawnette —dijo Doc.

Se aproximaba la típica reverberación del motor de largo recorrido de una motocicleta Harley. Era uno de los tipos con los que Clancy se había liado esa noche, y ella montaba detrás.

—¿Todo bien? —gritó, aunque no puede decirse que con demasiado interés.

Boris le dio a la manivela de su lado para bajar la ventanilla y se asomó.

—Este tipo me está desquiciando, Clance, ¿dónde encuentras a hombres tan duros?

—Te llamo pronto, Doc —dijo Clancy casi farfullando.

Doc, recordando la vieja canción de Roy Rogers, respondió con cuatro compases de *Happy Trails to You* mientras Clancy y su nuevo amigo Aubrey

salían atronando del aparcamiento, el segundo agitando una mano enguantada, seguidos poco después por su colega Thorndyke en una Harley Electra Glide de motor *shovelhead*.

De vuelta en la playa, Doc se hundió en el sofá con la intención de sumirse lenta y plácidamente en el sueño, pero apenas había penetrado en la tensión superficial y ya se hundía en la fase REM cuando el teléfono empezó a sonar con un clamor espantoso. El año anterior, un drogata adolescente pasado de vueltas que conocía Doc había robado una alarma de incendios de su instituto en medio de una juerga vandálica, y a la mañana siguiente, el chico, abrumado por los remordimientos y sin saber qué hacer con la alarma, fue a ver a Doc y se la quiso vender. Eddie, el del piso de abajo, que había pasado algún tiempo en la compañía telefónica y tenía mano con el soldador, había enganchado la alarma al teléfono de Doc. Por entonces le había parecido una idea molona, pero luego raras veces volvió a parecersele.

Al otro lado de la línea estaba Jade, y tenía un problema. Por el ruido de fondo, parecía que se encontraba en una cabina telefónica en la calle, pero ni eso disimulaba la angustia de su voz.

—¿Conoces el club FFO, en Sunset?

—Lo malo es que ellos también me conocen. ¿Qué pasa?

—Es Bambi. Hace dos días y dos noches que no sé nada de ella y estoy preocupada.

—Así que andas rockanroleando por el Strip.

—Spotted Dick toca esta noche aquí, así que de estar en algún sitio será en el club.

—Vale, quédate por ahí, llegaré en cuanto pueda.

Al este de Sepúlveda había salido la luna y Doc fue rápido. Dejó la autopista en La Ciénaga y allí tomó el atajo por Stocker hasta La Brea. La programación de la radio, acorde a la hora, incluyó una de las pocas tentativas conocidas de música surf negra, *Soul Gidget*, de Meatball Flag.

Quién viene paseando a su aire por la calle,
con chancletas de tacón en los pies,
siempre con una espléndida sonrisa,
nunca la han detenido los de juveniles.
¿Quién es? [fill de guitarra en séptima menor]
¡Soul Gidget!

¿Quién no se preocupa nunca por su karma?
¿Quién le dará el pego a tu mamá?
Ahí, con esa pinta de chica muy mala,
como Sandra Dee con una peluca afro...
¿Quién es?
¡Soul Gidget!

Hay oleaje, y ahí está Soul Gidget,
lleva todo ese pachuli en el pelo,
en Hermosa hace de las suyas,
pero en South Central no es más que una niña.
Oh, ¿quién es?
¡Soul Gidget!

Y así sucesivamente. A esa canción le siguió un maratón de *Wild Man Fischer* del que Doc se libró por fin con la aparición en La Brea de las luces de Pink's. Paró allí un momento para pillar unos *dogs* con chile y reanudó la marcha colina arriba, comiendo mientras conducía; encontró sitio para aparcar y fue caminando el resto de la subida hasta Sunset. Delante del FFO había una pequeña multitud de amantes de la música pasándose canutos de aquí para allá, discutiendo con el gorila de la puerta, y bailando con las líneas de bajo brutalmente amplificadas que salían del interior. Eran los Furies, conocidos en la época por tocar con tres bajos y ninguna guitarra solista, que esa noche hacían de teloneros de los Spotted Dick. De vez en cuando, durante las pausas, alguien se acercaba corriendo indefectiblemente hasta la puerta para gritar: « ¡Tocad *White Rabbit!* » , antes de que lo echaran a empujones de vuelta a la calle.

Doc no tardó mucho en toparse con Jade y la supuestamente desaparecida Bambi, apalancadas delante de una tienda de helados en la misma calle, farfullando a toda velocidad y haciendo gestos con unos cucuruchos gigantescos sobre los que se amontonaban precariamente bolas de sabores multicolores de helado orgánico.

—¡Hombre, Doc! —exclamó Jade con un leve fruncimiento de ceño a modo de advertencia—, ¿qué haces por aquí?

—Sí —farfulló Bambi—, habíamos pensado que eras más bien un tipo de Herb Alpert y la Tijuana Brass.

Doc ahuecó la mano detrás de una de sus orejas, en dirección hacia el club.

—Me ha parecido que alguien estaba tocando *This Guy's in Love with You*, así que he venido corriendo. ¿No? ¿Y qué pinto aquí? ¿Y vosotras cómo estáis esta noche, todo en su sitio?

—Bambi ha conseguido unos pases para los Spotted Dick—dijo Jade.

—Hemos quedado con otros dos tíos —dijo Bambi—. La buena de Flor de Loto aquí presente va a verse con una estrella, y esta noche a mí me toca Shiny Mac McNutley, cariño.

Un Rolls de color blanco como la nieve y con chófer paró en el bordillo, y una voz habló desde dentro:

—Muy bien, chicas, quedaos donde estáis.

—Oh, mierda —dijo Bambi—, es tu chulo otra vez, Jade.

—*Mi* chulo, ¿desde cuándo?

—No te olvidarías de firmar el precontrato, aquella carta de intenciones, ¿verdad?

—¿Te refieres a todos aquellos papeles en el lavabo? Nanay, me limpié el culo con ellos, y de todo eso hace ya mucho, ¿qué pasa?, ¿era algo importante?

—Venid las dos, dejad de tocar las pelotas por ahí y subid al coche, tenemos negocios de los que hablar.

—Jason, no voy a subir a ese coche, huele como una fábrica de pachuli —dijo Bambi.

—Sí, baja tú a la acera..., a pie, como un hombre —dijo Jade riéndose entre dientes.

—Me parece que tengo que irme —repuso Doc sonriente.

—Quédate ahí, Barney —dijo Bambi—, disfruta del espectáculo, estás en la capital mundial del entretenimiento.

Según le contó Jade más adelante, al chulo, Jason Velveeta, probablemente le habría valido más seguir algún curso de orientación laboral. Todas las mujeres que había intentado explotar habían acabado riéndose de él. Algunas, por lo general de las que no controlaba, a veces le entregaban dinero porque les daba pena, pero nunca tanto como él creía que le debían.

A desgana, en una nube de pachuli, Jason bajó a la acera. Llevaba un traje blanco, tan blanco que hacía que el Rolls pareciera deslustrado.

—Chicas, os quiero dentro del vehículo —dijo—, ahora.

—¿Que nos vean en coche contigo?, olvídale —dijo Jade.

—No podemos permitirnos perder tanta credibilidad —añadió Bambi.

—No es lo único que podéis perder.

—Te queremos, amorcito —dijo Bambi—, pero eres una broma con patas. Por todo el Strip, por Hollywood Boulevard..., eh, hay chistes sobre Jason escritos con lápiz de labios en las paredes de los lavabos, hasta en la asquerosa West Covina, tío.

—¿Dónde?, ¿dónde? Conozco a un tipo en West Covina que tiene un bulldozer, una palabra mía y echará abajo todos los cagaderos. Contadme el chiste.

—No sé, cari —Bambi fingió que se arrimaba y sonreía espléndidamente a los transeúntes—, sabes que sólo serviría para alterarte.

—Ah, vamos —dijo Jason, complacido pese a sí mismo por la atención

pública.

—Jade, ¿se lo contamos?

—Tú decides, Bambi.

—Pues allí pone —dijo Bambi con su voz más seductora—: si le pagas comisión a Jason Velveeta, no puedes cagar aquí. El tontolaba de tu chulito sólo lame culos en Hollywood.

—¡Zorra! —chilló Jason, momento en el que las chicas ya corrían por la calle, perseguidas por él al menos durante un par de zancadas, hasta que se resbaló en una bola de helado de Organic Rocky Road, que Jade había tirado intencionadamente a la acera, y se cayó de culo.

Desde algún lugar muy dentro de sí mismo Doc experimentó una punzada de comprensión. O puede que de otra cosa.

—Toma, tío.

—¿El qué? —dijo Jason.

—Mi mano.

—Tío —al ponerse en pie pareció crujir—, ¿sabes cuánto va a costarme limpiar este traje ahora?

—Una putada, sí. Y eso que las dos parecían unas chicas enrolladas.

—¿Buscabas compañía esta noche? Créeme, podemos encontrarte algo mejor que esas dos. Ven. —Empezaron a andar, y el Rolls los siguió a su paso. Jason sacó un canuto marchito del bolsillo y lo encendió. Doc reconoció el olor de mercancía mexicana barata y también se dio cuenta de que alguien se había olvidado de retirar tanto las semillas como las ramitas. Cuando Jason le ofreció una calada, fingió inhalar y al cabo de un rato se lo devolvió.

—Una hierba superior, tío.

—Sí, acabo de ver a mi camello, me cobra una pasta, pero merece la pena. —Recorrieron el Chateau Marmont hasta Hollywood Boulevard, y cada poco Jason abordaba a una joven vestida con una versión seductora de un atuendo sub-*Playboy*, y sistemáticamente era recibido con insultos, gritos, golpes, o rehuido, y en ocasiones hasta confundido con un cliente potencial.

—Un negocio difícil, eh —comentó Doc.

—Bah, últimamente he estado pensando en dejarlo, ¿sabes? Lo que en realidad me gustaría es ser agente de cine.

—Ahí lo tienes. El diez por ciento de lo que ganan algunas de esas estrellas, guuuu.

—¿Un diez?, ¿sólo?, ¿estás seguro? —Jason se quitó el sombrero, un homburg también de un blanco mareante, y lo miró como si se lo reprochara—. ¿No llevarás un Darvon encima?, ¿o algún antiácido? Me duele la cabeza...

—No, pero prueba esto. —Doc encendió un canuto de hierba colombiana de eficacia demostrada para estimular la conversación y se lo pasó, y antes de que Jason se diera cuenta, hablaba por los codos de Jade, de la que, si Doc no se

equivocaba, estaba colgado.

—Ella necesita a alguien que la cuide. Asume demasiados riesgos, no sólo en ese trabajo del *drive-up* de Hollywood. Como con esa gente del Colmillo Dorado, tío, está demasiado metida en ese rollo.

—Sí..., y a..., he oído ese nombre en algún sitio.

—Un cártel indochino de heroína. Una historia vertical. Ellos la financian, la cultivan, la tratan, la traen, la cortan, la mueven, controlan redes por todo el país de camellos callejeros locales, y se llevan un porcentaje de cada operación. Brillante.

—¿Esa chica tan mona y dulce pasa caballo?

—Puede que no, pero trabajaba en un local de masajes que es una de las fachadas que utilizan para blanquear dinero.

De ser así, reflexionó Doc, también era posible que Mickey Wolfmann y el Colmillo Dorado tuvieran algún tipo de relación.

Mierda, tío...

—Hagas lo que hagas —decía Jason, tal vez más para sí mismo que para Doc—, mantente alejado del Colmillo. Si empiezan siquiera a sospechar que puedes interponerte entre ellos y su dinero, más vale que te dediques a otra cosa. Muy lejos, si es posible.

Doc dejó a Jason Velveeta en Sunset, delante del Sun-Fax Market, y volvió caminando despacio colina abajo mientras iba pensando. Veamos: hay una goleta que se dedica al contrabando. Es un misterioso holding. Y ahora también es un cártel de heroína del sudeste asiático. Tal vez Mickey esté metido. Guau, este Colmillo Dorado, tío... Una historia distinta para cada pájaro...

Los coches pasaban con las ventanillas bajadas y desde dentro les llegaba el ruido de panderetas llevando el ritmo de lo que se estuviera emitiendo por la radio. Las jukeboxes sonaban en las cafeterías de las esquinas, y se oían guitarras acústicas y armónicas en los patios de pequeños apartamentos. Por todo ese trecho de la ladera nocturna había música. Poco a poco, en algún lugar por delante de donde se encontraba, Doc empezó a distinguir saxofones y una inmensa sección de percusión. Algo de Antonio Carlos Jobim, que procedía de un bar brasileño llamado O Cangaceiro.

Alguien tocaba un solo de saxo tenor, y Doc, movido por una corazonada, asomó la cabeza dentro, donde un numeroso grupo de gente estaba bailando, fumando, bebiendo y empujándose, a la par que escuchaba respetuosamente a la banda, entre cuyos miembros, sin que le sorprendiera demasiado, reconoció a Coy Harlingen. El cambio con respecto a la sombra malhumorada que había visto en Topanga era asombroso. Coy tensaba la parte superior del cuerpo en un atento arco alrededor del instrumento, sudando, con los dedos sueltos, transportado. La melodía era *Desafinado*.

Cuando la banda acabó, una chica hippy de pinta extraña se acercó al piano;

llevaba el pelo corto y con una permanente rígida, y su atuendo incluía un pequeño vestido negro de los años cincuenta y unos interesantes tacones de aguja muy altos. De hecho, ahora que Doc miraba más de cerca, le dio la impresión de que a lo mejor no era una hippy. Se sentó al piano como un jugador de póquer se sentaría a una prometedor mesa, tocó un par de escalas en La menor arriba y abajo y, sin muchos más preámbulos, empezó a cantar el clásico lounge de Rodgers & Hart *It Never Entered My Mind*. Doc no era un gran admirador de los lamentos de amor no correspondido, es más, se conocía su costumbre de retirarse discretamente al lavabo más cercano si sospechaba siquiera que había algo de ese estilo en camino, pero ahora se sentó confuso y se dejó llevar por la gelatina almibarada. Tal vez era por la voz de aquella joven, su tranquila confianza en la canción..., fuera como fuese, a la altura de los segundos ocho compases, Doc supo que no podía evitar tomarse personalmente la letra. Encontró unas gafas de sol en el bolsillo y se las puso. Tras un prolongado solo de piano y una repetición del estribillo, Doc, movido por un impulso, se dio la vuelta y allí estaba Coy Harlingen, pegado a su hombro, como un loro en una tira cómica, también con gafas de sol y asintiendo.

—Tío, puedo identificarme con esa letra. A ver, ¿tomas tú esas decisiones? Estás convencido de que haces lo mejor para todos, pero entonces todo se pone patas arriba y ves que no podías haber estado más equivocado.

La elegante cantante había pasado a *Alone Together* de Dietz & Schwartz, y Doc pidió para él y para Coy cachaza y un par de cervezas para bajarla.

—No te pido que me cuentes ningún secreto, pero me parece que te vi una vez en la tele en una concentración a favor de Nixon.

—Y tu pregunta es si en verdad soy uno de esos bocazas derechistas pirados.

—Algo así.

—Quería limpiarme, y creí que me apetecía hacer algo por mi país. Tan estúpido como suena. Esa gente era la única que me ofrecía algo así. Parecía un curro fácil. Pero lo que en realidad querían eran controlar a los que nos apuntábamos a la historia haciéndonos sentir que nunca éramos lo bastante patriotas. Mi país, siempre, tenga razón o no..., ¿con Vietnam en marcha? Es una jodida locura. Imagina que tu madre le da al caballo.

—Eh, esto...

—Al menos dirías alguna cosa, ¿no?

—A ver, un momento, así que Estados Unidos es como la madre de uno, ¿eso es lo que estás diciendo?... y que está enganchado a... ¿a que exactamente?

—A enviar a chavales a la jungla para que mueran por nada. Algo equivocado y suicida que ella es incapaz de parar.

—Y los Vigilas no se lo tragaron.

—Ni siquiera tuve ocasión de plantearlo. Y en cualquier caso ya era demasiado tarde. Me di cuenta de lo que pasaba; de lo que había hecho.

Doc se levantó de un salto para que les rellenaran las copas. Se sentaron y escucharon el resto de la actuación de la chica que no era una hippy.

—No estaba mal el solo que te pegaste antes —dijo Doc.

Coy se encogió de hombros.

—Para ser con un saxo prestado, supongo que no.

—¿Todavía te alojas en Topanga?

—Qué remedio.

Esperó a que Doc dijera algo, y éste sólo soltó:

—Mal rollo.

—Dímelo a mí. Allí soy menos que una groupie, pillo hierba, abro latas de cerveza, controlo que sólo haya gominolas azules en la gran ponchera del salón. Pero ya estoy quejándome otra vez.

—Tengo la sensación —dijo Doc tímidamente— de que preferirías estar en otro sitio.

—Donde vivía antes no estaría mal —dijo con un pequeño quiebro en la voz hacia el final que Doc esperaba sólo fuera audible para los investigadores privados que tienen la costumbre de regodearse en los sentimientos. Los músicos volvían poco a poco al escenario, y sin que supiera cómo, Doc vio de repente que Coy estaba sumido en un complicado arreglo improvisado de *Samba do Avião*, como si eso fuera todo lo que tenía que interponer entre sí mismo y su convicción de que había jodido su vida.

Doc acabó quedándose por allí hasta la hora de cierre y vio a Coy subir al siniestro woodie Mercury que le había perseguido la otra noche por el cañón. Fue caminando hasta el Arizona Palms y pidió el menú para noctámbulos, el All-Nighter Special, luego se sentó hasta el alba leyendo el periódico, y esperó aún más, a la hora punta de la mañana, junto a una ventana con una vista colina abajo a la luz cargada de smog y al tráfico, reducido a corrientes de tapicerías reflectantes, centelleando fantasmagóricamente por los bulevares más próximos, desvaneciéndose pronto en una distancia marrón brillante. Una y otra vez sus pensamientos volvían no tanto a Coy como a Hope, que creía, sin pruebas, que su marido no había muerto, y a Amethyst, que debería tener algo más que unas *polaroids* borrosas que mirar cuando le entrara la tristeza infantil.

Bajo la puerta de la oficina había esperándole una postal de una isla en el océano Pacífico de la que nunca había oído hablar, con un montón de vocales en el nombre. El matasellos venía en francés con las iniciales de un administrador de correos local junto con la anotación *courrier par lance-coco*, que, hasta donde pudo adivinar por el *Petit Larousse*, debía de significar una especie de reparto de correo por catapulta que incluía el uso de cáscaras de coco, tal vez para salvar un acantilado inabordable. El mensaje en la tarjeta venía sin firmar, pero él supo que era de Shasta.

«Ojalá pudieras ver estas olas. Es uno más de esos sitios en que una voz procedente de alguna parte te dice que tendrías que estar. ¿Te acuerdas de aquel día con el tablero de gūija? Echo de menos aquellos tiempos y te echo de menos a ti. Ojalá muchas cosas hubieran sido de otro modo... Nada tenía que haber salido como salió, Doc, lo siento mucho» .

Tal vez lo sentía, sí, aunque, bien pensado, tal vez no. Pero ¿qué era esa historia del tablero de gūija? Doc entró tambaleándose en el vertedero urbano de su memoria. Oh..., hum, claro, vagamente..., había sido durante uno de aquellos largos periodos sin droga, nadie tenía nada, todos andaban desesperados, sin dar pie con bola. Muchos abrían cápsulas para el resfriado y separaba con gran laboriosidad los miles de pequeños granitos de dentro según el color, en la creencia de que cada color representaba un tipo distinto de alcaloide de belladona, que, tomado en dosis lo bastante grandes, les pondría ciegos. Esnifaban nuez moscada, bebían cócteles de gotas oftalmológicas Visine y vino barato, se comían paquetes de semillas de caléndula pese a los rumores de que las empresas de semillas las bañaban en productos químicos que te hacían vomitar. Cualquier cosa.

Un día, cuando Doc y Shasta estaban en la casa de Sortilège, ésta dijo que tenía un tablero de gūija. A Doc se le encendió una lucecita.

—¡Eh! ¿Crees que el tablero sabe dónde podemos pillar?

Sortilège alzó las cejas y se encogió de hombros, pero le hizo un gesto con la mano para que lo comprobara. Entonces surgieron las sospechas habituales, del tipo: ¿cómo podías estar seguro de que la otra persona no movía de forma deliberada la púa que marcaba las letras para que pareciera que transmitía un mensaje del más allá, y así sucesivamente?

—Muy fácil —dijo Sortilège—, hazlo todo solo.

Siguiendo sus instrucciones, Doc respiró hondo y se sumió con cautela en un estado receptivo, dejando que las puntas de sus dedos reposaran lo más suave que le fue posible sobre la púa marcador.

—Ahora haz tu pregunta y a ver qué pasa.

—Chachi —dijo Doc—, eh, tío..., ¿dónde puedo encontrar maría, tío? y..., y, bueno, y a puestos, que sea mierda de la buena. —La púa se arrancó como una liebre, deletreando casi más rápido de lo que Shasta podía anotar, una dirección en Sunset, en algún lugar al este de Vermont, y hasta soltó un número de teléfono, que Doc marcó de inmediato.

—¿Qué tal, fumetas? —saludó una arrullante voz femenina—, tenemos lo que necesitáis, y acordaos, cuanto antes vengáis, más habrá para vosotros.

—Sí, bueno, ¿con quién estoy hablando?, ¿hola?, ¡eh! —Doc miró desconcertado al aparato—. Acaba de colgar.

—Podría ser una grabación —dijo Sortilège—. ¿Has oído lo que te estaba gritando en realidad?: « ¡Ni te acerques! Soy una trampa de la policía» .

—¿Quieres venir con nosotros para evitar que nos metamos en líos?

Ella pareció vacilar.

—En este momento tengo que avisaros de que puede que no sea nada. Veréis, el problema con los tableros de güija...

Pero Doc y Shasta ya habían salido por la puerta y traqueteaban por la pista de obstáculos salpicada de baches conocida como Rosecrans Boulevard, bajo un cielo despejado, con ese tipo de luz del sol perfecta que siempre se ve en las series policíacas de la televisión, en las que ni los eucaliptos, que acababan de ser talados, daban ya sombra. La KHJ emitía una maratón de los Tommy James & The Shondells. Sin anuncios. ¿Qué podía ser más sospechoso?

Ya antes de llegar al aeropuerto, algo en la luz había empezado a torcerse. El sol se desvaneció detrás de unas nubes que se espesaban por momentos. En las colinas, entre las torres de perforación de petróleo, empezaban a caer las primeras gotas de lluvia, y cuando Doc y Shasta llegaron a La Brea se encontraron bajo un chaparrón constante. Era demasiado antinatural. Delante de ellos, en algún punto sobre Pasadena, se cernían nubes negras, no de un gris oscuro sino negras como la medianoche, negras como un foso de brea, negras como un círculo del infierno nunca visto hasta ahora. Los relámpagos se abatían sobre la L.A. Basin, sueltos y en grupos, seguidos por profundos y apocalípticos truenos. Todos los conductores habían encendido los faros, aunque era mediodía. El agua bajaba torrencial por las laderas de las colinas de Hollywood, arrastrando barro, árboles, arbustos y muchos de los vehículos más ligeros hasta la llanura. Tras horas de dar rodeos para evitar deslizamientos de tierras, atascos de tráfico y accidentes, Doc y Shasta encontraron por fin la dirección del camello que se les había revelado místicamente, que resultó ser un solar vacío

con una gigantesca excavación en medio, entre una lavandería automática y un Orange Julius con un túnel de lavado, todo cerrado. En la espesa bruma, bajo las cortinas agitadas de lluvia, no se veía ni la otra punta del agujero.

—Eh, creía que por aquí habría un montón de maría.

Lo que Sortilège había intentado explicar sobre los tableros de güija, como Doc se enteraría más tarde al volver a la playa, mientras escurría los calcetines y buscaba un secador de pelo, era que, concentradas a nuestro alrededor, había fuerzas espirituales traviesas, justo al otro lado del umbral de la percepción humana, ocupando ambos mundos, y que a estas criaturas nada les divertía más que jugar con aquellos de nosotros todavía sujetos a los espesos y penosos catálogos del deseo humano. «No faltaba más», era su actitud, «¿que quieres maría?, pues aquí la tienes, jodido idiota».

Doc y Shasta aparcaron al lado del rectángulo vacío inundado, miraron los bordes, que de vez en cuando daban la impresión de desmoronarse, y al cabo de un rato las cosas a su alrededor rotaron noventa grados y el solar empezó a parecer, al menos para Doc, una puerta, una gran entrada a un templo húmedo, hacia algún otro sitio. La lluvia repiqueteaba sobre el techo del coche, los rayos y los truenos interrumpían de vez en cuando el recuerdo que le vino a la cabeza del antiguo río homónimo que en el pasado había corrido por esa ciudad, canalizado y desecado hacía mucho, el cauce mutilado en una confesión pública y anónima del pecado mortal de la avaricia... Imaginó que se llenaba de nuevo, hasta el borde mismo de cemento, y luego se desbordaba, que toda el agua a la que no se había permitido fluir por ahí durante esos años volvía en un retorno implacable, que pronto empezaba a ocupar los arroyos y cubrir los llanos, todas las piscinas de los jardines se llenaban, rebosaban e inundaban solares y calles, y todo ese paisaje líquido kármico se unía, mientras la lluvia seguía cayendo y la tierra desaparecía, hundida en un inmenso mar interior que al poco se convertiría en una extensión del Pacífico.

Era curioso que de todo lo que podría haber mencionado en el reducido espacio de una postal enviada por coco, Shasta hubiera elegido aquel día de lluvia. También a Doc se le había quedado grabado de algún modo, aunque sólo fue consciente de ello mucho después, cuando ella ya estaba con un pie fuera de la puerta de su vida y Doc lo veía venir pero dejaba que pasara, y pese a todo allí estaban, sobándose frenéticamente, como jovencitos en un *drive-in*, empañando las ventanillas del coche y humedeciendo las fundas de los asientos. Despreocupándose por unos minutos de lo que pudiera depararles el futuro.

De vuelta en la playa, siguió lloviendo, y cada día que pasaba en las colinas, otro trecho de propiedad inmobiliaria se deslizaba hacia abajo. A los vendedores de seguros, la gomina Brylcreem se les escurría por los cuellos de las camisas, y a las azafatas les resultaba imposible, ni siquiera con botes de medio litro de laca comprada en lejanos Duty Free, que sus peinados conservaran el menor

parecido con los que lucía Doris Day. Las casas pobladas de termitas de Gordita Beach habían adquirido sin excepción la consistencia de una esponja húmeda, y los fontaneros de emergencias acudían a exprimir vigas y viguetas, pensando en sus propias casas invernales en Palm Springs. La gente empezó a perder la cabeza, incluso cuando estaba sobria. Un exaltado, afirmando ser el George Harrison de los Beatles, intentó secuestrar el Dirigible de Goodyear, amarrado en su sede de invierno en el cruce de la Harbor y la San Diego Freeways, y lo había hecho volar hasta Aspen, en Colorado, bajo la lluvia.

La lluvia tuvo un peculiar efecto en Sortilège, que por entonces empezaba a obsesionarse con Lemuria y sus trágicos últimos días.

—Estuviste allí en una vida anterior —conjeturó Doc.

—Lo soñé, Doc. A veces me he despertado absolutamente convencida. Spike también siente lo mismo. A lo mejor se debe a toda esta lluvia, pero estamos empezando a tener los mismos sueños. No sabemos encontrar el camino de regreso a Lemuria, así que ella regresa a nosotros. Elevándose del océano...: qué hay Leej, qué hay Spike, hacia tiempo, ¿verdad?

—¿Os habló?

—No lo sé. Pero es algo más que un lugar en el espacio.

Doc le dio la vuelta a la postal de Shasta y miró fijamente la fotografía. Era una instantánea tomada bajo el agua de las ruinas de una ciudad antigua: columnas y arcos rotos, y muros de contención desmoronados. El agua tenía una transparencia sobrenatural y parecía emitir una vívida luz verde azulada. Unos peces, que Doc supuso que habría que llamar tropicales, nadaban de aquí para allá. Todo parecía reconocible. Buscó algún crédito de la fotografía, una fecha de *copyright*, un lugar de origen. En blanco. Se lió un canuto, lo encendió y reflexionó. Esto tenía que ser un mensaje de algún sitio, aparte de una isla del Pacífico cuyo nombre no sabía pronunciar.

Decidió volver a visitar la dirección del tablero de güija, que, tratándose de un lugar donde se había producido un contratiempo relacionado con la maría, había permanecido imborrable en su memoria. Denis le acompañó en funciones de gorila.

El agujero del suelo había desaparecido y en su lugar se levantaba un edificio extrañamente futurista. Contemplado desde la fachada podría haberse tomado a primera vista por una especie de construcción religiosa, levemente estrecha y cónica, como una aguja de iglesia, aunque un poco distinta. Quienquiera que lo erigiese debió de contar también con un presupuesto bastante holgado con el que trabajar, porque todo el exterior había sido revestido de pan de oro. Luego Doc se fijó en que esa construcción alta y puntiaguda se curvaba alejándose de la calle. Recorrió un trozo de la manzana y volvió la mirada para tener una visión lateral,

y cuando vio lo pronunciada que era la curva y lo afilado de la punta en la cumbre, finalmente cayó en la cuenta. ¡Ajá! En la vieja tradición de caprichos arquitectónicos de L.A., esta construcción se suponía que era... ¡un *colmillo dorado* de seis plantas de altura!

—Denis, voy a echar un vistazo durante un rato, ¿quieres esperarme en el coche o prefieres venir y cubrirme las espaldas o qué?

—Iba a buscar una pizza —dijo Denis.

Doc le pasó las llaves del coche.

—Y, esto..., ¿daban clases de conducir en el insti Leuzinger?

—Claro.

—Acuérdate de que es manual, no automático ni nada por el estilo.

—Controlo, Doc —y Denis se fue a toda velocidad.

La puerta principal era casi invisible, más bien parecía un panel de acceso que encajaba a la perfección en la fachada curva. En el vestíbulo, bajo un elegante rótulo en tipo sans-serif que rezaba COLMILLO DORADO ENTERPRISES, INC. - CORPORATE HQ., y detrás de una placa personal que decía «Xandra, hola», se sentaba una recepcionista asiática que lucía un mono de vinilo negro y una expresión distante, que le preguntó con un acento casi británico si estaba seguro de haber entrado en el sitio que buscaba.

—Ésta es la dirección que me dieron en el Club Asiatique de San Pedro. Vengo a recoger un paquete para los directores.

Xandra alargó la mano para descolgar un teléfono, pulsó un botón, murmuró algo en él, escuchó, echó otro dubitativo vistazo a Doc, se levantó y lo condujo por la recepción hasta una puerta metálica bruñida. Sólo tuvo que dar un par de pasos para saber que ella había practicado más horas en el dojo el año anterior de las que él había pasado delante de la tele en toda su vida, no era el tipo de jovencita a la que te gustaría mosquear.

—Segunda oficina a la izquierda. El doctor Blatnoyd le recibirá enseguida.

Doc encontró el despacho y buscó a su alrededor algo donde repasarse el pelo, pero sólo vio un pequeño espejo de feng shui de marco amarillo junto a la puerta. La cara que le devolvió no le pareció la suya. «Esto no pinta bien», murmuró. Detrás de una mesa de titanio, la ventana dejaba ver un tramo del bajo Sunset: taquerías, hoteles baratos, casas de empeño. Había pufs y una variedad tan amplia de revistas —*Foreign Affairs*, *Sinsemilla Tips*, *Modern Psychopath*, *Bulletin of the Atomic Scientists*— que a Doc no le dio ninguna clave sobre la clientela habitual. Empezó a hojear *2000 Hairdos*, y acababa de llegar a «El corte a tijera de cinco puntas: lo que no te cuenta tu peluquero», cuando entró el doctor Blatnoyd, que llevaba un traje de terciopelo de color intenso, casi ultravioleta, con las solapas muy anchas y pantalones de pata de elefante, cuyo

efecto acentuaba con una pajarita de color frambuesa y un ostentoso pañuelo. Se sentó detrás de la mesa, buscó un pesado manual de hojas sueltas y empezó a consultarlo, mirando a Doc con los ojos entornados de vez en cuando. Por fin dijo:

—Bueno..., supongo que tendrá alguna tarjeta de identificación.

Doc revisó su cartera hasta dar con una tarjeta de visita de una *head shop* china de North Spring Street que creyó que daría el pego.

—No sé leer esto, está en alguna... oriental... ¿Qué es, chino?

—Bueno, pensaba que usted, siendo chino...

—¿Qué?, ¿de qué está hablando?

—De..., ¿del Colmillo Dorado?

—Es un consorcio financiero, la mayoría de nosotros somos dentistas, lo constituimos hace unos años por cuestiones de impuestos, todo es legal... Un momento. —Cualquiera diría que miró a Doc como si le estuviera diagnosticando—. ¿De dónde le ha dicho a Xandra que venía?

—Esto...

—Ya, usted es otro de esos fumetas hippies, ¿verdad? Por Dios. Ha venido por aquí para *entonarse* un poco, seguro... —En un abrir y cerrar de ojos había sacado un largo cilindro de cristal marrón, sellado elaboradamente con grumos de un plástico rojo brillante—. ¡Fijese! Recién llegado de Darmstadt, calidad de laboratorio, a lo mejor hasta tomo un poco con usted... —y antes de que Doc se diera cuenta, el agitado odontólogo tenía una cantidad de esponjosos cristales de cocaína blanca picados hasta un formato esnifable y dispuestos en filas sobre un ejemplar cercano de *Guns & Ammo*.

Doc se encogió de hombros disculpándose.

—Procuró no colgarme con nada que no pueda pagar, es lo que hay.

—¡Guauuu! —El doctor Blatnoyd sostenía una pajita de refresco y se afanaba en esnifar—. No hay que preocuparse, paga la casa, como dice el instalador de antenas... Humm, se me ha escapado un poco. —Lo recogió con el dedo y se lo restregó con entusiasmo en las encías.

Doc se trincó media raya por cada ala de la nariz, sólo por ser sociable, pero no consiguió quitarse la impresión de que ahí no era todo tan inocente como parecía. Había acudido un par de veces a la consulta de un dentista, y siempre había notado un olor característico y una serie de vibraciones que aquí estaban tan ausentes como el eco, algo que también le había inquietado. Como si estuviera pasando alguna otra cosa, algo... *que no molaba*.

Llamaron a la puerta con calma pero con toques serios, y Xandra, la recepcionista, asomó la cabeza. Se había bajado la cremallera del mono, y Doc pudo distinguir un exquisito par de tetas sin sujetador, con los pezones llamativamente erectos.

—Oh, doctor —suspiró ella, casi cantando.

—Sí, Xandra —respondió el doctor, risueño y con la nariz húmeda.

Xandra sonrió y se deslizó fuera de la puerta otra vez, sonriendo por encima del hombro.

—Y no se olvide de traer esa botella.

—Ahora vuelvo —le aseguró Blatnoyd a Doc, y se fue corriendo tras ella, con la mirada frenéticamente fija en donde acababa de estar el culo de la chica, y sus pasos sin eco se desvanecieron enseguida por regiones desconocidas del Edificio Colmillo Dorado.

Doc se acercó a la mesa y echó un vistazo al libro que había encima. Se titulaba *Manual de Actuaciones de Colmillo Dorado*, y estaba abierto por un capítulo titulado «Situaciones Interpersonales». «Sección Ocho: Hippies. Tratar con el hippy es por lo general sencillo. Su naturaleza infantil suele responder positivamente a las drogas, el sexo, y/o el rock and roll, aunque el orden en que deben administrarse dependerá de las condiciones específicas del momento».

Desde la puerta llegó un gorjeo alto, violento. Doc alzó la mirada y vio a una joven sonriente, rubia, californiana, guapa, que llevaba un minivestido a rayas de muy variados colores «psicodélicos» y le saludaba vigorosamente con la mano, haciendo que sus enormes pendientes, con forma aproximada de pagodas, se balancearan adelante y atrás y hasta tintinearan.

—¡Aquí estoy, para mi cita de Mantenimiento de Sonrisa con el doctor Rudy!
Una ráfaga de destellos del pasado.

—¡Eh! Eres Japonica, ¿verdad? ¡Japonica Fenway! ¡Quién iba a decir que nos encontraríamos aquí!

No es que hubiera estado ni temiendo ni esperando especialmente aquel momento, aunque de vez en cuando alguien le recordara la antigua creencia de los indios americanos según la cual, si le salvabas la vida a alguien, eras responsable de él a partir de ese instante, para siempre, y se preguntó si algo así era aplicable a su historia con Japonica. Había sido su primer curro pagado como detective privado con licencia legal, y vaya si se lo habían pagado. Los Fenway eran una de las grandes fortunas de South Bay, vivían en la península de Palos Verdes en una urbanización residencial privada ubicada dentro de Rolling Hills, una comunidad de enclaves de lujo más privada todavía.

—¿Y cómo llego hasta usted? —le preguntó Doc a Crocker Fenway, el padre de Japonica, cuando le llamó a la oficina.

—Supongo que tendremos que vernos fuera de la urbanización, en la llanura —dijo Crocker—, ¿qué tal en Lomita?

Era un caso bastante evidente de hija que se había fugado, que apenas merecería un jornal, y mucho menos la exorbitante gratificación que Crocker se empeñó en pagarle cuando Doc finalmente le devolvió a Japonica, ilesa pero habiendo perdido un cristal de sus gafas de sol de montura metálica y con vómito en el pelo. La devolución de la chica la hizo en el mismo aparcamiento donde

Crocker y él se habían encontrado por primera vez. No estaba claro si ella había llegado a fijarse en Doc entonces ni si se acordaba de él ahora.

—¡Y bien, Japonica! ¿Qué has estado haciendo?

—Oh, escapándome de casa, más que nada. Está ese..., ese sitio al que mis padres me mandan una y otra vez.

El sitio resultó ser Chrysky lodon, la misma plantación de pirados en Ojai que Doc recordaba que había mencionado su tía Reet, a la que Sloane y Mickey habían hecho una donación para la construcción de un ala. Aunque Doc hubiera rescatado una vez a Japonica de una vida de vagos y tenebrosos horrores hippies, devolverla al seno de su familia había bastado, según parecía, para que perdiera la cabeza del todo. Sobre la superficie neutra de la pared de enfrente, Doc tuvo una visión fugaz de un indio americano, vestido de piel roja de pies a cabeza, tal vez uno de esos guerreros que aniquiló el regimiento de Henry Fonda en *Fort Apache* (1948), aproximándose con una expresión amenazante.

—Doc responsable de enloquecer a chica blanca ahora. ¿Qué pensar hacer Doc al respecto? Si es que pensar hacer algo.

—Discúlpeme, hombre bajito con el pelo raro, ¿se encuentra bien? —dijo Japonica y, sin esperar respuesta, centelleando como una habitación llena de adictos al *speed* colgando adornos de Navidad, se puso a contarle sus diferentes fugas. A Doc le dio dolor de cabeza.

Debido a que el gobernador Reagan había cerrado la mayoría de las instituciones mentales del estado, el sector privado había hecho lo posible por quedarse parte del pastel, y de hecho sus centros no tardaron en convertirse en un recurso estándar de la educación infantil en California. Los Fenway habían estado metiendo y sacando a Japonica de Chrysky lodon, en una especie de contrato de mantenimiento, dependiendo siempre de cómo se sintieran ellos mismos de un día para otro, pues ambos llevaban vidas emocionales de una densidad y una incoherencia poco habituales.

—Algunos días bastaba con que pusiera el tipo de música equivocado y allí tenía mis maletas ya preparadas, en el vestíbulo, esperando al chófer.

Al poco, Chrysky lodon había descubierto que atraía a un tipo de benefactor silencioso: mediana edad, varón, aunque también de forma esporádica alguna mujer, más interesado de lo normal por los jóvenes mentalmente perturbados. ¡Chicas pasadas de vueltas y drogatas aficionados a la diversión! ¿Por qué los llamaban la Generación del Amor? ¡Pásese un fin de semana movidito en Chrysky lodon y lo descubrirá! ¡Absoluta discreción garantizada! Allá por 1970, «adulto» ya no se definía como en los tiempos anteriores. Entre aquellos que podían permitírselo, una rotunda negación colectiva del paso del tiempo estaba en marcha. Por toda esa ciudad dedicada desde hacía mucho a la producción de lo ilusorio, la clarividente Japonica los había visto, a esos viajeros invisibles para los demás, serenos, mirando hacia los bulevares desde las alturas barridas por el

smog, reconociéndose unos a otros a través de kilómetros y años, de cumbre a cumbre, en la penumbra, bajo un silencio oscuramente impuesto. Las plumas de sus alas se estremecían a lo largo de sus espaldas desnudas. Sabían que podían volar. Dentro de tan sólo un momento, un parpadeo en la eternidad, y ascenderían...

Y así, el doctor Rudy Blatnoyd, en su primera cita a ciegas con Japonica en el Sound Mind Café, un restaurante apartado con un patio trasero y un menú que había sido diseñado por un chef de tres estrellas, especialista en comida orgánica y contratado para tal fin, no sólo estaba embelesado sino que se preguntaba si alguien le habría echado alguna nueva sustancia psicodélica a su Martini de granada. ¡Esa chica era un encanto! Dadas sus deficiencias en percepción extrasensorial, Rudy, obviamente, no supo apreciar que en ese mismo momento Japonica, detrás de su mirada chispeante, no sólo estaba pensando en otros mundos sino que de hecho *los visitaba*. La Japonica que se sentaba con el hombre mayor que vestía el curioso traje de terciopelo era, en realidad, un Organismo Cibernético, o cyborg, programado para comer y beber, conversar y relacionarse, mientras la Japonica Real atendía importantes asuntos en algún otro sitio, porque era la Viajera Cósmica, y graves problemas la aguardaban Allá Fuera: las galaxias giraban, los imperios se desmoronaban, el karma corría peligro, y la Japonica Real tenía que estar siempre presente en algún punto exacto en el espacio pentadimensional o el caos impondría de nuevo su dominio.

Ella volvió al Sound Mind y descubrió que la Cyborg Japonica había funcionado mal y se había metido brincando en la cocina, donde había causado estragos en la Sopa del Día, y ahora tendrían que tirarla toda por el fregadero. En realidad, se trataba de la Sopa de la Noche, un siniestro líquido añil que probablemente no merecía demasiado respeto, pero aun así, la Cyborg Japonica podía haber mostrado un poco más de dominio de sí misma. Revoltosa e impulsiva Cyborg Japonica. Tal vez la Japonica Real no debería dejarle llevar esas pilas especiales de alto voltaje que había estado pidiéndole. Eso le serviría de lección.

El doctor Blatnoyd, mientras la acompañaba por el salón del restaurante entre miradas reprobatorias de los clientes, iba cada vez más deslumbrado. ¡Así que ésta era una chica hippy de espíritu libre! Veía a chicas así en las calles de Hollywood, en la pantalla del televisor, pero ése era su primer encuentro con una en persona. No era extraño que los padres de Japonica no supieran qué hacer con ella, y dio por supuesto, sin pensárselo mucho, que él sí sabía.

—Y a decir verdad, yo ni siquiera tenía una idea muy clara de quién era él hasta que vine aquí para mi primera Evaluación de Sonrisa... —En ese momento del relato de los recuerdos de Japonica, entró el lascivo sacamuelas en persona, subiéndose la cremallera de la bragueta.

—¿Japonica? Creía que habíamos acordado que... —Entonces vio a Doc—,

oh, ¿sigue aquí?

—Me he escapado otra vez, Rudy —parpadeó ella.

Denis también entró, dando tumbos.

—Eh, tío, tu carro está en un taller de chapa y pintura.

—No me digas que fue solo hasta allí.

—Digamos que he machacado la parte delantera. Estaba mirando a unas chicas en Santa Mónica y...

—Fuiste a Beverly Hills a buscar pizza y acabaste dándole a alguien por detrás.

—Le hace falta un nuevo..., ¿cómo lo llaman, con las mangueras, por donde sale el vapor?

—Radiador..., Denis, dijiste que te habías sacado el carnet de conducir en el instituto.

—No, no, Doc, tú preguntaste si en el insti daban clases de conducir y yo dije que sí, porque clases había, claro, las daba aquel tío, Eddie Ochoa, que no había poli al sur de Salinas que pudiera ni acercársele, y por eso todos le llamaban...

—Así que tú..., en realidad, nunca... aprendiste.

—¿Todo aquel rollo que querían que te supieras de memoria, tío?

Xandra, visiblemente desarreglada, entró corriendo tras Denis, gritándole:

—Te dije que no podías subir aquí —entonces vio a Japonica y se detuvo tan en seco que el suelo chirrió—. Oh, la chica del Mantenimiento de Sonrisa. Pues qué bien —añadió mientras lanzaba miradas cada vez más intensas con los ojos entornados hacia el doctor Blatnoyd, miradas que parecían esas cuchillas con forma de estrella de las películas de kung-fu.

—La señorita Fenway —empezó a explicar el doctor— puede parecer un poco psicótica hoy...

—¡Chachi! —gritó Denis.

—¿El qué? —parpadeó Blatnoyd.

—Estar loco, tío, es chachi, ¿en qué mundo vives, tío?

—Denis... —murmuró Doc.

—No es «chachi» estar loco. Japonica ha estado internada por eso.

—Sí —dijo resplandeciente Japonica.

—A ver, internada... ¿aquí? ¡Psicodélico! Te ponen esos voltios en la cabeza, tío.

—Voltios y más voltios —parpadeó Japonica.

—Guaaa. Chungo para 'la cabeza' tío.

—Vamos, Denis —dijo Doc—, tendremos que enterarnos de si hay algún autobús que nos lleve de vuelta a la playa.

—Si necesitáis que os lleven, voy en esa dirección —se ofreció Japonica.

Haciendo un rápido diagnóstico del globo ocular de la chica, a Doc no le pareció ver nada alarmante, en ese momento ella estaba tan cuerda como

cualquier otro de los presentes; y así, como no se le ocurrió nada más pertinente que decir, se contentó con preguntar:

—¿Los frenos y los faros funcionan bien, Japonica? ¿Las luces de la matrícula y demás?

—Todo OK, perfecto. Wolfgang acaba de pasar su mantenimiento periódico.

—Wolfgang...

—Mi coche. —Sí, otro zumbido de advertencia, pero Doc estaba obsesionado con las ingentes cantidades de policías que era probable que hubiera desplegadas entre donde estaban y la playa.

—Perdona —intervino Xandra, que había estado mirando fijamente a Denis—, ¿eso que llevas en el sombrero es un trozo de pizza?

—Oh, gracias, tía, la había estado buscando por todas partes...

—¿Os importa si voy con vosotros? —preguntó el doctor Blatnoyd—. Por si surgen imprevistos en el camino y tal.

Wolfgang resultó ser un sedán Mercedes de hacía diez años, con un techo móvil que los pasajeros podían echar hacia atrás, lo que les permitía, como a los perros en las furgonetas, asomar las cabezas al viento si les apetecía. Doc iba delante, atento, con el fedora de ala ancha calado hasta los ojos, intentando no hacer caso a un mal presentimiento. El doctor Blatnoyd se subió a la parte de atrás con Denis y luego se pasó un buen rato intentando meter una bolsa de supermercado con el logo de la Ruta 66, llena de algo, bajo el asiento delantero del lado de Doc.

—Eh —exclamó Denis—, ¿qué hay en esa bolsa que quieres meter bajo el asiento de Doc?

—No le prestes ninguna atención —le avisó el doctor Blatnoyd—, sólo serviría para ponernos paranoicos a todos.

Que fue lo que hizo, salvo a Japonica, que los conducía suavemente por Sunset entre el tráfico tardío de la hora punta.

Denis sacó la cabeza por el techo.

—Ve más espacio —dijo al cabo de un rato—. Quiero empaparme bien de esto. —Estaban atravesando Vine, a punto de pasar por delante del Wallach's Music City, donde todas las cabinas de audición, alineadas dentro, tenían iluminada la ventana que daba a la calle. En cada ventana, una tras otra a medida que pasaba Japonica, se veía a un hippy o a un pequeño grupo de ellos, más o menos colgados, todos escuchando por los auriculares un álbum distinto de rock 'n' roll y moviéndose a un ritmo distinto. Como Denis, Doc estaba acostumbrado a los conciertos al aire libre, donde miles de personas se congregaban a escuchar música gratis, y donde todo parecía fundirse en un único «yo» público, porque todo el mundo estaba viviendo la misma experiencia. Pero ahí cada persona escuchaba en soledad, encierro y silencio recíproco, y algunos de ellos pagarían después en la caja registradora por escuchar rock 'n' roll. A Doc le dio la

impresión de que se trataba de una extraña clase de cuota o factura. Últimamente, cada vez más, había estado dándole vueltas a este gran sueño colectivo en el que se animaba a todo el mundo a seguir colocado, sin despertar. Sólo de vez en cuando uno tenía un atisbo imprevisto del otro lado.

Denis agitaba la mano, gritaba y hacía el signo de la paz, pero nadie de ninguna de las cabinas se fijó. Al final volvió a meterse en el Mercedes.

—Qué pasada. A lo mejor es que están todos ciegos hasta el culo. ¡Eh! Por eso a lo mejor llaman a esas cosas que se ponen en las orejas auriculares. —Acercó su cara a la del doctor Blatnoyd más de lo que el dentista sobrellevaba con comodidad—. Piénsalo, tío, auriculares, ¿lo pillas?

Japonica conducía con tal habilidad que hasta que no salieron del resplandor blanquecino de Hollywood y atravesaron Doheny, Doc no se dio cuenta de que (a) y a había oscurecido y (b) no llevaban las luces encendidas.

—Esto..., Japonica, ¿las luces?

Ella iba tarareando para sí una melodía que Doc reconoció, con creciente preocupación, como la música de *Sombras en la oscuridad*. Cuatro compases más tarde, él lo intentó de nuevo:

—Esto, pues, mira, molaría, Japonica, de verdad, llevar los faros encendidos, nada más, visto que se sabe que un montón de polis de Beverly Hills acechan colina arriba, en los cruces, a la espera de infracciones leves, como lo de las luces, tanto les da, para detener a la gente.

Tarareaba con demasiada concentración. Doc cometió el error de mirarla, y vio que ella lo estaba mirando a él, no la carretera, y los ojos le brillaban con un destello salvaje a través de una cortina rubia de pelo de chica californiana. No, no era tranquilizador. Aunque no fuera un experto en malos viajes, sí sabía reconocer una alucinación de padre y muy señor mío cuando la veía y comprendió de inmediato que era más que probable que ella no estuviera viendo a Doc en ningún sentido, y que lo que veía se encontraba físicamente *allá fuera*, en la bruma que se estaba formando, y a punto de...

—¿Todo bien, cariño? —intervino Rudy Blatnoyd.

—Oo-ooo —gorjeó Japonica con un leve vibrato y pisando el acelerador—. Oo-ooo, uo-ooo, uo-ooo...

Los vehículos con los que se cruzaban, máquinas del vecindario como Excaliburs y Ferraris, pasaban borrosos a mucha velocidad, sin rozarlos por los pelos. El doctor Blatnoyd, como si quisiera iniciar una charla terapéutica, miraba a Denis sin apartar los ojos de él:

—Ahí está. Justo a eso me refería antes.

—Pues no dijiste nada de que le diera el ataque mientras iba conduciendo, tío.

Mientras tanto, Japonica había decidido que debía saltarse cuantos semáforos en rojo se cruzara, e incluso aceleraba para alcanzarlos antes de que cambiaran a verde.

—Verás, Japonica, querida... Eso era un semáforo en rojo —señaló Blatnoyd, servicial.

—Oooh, no creo —replicó ella alegremente—. A mí me parece que era uno de los ojos de La Cosa.

—Ah, vale, sí —intentó calmarla Doc—. Claro que lo captamos, Japonica, pero...

—No, no hay ninguna «Cosa» mirándote —intervino Blatnoyd, ahora con cierto nerviosismo—. No son «ojos», son avisos para que te pares y esperes a que el semáforo se ponga verde, ¿no te acuerdas de que te lo enseñaron en la escuela?

—Ah, coño, ¿para eso sirven esos colores, tío? —preguntó Denis. De repente, como un OVNI alzándose sobre el horizonte de las colinas, aparecieron las centelleantes luces de un coche de policía y se abalanzaron sobre ellos con la sirena ululando.

—Menuda mierda —dijo Denis incorporándose hacia el techo de nuevo—, me las piro, tío. —Y observó durante un momento el paisaje callejero que pasaba a toda velocidad. Al no percibir la menor desaceleración, Doc, procurando además no pensar en la bolsa de papel que llevaba bajo el asiento, intentaba alcanzar una y otra vez con el pie el pedal del freno mientras se esforzaba, a la vez, por desviar suavemente el volante hacia un lado. Si hubiera ido solo y en su propio coche, tal vez habría probado a fugarse, o al menos a abrir una puerta unos centímetros para deshacerse de la bolsa, pero cuando logró serenarse para plantárselo siquiera, ya tenían al Hombre encima.

—Permiso de conducir y documentación del vehículo, señorita. —El policía pareció concentrarse en las tetas de Japonica. Ella le devolvió la sonrisa sumida en un silencio de alta intensidad, lanzando esporádicas miradas a la Smith & Wesson de su cadera. Su compañero, un novato todavía más rubio que él, se acercó y se inclinó al lado del asiento del pasajero, limitándose por el momento a mirar a Denis, que había cesado en su empeño de saltar por el techo para mirar la serie de luces estroboscópicas sobre el techo del coche patrulla y de vez en cuando soltaba:

—Oh, guau, tío.

—¿Es usted la Gran Bestia? —inquirió una aceleradamente desquiciada Japonica en su tono cantarín de menor de edad.

—No, no, no —intervino con monótona desesperación Blatnoyd—, es un policía, Japonica, que sólo quiere saber si estás bien...

—Sólo quiero el permiso y la documentación, si no le importa —dijo el poli—. ¿Sabe que iba conduciendo sin los faros encendidos, señorita?

—Pero veo en la oscuridad —dijo Japonica asintiendo con énfasis—, veo *perfectamente*.

—Su hermana se puso de parto hace una hora —dijo Blatnoyd imaginando

que así se libraría por arte de magia de la multa— y la señorita Fenway le prometió que llegaría a tiempo para ver nacer al bebé, así que es posible que haya conducido un poco distraída.

—En ese caso —dijo el policía—, quizá debería conducir otro.

Japonica saltó al momento al asiento de atrás, junto a Blatnoyd, mientras Doc se deslizó detrás del volante y Denis se puso delante para hacer de atento copiloto. Los policías los miraban risueños, como instructores en una clase de protocolo.

—Oh, y también necesitaremos una identificación de todos —anunció el novato.

—Claro. —Doc sacó su licencia de Investigador Privado—. ¿A qué viene todo esto, agente?

—Un nuevo programa —dijo encogiéndose de hombros el otro policía—, ya sabe cómo van estas historias, otra excusa para más papeleo, lo llaman Vigilancia de Culto: toda reunión de tres o más civiles se considera ahora como culto potencial. —El novato hacía marcas en una lista que llevaba en una carpeta sujetapapeles—. Los criterios —prosiguió el otro policía— incluyen referencias al Apocalipsis, hombres con el pelo largo hasta los hombros o más, situaciones peligrosas debido a distracciones al conducir..., en todos los cuales encajan ustedes.

—Sí, tío —intervino Denis—, pero vamos en un Mercedes, y sólo está pintado de un color, beis... ¿es que eso no nos da puntos?

Doc se fijó por primera vez en que los dos policías estaban..., bueno no diría que temblando, los polis no tiemblan, pero sí vibraban, sin duda, con el nerviosismo post-Manson que actualmente regía en la zona.

—Bueno, guárdese todo esto, señor Sportello, se enviará a algún banco central de datos aquí y en Sacramento, y a no ser que haya peticiones de búsqueda u órdenes de detención que desconozcamos, ya no tendrá más noticias nuestras.

Siguiendo las indicaciones del doctor Blatnoyd, Doc salió de Sunset y frenó casi al instante ante una puerta de vigilancia custodiada por un guardia de seguridad.

—Buenas noches, Heinrich —bramó Rudy Blatnoyd.

—Me alegro de verlo, doctor B. —respondió el centinela, dándole paso con un gesto. Serpentearon por Bel Air y atravesaron laderas de colinas y cañones hasta llegar a una mansión con otra puerta, baja y casi invisible dentro del paisaje ajardinado que la envolvía, y tan camuflada en la noche que al alba tal vez desaparecería. Detrás de la puerta centelleaba, a través de la oscuridad, una delgada y pálida franja, como una cuchillada que Doc finalmente supuso que era un foso, con un puente levadizo por encima.

—No tardaré nada. —El doctor Blatnoyd se apeó de un salto, agarró la bolsa de debajo del asiento delantero y entabló una críptica charla a través del interfono de la puerta con una voz que a Doc le pareció femenina, hasta que por fin bajó el puente levadizo, retumbando y crujiendo. Luego la noche volvió a sumirse en el silencio, ni siquiera se oía el lejano tráfico de la autopista, ni las pisadas de los coyotes ni las serpientes deslizándose...

—Demasiado tranquilo —dijo Denis—, me está desquiciando, tío.

—Más vale que esperemos aquí, a este lado del foso —dijo Doc—, ¿os parece? —Denis lió un canuto enorme y lo encendió, y al poco el interior del Mercedes estaba lleno de humo. Al cabo de un rato se oyeron chillidos en el interfono de la puerta.

—Eh, tío —dijo Denis—, no hace falta que grites.

—El doctor Blatnoyd quiere informarles —anunció la mujer desde el otro extremo del interfono— que se quedará como invitado, así que ya no hace falta que le esperen.

—Sí, capito, hablas como un robot, tía.

Tardaron un rato en encontrar el camino de vuelta a Sunset.

—Me parece que me quedaré con unos amigos en Pacific Palisades —anunció Japonica.

—¿Te importa dejarnos en la estación de Greyhound de Santa Mónica? Ahí podemos pillar el autobús de medianoche.

—A propósito, ¿no eres tú el tipo que me encontró y me devolvió a mi padre hace tiempo?

—Sólo hacía mi trabajo —replicó Doc rápidamente, a la defensiva.

—¿De verdad quería él que volviera?

—He tenido curros parecidos un par de veces desde entonces —dijo Doc con cautela, por si ella tenía que conducir mucho más esa noche—, y él me pareció el padre preocupado habitual.

—Es un gilipollas —le aseguró Japonica.

—Toma, éste es el número de mi oficina. No tengo un horario regular, así que puede que no siempre me encuentres.

Ella se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

—Será lo que tenga que ser.

Los días se le hicieron raros con el Dart en el taller de Beverly Hills, aunque Doc se imaginó que se lo estaría pasando en grande en compañía de todos aquellos Jaguars, Porsches y demás. Cuando por fin pasó a recoger el coche a Resurrection of the Body, un inmenso negocio montado con las colisiones de coches, un poco al sur de Olympic, se encontró con su amigo Tito Stavrou, que mantenía una animada discusión con Manuel, el dueño. Tito tenía un servicio de

limusinas, aunque su flota se componía de un único vehículo, y desgraciadamente, no era de esos capaces de « Deslizarse suavemente desde el Bordillo », y mucho menos de « Introducirse sin Esfuerzo en el Tráfico », qué va, éste se apartaba a *sacudidas* del bordillo y se metía dando *bandazos percusivos* en el tráfico, y de hecho se pasaba en garajes al menos la mitad del tiempo que estaba asegurado (como el último corredor de seguros acababa de descubrir para su consternación, por no decir para la de Tito), o recibiendo las atenciones de varios mecánicos especialistas en chapa y pintura del Área del Gran L.A. Un año civil lo repintó seis veces.

—¿Estás seguro de que quieres decir limo y no ‘limón’? —sugirió Manuel, como parte del maltrato que le gustaba dispensar a Tito, para divertirse, cada vez que el vehículo se presentaba con una nueva serie de abolladuras. Estaban delante del taller principal, montado a partir de un cobertizo prefabricado Quonset, que primero habían cortado por la mitad a lo largo para recolocar luego las dos piezas de manera que se encontraran en un punto arriba formando una especie de cripta de iglesia—. Te saldría más barato si me pagaras por adelantado, con tarifa reducida, cada vez que quieras pintarlo; me lo traes, a cualquier hora del día o de la noche, para cualquier color de la gama, incluidos los metálicos; entra y sale listo en un par de horas.

—Lo que me preocupa —dijo Tito— es ese « entra y sale », ya sabes, todos esos individuos peligrosos de la comunidad de piezas de coche con la que te relacionas.

—¡Esto es Resurrection, ‘ése’! ¡Estamos en el negocio de los milagros! Si Jesús transformara agua en vino delante de tus mismísimas narices, ¿dirías: « Qué coño estoy bebiendo, quería Dom Pérignon » o una chorrada así? Si fuera tan quisquilloso con los que vienen aquí para que les dé una mano de pintura, si les pidiera... ¿qué?, ¿su permiso y la documentación del coche?, entonces se cabrearían de verdad y se irían a otro sitio, además de ponerme en una lista de mierda en la que a lo mejor no quiero estar. —Manuel reparó por fin en la presencia de Doc—: ¿Eres el del Bentley?

—El Dodge Dart del 64.

Manuel paseó la mirada entre Doc y Tito un momento.

—¿Os conocíais?

« Eso en realidad depende », iba a decidir Doc, pero Manuel siguió:

—Iba a cobrarte más, pero la gente como Tito paga por tipos como tú.

Sin embargo, el importe de la factura era una cifra estilo Beverly Hills, y la mitad del día de Doc saltó por los aires organizando los plazos de pago.

—Vamos —dijo Tito—, te invitaré a comer. Necesito que me aconsejes sobre un asunto.

Fueron a Pico y se dirigieron a Rancho Park Esa calle era un regalo para los paladares finos. Cuando Doc todavía llevaba poco tiempo en la ciudad, un día,

cerca del crepúsculo —el momento del día, no el bulevar Sunset—, se encontraba en Santa Mónica, cerca del extremo occidental de Pico, con la luz que cubría el hondo L.A. virando a púrpura con algún matiz de dorado oscuro, y, desde esa perspectiva y hora del día, le pareció que podía ver todo Pico y kilómetros más allá hasta el corazón de la gran Megalópolis misma, pero todavía le quedaba por descubrir que, si quería, podía comer por el interminable Pico noche tras noche durante largo tiempo sin repetir una categoría étnica. Lo cual no resultaba siempre ideal para el drogata indeciso que sabía que tenía hambre pero no necesariamente cómo aliviarla en términos de *comida concreta*. Muchas fueron las noches en que Doc se quedó sin gasolina, y sus afligidos compañeros de gusa agotaron su paciencia, mucho antes de decidir dónde ir a cenar.

Hoy acabaron en un restaurante griego llamado Teké, nombre que, según Tito, se refería a un antiguo fumadero de hachís en griego.

—Espero que no te moleste que te lo comente —dijo Tito—, pero por ahí se dice que estás trabajando en el caso de Mickey Wolfmann.

—Yo no lo diría así. Nadie me paga. A veces pienso que todo se reduce a mi sentimiento de culpa. La novia de Wolfmann es mi ex chica, y dijo que necesitaba ayuda, así que he estado intentando ayudar.

Tito, que se había empeñado en sentarse de cara a la entrada, bajó la voz hasta que Doc apenas podía oírlo.

—Estoy corriendo un riesgo suponiendo que no eres un corrupto, Doc. No eres un corrupto, ¿verdad que no?

—Hasta ahora no, pero no me vendría mal un bonito sobre lleno de pasta.

—Esos tipos —una expresión de desdicha cruzó el rostro de Tito— no te entregan sobres, la cosa va más bien así: haz lo que quieren y entonces a lo mejor no te joden demasiado.

—Me estás diciendo que tiene que ver con la mafia...

—Ojalá. Me refiero a que conozco a algunos tipos duros de las Familias que asustan a casi todo el mundo, y desde luego a mí, pero nunca recurriría a ellos por esto: echarían un vistazo para ver quién estaba detrás y, bueno, dirían: « Paso, tío» .

—Por no mencionar que les debes dinero.

—Ya no, he zanjado todas mis deudas.

—¿Cómo? ¿Se acabaron los caballos y los salones de juego?, ¿nada pendiente con Li'l T-Rex?, ¿nada con Salvatore *Paper Cut* Gazzoni?, ¿nada con Adrian Prussia?

—Nada, hasta Adrian ha dejado mi culo en paz; todo pagado, hasta los intereses de usureros que se llevan, todo.

—Pues es una buena noticia, porque tarde o temprano ese cabrón agarraría su bate de béisbol e iría a la ciudad a por tu cabeza o algo así. Ese tipo ensucia el nombre de los prestamistas.

—Ahora todos pertenecen a mi lamentable pasado, me he tragado los « doce pasos» para quitarme del vicio del juego, Doc. Las reuniones, todo.

—Bueno, pues Inez debe de estar contenta. ¿Cuánto llevas así?

—El próximo fin de semana hará seis meses. Vamos a celebrarlo a lo grande, vamos a llevar la limo a Vegas, nos alojaremos en Caesar's...

—Perdona, Tito, ¿estoy confundiendo Las Vegas con algún otro sitio donde lo único que hacen es jugar sin parar? ¿Cómo esperas...?

—¿No caer en la tentación? Eh, precisamente de eso se trata, sino ¿cómo lo voy a saber? La cosa es lanzarse de cabeza y ver qué pasa.

—Ay, Dios, ¿y todo eso le parece bien a Inez?

—Fue idea suya.

Mike, el dueño y cocinero, apareció con una enorme bandeja de hojas de parra rellenas, olivas de Kalamata y spanakopitas enanas, tanta comida que requeriría una semana despachársela.

—Estás seguro de que quieres comer aquí —saludó a Tito.

—Éste es Doc, me salvó la vida una vez.

—¿Y así es como se lo agradeces? —Mike negó con la cabeza en gesto de reproche—. Pensáoslo bien, amigos —murmuró de vuelta a la cocina.

—¿Te salvé la vida?

Tito se encogió de hombros.

—Aquella vez en Mulholland.

—Tú me la salvaste a mí, tío, eras tú el que sabía dónde estaba aquello —ese aquello «concreto» era un coche secuestrado, un Hispano-Suiza J12 de 1934, cuya devolución había estado negociando Doc con un lituano enfermo de tiroides que se presentó con un AK-47 tuneado con un cargador curvo tan descomunal que se enredaba con él a cada momento, detalle que, visto en perspectiva, era lo que probablemente les había salvado la vida a todos—. Yo lo estaba haciendo todo por mi cuenta, tío, tú apareciste allí por casualidad cuando lo recuperamos y todo aquel dinero empezó a volar por los aires.

—Fuera como fuese, Doc, el caso es que ahora hay algo que sólo puedo contarte a ti. —Una rápida mirada alrededor—. Doc, yo fui uno de los últimos que habló con Mickey Wolfmann antes de desaparecer él de escena.

—Mierda —respondió Doc, dando ánimos.

—Y no, ni me he acercado a la pasma con esta historia. Llegaría a oídos de esos tíos antes de que hubiera salido por la puerta y acabaría como entremés de tiburones.

—Sordo y mudo, Tito.

—Lo que pasó es que Mickey había llegado a un punto en que ya ni se fiaba de sus propios chóferes. La mayoría eran ex convictos, lo que significaba que tenían sus propias cuentas pendientes, de las que él no siempre estaba al tanto. Así que de vez en cuando me llamaba por la línea que no está en la guía y yo pasaba

a recogerlo por algún sitio que acordamos en el último momento.

—¿Y usabais esa limusina? No es como para pasar inadvertidos.

—No, íbamos en Falcons o en Navas, siempre puedo conseguir alguno con poca antelación, incluso un VDub si no está pintado demasiado raro.

—¿Y el día que Mickey desapareció... te llamó?, ¿lo llevaste a algún sitio?

—Quería que lo recogiera. Me llamó en plena noche, sonaba como un teléfono público, hablaba muy bajo, estaba asustado, como si alguien le persiguiera. Me dio una dirección de fuera de la ciudad, conduje hasta allí y esperé, pero no se presentó. Al cabo de un par de horas llamaba mucho la atención, así que me largué.

—¿Dónde era?

—En Ojai, cerca de un sitio llamado Chry sky lodon.

—Me han hablado mucho de él últimamente —dijo Doc—, una especie de loquería para la clase alta. Es una antigua palabra india que significa «serenidad».

—¡Ja! —Tito negó con la cabeza—. ¿Quién te dijo eso?

—Está en el folleto.

—No es indio, es griego, fíate de mí, hablaban en griego por todas partes cada vez que me pasaba.

—¿Qué significa en griego?

—Bueno, está un poco abreviado, pero significa algo así como diente de oro, éste de aquí... —Le dio unos golpecitos a uno de sus colmillos.

—Oh, mierda, ¿«colmillo»? ¿podría ser eso?

—Sí, se acerca bastante. Colmillo de oro.

Doc hizo un par de llamadas telefónicas, y dio un rodeo por Burbank y Santa Paula para llegar al desvío de Ojai poco antes de la hora de comer. Había muchos rótulos que señalaban el camino al Chryskylodon Institute. El manicomio para rentas altas estaba lo bastante cerca de Krotona Hill como para aprovecharse de la mística de instalaciones espirituales más conocidas como la Escuela Interior y el AMORC. La casa principal, una mansión de teja roja y estuco blanco estilo Mission Revival, estaba rodeada por cincuenta hectáreas de jardines, pasto y bosquecillos de sicomoros. En la puerta Doc fue recibido por asistentes de pelo largo y túnicas ondulantes bajo las que llevaban Smiths en fundas sobaqueras.

—Larry Sportello, tengo una cita.

—Si no le importa, hermano.

—Claro, sobad lo que queráis, no voy armado, mierda, por no llevar, ni siquiera llevo maría. —El protocolo marcaba parar en un aparcamiento junto a la puerta y esperar un autobús del Instituto que lo llevara hasta la casa principal. Sobre la puerta había un rótulo que rezaba: ESTAR LIMPIO ES IR A LA ÚLTIMA.

Doc se había ataviado hoy con una chaqueta eduardiana y unos pantalones de pata de elefante de tonos marrones que ni acababan de ir a juego ni estaban ya de moda, bigotito estrecho de película antigua, pelo untado con gomina Brylcreem en un alto copete y patillas largas, todo pensado para sugerir un intermediario desaseado y vagamente angustiado que no podía ni de lejos pagar las tarifas que le pedirían en esa institución. Por las miradas que recibía, el disfraz parecía funcionar.

—Estábamos a punto de comer —dijo el director asociado, el doctor Threeply arrugando la frente en gesto fingidamente comprensivo—, ¿por qué no nos acompaña? Luego podemos enseñarle las instalaciones.

El doctor Threeply era un tipo furtivo, con ese aire, que a veces se observa en los vendedores de paneles de aluminio y puertas con mosquitera, de quien ha pasado un mal trago en la vida —un matrimonio, un juicio—, lo bastante traumático para habérsela torcido para siempre, desecándola de tolerancia, de forma que ahora tenía que rogar a sus clientes potenciales que pasaran por alto ese indefinible defecto de su personalidad.

Las mesas del Salón de Administración las servían internos que parecían pagarse parte de la tarifa trabajando.

—Gracias, Kimberly. Hoy no te tiemblan las manos, parecen tan firmes como una piedra.

—Me alegra que lo haya notado, doctor Threeply. ¿Más sopa?

Doc, vacilando antes de llevarse a la boca el tenedor lleno de una verdura desconocida, reflexionó que, si la gente que veía a su alrededor estaba loca, ¿cómo serían los que estaban en la cocina, alejados de la vista pública? Los que se encargaban de preparar la comida, por ejemplo.

—Pruebe un poco de este *blanc chenin*, señor Sportello, recién salido de nuestro propio viñedo.

Doc había aprendido de su padre, Leo, y más tarde al pasar por delante de los estantes de los supermercados, que «blanc» significaba «blanco» y que los vinos blancos de California solían ser como mínimo más blancos, por decir algo, que el nauseabundo tono amarillo que estaba mirando en ese momento. Entornó los ojos para leer la etiqueta y vio que tenía una lista de ingredientes de varias líneas, que acababa con la nota, entre paréntesis, «Continúa detrás de la botella», pero cada vez que intentaba, con tanta naturalidad como podía, echar un vistazo a la etiqueta de atrás, notaba cómo le clavaban la mirada, y a veces hasta alguno cogía la botella y le daba la vuelta para que no pudiera leerla.

—¿Ha estado antes con nosotros? —preguntó uno de los psiquiatras de plantilla—. Su cara me suena.

—Es la primera vez que vengo por aquí, normalmente no suelo ir más al sur de South City.

—¿Y anormalmente? —preguntó riéndose el doctor Threeply.

—¿Qué?

—Me refería a que con tantos centros de calidad en el Área de la Bahía, ¿por qué molestarse en venir tan lejos? —Los demás presentes en la mesa se inclinaron hacia delante como si les interesara mucho la respuesta de Doc.

Era el momento de soltar alguno de los cuentos que había aprendido con Sortilège.

—Creo —dijo Doc con seriedad— que del mismo modo que pueden identificarse chakras en el cuerpo humano, también el cuerpo de la Tierra tiene lugares especiales, concentraciones de energía espiritual, de gracia, si lo prefieren, y que Ojai, sólo por la presencia del señor J. Krishnamurti, ciertamente es uno de los chakras planetarios más benditos, algo que por desgracia no puede decirse de San Francisco y sus alrededores.

Tras un breve silencio, alguien dijo:

—¿Quiere decir que..., que Walnut Creek... no es un chakra? —Comentario que provocó que sus colegas asintieran y rieran.

—Algo religioso —supuso el doctor Threeply, tal vez intentando restablecer

cierto tono profesional en la mesa, aunque no estaba muy claro de qué profesión.

Después de la comida llevaron a Doc a una apresurada visita guiada que incluyó los dormitorios, un salón del personal con una docena de televisores y un bar donde servían de todo, las cámaras de aislamiento sensorial, la piscina olímpica, la pared de escalada.

—¿Qué hay ahí?—Doc intentó parecer sólo distraídamente curioso.

—Una nueva ala para alojar nuestra Unidad para Casos Recalcitrantes — anunció el doctor Threeply—, todavía no está abierta, pero pronto será el orgullo y la alegría de esta institución. Puede echar un vistazo dentro si quiere, pero no hay mucho que ver. —Abrió de par en par una de las puertas y, nada más entrar en el vestíbulo, Doc atisbó la misma foto publicitaria que había visto en casa de Wolfmann, la de Sloane en una retroexcavadora haciendo entrega de un cheque descomunal. Acercándose todo lo que pudo, examinó la fotografía otra vez y se fijó en que ninguna de las otras caras parecía la de Mickey. Mickey no estaba a la vista, pero a Doc le asaltó la escalofriante sensación de que en algún lugar cercano, en cierto espacio extraño e indefinido cuyos residentes no sabían ni siquiera que habitaban, dentro o fuera de la imagen, podía estar una versión de Mickey, no exactamente del mismo modo en que la dama con el enorme cheque era una versión de Sloane, sino de una forma alterada y —se estremeció— corriendo algún tipo de peligro mental y puede que hasta físico. Más allá del vestíbulo distinguió un largo pasillo en el cual se alineaban puertas idénticas sin pomo hasta perderse en la sombra metálica. Antes de que la puerta de entrada se cerrara otra vez, Doc tuvo tiempo de fijarse en un bloque de mármol con una placa de bronce que rezaba: HECHO REALIDAD GRACIAS A LA DESINTERESADA GENEROSIDAD DE UN LEAL AMIGO DE CHRYSKYLONDON.

Si Sloane financiaba manicomios con el dinero de Mickey, ¿por qué no quería que se lo reconocieran públicamente?, ¿por qué mantenerse en el anonimato?

—Bonito —dijo Doc.

—Venga, echaremos un vistazo por fuera.

Al salir a los jardines, Doc vio, a través de la bruma, eucaliptos, paseos con columnatas, templos neoclásicos con fachadas de mármol blanco, fuentes alimentadas por aguas termales. Todo tenía el aire de los fondos pintados sobre cristal de las viejas películas en tecnicolor. Pirados ricos y sus asistentes paseaban a lo lejos. Como había sugerido la tía Reet, había muchas reformas importantes en marcha. Los jardineros lanzaban por los aires y atrapaban al vuelo largas pilas de macetas de barro curvadas. Los carpinteros escuchaban rock 'n' roll duro por las radios de los camiones y martilleaban siguiendo el ritmo. Otros trabajadores esparcían paladas de asfalto y las apisonadoras lo alisaban.

Había pistas de tenis, piscinas y campos de voleibol al aire libre. El Jardín Zen, según el doctor Threeply, había sido traído expresamente de Kioto y

reconstruido aquí con precisión, recolocando en su sitio cada grano de arena y cada roca de textura especial. Al lado había una campana ceremonial y, junto a ella, Doc reparó en un templete hexagonal extrañamente sombrío, como un grabado metálico de un libro antiguo y probablemente prohibido, del que creyó que surgían sonidos de canto. « Es el grupo de terapia avanzada », dijo Threeply. Condujo a Doc a una escalera en espiral oculta, y descendieron a una especie de gruta, húmeda y tenuemente iluminada. La temperatura bajó diez grados. Desde los pasillos húmedos, el sonido del canto se oía más alto. Threeply llevó a Doc a un espacio insonorizado detrás de vidrios espejados, y, entre sombras subterráneas verdes como el cieno de un acuario, reconoció al instante a una de la docena de figuras arrodilladas y con túnicas: era Coy Harlingen.

Pero ¿qué mierda pasaba aquí?

Y resultó que aquélla no era la única cara conocida que rondaba por allí. Sin hacer nada, junto a la ventana de observación se encontraba un celador, que era, aparentemente, quien había llevado a los internos hasta allí y esperaba para devolverlos a sus habitaciones. Pasaba el rato con la anticuada diversión de enrollarse la corbata, aguantarla durante un minuto bajo la barbilla, y luego levantar la barbilla para dejar que la corbata se desenrollara sola. Horas de diversión. Doc no se fijó en la corbata hasta que llevaba un rato mirando, y entonces o bien pensó ¡Mierda puta! o de hecho lo gritó a pleno pulmón, no podría asegurarlo, porque la pieza que llevaba aquel gorila era una de las corbatas especiales hechas por encargo de Mickey Wolfmann, es más, se trataba en concreto de la corbata que Doc no había encontrado en el armario de Mickey, la que tenía a Shasta pintada a mano, en una pose tan sumisa que le partiría el corazón a cualquier ex novio, si es que estaba de humor. Doc fue capaz de volver al presente sólo a tiempo de oír al doctor Threeply concluyendo algún comentario y preguntándole si tenía alguna pregunta.

Pues muchas, a decir verdad.

A Doc le entraron ganas, como mínimo, de mencionarle al gorila que se encontraba junto a la ventana un detalle como « Eh, que eso que estás sobando es mi ex chica », pero ¿era sensato? Tuvo la sensación de que el mundo se había descoyuntado; cualquiera de los que estaban ahí podía andar metido en cualquier chanchullo imaginable, y hacía ya mucho que sobraba, así que, como diría Shaggy, salgamos pitando de aquí, Scooby.

Cargado con impresos de ingreso y de información sobre el Instituto, Doc se subió al autobús, que lo devolvió a la puerta principal. En la parada del espeluznante templete se subió un pasajero, que resultó ser Coy Harlingen vistiendo la túnica con capucha, y empezó a hacer gestos tontos, entre ellos el que decía: « Bájate cuando me baje yo ».

Se aparearon junto a la cancha de *dodge-ball*, donde los internos jugaban a *matarse* a balonazos. Se estaba celebrando una especie de eliminatorias entre

todas las instituciones mentales de la región, se veían un montón de camisetas a juego y había mucho alboroto, no todo relacionado con las eliminatorias, y nadie prestó mucha atención a Coy y Doc.

—Toma, ponte esto. —Era una de las túnicas con capucha que llevaba por allí la gente, aunque Doc dudaba que procedieran de un almacén de artículos religiosos, porque más bien parecían saldos de una liquidación de ropa de playa pasada de moda. Se la puso—. Guau..., hace que uno se sienta como... ¡Lawrence de Arabia!

—Mientras caminemos despacio y como colgados, nadie nos molestará.

—Toma, esto te ayudará. —Sacó un fino canuto de colombiana dorada y lo encendió. Se lo fueron pasando y, al cabo de un rato, Coy dijo—: Así que llegaste a ver a Hope.

—Sólo un momento. Está bien. Y parece que se mantiene limpia.

No era fácil saber cómo reaccionaba Coy tras las gafas de sol, pero su voz bajó hasta convertirse en un susurro:

—¿Hablaste con ella?

—Asomé la cabeza por la puerta fingiendo que era uno de esos vendedores de suscripciones a revistas. Y también vislumbré a la pequeña Amethyst, y por lo que pude ver las dos están bien. Y casi le vendí a Hope una suscripción a *Psychology Today*.

—Bueno. —Coy sacudió lentamente la cabeza, como si escuchara un solo—. No te imaginas lo preocupado que he estado. —Puede que más de lo que quería reconocer—. Así que lo ha dejado, ¿estás seguro? ¿Está en un programa, o cómo lo ha conseguido?

—Ha vuelto a la enseñanza, es lo único que dijo. Salud pública, concienciación contra las drogas, algo así.

—Y no me vas a decir dónde.

—No, ni aunque lo supiera.

—¿De verdad crees que podría darle mierda a alguna de las dos?

—Ya no llevo casos de líos conyugales, tío. Tengo la lamentable costumbre de meter las narices donde no debo, y la cosa nunca ha acabado bien.

Coy caminaba con la cara ensombrecida por la capucha.

—Supongo que no importa.

—¿Por qué no?

—No hay manera de que pueda volver con ellas.

Doc conocía ese tono de voz y lo detestaba. Le recordaba a demasiados retretes salpicados de vómitos, pasos elevados de autopista, fillos de acantilados en Hawái, siempre suplicando a hombres más jóvenes que él, desconsolados por lo que ellos estaban seguros de que era amor. Ésa fue, de hecho, la razón por la que dejó los casos conyugales. Pese a todo, se encontró soltando:

—No puedes volver, porque si volvieras...

Coy negó con la cabeza.

—Me jugaría el cuello, ¿lo entiendes? Y también el de mi familia. Esto es como una banda. Una vez entras, entras *'de por vida'*.

—¿Lo sabías cuando te uniste?

—Lo único que sabía es que no podíamos hacernos ningún bien si seguíamos juntos. El bebé tenía un aspecto espantoso, de mierda, y empeoraba cada día. Nosotros estábamos bien jodidos, nos sentábamos y decíamos: «Nos estamos hundiendo el uno al otro, ¿qué vamos a hacer?», y luego no hacíamos nada; o decíamos: «Espera a que pillemos una vez más y ya está, se acabó, y luego se nos ocurrirá algo», pero tampoco se nos ocurría nada. Y entonces surgió esta oportunidad. La gente de aquí tenía dinero, nada que ver con los fanáticos de la Biblia que vagan por la playa gritándote y rollos por el estilo, éstos querían ayudar de verdad.

En ese momento Doc se dio cuenta, al recordar lo que Jason Velveeta le había dicho acerca de la integración vertical de los negocios de la organización, de que si el Colmillo Dorado podía enganchar al jaco a sus clientes, ¿por qué no darle la vuelta y venderles también un programa para ayudarles a dejar la droga? Llevarlos de aquí para allá, y así doblaban sus ingresos sin tener que preocuparse siquiera por buscar nuevos clientes... En tanto la vida americana creara la necesidad de escapar, el cártel contaría con toda seguridad con una reserva sin fondo de nuevos clientes.

—Acaban de enseñarme las instalaciones —dijo Doc.

—¿Estás pensando en entrar?

—Yo no. No podría pagarlo.

A esas alturas, el tono íntimo de la conversación daba para que Coy, si quisiera, interpretara el comentario como un pie para hablar de qué tipo de trato había hecho. Pero siguió paseando en silencio.

—Salvo consejos conyugales —dijo Doc con cautela—, si hago una comprobación rápida y encuentro alguna perspectiva en la que a lo mejor no hayas pensado...

—No te lo tomes como nada personal. —¿Era aquello un estremecimiento de rabia?—. Pero hay muchas cosas en las que tú no has pensado. Si quieres investigar, no puedo impedírtelo, pero a lo mejor acabas deseando no haber empezado.

Habían caminado casi hasta la puerta, y las sombras empezaban a alargarse. En la playa, la brisa marina estaría ahora cambiando de sentido.

—Comprendo que quieras apartarme de esto —dijo Doc—, y sé que tampoco es buena idea que intente telefonearte. Pero, mira: sea cual sea el berenjenal en el que estés metido, yo sigo ahí, fuera del lío. Puedo moverme de maneras que a lo mejor tú no podrías...

—Ahora ya no puedo ir más allá —dijo Coy. Estaban en un huertecillo con

albaricoqueros cerca de la puerta—. Anda, devuélveme la túnica.

Doc debió de perder de vista a Coy durante un segundo. De algún modo, en el gesto de sacudir la túnica o doblarla o no sabía cómo, se la quitaron, con una floritura igual que si fuera la capa de un mago, y cuando Doc quiso darse cuenta, Coy ya se había ido.

Doc tomó la 101 de vuelta y al llegar al desvío que llevaba a Thousand Oaks se vio obligado a frenar abruptamente detrás de un autobús Volkswagen pintado con motivos de cachemira y lleno de risueños fumetas que se materializó de golpe delante de él. El carril de adelantamiento ya estaba empaquetado de tráilers que intentaban virar con brusquedad alrededor del Volkswagen, así que era inútil cogerlo. En otros tiempos, Doc se habría impacientado, pero con la edad y la sabiduría, había acabado entendiendo que esos vehículos, para empezar, carecían de la menor comprensión debido a decisiones de ingeniería tomadas hacía mucho tiempo en Wolfsburg. Redujo de marcha, buscó el botón del volumen de la radio, que emitía *Something Happened to Me Yesterday* de los Stones, y pensó que tarde o temprano acabaría leyendo. Lo que habría estado bien, de no ser porque ahora le sobraba tiempo para pensar en la corbata de Mickey, y empezó a preguntarse cómo exactamente se la habría encontrado el gorila que ahora la tenía, y a recordar inevitablemente la imagen pintada a mano de Shasta Fay, boca arriba, con las piernas separadas y húmeda y, si no se equivocaba, aunque sólo había tenido un atisbo fugaz, a punto de correrse.

Mickey debía de haber llevado esa corbata en concreto cuando lo atraparon. La habría sacado del armario al azar, o puede que por alguna razón más profunda. Luego, cuando le pusieron el uniforme de interno de Chryskylodon, confiscaron la corbata, y ahí la vio el gorila y decidió quedársela. ¿O acaso la había cambiado Mickey más tarde por algún favor, en un trueque típico de manicomio: una llamada telefónica, un pitillo, las medicinas de otro? En la facultad, los profesores le habían enseñado a Doc la útil noción de que la palabra no es la cosa, de que el mapa no es el territorio. Supuso que también podía extender la idea a que la corbata con la chica desnuda no es la chica. Pero en ese momento no acumulaba la bastante racionalidad para sentirse otra cosa que estafado, no tanto por Mickey cuanto por —historia antigua o lo que fuera a esas alturas— Shasta. Olvidate de las fantasías que hubiera podido despertar la imagen en el gorila..., pero qué poco debía de importarle ella a Mickey para permitir que aquello sucediera.

Doc volvió a la playa a primera hora del atardecer, subió la pendiente posterior de las dunas y llegó arriba, hasta una vista neblinosa de la bahía y los cabos, un crepúsculo puro de los colores que el acero adquiere cuando se calienta hasta resplandecer, luces de aviones de pasajeros, algunas parpadeando y otras

fijas, que ascendían en silencio desde el aeropuerto en breves y nítidas curvas antes de situarse en posición para surcar los cielos, a veces entrando en fugaz conjunción con una estrella tempranera, luego siguiendo su camino... Decidió pasarse por la oficina, y cuando estaba entrando empezó a sonar el teléfono, suavemente, como para sí mismo.

—¿Dónde has estado?—dijo Fritz.

—En ningún sitio que recomendaría a nadie.

—Qué pasa, suena muy mal.

—Las cosas se están poniendo feas, Fritz. Me parece que he descubierto adónde se llevaron a Mickey. Puede que ya no esté allí, puede que ni siquiera esté vivo, pero sea lo que sea, lo tiene bien negro.

—Más vale que no me cuentes demasiado, pero ¿y la policía?, ¿estás seguro de que no puede echar una mano?

Doc encontró un cigarrillo y lo encendió.

—Nunca creí que escucharía algo así de tu boca.

—Se me escapó.

—Ojalá... —Mierda en vinagre, estaba muy cansado— pudiera fiarme de ellos sólo una vez. Pero son como la fuerza de la gravedad, siempre tiran en la misma dirección.

—Siempre he admirado tus principios, Doc, sobre todo ahora, porque he buscado los números de matrícula que me diste y resulta que algunos de ellos pertenecen a los «reservistas de la policía» de L.A. Parece que muchos de esos tipos se alistaron durante los disturbios de Watts para jugar al tiro al negro y que todo colara como legal. Desde entonces han sido como una pequeña milicia privada a la que recurre el LAPD cada vez que no quiere salir mal parado en la prensa. Si tienes un lápiz anota esto, y no me cuentes lo que pase.

—Estoy en deuda contigo, Fritz.

—En absoluto, cualquier excusa es buena para sentir que estoy aquí surfeando en la ola del futuro; he contratado a un chico nuevo, se llama Sparky, todavía tiene que llamar a su madre si va a llegar tarde a cenar, pero adivina: ¡nosotros somos sus aprendices!, se mete en esa historia de ARPAnet, y te juro que es como el ácido, otro mundo, completamente extraño..., donde el tiempo, el espacio, y todo el follón, cambian.

—Y entonces, ¿cuándo lo van a ilegalizar, Fritz?

—¿Cómo?, ¿por qué iban a hacerlo?

—Recuerda cómo ilegalizaron el ácido en cuanto descubrieron que era un canal hacia algo que no querían que los demás viéramos. ¿Por qué iba a ser distinta la información?

—Entonces más vale que le meta prisa a Sparky. Hoy me ha dicho que cree que ha descubierto un modo de entrar en el ordenador CII de Sacramento sin que ellos lo sepan. Así que, muy pronto, cualquier cosa que tenga la Oficina de

Seguridad del Estado la tendremos nosotros: puedes llamarnos CII Sur.

En ese momento oyeron interferencias en la línea telefónica. Alguien intentaba escuchar su conversación.

—Es un perro cobrador cojonudo —prosiguió Fritz sin inmutarse—, si está ahí, el bueno de Sparky lo encontrará, le encanta esa mierda.

—Recuérdame que le lleve una bolsa de comida para perros de las caras —dijo Doc.

De vuelta a casa, Doc se encontró a Denis con un peta sin encender colgado del labio, sentado junto al callejón, alucinando.

—¿Denis?

—Cabrones de Boards, tío.

—¿Qué ha pasado?

—Me han destrozado la casa.

Doc estuvo a punto de preguntar: «¿y cómo lo sabes?», pero vio lo alterado que estaba.

—Lo importante es que tú estés bien.

—No estaba allí, pero si hubiera estado, me habrían destrozado también.

—Los Boards... ¿La banda entera, Denis, el guitarra rítmica, el bajo, todos entraron a saco? Y luego, ¿qué?

—Vinieron a buscar aquellas fotografías que hice, tío, lo sé. Toda la maría que tenía guardada estaba tirada por el suelo, me limpiaron la nevera, metieron todo en mi batidora Ostracizer, prepararon batidos y ni siquiera dejaron la prueba para nadie.

—«Para nadie» eres tú, Denis. ¿Por qué iban a dejarte nada?

Denis se lo pensó un momento y Doc vio que empezaba a calmarse.

—Entra en casa y volveremos a encender lo que llevas en la boca.

—Porque —Denis respondió a la pregunta de Doc un poco más tarde— se supone que son *freaks*, una banda surfadélica de *freaks*, ésa es su imagen pública, y los *freaks* no le birlan a otros *freaks*, y sobre todo, si se llevan tu comida, al menos la comparten. ¿Es que no viste aquella película? Existe un verdadero «Código de los *freaks*» ...

—Me parece —dijo Doc— que eso debía de ser de 1932, una historia de un circo ambulante, de otro tipo de *freaks*...

—Lo que sea..., esos Boards no se portan mejor que los cabrones que van de virtuosos por la vida.

—¿Estás seguro de que fueron los Boards, Denis? A ver, ¿hubo, no sé, algún testigo?

—¡Testigos! —Denis se rió trágicamente—. Si los hubo, andarían por ahí corriendo como locos pidiéndoles autógrafos y toda esa mierda.

—Mira, tengo los negativos y las pruebas de los contactos, y Bigfoot tiene la copia en la que aparece Coy, así que, quienesquiera que fuesen, si no encontraron

nada en tu casa, es improbable que vuelvan.

—Toda mi comida china. —Denis negó con la cabeza. Una vez al mes encargaba treinta comidas de South Bay Cantonese de Sepúlveda y las conservaba en el congelador para ir descongelándolas una por una a lo largo del mes siguiente.

—¿Por qué iban ellos a...?

—Incluso se han cepillado el Broccoli del General Tso que dejé anoche. Lo estaba guardando, tío...

A la mañana siguiente, Doc se abrió paso hasta la oficina entre los habituales adictos a la B12, se fijó en un interesante moratón en una pierna de Petunia y se arrastró al piso de arriba para empezar a comprobar la lista de auxiliares de la policía que le había dado Fritz, una tarea que no le apetecía precisamente. Se había cruzado de vez en cuando con esos tipos que iban de duros, chulos que mostraban la actitud típica de los que van con demasiada artillería, con sus boinas paramilitares y sus ropas de camuflaje y demás parafernalia de Vietnam comprada en algún almacén de excedentes de Hawthorne Boulevard, engalanados con insignias y galones, algunos de los cuales eran auténticos aunque, hablando con propiedad, no se los hubieran ganado. Ni uno de ellos, que Doc recordara, lo había mirado con amabilidad, ni siquiera con indiferencia. Eran matones de barrio con permiso para llevar armas, y que Dios ayudara a cualquier varón civil con pelo que excediera visiblemente el largo del corte reglamentario de los marines.

Toda esa gente tenía empleos normales, claro. Doc se acercaba a visitarlos haciéndose pasar por diferentes tipos de vendedor a domicilio o por inspector del Departamento de Vehículos de Sacramento con alguna pregunta inofensiva, o, a veces, por un antiguo colega con el que había perdido contacto, y se encontraba a las esposas —todos estos tipos eran hombres de familia— con ganas de hablar. Y vaya si hablaban. Un efecto secundario del matrimonio, como le había explicado Fritz cuando era un recién llegado a la profesión.

—Esas mujeres se mueren de ganas de largar porque nadie en su casa quiere escuchar nada de lo que tengan que decir. Quédate sentado un par de segundos y se pondrán a hablar por los codos.

—¿No tienen hermanas u otras esposas con las que charlar? —se preguntó Doc.

—Claro, pero por lo general eso no nos sirve de mucho.

Doc esperó hasta el anochecer, después de que todos hubieran cenado, y se decidió por un rápido burrito Taco Bell, que equivalía a la ración nutritiva de un día entero y aun así era una ganga de sesenta y nueve centavos. Se había puesto otra peluca de pelo corto, una pieza de color castaño con raya al lado que había

comprado en un mercadillo en Hollywood Boulevard, y un traje que encontró en una tienda benéfica de artículos de segunda mano, que parecía atrezo defectuoso de *Los tres chiflados*. Cuando la circulación se despejó un poco, se encaminó a una dirección en la zona de Rossmoor-Cypress, al otro lado del límite del condado.

Acababa de acceder a la autopista cuando escuchó al DJ de la radio diciendo:

—A petición de Bambi, y dedicado a todos los locos de los Spotted Dick en el territorio de la KQAS, la emisora que es el no va más, aquí está el último single de los chicos: *Long Trip Out*.

Y tras una introducción de la Farfisa de Smedley llena de frases transatlánticas improvisadas a lo Floyd Cramer, Asymmetric Bob empezó a cantar:

Ha andado por ahí luchando por un
Estado fascista, así que no esperes
mucho diversión en la primera cita, él
echará de menos la vida, él
echará de menos la comida, él
tendrá un humor raro, y se preguntará
cómo ha vuelto aquí a este Mundo
de hippies colgados y de
chicas fumetas y es que hay que hacer

Un largo viaje para salir del Valle Ia Drang,

[*Smedley le acompaña cantando en armonía,
Somerset con un fill de guitarra bottleneck*]

es un trayecto triste y chungo, cuando te alejas
de los buenos colegas que dejaste atrás, allá
donde lo único que quieres es
un día más...

Puede que te suene como un tubo de escape tuneado,
pero no es eso lo que él ha estado escuchando sino
que ahora recuerda, como en un *flash back*, perdido
en plena noche de fuego y miedo, y él
ni siquiera sabe con quién
está aquí, y ese
canuto que fumabas pensando que ayudaría
sólo empeora las cosas, incluso
te engaña a ti mismo, porque hay que hacer

Un largo viaje para salir del Delta del Mekong...
Es una última oportunidad perdida,
cuando necesitas un amigo,
y sales volando de
la Bahía de Cam Rahn a medianoche
pero no tienes ni idea de cómo
volver de nuevo a casa.

Triciclos de plástico en los patios, gente regando las flores y trabajando en sus coches, niños en los caminos de entrada jugando con aros; el chillido en alta frecuencia de un circuito explorador de un televisor que llegó a Doc desde detrás de una puerta de tela metálica cuando recorría el caminito privado de la dirección que buscaba, ruido seguido, al alcanzar las escaleras delanteras, por el sonido más mundano de « La Hora de Bugs Bunny y el Correcaminos ». Según Fritz, la frecuencia de barrido era de 15.750 ciclos por segundo, y en cuanto Doc cumpliera los treinta, pasado mañana como quien dice, ya no podría oírlo. Así que ese acercamiento rutinario a la casa americana había empezado a teñirse para él de una peculiar tristeza.

Arthur Tweedle era un operario civil que trabajaba en un turno de día normal en el arsenal de la Marina. Los fines de semana y también algunas noches de diario, se ponía una especie de uniforme de faena de D'Jack Frost, el almacén de excedentes favorito de la familia Manson en Santa Mónica, y acudía a las reuniones de California Vigilante con su vecino Prescott, otro antisubversivo por afición que también constaba en la lista que le había dado Fritz. Art llevaba unas gafas de montura de carey claras bajo una alta y despejada frente, y poco había que objetar a la cara que las acompañaba, salvo, quizás, una mirada levemente paralizada, como si se le hubiera clavado en una marcha fija que no sabía muy bien cómo cambiar.

Doc se hacía pasar por representante de Alambradas para la Seguridad del Hogar de Tarzana, empresa que, esperaba, no existía. La tía Reet le había hablado hacía mucho tiempo sobre la creencia de los propietarios de casas de California de que si tendías una alambrada alrededor de todo el perímetro de tu finca, ninguna serpiente la cruzaría jamás.

—Nuestro método funciona de un modo parecido —les explicó Doc a los Tweedle, Art y Cindi—, tendemos una red de ojos eléctricos enganchados a altavoces por toda la periferia de su finca. Si alguien interrumpe el rayo que emiten, desencadena una sucesión de pulsos subsónicos: unos producirán vómitos, otros, diarrea; tanto los unos como la otra devolverán al intruso allá de donde haya venido con una cuantiosa factura de limpieza en seco a la vista. Por descontado, ustedes y su familia pueden desconectar el sistema por control

remoto cada vez que tengan que entrar o salir de su propiedad o cortar el césped o lo que sea.

—Parece bastante complicado —dijo Art—, y además ya tenemos un sistema instalado aquí mismo con un historial comprobado de eficacia, y le está mirando ahora.

—Pero pongamos que usted tenga que irse de la ciudad...

—Cindi —dijo magreando el trasero de su esposa cuando ésta volvió con una bandeja de cervezas de cuello largo— es mejor tiradora que yo, y empezaremos a enseñar a los niños con las de calibre veintidós de aquí a nada.

—El tiempo pasa muy deprisa —dijo Cindi.

—Parece que están bien protegidos, espero no haberles molestado pasándome así, pero están en una lista de vecinos de la zona con una conocida preocupación por la defensa de la propiedad..., con su servicio en la reserva de policía, por ejemplo...

—Técnicamente no somos residentes de L.A., pero yo estoy en lo que llaman espera en prealerta, el coche está siempre listo con la radio sintonizada con la del Departamento, puedo llegar allá donde me necesiten en menos de una hora —dijo Art.

—Cada vez que hablamos con el LAPD, siempre hay alguien que los menciona a ustedes y dice que ojalá fueran más. Sólo con los coches patrulla y los policías de uniforme las cosas siempre se ponen feas ahí fuera. Necesitan toda la ayuda que podamos darles.

Comentarios que no abrieron el grifo del todo enseguida, pero sí poco a poco, mientras los Tweedle se animaban el uno al otro, *Los nuevos ricos* daban paso a *Granjero último modelo* y las cuellilargas no paraban de llegar. Art empezó a sacar su colección de artillería para la defensa del hogar, que iba desde pequeñas pistolas de damisela de calibre 22 con empuñadura de nácar a lanzagranadas excedentes de Vietnam, pasando por Magnums 357.

—Y esto son sólo armas de tiro a tiro —dijo Art—. Las automáticas las tengo en el taller.

Hizo salir a Doc por la puerta trasera en pleno horario nocturno de máxima audiencia televisiva y cruzaron la extensa parcela de la casa entre los ruidos de los vecinos, que llegaban a través de las telas metálicas de las ventanas —televisores, la recogida de la cena y las riñas de los niños—, hasta una dependencia con forma de pequeño granero donde guardaba una amplia gama de rifles de asalto, ametralladoras ligeras y, el orgullo de Art, el totalmente ilegal Bazuca Automático Gleichschaltung Modelo 33, que requería al menos dos personas para dispararlo: una para apuntar el tubo lanzadera de 75 mm y la otra para conducir el carrito de golf eléctrico tuneado que transportaba el cargador, donde cabían hasta cien proyectiles.

—Ningún moreno va a atreverse a poner el pie en mi bonito huerto de sandías

—declaró Art.

—Menudo armatoste —dijo Doc—. ¿Dónde puede hacerse uno con algo como esto?

—Oh, hay proveedores —dijo Art con coquetería—. Y reuniones de intercambio, sesiones de grupos concienciados, cosas así.

—¿Y en el trabajo? ¿El Departamento se lo deja llevar?

—A lo mejor lo descubrimos cualquier día de éstos. Sin duda, armas así habrían cambiado las cosas en Watts.

—Pues últimamente no ha habido mucha acción de esa clase. ¿Cómo les mantienen ocupados?

—Maniobras de fin de semana, instrucción en contraguerrilla urbana. A veces quieren darle un toque a algún individuo, pero no pueden comprometer la mano de obra de servicio. No es muy excitante: operaciones de vigilancia, puede que una piedra arrojada por la ventana con una nota de advertencia. Pero pagan al contado, lo bastante para tener contento al pizzero.

Al salir del taller de Art, Doc vislumbró por casualidad un pasamontañas con motivos nórdicos colgado de un gancho de la puerta. Se parecía extrañamente a los que salían en la película que Farley Branch había rodado en el asalto a Chick Planet Massage.

A Doc empezó a picarle rabiosamente la nariz.

—Eh, me regalaron uno como ése en Navidad —dijo poniendo un gusano en el anzuelo a ver si picaba—, bueno, con la diferencia de que el mío tenía unos cuernos rellenos arriba y una especie de cosa grande, roja, ya sabe, tipo Rudolph, el reno de Santa Claus, en la nariz, funcionaba con pilas y todo eso...

—Este de aquí es el reglamentario —dijo Art, que no pudo evitar cierto tono fanfarrón—, forma parte del uniforme para cuando salimos de maniobras.

—¿Eran ustedes, chicos, los que estaban hará un par de semanas en aquella movida en la que desapareció Mickey Wolfmann?

—Y tanto, acabamos persiguiendo a una banda de moteros por todo Channel View Estates, la pandilla de pinta más repugnante que he visto en toda mi vida, pero, bien mirado, cuando la cosa se tensó no dieron más problemas que los negros.

—Sí, sigo viendo anuncios de la promoción, con ese detective, cómo se llama...

—Bjornsen..., claro, el bueno de Bigfoot.

—Me parece que he trabajado con él un par de veces en la ciudad, en unos casos de entrada ilegal en una propiedad.

—Uno de los grandes cabronazos de América —dijo Art Tweedle.

—¿Lo dice en serio? Pues a mí me pareció más bien un profesor universitario que un policía de calle.

—Precisamente: ésa es su tapadera, como Clark Kent, con sus modales

suaves. Pero tendría que verlo trabajando. Guau, como los de la tele: dale más, Pete Malloy; atrás, Steve McGarrett.

—¿Tan peligroso, eh? Supongo que la próxima vez que lo vea tendré que andarme con cuidado.

Lo cual iba a suceder casi de inmediato. Después de volver conduciendo un poco colgado a la playa por calles secundarias, Doc entró en la cocina, e iba a coger un bote de café cuando sonó la estridente alarma del teléfono.

—Está llamando a Idiotas Ilimitados. Los primeros en presentarse y los últimos en enterarse de nada, ¿de qué manera, a nuestro patético y ridículo estilo, podemos mejorar su vida esta noche?

—Yo también estoy de un humor de perros —le informó Bigfoot—, así que más vale que no esperes comprensión, cordialidad ni nada remotamente parecido.

El culo de Clark Kent. Tras pasarse el trayecto de vuelta a casa esforzándose por no salirse del carril correcto ni quedarse dormido al volante, a Doc todavía no le había dado tiempo de ponerse a pensar sobre Bigfoot Bjornsen, quien, de creer a Art Tweedle, se desvelaba ahora como un tipo mucho más siniestro de lo que había imaginado. También se hacía vagamente a la idea de que puede que no fuese el mejor momento para sacar el tema. Controla, se aconsejó, controla...

—Qué hay, Bigfoot.

—Me disculpo si he interrumpido algún trabajo hippy excepcionalmente exigente, como por ejemplo intentar recordar de qué lado está el pegamento en el papel de fumar Zig-Zag, pero es que me parece que tenemos otro problema, relacionado, para variar, con esa fatalidad que te persigue y te hace llevar la desgracia a todas las vidas que tocas, aunque sólo sea de refilón.

—Oh, oh. —Doc se encendió un Kool y empezó a buscar la maría que guardaba por casa.

—Soy muy consciente de los lapsos de memoria que tienen que afrontar los que son como tú, pero ¿no recordarás por un casual a un tal Rudy Blatnoyd, doctor en odontología?

—De uno me acuerdo, ¿por qué?, ¿es que hay más?

—Tan gracioso como siempre. ¿Te importa que lo hablemos en persona? Podemos enviarte a un chófer que te recoja.

—Lo siento, has dicho doctor Blatnoyd...

—Me temo que ha perpetrado su última endodoncia. Lo hemos encontrado al lado de un trampolín en Bel Air hace apenas una hora, con una fractura fatal de cuello, tal vez hasta sufrió mientras rebotaba en la negra oscuridad de esa clásica fuente de diversión en el patio trasero, ¿quién sabe? Pero hay algunos detalles que no encajan. Llevaba puestos un traje, corbata y mocasines, lo que no suele

considerarse muy apropiado para las actividades relacionadas con un trampolín. Así que empezamos a sopesar la posibilidad de un crimen, aunque hasta ahora no tenemos testigos, ni móviles, ni sospechosos. Aparte de ti, claro.

—No, y no.

—Es raro, porque la otra noche, sin ir más lejos, se vio al doctor Blatnoyd en un vehículo lleno de hippies colocados, entre ellos tú, que fue parado por agentes en Beverly Hills con la sospecha de ser un FOPOAC o Foco Potencial de Actividades de Culto.

—Vale, muy bien... ¿la dueña del coche? Hija de una muy respetable familia de Palos Verdes para más señas. Ella se ofreció a llevarme. Y los polis ni le pusieron una multa. Y el doctor Blatnoyd era su amigo, no el mío.

—Mira, Sportello, no me gustaría entrometerme, pero ¿dónde has estado esta noche? Llevamos todo el día intentando localizarte.

—Me fui al cine.

—Claro, claro, ¿a cuál, si se puede saber?

—Al Hermosa Theater.

—Y la película...

—*El bueno, el feo y el malo* —que de hecho Doc había ido a ver mientras tenía el coche en el taller—. La chica con la que estaba quería ver la otra peli de la sesión doble, así que nos quedamos también, iba de una jovencita inglesa de cuyo nombre me acordaré en un momento...

—Ah, *Los mejores años de Miss Brodie*, sin duda, una espléndida película por la que Maggie Smith se merece de sobra su Oscar a Mejor Actriz.

—¿Y cuál has dicho que era?, ¿la rubia de las tetas grandes, no?

—No eres un fan del cine británico, ya veo.

—Más bien, para serte sincero, me van los tipos a lo Lee Van Cleef, quiero decir, ese Clint Eastwood no está mal, pero siempre acabo viendo la imagen de Rowdy Yates...

—Sí, bueno, aquí tengo a un agente con algunas bolsas de pruebas y debo volver a la parte más divertida de la velada. ¿Te importaría pasarte mañana por Parker Center?, me gustaría hablar contigo de ese callejón sin salida en que fuiste tan amable de meterme el otro día, ese lío de Coy Harlingen.

—Ya, bueno, y dicho sea de paso, algunos amigos de Coy fueron ayer a destrozarse el apartamento de mi colega. Así que puede que no sea un caso tan cerrado.

—Hay casos cerrados y casos cerrados —dijo Bigfoot enigmáticamente, y colgó.

Aquella noche, Doc soñó que era niño de nuevo. Otro chico que se parece a su hermano Gilroy y él están sentados en Arizona Palms, en plena tarde, con una

mujer que no es exactamente Elmina, aunque sí la madre de alguien. Se acerca una camarera con los menús.

—¿Dónde está Shannon?—pregunta la mujer que no es exactamente Elmina.

—La asesinaron. Yo soy su sustituta.

—Supongo que era sólo cuestión de tiempo. ¿Quién fue?

—El marido, ¿quién si no?

Ella les va sirviendo la comida en varios viajes, y cada vez trae una noticia nueva sobre el asesinato de su colega. El arma, los móviles sugeridos, los manejos previos al juicio. Entonces interrumpe la charla sobre el pastel de crema de plátano *à la mode* con:

—Se sabía que iba a pasar, alguien mata a la persona con quien folla, incluso de la que está enamorado, y los psiquiatras, los consejeros y los abogados poco pueden hacer; vas por detrás de los bulevares y ya estás en las malas tierras otra vez, donde la gente que siempre te dice cómo comportarte ya no tiene jurisdicción, y toda la Southland pertenece las veinticuatro horas a los malos.

—Mamá —pregunta el pequeño Larry—, cuando ella vuelva, ¿dejarán salir de la cárcel al marido?

—¿Cuando vuelva quién?

—Shannon.

—¿No has oído lo que ha dicho la chica? Shannon está muerta.

—Eso sólo pasa en los cuentos. La Shannon de verdad volverá.

—Y un pimiento.

—Volverá, mamá.

—¿De verdad te crees esas historias?

—¿Y qué crees tú que pasa cuando te mueres?

—Pues que te mueres.

—¿No crees que puedes volver a la vida?

—No quiero hablar de eso.

—Entonces, ¿qué pasa?

—No quiero hablar de eso.

Gilroy los está mirando con sus enormes ojos mientras juguetea con la comida, cosa que irrita a Elmina, para la que el comer es algo serio.

—Y ahora te pones a jugar. No juegues, come. Y tú —le dice a Doc— algún día te tendrás que conformar.

—¿Qué quieres decir?

—Tendrás que ser como todos los demás. —Eso, claro, es lo que quiere decir. Y ahora el Doc adulto siente que en su vida está rodeado de muertos que vuelven y no vuelven, o que nunca se fueron, y mientras tanto todos los demás comprenden cuál es cuál; pero eso, tan sencillo y claro, es algo que Doc no sabe ver, que nunca conseguirá entender.

Se despertó entre las brumas que se meten muy tierra adentro desde el mar,

típicas de esa estación, y con el zumbido antinatural de los aviones que despegan y aterrizan en el LAX durante toda la noche, como si una mano en un panel de control hubiera subido los bajos a un nivel inesperado, y descubrió que la colcha india del sofá donde se había quedado dormido se teñía de un tono rojo y naranja a causa de lo que sólo podían ser sus lágrimas. Hasta bien entrada la mañana anduvo por ahí con las marcas de un borroso dibujo de cachemira en media cara.

Hubo un tiempo en que Doc llegó a temer que acabaría convertido en un Bigfoot Bjornsen, en un simple policía concienzudo más, yendo sólo allá donde le indicaran las pistas, opaco a la luz que parecía bañar a todos los demás que andaban a su alrededor en este sueño regional de iluminación, privado de las revelaciones en pantalla grande que Bigfoot llamaba «hippy fanías», condenado a verse abordado por un colgado tras otro que le repetirían con voz cansina: «Déjame que te cuente mi viaje, tío», sin levantarse nunca lo bastante temprano para lo que un día resultaría ser un falso amanecer. Lo que podría explicar por qué, hasta anoche mismo, siempre había estado más que dispuesto a conceder cierto margen de confianza a Bigfoot, aunque no necesariamente quisiera que se supiera por ahí. Pero ahora, según Art Tweedle, ahí estaba la probable conexión de Bigfoot con el ejército privado de vigilantes del LAPD, incluso quizá (Doc no podía dejar de preguntárselo) con el asalto a Channel View Estates. Cuando llegó a Parker Center, se sentía como una estatua alegórica del parque, que luciría el rótulo: RECHAZADO POR LA COMUNIDAD.

—¡Hola, Bigfoot! ¿Qué, has salido a cargarte muchos negros últimamente?— No..., no, estaba casi seguro de que lo que preguntó en voz alta fue—: ¿Alguna novedad en el caso de Bel Air?

—No preguntes. O, mejor, sí, pregunta, puede que me venga bien desahogarme.

Esa mañana, las vibraciones en la atmósfera de la División de Robos y Homicidios eran tan cordiales como siempre, es decir, casi nada. Tal vez fuera por Doc, tal vez por el tipo de trabajo que se hacía allí, pero habría jurado que hoy los colegas de Bigfoot se apartaban de su camino para eludirlos a ambos.

—Espero que no te moleste si hacemos un Código Siete, ya sabes, la hora del refrigerio, en algún otro sitio —dijo Bigfoot, que metió la mano debajo de la mesa y sacó arrastrando una bolsa de la compra de Ralph's con lo que parecían varios kilos de papeles dentro, luego se levantó y se encaminó hacia la puerta haciéndole un gesto a Doc para que le siguiera. Bajaron, salieron y fueron a un restaurante japonés barato al doblar la esquina, cuyos *pancakes* suecos con arándanos rojos eran insuperables, y que les sirvieron apenas minuto y medio después de que Bigfoot asomara la cabeza por la puerta.

—Tan étnico como siempre, Bigfoot.

—Lo compartiría contigo, pero te volverías adicto y sería otra carga sobre mi conciencia. —Bigfoot empezó a manducar.

Esos *pancakes* tenían ciertamente buena pinta. A lo mejor Doc podría fastidiarle el apetito a Bigfoot. Empezó a ronronear con malicia.

—¿No te ha amargado nunca no haber estado en Cielo Drive? ¿Pisoteando por aquella famosa escena del crimen con el resto de pasmas de primera división, borrando las huellas de los asesinos y dejando las tuyas y todo eso?

Había cogido un segundo tenedor, el del servicio de Doc, y ahora comía con ambas manos.

—Preocupaciones insignificantes, Sportello, eso sólo es ego y resentimiento. Todo el mundo tiene, bueno, todo el mundo que trabaja para ganarse la vida. Pero ¿quieres que te diga la verdad?

—Eeh..., pues no.

—Pues te la voy a decir de todos modos. La verdad es que... ahora mismo todo el mundo está jodidamente cagado de miedo.

—¿Quién?, ¿tu gente? ¿Todos esos sabuesos comeburritos de Homicidios? ¿Asustados de qué?, ¿de Charlie Manson?

—Raro, pero sí, aquí, en la capital de la eterna juventud, del verano interminable y demás, el miedo recorre la ciudad otra vez, como en los viejos tiempos, como durante la persecución de la lista negra de Hollywood de la que no te acuerdas y los disturbios de Watts que sí recuerdas: se propaga, como la sangre en una piscina, hasta que llena todo el volumen del día. Y entonces tal vez un alma traviesa se presenta con un cubo lleno de pirañas, las arroja a la piscina, y al instante prueban la sangre. Nadan por todas partes buscando qué es lo que sangra, pero no encuentran nada, y así se van desquiciando cada vez más, hasta que la locura llega a cierto punto, que es cuando empiezan a devorarse unas a otras.

Doc se lo pensó un momento.

—¿Qué llevan los arándanos rojos, Bigfoot?

—Es como —proseguía Bigfoot— si hubiera un semidiós maligno que gobernara el sur de California, que de vez en cuando se despierta de su sueño y permite que las fuerzas oscuras que siempre están ahí, al acecho, alejadas de la luz del sol, salgan.

—Guau, y..., ¿y tú lo has visto? ¿y este «semidiós maligno» no..., no te hablará, por casualidad?

—¡Pues sí, y tiene toda la pinta de un puto *frikifumeta hippy*! Increíble, ¿eh?

Preguntándose de qué iba todo aquello e intentando ser servicial, Doc dijo:

—Bueno, lo que sí he notado desde que enchironaron a Charlie Manson es que hay mucho menos contacto visual con el mundo de los virtuosos. Antes, todos vosotros erais como una multitud en el zoo: «Eh, fíjate, el macho lleva la cría y la hembra está pagando por la comida», más o menos, pero ahora es más bien:

« Haz como si ni siquiera estuvieran ahí, porque a lo mejor nos masacran el culo» .

—Todo ha derivado en una fascinación enfermiza —opinó Bigfoot— y, mientras tanto, el universo entero de los homicidios se ha puesto patas arriba: *bye bye* Dalia Negra, descansa en paz Tom Ince, sí, me temo que ya no volveremos a ver más de esos asesinatos con aura de misterio del L.A. de los viejos tiempos. Hemos encontrado la puerta al infierno, y es pedirle demasiado a los ciudadanos de L.A. que no quieran atravesarla en tropel, cachondos y riéndose como siempre, buscando la última emoción fuerte. Un montón de horas extras para los chicos y para mí, supongo, pero también nos acerca mucho al fin del mundo.

Bigfoot lanzó una concienzuda y escrutadora mirada que recorrió desde los lavabos del fondo hasta la luz del desierto de la calle, y luego subió la bolsa de Ralph's a la mesa.

—Es ese asunto de Coy Harlingen. No quería hablar de él en la oficina. — Empezó a sacar con desgana montones de papeles de diferentes tamaños, colores y estado de deterioro—. Levanté la alfombra para ver qué había, esperando encontrarme lo que técnicamente llamamos caca de vaca. Imaginate mi sorpresa al descubrir cuántos de mis colegas, en cuántos remotos puestos avanzados de la ley, por no mencionar las más altas jerarquías, han metido las garras en esta historia. Coy Harlingen no sólo utilizaba múltiples alias, también dependía de varios departamentos, por lo general al mismo tiempo. Entre los cuales, espero no sorprenderte ni ofenderte, estaban inexorablemente esos elementos a los que no les importaría que Coy acabara bajo una losa de granito con su último alias grabado encima.

—La sobredosis de Coy, o lo que fuera..., debe de haber un montón de informes mensuales sobre el asunto a estas alturas. ¿Alguna posibilidad de echar un vistazo?

—Lo que pasa es que la oficina del forense, nuestro querido Hermano Noguchi, no tuvo el valor de calificarlo de homicidio, así que nunca se le pidió a nadie que redactara un informe del curso de la investigación, ni externo, ni interno, ni nada de nada. A primera vista, una sobredosis más, un yonqui menos, caso cerrado.

En otros tiempos, Doc habría dicho: « Bueno, pues ya está, ¿puedo irme ya? »; pero con este nuevo Bigfoot, modelo de nuevo fascista, el tipo del que acababa de descubrir que, después de todo, no podía fiarse, la vieja costumbre de pincharlo ya no resultaba tan divertida.

—¿Quieres decir que sería un caso rutinario si no fuera por todo ese papeleo? —fue lo que preguntó, y con cautela—, que sólo viéndolo ya parece un tanto desproporcionado. Con el papelito rosa que certifica la defunción a la llegada al hospital habría bastado.

—Vaya, te has fijado. Sí, ciertamente es el tipo de atención documental que

no se le suele deparar a los difuntos. Uno casi creería que sigue por ahí vivo y coleando. ¿Verdad? Resucitado.

—¿Y qué has descubierto?

—Técnicamente, Sportello, ni siquiera sé que este caso existe. ¿Te *mola*?, ¿te parece *chachi*? ¿Por qué te crees que estamos aquí y no en la oficina de arriba?

—Por algún culebrón de Asuntos Internos, imagino, del que tú estás desesperado por mantenerme alejado. ¿Qué podría ser?

—No está mal. De lo que te quiero mantener alejado es algo muy vasto, Sportello, muy vasto. Por otro lado, si hay algún detalle trivial del que puedo informarte de vez en cuando, ¿por qué ponerse demasiado paranoico? —Rebuscó en la bolsa de Ralph's y encontró una caja larga moteada llena casi hasta el borde de fichas de siete y medio por doce y medio—. Vaya, qué tenemos aquí; pero tú ya sabes qué son.

—Informes de Interrogatorios sobre el Terreno. Recuerdos de todos a los que vosotros habéis parado y acosado por ahí. Y muchos de éstos tienen la pinta de pertenecer a un saxofonista y onqui.

—¿Por qué no les echas un vistazo rápido a ver si hay algo que te llame la atención?

—Evelyn Wood, no me falles ahora. —Doc empezó a revisar las fichas, procurando mantenerse alerta ante una posible jugarreta inesperada de Bigfoot. Había conocido a varios magos de los juegos de manos y tenía cierta idea del truco de «imponerle» una carta a un espectador. No veía por qué Bigfoot iba a estar por encima de esas artimañas.

Pero, sorpresa, ¿qué tenemos aquí? Doc dispuso de casi medio segundo para decidir si merecía la pena ocultarle a Bigfoot la ficha que acababa de vislumbrar, pero se acordó de que el policía ya sabía cuál era.

—Ésta —dijo señalándola—, sé que he visto el nombre en alguna parte.

—Puck Beaverton —Bigfoot asintió y la sacó de la caja—. Excelente elección. Es uno de los pretorianos ex convictos de Mickey Wolfmann. Veamos. —Simuló leer la ficha—. La gente del sheriff se lo encontró en la casa que tiene en Venice el camello que le vendió a Coy Harlingen el caballo que lo mató. O que no lo mató, como bien podría ser el caso. —Empujó la ficha del IIT por encima de la formica y Doc la examinó con dudas—: «El sujeto, desempleado, afirma ser amigo de Leonard Jermain Loosemeat, alias “El Drano”. “Sólo me he pasado a jugar un par de partidas de billar.” El sujeto parecía muy nervioso en compañía de Beaverton». ¿Esto es todo? ¿Qué hacía Puck en la casa del camello de Coy?, ¿tú qué crees?

Bigfoot se encogió de hombros.

—Habría ido a comprar, tal vez.

—¿Tiene historial de consumir?

—Alguien tendrá que comprobarlo. —Cosa que debió de sonarle como una

charrada hasta al propio Bigfoot, porque añadió—: El expediente de Puck podría haber sido almacenado ya, lejos, muy lejos, en algún sitio como Fontana o más allá. A no ser que... —Una pausa de timador, como si se le acabara de ocurrir algo.

—Dimelo, Bigfoot.

—Creo recordar que hace unos años, antes de que entrara en Folsom, este Beaverton trabajaba para un prestamista de la ciudad, un tal Adrian Prussia. Y el camello, El Drano, era uno de los clientes habituales de Prussia. Tal vez Puck estaba allí en nombre de su antiguo patrón.

Doc se sentía inquieto. Empezó a maquear.

—Recuerdo a Adrian Prussia de cuando yo curraba buscando a morosos y desaparecidos. Una verdadera serpiente, tío.

Bigfoot le hizo gestos al hombre de la barra.

—*Chotto, Kenichiro! Dozo, motto, panukeiku.*

—¡Sí que controlas, teniente!

—No es como el *pancake* de mi madre, pero no está mal —le confió Bigfoot —, aunque lo que de verdad me gusta de aquí es el respeto.

—De eso no te daba mucho tu madre, ¿eh?

¿De verdad había dicho eso Doc o sólo lo había pensado? Esperó a que Bigfoot reaccionara al insulto, pero el detective se limitó a proseguir:

—Es probable que te creas que soy alguien en Robos y Homicidios. ¿Y quién puede reprocharte que te lo creas? Uno va por ahí como el príncipe Carlos, como si lo fueran a coronar jefe del departamento cualquier día... Pero la verdad es que... —Negaba despacio con la cabeza, clavando en Doc una mirada extrañamente suplicante—. Dios nos ayude. Dentistas en trampolines. —Pero no, no se trataba de eso. No exactamente.

—Muy bien, Bigfoot —dijo Doc, consciente de otra jugarreta en marcha—, puedo decirte esto: la otra noche, cuando dejamos a Rudy Blatnoyd en Bel Air, estaba oscuro, él dio un montón de indicaciones, dimos un montón de vueltas, no creo que fuera capaz de encontrar el camino ni siquiera de día, ni sé si esto tiene alguna relación con el lugar donde habéis encontrado el cadáver, pero eran alrededor de las once —garabateó en una servilleta—, y ésta es la dirección.

Bigfoot asintió.

—Ahí es donde lo encontramos. Estaba allí como invitado, y esto aclara algo la cronología. Gracias, Doc. Dejando aparte las cuestiones del pelo y el consumo de drogas, nunca te he tenido por menos que un profesional.

—No te me pongas sentimental, tío, te hace parecer menos duro.

—Pues aún puedo ser más emocionalmente irresponsable —replicó Bigfoot —. Atiende: hay ciertas claves de polígrafo en este caso que, si te las contara, entonces los únicos que las sabrían serían Homicidios, el asesino y tú.

—Entonces haces bien en no contármelas.

—Pues imagina que te las cuento de todos modos.

—¿Por qué habrías de hacerlo?

—Sólo para saber « de qué vas » , como dice tu gente.

—Te refieres a que así tendrás otro motivo para enchironarme. Gracias, Bigfoot. ¿Y si me tapo las orejas y me pongo a chillar como un poseso si me lo cuentas?

—No lo harás.

—¿No me digas? —Doc sentía una genuina curiosidad—, ¿Y por qué no?

—Porque eres uno de los pocos fumetas hippies de esta ciudad que sabe distinguir entre infantil e infantiloides. Además, éste es tu rollo. Escucha, oficialmente lo consideramos una fractura mortal del cuello. No... , ¡no lo hagas! , pero, para ser más concretos, el doctor Blatnoyd tenía heridas punzantes en la garganta, que se ajustarían a los caninos de un animal salvaje de mediano tamaño. Eso es lo que descubrió el forense. Y de esto, ni pio.

—Vaya, qué raro, Bigfoot —dijo Doc despacio—, porque Rudy Blatnoyd era uno de los socios de un chiringuito para eludir impuestos que se llama, fijate tú qué casualidad, Colmillo Dorado Enterprises. ¿Qué te parece? Supongo que no le habréis analizado esos pinchazos del cuello para ver si hay restos de oro o algo por el estilo.

—No creo que encontráramos muchos rastros. El oro es casi inactivo químicamente, como deberías haber aprendido en la clase de química si no te la hubieras saltado siempre para ir a pillar maría.

—Un momento, ¿y qué ha sido del Principio de Intercambio de Indicios de Locard, según el cual todo contacto deja huellas? Sería irónico, tío, es lo único que digo, que Blatnoyd hubiera sido asesinado a mordiscos por un colmillo dorado. O, mejor aún, por *dos*.

—Yo no... —Bigfoot ladeó la cabeza y se dio unos golpes como un nadador que quisiera sacarse el agua del oído—, no acabo de ver por qué... nada de eso tenga que ser especialmente... ¿material?

—¿Quieres decir que por qué tendrían que ser de oro los colmillos? ¿En lugar de unos simples colmillos de hombre lobo normal y corriente?

—Bueno..., eso..., sí.

—Pues porque es *El Colmillo Dorado*, tío.

—Sí, sí, el refugio fiscal del difunto o lo que sea, ¿y qué?

—No, no sólo un montaje fiscal, Bigfoot. Qué va. Se trata de algo más, mucho pero que mucho más, lo que tú llamarías vasto.

—Ya. ¿Y no será esto —añadió con bastante paciencia— otro de tus rollos paranoicos de hippy, verdad que no?, porque, sinceramente, ni el Departamento ni, lo que es más importante, yo, podemos perder el tiempo siguiendo pistas que da un fumeta alucinado.

—Entonces, ¿no te importa que investigue por mi cuenta? Quiero decir que

espero no encontrarme con follones cruzados de Asuntos Internos, ni obstrucciones deliberadas del LAPD, ni nada por el estilo.

—El tiempo es precioso para todos —filosofó Bigfoot buscando la cartera—, para cada uno a su modo.

Doc había aparcado en Little Tokyo, así que fue andando con Bigfoot hasta la esquina de la Tercera con San Pedro, donde lo dejó, lanzándole un signo de la paz.

—Ah, y esto..., Bigfoot.

—Uy, uy.

—Haz que en el laboratorio busquen restos de cobre.

—¿Qué?

—He dicho restos de cobre, no del sobre que se embolsillan algunos de tus colegas por contaminar las pruebas de la escena del crimen, sino cobre de verdad, el metal. Verás, los dientes de oro nunca son de oro puro, a los dentistas les gusta mezclarlo con cobre. Si no te saltases las clases de ciencia forense para ir a robar tapacubos y endilgarle el robo a algún hippy inocente, lo sabrías.

Doc fue a ver a Clancy Charlock al bar donde servía, en Inglewood.

—Hola, ¿cómo te fue con aquellos dos moteros la otra noche?

—Se tomaron un montón de barbitúricos, de los rojos, y se quedaron fritos, gracias. Oye, ¿has visto últimamente a Boris Spivey? —Lo dijo con una voz más entrecortada que trémula. Tal vez por el tabaco.

—¡Eso mismo iba a preguntarte yo! ¡Telepatía, tía!

—Pues resulta que Boris se ha desvanecido. Su casa está vacía, todas sus cosas han desaparecido, nadie lo ha visto en Knucklehead Jack's.

Doc encontró un Kool, se dispuso a encenderlo, pero se detuvo y se quedó mirándolo. ¿Tendría razón Bigfoot? ¿Era Doc como el beso de la muerte, que le pasaba un mal karma a todos los que tocaba?

—¿Le amedrentaste? —Ahora ella sonó cabreada.

—¿Cómo iba a hacerlo si no le llego ni a la rodilla? A lo mejor debe dinero, a lo mejor son problemas de su chica..., dicho sea de paso, ¿la conoces?, ¿una tal Dawnette, de Pico Rivera?

—De hecho, la he llamado, pero también ha desaparecido.

—¿Crees que están juntos?

—Me confundes con el consultorio sentimental de Ann Landers. ¿Qué querías tú de Boris?

—El tipo al que estoy buscando en realidad es Puck Beaverton, y pensé que Boris podría tener alguna idea de su paradero.

—Ese gilipollas.

—Suena casi como si tú hubieras... salido con el bueno de Puck.

—Con él y con su compañero de piso, Einar. No me pidas que entre en detalles. Los chicos tienen una idea ligeramente distinta de lo que es un trío. Me acabé sintiendo, digamos, desaprovechada, y cometí el error de decírselo. Puck y Einar murmuraron entre sí durante un rato, y luego me echaron a patadas. A las cuatro de la madrugada, en West Hollywood.

—No pretendía...

—Despertar recuerdos dolorosos; no lo has hecho, no pasa nada, sólo que hay muchas maneras de que te utilicen, y ésa ni siquiera fue divertida.

—Boris mencionó que Puck podría haberse pirado a Las Vegas y yo quería concretar un poco más.

—Si Einar va con él, andarán buscando chicas para tratarlas como mierda, preferiblemente de esas a las que no les importa mucho. Feliz cacería.

—Tal vez uno de estos anocheceres tropicales podríamos echar una partida de canasta.

—Claro, tráete un amigo.

Cuando Doc volvió de comer de Wavos, se encontró esperándole en el despacho a una chica desarreglada, con una minifalda, cuyos ojos, siguiendo el aire de los tiempos, estaban demasiado maquillados, no sólo con rímel sino también con lápiz líquido y sombra hasta casi adquirir el color del humo de una junta de culata defectuosa, lo que a Doc le sugería, como siempre, una profunda e inalcanzable inocencia, todo lo cual ponía a cien el perezoso latir de su lascivia.

—Trillium Fortnight—se presentó—. Ellos dijeron que podrías ayudarme.

—Así que fueron ellos, ¿eh?—agitó suavemente un paquete de Kool hacia la chica, que lo rechazó—, ¿y cuántos eran ellos?

—Oh, lo siento. Dawnette y Boris. Ellos dijeron...

—Guau. —Dawnette y Boris—. ¿Y eso cuándo fue?

—Hará una semana.

—Tú... ¿no sabrás dónde están ahora?

Ella negó con la cabeza, le pareció a Doc, con tristeza.

—Nadie lo sabe.

—Pero ¿hablaste con ellos?

—Por teléfono. Creían que alguien escuchaba la conversación, así que no dijeron mucho.

—¿Te sonó como una llamada local? Ya sabes, a veces...

—Sonaba como si estuvieran en la carretera, un teléfono público en una carretera secundaria junto a una interestatal.

—¿Oíste todo eso?

Ella se encogió de hombros.

—Era por el modo en que se combinaban las voces. —Doc debió de mirarla

de una manera rara—. No me refiero a «voces» voces. Era como partes en una pieza de musical.

—Serenata para un camión Peterbilt y un autobús Volkswagen —apuntó Doc.

—En realidad, yo diría más bien que para un camión Kenworth y una furgoneta Econoline, más algo con un motor hemí, una Harley y varias tartanas. —La sensibilidad de oído, procedió a explicarle, le había resultado útil tanto en su empleo normal, enseñando teoría de la música en la UCLA, como en su pluriempleo como intérprete especializada en instrumentos de viento de madera en conjuntos de música antigua—. Toco cualquier cosa, desde una bombardita doble quinta hasta un caramillo soprano: yo soy quien buscas.

Doc tuvo una erección y empezó a maquear. Había vuelto a tocarle el copón de fútbol. Trillium, por su parte, se había sumido en un peculiar silencio que, si él hubiera estado en plenas facultades, habría reconocido como tristeza de amor por algún otro hombre. Encontró un trozo de papel de un cuaderno legal amarillo con una larga lista de la compra de comida basura escrita a lápiz y lo metió en el rodillo de la máquina, sólo para mantenerse ocupado.

—Y bien... ¿en qué creían Boris y Dawnette que podría ayudarte?

—Alguien que conozco ha desaparecido, y necesito... Me gustaría saber qué le ha pasado.

Doc tecleó: *tipo con suerte.*

—Podríamos empezar por el nombre y la última dirección conocida.

—Se llama Puck...

—Puck —Oh, oh.

—Puck Beaverton..., la última dirección era en West Hollywood, pero no estoy segura de la calle...

En ese momento a Doc se le ocurrieron dos o tres enfoques a la vez, que se desplegaron en una especie de dibujo hiperdimensional a lo largo del trozo de pared vacía de la oficina que a veces utilizaba para esos ejercicios. La misma Trillium que tenía ahí sentada bien podría ser una asesina a sueldo de la poli, que perseguía a Puck en nombre de quienquiera que le hubiera asustado tanto como para hacerle largarse de la ciudad. Claro que Puck también podía ser un amante de la música antigua y dirigir algún tipo de mercado ilegal de caramillos sopranos robados. O, mucho más irritante todavía, Trillium podría haberse colgado en serio de Puck y era incapaz de olvidarlo. A esas alturas, Doc había aprendido que nunca se sabe de quién puede estar enamorado otra persona, pero ¿por quién coño se suponía que se desvelaba esta muchacha? ¿Cuánto sabía ella de la historia laboral del chico de sus sueños? ¿Y de Einar? ¿O acaso esta inocente de ojos brumosos encontraba la Experiencia Puck & Einar alucinante, de un modo que Clancy no había sabido apreciar? Y, por el momento, aparte de dar palos de ciego, ¿qué podía hacer él al respecto? Habría resultado casi más consolador que fuera una asesina a sueldo.

—Boris me dio una dirección en Las Vegas —dijo Trillium.

—Y quieres que yo..., ¿que yo la compruebe?

—Quiero que me acompañes a Vegas y me ayudes a encontrarlo.

Mamón. Memo. Y otros calificativos de películas antiguas que se le ocurrirían enseguida. Veía venir el engaño, pero, para variar, pensaba con la polla. Por no decir en términos más sentimentales. Si es que había alguna diferencia.

—Por supuesto —dijo—, ¿no tendrás una fotografía del caballero?

La tenía. Del bolso bandolera sacó uno de esos acordeones de plástico en el que cabía —perdió la cuenta— puede que un centenar de instantáneas de Puck y Trillium: paseando por la playa en el crepúsculo, bailando en diversas concentraciones de masas al aire libre, jugando a voleibol, entrando y saliendo a la carrera de las olas..., parecía como uno de esos anuncios de contactos que publica *LA Free Press*, sólo que más largo y con fotografías. Doc se fijó en que Puck llevaba la cabeza afeitada con una esvástica, lo que ayudaría a identificarle si —y cuando— se diera el caso. Además, en al menos la mitad de las instantáneas había una tercera presencia, un tipo con los ojos muy juntos, con un lado del labio superior levantado en gesto de desagrado, que solía aparecer entre Trillium y Puck.

—Y éste es...

—Einar. Un socio de Puck, se conocieron en prisión.

—¿Puedo llevarme un par para enseñarlas por ahí?

—Claro. ¿Cuándo nos vamos?

—Cuando quieras. Hay un puente aéreo que sale de la Terminal West Imperial, si te parece bien.

—Más que bien —dijo ella—. Conducir me desquicia.

Pues lo que desquiciaba a Doc era volar, pero siempre se olvidaba de por qué, y tampoco se acordó esta vez hasta que el avión estaba aterrizando en McCarran. Por un instante pensó en desquiciarse de todos modos, sólo para no perder la costumbre, pero, bien mirado, Trillium podría preguntarse por qué, y sería un coñazo tener que dar explicaciones, y además ya había pasado el momento.

Después de alquilar un Camaro del 69 de color rojo brillante, fueron a buscar algún sitio donde alojarse, preferiblemente cerca del aeropuerto, porque Doc esperaba irse de allí muy pronto, así que se dirigieron al este por Sunset Road hasta la Boulder Highway y atravesaron un barrio de moteles tirados, casinos para clientes de la zona y bares con rock 'n' roll en vivo, antes de decidirse por el Ghostflower Court, una serie de bungalows construidos en los cincuenta. Se registraron en uno de dos habitaciones, en la parte trasera, con un tejado de tablones y puede que un poco destartado, pero espacioso y confortable por

dentro, con una nevera, placa calentaplatos, aire acondicionado, televisión por cable y dos camas de agua de matrimonio con sábanas con un estampado de leopardo.

—Genial —dijo Doc—. Me pregunto si vibran. —No vibran—. Mal rollo.

La dirección que Boris le había dado a Trillium se hallaba en un trapecio de calles dejadas de la mano de Dios al este del Strip, entra Sahara y el Downtown. La planta baja la ocupaba un anticuario que se presentó como Delwyn Quight.

—La mayor parte procede de remesas de casas de empeño, pero echad un vistazo, ni siquiera yo sé qué es la mitad de lo que hay aquí.

Sacó una caja de drogas japonesa de nácar, lacada en negro con un motivo de grullas y sauces y llena de petas ya liados, se encendió uno y lo pasó.

—Un montón de trastos del Salvaje Oeste —le pareció a Doc. Se acordó de Bigfoot y sus cincuenta kilos de alambre de espino—. ¿Tienes algo que pudiera regalarle a un coleccionista de alambre de espino? Entiéndeme, no muy grande, sólo una pieza pequeña...

—Acabo de vender mi última bobina, y en cualquier caso ahora todo son copias japonesas. Pero ven, a lo mejor te interesa echarle un vistazo a esto..., me llegó ayer, directamente de una excavación arqueológica en Tombstone.

Era una taza de café de aspecto vulgar, con un tercio de la parte de arriba tapada salvo por un pequeño agujero para la boca, con lo que se pretendía impedir que se emparara el bigote del bebedor. La taza estaba decorada a un lado con un cactus saguaro de un verde vivo y en la otra mitad llevaba un par de revólveres Buntline Specials cruzados sobre la palabra WYATT, escrita en aquella antigua tipografía de cartel de « Se busca ».

—Guay —dijo Doc—. ¿Cuánto?

—Podría dejártela por mil.

—Por mil ¿qué?

—Por favor. Esto perteneció al Marshal Earp en persona.

—Pues yo estaba pensando más bien en un par de pavos.

Empezaron a discutir al respecto, pero desviándose del tema cada poco, hasta que Doc se fijó en algo en el rincón que, ¿cómo decirlo?, brillaba.

—Eh, ¿qué es esto?

Era una corbata cubierta con miles, bueno, puede que cientos, de lentejuelas verdes y magentas formando un dibujo de un teclado de piano, con el borde elegantemente subrayado con diamantes de imitación.

—Pues eso —dijo Quight—, perteneció a Liberace, durante uno de sus espectáculos en el Riviera, la llevaba mientras interpretaba el *Grande Valse Brillante* de Chopin con una mano. Lee se quitó la corbata con la otra y la arrojó al público. Con un autógrafo al dorso, ¿lo ves?

Doc se la probó, se miró en el espejo un rato, comprobó cómo reflejaba la luz y demás. Quight, que todavía intentaba vender la taza salvabigotes, le ofreció

incluir la corbata en el trato y al final lo arreglaron por diez dólares los dos artículos.

—Es lo que pasa siempre —dijo el marchante sacudiendo la cabeza suave pero expresivamente contra un mostrador de venta de granos y fertilizantes, *circa* 1880—, de tanto fumar el negocio se me va con el humo.

—Y otra cosa —dijo Doc—, casi nos olvidamos, tienes inquilinos en el piso de arriba, ¿no?

—Pues en este momento no, se marcharon la semana pasada. —Suspiró—. Pucky y Einar. En este barrio va y viene mucha gente, pero ellos eran, ¿cómo es la palabra?... Especiales.

—¿Y dijo..., dijeron adónde iban? —La voz de Trillium adoptó un registro más oscuro, que Doc empezaba a reconocer.

—Pues la verdad es que no. Nadie lo dice nunca, claro.

—¿Ha venido alguien más preguntando por ellos?

—Pues ahora que lo dices, sí: un par de caballeros del FBI. —Quight rebuscó en el fondo de un cenicero decorativo del hotel Sands, en el que se decía que había vomitado una vez Joey Bishop, y encontró una tarjeta de visita que llevaba impreso en una esquina HUGO BORDERLINE, AGENTE ESPECIAL, así como un número de teléfono local y una extensión anotados con bolígrafo.

«Mierda», pensó Doc. ¿Y había traído el agente especial también a su colega Flatweed, en una especie de oferta gubernamental de dos tocapelotas por el precio de uno? Y de ser así, ¿por qué no estaban en L.A. cumpliendo con su misión de joder vivos a negratas revolucionarios? Uno diría que Las Vegas ofrecía magros resultados en ese sentido, a no ser, claro, que la historia de los Nacionalistas Negros hubiera sido una fachada de otra cosa desde el principio, algo que apuntara, pongamos, al Crimen Organizado, del que se decía que era el dueño de los casinos de Las Vegas y que, de hecho, en estos tiempos, incluso controlaba la ciudad. Pero, un momento... los federales habían ido hasta ahí para preguntar por Puck, ¿y qué pintaba Puck en todo eso? Doc sintió que crecían sus sospechas, paranoicas como el latido disparado de un despertar a medianoche, de que el destino de Puck estaba vinculado al de Mickey, y que la cuestión era qué tipo de negocios había tenido Mickey con la Mafia, o, peor aún, con el FBI.

—Y durante tu charla con los federales, ¿hubo algo que no compartieras con ellos?

—Pensé en recomendarles un bar llamado Curly's, en Rampart, pero, cuanto más hablaban, menos me pareció que fuera el tipo de local que les iba.

—¿Era el tipo de garito al que acudían Pucky-y-Einar?

—Dependía del estilo musical de cada semana, al menos ésa era mi impresión.

—Déjame adivinar: country y western.

—Canciones de los musicales de Broadway —dijo Trillium en voz baja.

—¡Y no veas cómo! —asintió Quight.

—Puck solía imitar a Ethel Merman —recordó ella.

—Los dos. Volvían a las cuatro de la madrugada cantando *There's No Business Like Show Business*. Y se les oía desde manzanas de distancia, cada vez más alto a medida que se acercaban. Nadie se quejó nunca.

De vuelta en el coche, Doc dijo:

—Vamos, te invito a una enchilada.

En el coche enfilaron hacia un espectacular crepúsculo del desierto y giraron por South Main. El Sombrero parecía prometer una larga espera, con una cola de tipos hambrientos que salía por la puerta de la taquería de fama mundial y que se alargaba por la calle, babeando por la acera y demás. Doc pasó de largo, y luego, tras doblar un par de esquinas más, llegó a la ostentosa majestuosidad de neón de Tex-Mecca, desconocida para las guías de viajes, pero no para una red de drogas y pequeños delincuentes hambrientos a lo largo de toda la frontera entre Estados Unidos y México, para quienes era destino de peregrinación.

Apenas había dado dos pasos dentro, y a quién vislumbra Doc más que a los Agentes Especiales del FBI Borderline y Flatweed, ambos en el acto sincronizado de sumergir sus levemente perplejas caras de gringos en el famoso Giant Burrito Special de la casa. Bueno, pensó Doc, los del FBI tenían que comer en algún sitio. Revisó su memoria televisiva para ver si recordaba haber visto al inspector Lewis Erskine comer alguna vez, pero no encontró nada. Antes de que las herramientas de la justicia trajeadas en marrón lo reconocieran, Doc condujo rápidamente a Trillium a una mesa de un rincón, fuera de la línea de visión de los agentes, y se parapetó detrás de un menú, decidido a que ni siquiera una deprimente casualidad como toparse con federales en el local le amargara la comida.

Se acercó una camarera, pidieron un abundante surtido de enchiladas, tacos, burritos, tostadas y tamales para dos llamada El Atómico, cuya entrada en el menú incluía una nota al pie en la que se exoneraba al restaurante de cualquier responsabilidad legal.

—¿Conoces a esos hombres de allí? —dijo Trillium—. Ellos sí parecen conocerte a ti.

Doc se inclinó para poder ver. Los dos agentes, que se encaminaban hacia la puerta, no dejaban de lanzar miradas en dirección hacia donde estaba él.

—Son esos federales de los que hablaba Quight.

—¿Tienen algo que ver con Puck?, ¿crees que tiene problemas con el FBI?

—Bueno, ya sabes que era guardaespaldas personal de Mickey Wolfmann, ¿no?, y ahora es posible que Mickey haya sido secuestrado. Así que a lo mejor quieren hacerle un par de preguntas rutinarias, eso es todo.

—No puede volver a la cárcel, Doc. Le mataría.

En su rostro asomó la típica expresión de amor herido. Doc había deducido que ya podía ser él Mick Jagger, pagar tarifas de seis ceros por sonrisas fugaces

y hasta dejar de ver los partidos de los Lakers, que nada de lo que hiciera le causaría la menor impresión a esa chica, porque para ella se trataba de Puck Beaverton o nadie. No era la primera vez que Doc se topaba con la inalcanzabilidad de las chicas de sus sueños. La cuestión ahora requería ser profesional, por no decir enrollado, e intentar que ella se tranquilizara.

—Dime, Trillium, ¿cómo os conocisteis?

Bendita fuera: se creyó que él tenía de verdad el mínimo interés.

—Bueno, en la UCLA, en realidad en el Pauley Pavilion.

—¿En serio?, eh, ¿no te parecieron increíbles esos tipos la temporada pasada? Voy a echar de menos a Kareem y Lucius...

No, en realidad no fue en el baloncesto. La Filarmonía de L.A. también tocaba de vez en cuando en el Pauley Pavilion, una serie de conciertos de música transcultural con artistas invitados como Frank Zappa, y a veces había una vacante de último momento para un músico de instrumentos de viento. Una tarde, Trillium se presentó a un ensayo con un corno inglés y cierto escepticismo acerca del trabajo en cuestión, un Poema Sinfónico para Banda de Surf y Orquesta que había compuesto alguien, en el que tocaban los Boards. Puck trabajaba en la seguridad de la banda. Trillium y él se conocieron en uno de los vestuarios, donde la gente entraba y salía durante los descansos para encenderse un pitillo o esnifar coca. Ella estaba inclinada sobre un lavamanos ante un espejo de bolsillo, y percibió la presencia de alguien pegado a su espalda, y allí, un poco distorsionada entre una hilera de rayas de coca, apareció cerniéndose la cara de Puck. Le estaba mirando el culo con una expresión de fatalidad malhumorada. Antes de que Trillium se diera cuenta de lo que pasaba, estaba sentada en el asiento de atrás de un Bonneville del 62 aparcado en un callejón sin salida al lado de Sunset, recibiendo atenciones al más puro estilo del Departamento de Instituciones Penitenciarias de California.

—Las chicas dicen que no les gusta así —le explicó Puck más tarde, cuando ella tuvo por fin un minuto para respirar—, y luego en un suspiro ahí las tienes otra vez, suplicándote. Por mi parte, es a lo que me he acostumbrado.

—¿Te estás disculpando?

—No me lo parece.

Pero él tenía razón en lo de las súplicas. Ella se encontró cargando con paquetes de calderilla para los teléfonos públicos, porque nunca sabía en qué azaroso momento del día el anhelo se adueñaría de ella: entre salidas de autopistas a kilómetros de la casa de él en West Hollywood, en la sección de alimentación del Safeway, durante una fuga para instrumentos de viento de madera..., de golpe ese humillante ardor la envolvía, y no podía pensar en otra cosa que en llamarlo. Él no siempre contestaba. Un par de veces, Trillium perdió la cabeza, aparcó delante de su casa y esperó, durante horas, de hecho toda la noche, hasta que lo vio salir, y a esas alturas, temiendo su rabia, que era

imprevisible, tanto en el momento como en el peligro que podía conllevar, y reacia a encararlo, lo seguía hasta donde estuviera trabajando. Y esperaba. Y se quedaba dormida. Hasta que la despertaba la policía ordenándole que se fuera de allí.

—Así que le decía: «Puck, está bien, no haré nada violento, sólo quiero saber quién es ella», y Puck se partía de risa y no me lo decía. Pero por entonces descubrí lo de Einar, y un día, cuando salía de un ensayo en el Shrine Auditorium, obsesionada con un Si bemol particular, allí estaba Einar, con todas aquellas orquídeas hawaianas y la expresión más dulce en la cara, y tardó al menos un mes en confesar que las había mangado como un carterista entre las asistentes a un baile de jovencitas de buena familia en el Ambassador, robando los ramilletes de los vestidos de las chicas...

Y hasta ahí llegó la continuación de una larga historia cuyo principio Doc ya había olvidado, si es que no se lo había perdido.

—No sé por qué estoy contándote esto.

Doc tampoco lo sabía, aunque ojalá hubiera cobrado una tarifa de recargo cada vez que alguien largaba más de lo que pretendía y luego decía que no sabía por qué. Sortilège, a la que le gustaba buscar nuevos usos para la expresión «Más Allá», creía que era una forma de gracia y que él debería aceptarlo así, porque podía desaparecer tan fácilmente como se había presentado.

Según Trillium, Puck y Einar se habían conocido en el taller de matrículas de coches de Folsom. El sexo apareció de inmediato, y los chicos pronto se ganaron mala fama por sus riñas malhumoradas, que volvían una y otra vez sobre la antigua cuestión: *¿quién es más macho?*. Por toda la galería se jugaron y perdieron incontables cartones de tabaco apostando sobre cuánto duraría el lío, pero, para sorpresa de todos, sobrevivió a las condenas de ambos.

Y un buen día, como les gusta decir a los Chiffons, ahí estaban, domiciliados en West Hollywood, al sur del Santa Mónica Boulevard, en un complejo residencial con patios y más arbustos subtropicales, la mitad de cuyos nombres nadie sabía, y que proyectaban tanta sombra que podías pasarte el día entero tumbado al lado de la piscina sin perder la palidez carcelaria...

—Guau, Trillium, ¿qué le ha pasado a nuestro camarero? Tardan un montón en servirnos.

—Ya hemos comido.

—¿Qué? ¿y han traído la cuenta? ¿Quién la pidió?

—No me acuerdo.

Salieron y se dirigieron a Curly's. Cuando llegaron, Doc había decidido que no iba a conducir por Las Vegas más de lo estrictamente necesario. En esa ciudad todos conducían como perdedores, a la espera de sufrir un accidente en cualquier momento. Doc podía identificarse con esa actitud —era como en la playa, donde vivías en una atmósfera de incondicional credulidad hippy, fingiendo que te

fiabas de todo el mundo mientras esperabas que cualquiera de traicionara—, pero tampoco tenía por qué gustarle.

En el pasado, Curly's había sido una cantina en una encrucijada de caminos, y a Doc le recordaba el Knucklehead Jack's en L.A., con la diferencia de las máquinas tragaperras, que aquí ocupaban cada centímetro disponible del suelo. La banda tocaba versiones de viejos temas country de Ernest Tubbs, Jim Reeves y canciones de Webb Pierce, así que Doc supuso que Puck y Einar no estarían ahí esa noche.

Trillium tenía una mirada un tanto febril. Doc empezaba a pensar que despedía extrañas vibraciones, como si llevara un tatuaje que dijera «Entra, cariño», invisible para todos salvo para los individuos más brutales y corpulentos. Puede que ella fuera consciente de eso, aunque a la vez lo negara. Como fuera, el caso es que un tipo descomunal con un sombrero de cowboy negro se acercó a zancadas y, sin más que un asentimiento de cabeza hacia Doc, agarró a Trillium con una mano por el pelo y con la otra por uno de sus muslos desnudos, la alzó con bastante cortesía del taburete del bar y se la llevó bailando a la tejana. Uno habría imaginado que ella, como poco, se pondría a chillar, resistiéndose. Pero lo único que hizo fue susurrarle a Doc cuando se la llevaba el tipo:

—Veré qué puedo averiguar.

Doc no podría asegurarlo, pero le pareció que Trillium ya se iba sonriendo.

—Ya, claro —murmuró negando lentamente con la cabeza ante la botella de cuello largo que tenía delante, mientras se preguntaba cómo habría reaccionado ante la situación John Garfield.

—No debes juzgar a Osgood con demasiada dureza —le aconsejó una voz a la que el tiempo había dotado de cierta textura, aunque no pudiera decirse que hubiera sido clemente con ella—. El hombre es un cazador de conejitos nato, y no hay una sola mujer entre aquí y Lake Mead que a estas alturas no lo sepa.

—Gracias, me tranquiliza. —Doc echó un vistazo y descubrió a un carroza con pinta de duende y un sombrero aún más grande que el de Osgood, agitando una botella de cerveza vacía—. Claro. —Doc se disponía a hacerle una señal al camarero, pero éste, bendecido con dones extrasensoriales, ya había colocado dos botellas más en la barra—. Lo único que he venido a hacer aquí esta noche —dijo Doc fingiendo un suspiro— es buscar a un tipo que me debe algún dinero. La damisela de ahí creyó que la invitaba a una noche de juerga en la ciudad. Mientras tanto se acaba el plazo para pagar el alquiler y todo lo demás.

—Mierda —dijo el viejales, que se presentó como Ev—, hubo un tiempo en que un hombre prefería secarse al viento antes que dejar de pagar sus deudas. Por este bar vienen un montón de haraganes, a lo mejor hasta conozco al que buscas.

—Alguien me dijo que es casi un parroquiano habitual. ¿Te suena Puck Beaverton?

Una risa aguda y sin alegría se prolongó más de lo que Doc creía que debería.

—¡Buena suerte con el casero, jovencito! Ese pirado de Puck debe pasta a todos en la ciudad, y que yo sepa nunca ha devuelto ni un centavo.

—¿Dónde trabaja? A lo mejor podría hacerle una visita.

—Puck es básicamente un manipulador de tragaperras, él y su socio, ésa es mi impresión, aunque no es que ninguno sea mi colega del alma. El pequeño, Einar, tiene unas manos de esas hipersensibles, que se encuentran muy raramente y que son capaces de sentir a través de la palanca, percibir el punto exacto en que cada rodillo gira, uno por uno, y afinar la cantidad de giros de cada cilindro, de tal forma que puede parar exactamente en la línea de premio el símbolo que quiera. He visto cómo lo hacía. Un trabajo con clase.

—¿Y qué me dices de Puck?

—Tarde o temprano, la seguridad del local pilla a Einar, así que es una tontería que intente recoger sus ganancias. La tarea de Puck es esperar cerca, jugando en alguna tragaperras barata, hasta que Einar consigue el premio en la suya, entonces desaparece mientras Puck se acerca y recoge el premio.

—Pero tampoco tardarán mucho en descubrir a Puck, ¿no?

—Exacto. Y ésa es la razón por la que a los dos les prohibieron la entrada en los casinos del Downtown y del Strip, así que si quieres encontrar a Puck, tendrás que controlar algunos salones de juego de los alrededores, como los que hay por la Boulder Highway. Se me ocurre el Nine of Diamonds, por ejemplo.

Trillium volvió con algunos botones sueltos, una mancha húmeda sin identificar en la minifalda y una mirada un tanto ida. Osgood estaba ahora en la pista con una rubia que llevaba unos Levi's y un sombrero de *cowgirl*, y una banda tocaba en vivo *Wabash Cannonball*, salpicando la canción con esporádicos frasesos psicodélicos de una guitarra de cordaje metálico.

—¿Te lo estás pasando bien, bonita? —inquirió Doc tan animadamente como le fue posible.

—Sí y no —le respondió con una voz sumisa que, pese a sus reticencias, le pareció erótica—, ¿me invitas a una cerveza?

Bebió en silencio hasta que Doc dijo:

—Y bien, ¿qué tenía que contar esta noche el bueno de Osgood?

—Me siento estúpida, Doc. Nunca debería haber mencionado el nombre de Puck.

—Seguro que también le debe dinero a Osgood.

—Sí, y ahora Osgood está muy disgustado. No es tan insensible como parece.

—Por un casual, ¿no te diría por dónde anda Puck?

—En North Las Vegas. Hasta ahí llega. No creo que sepa su dirección, o ya habría ido.

—Y eso habría salido en la prensa.

Al salir, les abordó Ev.

—¿Os vais tan pronto? Cuando viene a la ciudad, Merle suele pasarse por aquí y tocar algo a eso de medianoche.

—¿Merle Haggard está en la ciudad?

—No, pero ésa no es razón para marcharse. —Doc parpadeó un par de veces, invitó al vejete a un gin fizz Ramos y se marchó.

En el aparcamiento, Doc reparó en un Cadillac de cierto tamaño, cuya disposición de abolladuras le recordó algo.

—¡Eh, Doc! Sabía que eras tú.

—¿Es ésta una de esas extrañas y raras coincidencias, Tito, o de verdad tengo que empezar a ponerme paranoico?

—Ya te dije que vendríamos a Vegas. Inez se ha ido a ver un espectáculo y yo me estoy sacando unos dólares. Tendrías que ver qué propinas dejan algunos de estos tipos. He ganado más en mis vacaciones aquí que en un año entero en L.A.

—Y no, cómo decirlo... —Doc hizo el movimiento de agitar unos dados—, bajo el hechizo de Vegas, ¿no has...?

—Pues menudo hechizo. Mira este sitio. ¿Cómo va a ser real nada de esto? ¿Cómo puede tomárselo nadie en serio?

—Eres un jodido adicto al juego —anunció una voz inmensa desde dentro de la limo—, no puedes tomártelo de otro modo.

—Es mi cuñado, Adolfo —dijo Tito frunciendo el ceño—. No puedo quitármelo de encima. En cuanto gano un pavo él le echa el guante antes que yo.

—Queda en depósito —explicó Adolfo, al que, según parecía, Inez había encargado que fuera con Tito en la limo y evitara que se metiera en líos.

—Servicio de Depósito de los Bajos Fondos Sociedad Anónima —murmuró Tito.

Trillium, que parecía un poco distraída, decidió volver a la habitación y dormir un rato, así que se llevó el Camaro y Doc se subió a la limo con Tito y Adolfo.

—¿Conoces un local llamado Nine of Diamonds, en la Boulder Highway? —preguntó Doc.

—Claro —dijo Tito—. ¿Te importa si entro contigo?, sólo para dar una vuelta, picar algo del bufet, ver un poco el espectáculo.

—Se te ha notado la ansiedad, Tito.

—Sí, se supone que lo estás dejando —intervino Adolfo.

—Dosis homeopáticas, tíos —se quejó Tito.

Según Bigfoot Bjornsen, al que esa anécdota del Oeste mítico le había permitido ganar más de una apuesta de bar, el nueve de diamantes había sido la quinta carta en la última mano de póquer de Wild Bill Hickok, junto con los ases y los ochos negros. El aparcamiento estaba lleno de furgonetas con soportes para

material de construcción encima y de Ford Ranchero con restos de heno en el suelo, antediluvianos T-Birds y Chevy Nomads con las bandas de cromo desgarradas hacia mucho, lo que dejaba líneas de vetas herrumbrosas y puntos de soldaduras. En la marquesina iluminada de la entrada, un polígono al estilo de *Los Supersónicos*, se anunciaba la actuación esa noche de una banda llamada Carmine & los Cal-Zones.

Los clientes que había dentro no parecían proceder de demasiado lejos de la ciudad, así que su comportamiento se veía menos determinado por la irreflexiva búsqueda de «diversión», tal como ésta se definía en el Strip. Aquí los jugadores solían jugar por dinero y se dedicaban a la tarea con esperanza o desesperación, embriagados o sobrios, científicamente o presas de supersticiones tan exóticas que no podían explicarse con facilidad, y en algún otro lugar, lejos de los focos, el casero, la sociedad financiera o la comunidad de prestamistas se sentaban invisibles y callados, dando golpecitos al suelo con zapatos caros, sopesando opciones para el castigo, la indulgencia e incluso, raras veces, la piedad.

Carmine era un tenor de *lounge*, de pelo largo, con una guitarra Gibson como las de Les Paul con la cual tal vez habría practicado un poco, pero que tendía a utilizar como atrezzo teatral, moviéndola como si fuera una ametralladora, mientras que los otros Cal-Zones asumían los papeles estándar de un cuarteto de rock. Un par de bomboncitos en minivestidos de vinilo rojo, mallas negras y pelo cargado de laca, cantaban los coros mientras daban pasos sincronizados de bailarinas blancas. Cuando Doc se encaminaba al casino, el grupo tocaba su canción más reciente:

SÓLO LA LASAÑA (semi-bossa nova).

¿Es un ov, ni?

(No, no-no).

A lo mejor es..., espera ¡Lo sé! Es sólo la Lasaña.

[Fill de guitarra rítmica]

Sólo la La-sa-sa-ña

(Só-lo-la-La-sa-ña).

Ha salido de la nada, si

(de la nada azulada, sí).

Nadie sabía su nombre sólo «La Lasaña».

Sólo... «La Lasaña».

(sólo «La-La...»).

O, uooo, lo

¡Zon yaa!

¡Quién puede ir

más allá!, yaa,

te sientas ahí y dices
¡Aña, ña!
¡Guau! Lasaña, aver-
güénzate, ¡pírate
ya!

Por qué me preguntas a mí

(a mí).

Eh,

no es ningún gran misterio, es
sólo la Lasaña
O eso dicen... (oh
Uooo uooo oh uooo)
tu nombre me hechiza, L-
A-S-A, Ñ-A

Doc pasó un buen rato charlando con chicas de las monedas, camareros, crupieres y supervisores, damas de la noche y damas de los turnos de noche, entre ellas una jovencita en un minivestido de terciopelo de color vino, que finalmente le informó:

—Todo el mundo sabe que Puck trabajaba para Mickey. Nadie aquí va a chivarse de él, sobre todo a un desconocido, no es nada personal.

Un cómico de la casa, trabajándose al público con llamas de malicia chispeándole en los ojos, los abordó:

—Buenas noches, Zirconia, veo que te han dejado salir de la trena otra vez, ¿quién es? ¿Se lo está pasando bien, caballero? y va el tipo y dice: «¿Qué planeta es éste?, ¿dónde me he dejado el OVNI?» ; nada, hombre, en serio, amigo, estás muy guapo, y ese pelo... lo adoro, es asombroso. Venme a ver al garaje más tarde, puedes pulirme el coche...

El chistoso, acompañado de Zirconia, se alejó y casi chocó con Tito, que llegaba bastante nervioso.

—¡Doc! ¡Doc! Tienes que ver trabajar a ese tío, es un verdadero genio. Ven, echa un vistazo. —Condujo a Doc por un intrincado itinerario a través del casino, hacia las regiones más profundas, las que evitan los jugadores de tragaperras en la creencia de que las máquinas más cercanas a la calle dan más premios, hasta que por fin doblaron una esquina y entraron en un remoto pasillo lleno de tragaperras y Tito dijo—: Ahí.

Visto el estado mental de Tito, Doc esperaba encontrarse, como poco, frente a una tragaperras rodeada del halo resplandeciente de un buen viaje con ácido, pero lo único que vio fue una máquina vieja, con una imagen desvaída y rayada de una sonriente *cowgirl* de los años cincuenta, guapa según los gustos de aquellos

años, con las tetas muy grandes, por ejemplo, además de pelo corto con permanente y lápiz de labios brillante. Una larga línea de monedas de medio dólar desaparecía por un tobogán de plástico amarillento, con el cordoncillo mellado del canto de las monedas funcionando como la rueda de un engranaje, haciendo que cada una de las docenas de piezas con el busto reluciente de John F. Kennedy rotara despacio mientras se deslizaba por la suave pendiente, para acabar siendo engullida, una tras otra, en el buche indiferente de Las Vegas. El jugador que estaba en la máquina les daba la espalda, y al principio Doc sólo se fijó en la delicada y cuidadosa concentración con que tiraba de la palanca —otro cliente no tan preocupado por la diversión como por pagar la cuenta en la tienda de alimentación del barrio—, hasta que, echando un rápido vistazo a las máquinas de alrededor, Doc reconoció la cabeza *esvástica* de Puck Beaverton, que se afanaba jugando en una tragaperras de cinco centavos. Eso convertía al «genio» que trabajaba en la otra máquina en el candidato a la vicepresidencia de Puck Einar.

No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, se dijo. Adoptando el aire de «quiero hablar contigo, tío», Doc estaba a punto de adelantarse cuando se desataron diversos tipos de infierno a la vez. Sobre el fondo de una fanfarria militar recargada de trompas, además de pitidos de tren, sirenas de bomberos y vítores enlatados de estadio deportivo, una ingente cantidad de monedas de medio dólar de JFK fueron vomitadas de la máquina en un inmenso torrente parabólico y cayeron al suelo enmoquetado formando una pila. Einar asintió, se apartó y —¿había parpadeado siquiera Doc?— desapareció al instante. Puck le dio un último tirón a la palanca de su máquina de cinco centavos, se levantó y se encaminaba a recoger el premio cuando de repente las leyes del azar, optando por el clásico «jódete», ordenaron a la máquina de Puck que también tocara, con aún más ruido que la primera, y ahí se quedó Puck, paralizado entre ambas tragaperras ganadoras, y a la carrera llegó una delegación del personal del casino para confirmar y felicitar a los dos afortunados ganadores del bote, de los que ya faltaba uno. Instante en el cual, Puck, como si fuera alérgico a los dilemas, se fue pitando por la salida más cercana, gritando como un loco.

Sin que hubiera por allí nadie más plausible que Doc y Tito para aprovecharse, tardaron sólo una décima de segundo en convenir que Tito se llevara el premio de la máquina de medio dólar y Doc, que no era avaricioso, reclamara lo que ahora parecían varios metros cúbicos de monedas de cinco centavos.

Adolfo se hizo cargo de las ganancias de Tito, bueno, de las de Einar, y volvieron conduciendo a Ghostflower Court, donde Doc encontró a Trillium dormida en una de las camas de agua. Se dirigió a la otra y parece que consiguió llegar.

No se enteró de nada más hasta que, al despertarse, le pareció que era por la

tarde y Trillium no estaba allí. Se asomó por la ventana y vio que el Camaro tampoco estaba. Fue caminando bajo la brisa del desierto hasta una pequeña tienda en la autopista y compró cigarrillos, varias tazas de café y unos Ding Dongs para desayunar. Cuando volvió, encendió el televisor y vio repeticiones de los *Monkees* hasta que empezaron las noticias locales. Hoy el invitado era un economista marxista de visita, procedente de una de las naciones del Pacto de Varsovia, que parecía estar en plena crisis nerviosa.

—Las Vegas —intentaba explicar— se levanta aquí, en medio del desierto, no produce bienes tangibles, el dinero entra a raudales y sale igual, no se produce nada. Según la teoría, este lugar no debería ni existir, ni mucho menos prosperar como prospera. Siento que mi vida se ha basado en premisas ilusorias. He perdido el sentido de la realidad. ¿Sería tan amable de decirme, por favor, dónde está la realidad?

El entrevistador parecía incómodo e intentó cambiar de tema y hablar de Elvis Presley.

Cuando empezaba a oscurecer, Trillium apareció por fin.

—Por favor, no te enfades.

—No me he enfadado desde que... como se llame, falló aquel tiro libre. — Rebuscó en su memoria—. No me viene el nombre, era diestro... Bueno, da igual, ¿dónde has estado?

Por la expresión de su cara y el modo en que había entrado —el paso cohibido de un golfillo en un campo de deportes—, él ya se hacía una idea.

—Sé que tendría que habértelo dicho, pero quería verlo primero. Tuve su número de teléfono desde el principio, lo siento, y llamé una y otra vez hasta que por fin contestó.

Cuando faltaba poco para amanecer, ella se había presentado en la dirección que le dio Puck, un apartamento encima de un garaje en North Las Vegas, junto a un solar lleno de arbustos de incienso. Los chicos estaban bebiendo cerveza y, para variar, discutiendo sobre sus clasificaciones de machos, por no mencionar sobre quién cantaría la melodía y quién la armonía de *Wunderbar*, de *Kiss Me*, *Kate*.

Trillium se mostró vaga en los detalles o no le apetecía recordarlos, aunque Doc pudo entrever que la reunión se había alargado un buen rato, hasta que Einar, consideradamente, salió en algún momento para hacer una ronda de cervezas por el bulevar.

—No le mencionarías a Puck que me gustaría tener una charla rápida con él o algo por el estilo, ¿o sí?

—La verdad es que tuve que darle un montón de explicaciones para convencerle de que no eras un asesino a sueldo.

—Podemos vernos donde él se sienta seguro.

—Sugirió un casino en North Las Vegas llamado Kismet Lounge. A Einar y a

él no les gusta aparecer por allí hasta pasada la medianoche.

—Vas a ir tú o...

—Sería más fácil si pudiera llevarme el coche. Para hacer algunos recados.

Doc encontró un canuto, lo encendió y llamó a Tito, que estaba a punto de irse a trabajar.

—¿Tendrás un momento para acercarme hasta North Vegas esta noche, más tarde?

—Ningún prob-limo, como decimos en la profesión. Además, a Inez le gusta quedarse hasta el último espectáculo. No se cansa de ese Jonathan Frid.

—¿Cómo? —Doc parpadeó—. ¿Barnabas?, ¿el vampiro de *Sombras en la oscuridad*?

—Tiene un número de salón aquí mismo, en el Strip, Doc. Todo el mundo del espectáculo lo ama, Frank, Dean, Sammy, al menos uno de ellos está entre el público todas las noches.

—No es sólo Inez —Adolfo intervino por la extensión—, las fiambreras con el almuerzo de tus chicos también llevan grabada la cara de ese tipo.

—Jo, ¿y qué repertorio canta? —preguntó Doc.

—Parece tener debilidad por Dietz & Schwartz —respondió Tito—. Siempre acaba con la canción *Haunted Heart*.

—Y también interpreta algo de Elvis —añadió Adolfo—, *Viva Las Vegas*.

—Lo he llevado un par de veces, da buenas propinas.

Trillium se presentó a comer en uno de los bufets de casino del Strip: hasta ahí llegaba su concepto de la diplomacia; pero a todas luces no estaba de humor para hablar de nada con Doc, en especial de Puck.

—Pareces totalmente ida —le dijo de todos modos. Ella esbozó un asomo de sonrisa e hizo oscilar en silencio durante un minuto y medio una gamba gigantesca como si estuviera dirigiendo una orquesta de cámara. Doc ahuecó la mano junto a su oído.

—¿Lo que oigo son... campanas de boda?

—Ahora vuelvo. —Salió del apartado y se dirigió al lavabo de señoras, donde Doc recordaba haber visto tantos teléfonos públicos como retretes. Volvió al cabo de una hora. Doc se había dedicado básicamente a comer—. ¿Alguna vez te has fijado —dijo sin dirigir la pregunta a nadie en concreto— en que los teléfonos públicos tienen algo de erótico?

—¿Por qué no me acercas al motel? Puede que te vea más tarde en North Vegas. —O puede que no.

Según Tito, el Kismet, construido nada más acabar la segunda guerra mundial, había representado algo así como una apuesta a que la ciudad de North Las Vegas estaba a punto de subirse a la ola del futuro. Pero en vez de eso, todo se desplazó hacia el sur, Las Vegas Boulevard South entró en la leyenda como el Strip, y locales como el Kismet languidecieron.

Al recorrer North Las Vegas Boulevard, alejándose de la ininterrumpida tormenta de luz, tramos de oscuridad empezaron a aparecer por fin, como brisas nocturnas que llegaran del desierto. A lo largo del bulevar iban quedando tráileres aparcados, pequeños almacenes de madera y tiendas de aire acondicionado. El resplandor del cielo sobre Las Vegas fue borrándose, como en una «página arrancada de la historia» ya olvidada, como bien podrían haber dicho los Picapedra. Poco más adelante, al borde de la carretera, mucho menos iluminado que cualquier construcción que se levantara al sur, apareció un edificio de luces.

—El sitio es un vertedero, tío. —Tito se introdujo en la entrada y condujo el coche bajo una erosionada *porte cochère*. Allí, bajo la escasa luz, no había nadie que los viera ni, menos aún, que saliera a recibirlos. En el pasado debió de haber miles de luces, incandescentes, de neón y fluorescentes, por todas partes, pero ahora sólo quedaban algunas bombillas encendidas, porque los dueños actuales ya no podían pagar las facturas de la luz, y varios electricistas aficionados, triste es decirlo, habían acabado fulminados intentando piratear la corriente de las líneas municipales.

—Volveremos dentro de un par de horas —dijo Tito—. Procura que no te enculen demasiado, ¿vale? ¿Llevas lo bastante para jugar? Anda, Adolfo, dale una negra.

—Eso son cien dólares, no puedo...

—Por favor —dijo Tito—. Piensa que así me dará el subidón del juego gracias a otro.

Adolfo le pasó una ficha.

—Esto es lo que sueltan de propina por aquí —dijo encogiéndose de hombros—. Ni siquiera sabemos cuántas de éstas tenemos ya. Es una jodida locura.

Doc se apeó y caminó bajo una arcada bizantina hasta que entró en la sórdida inmensidad de la planta principal de juego, dominada por una ruinosa lámpara de

araña ornamentada, que se desintegraba sobre las mesas, cajas de cambio y pozos, fantasmagórica, inmensa y, si tuviera sentimientos, posiblemente rencorosa, con sus bombillas fundidas o sin cambiar hacía mucho, cuyos colgantes de cristal caían inesperadamente en las alas de los sombreros de cowboy, en las bebidas de los clientes y en las ruletas que giraban, donde rebotaban con un estridente tintineo con ecos de sus propios dramas de suerte y pérdida. En la sala todo estaba torcido de un modo u otro. Los cojinetes envejecidos de las ruletas las hacían girar erráticamente, a veces más rápido, otras más despacio. Las tragaperras clásicas de tres rodillos, amañadas hacía mucho para que pagaran porcentajes desconocidos al sur de Bonanza Road y tal vez del mundo entero, habían seguido desde entonces sus propios derroteros, como tenderos de pueblo, hacía la generosidad de manos abiertas o la mezquindad de puño cerrado. Las alfombras, de un púrpura real profundo, habían sufrido un drástico cambio de textura a lo largo de los años, debido a un millón de quemaduras de cigarrillos, cada una de las cuales fundía la lanilla sintética en una única y diminuta mancha de plástico. El efecto de conjunto era el del viento sobre la superficie de un lago. El nivel de la planta principal estaba tres metros por debajo del desierto exterior, lo que proporcionaba un aislamiento natural, de manera que el fresco que hacía en ese vasto espacio indeterminado no se debía del todo al aire acondicionado, que, en cualquier caso, estaba bajo para ahorrar corriente.

Cocineros de asadores, vendedores de neumáticos, carpinteros, oculistas, jefes de mesa, chicas de las monedas y otros polis rasos que habían acabado su servicio en salones más pijos donde no se les permitía jugar, viejos jinetes que habían desmontado tarde, en tiempos demasiado acelerados y agitados, cuyos sentimientos de guardas se habían transferido a los Ford F-100 y los Chevy Apaches, se alineaban dispersos bajo la luz levemente sombría, zigzagueando sin moverse apenas, como si intentaran mantenerse alerta. Las bebidas aquí no eran gratuitas, pero, casi como una demostración de buena vecindad por parte del local, resultaban bastante baratas.

Doc se tomó un margarita de pomelo y luego adquirió una velocidad mental de crucero para vagar por el inmenso casino, buscando a Puck y Einar. En cierto momento, una guapa joven en un minivestido Quiana de cachemira y botas de plástico blanco se le acercó y se presentó como Lark

—Y no quisiera parecer indiscreta ni nada por el estilo, pero me he fijado en que no juegas, sólo paseas por ahí, lo que significa que o eres un tipo profundo, un misterioso maestro de la intriga, o un tiburón hastiado más a la búsqueda de algún chollo.

—Eh, a lo mejor soy de la Mafia.

—Pues llevas los zapatos equivocados, créeme, por el amor de Dios, y o más bien diría que eres de L.A., y como los demás viajeros que vienen de allá, lo

único que quieres es apostar sobre Mickey.

—¿Sobre qué...?

Lark explicó que el Kismet ofrecía una especie de apuestas deportivas donde se jugaba a las noticias del día, como por ejemplo la reciente y misteriosa desaparición del magnate de la construcción Mickey Wolfmann.

—Mickey goza de cierta reputación en esta ciudad y por eso durante algún tiempo incluso hemos estado proponiendo apuestas a Vivo o Muerto o, como preferimos decir, a Finado o No Finado.

Doc se encogió de hombros.

—Me lees como si fuera el *Herald-Examiner*, Lark. Y es que llega un momento para todo jugador empedernido en el que la liga de la NCAA ya no le llena.

—Ven. —Le hizo un gesto con la cabeza—. Te llevaré como invitado, me saca una comisión.

La zona del Kismet reservada a las apuestas de carreras y deportes tenía su propio salón coctelería, amueblado en tonos de formica púrpura que relucían con toques metálicos de desconchones, lo que hizo que Doc se sintiera como en casa. Encontraron una mesa y pidieron mai tais helados.

Doc se sabía de memoria la cadencia y la tesitura de casi todas las canciones tristes de la profesión, pero aun así le gustaba echar un vistazo a la partitura. Parecía que Lark se había criado en La Vergne, en Tennessee, a las afueras de Nashville. Aparte de tener las mismas iniciales, La Vergne estaba además en la misma latitud que Las Vegas.

—Bueno, en realidad en la misma que Henderson, pero ahí es donde vivo ahora, con mi novio. Es profesor en la UNLV. Y dice que cuando los americanos se desplazan, siempre se mantienen en las mismas coordenadas de latitud. Así que estaba predestinada, siempre se esperó que me encaminaría al oeste. En cuanto vi la presa Hoover, sentí por primera vez en mi vida que estaba en casa.

—¿Nunca has tocado ni cantado, Lark?

—¿Te refieres a por qué, viviendo tan cerca de Nashville, no quise dedicarme a la música? Pruébalo tú, querido. Los pies se te cansarán bastante esperando en esa cola.

Pero Doc notó en su mirada un chispazo evasivo.

—Espero que no estéis apostando a un triple acierto en una quiniela de asesinatos. —El caballero tenía la pinta de un banquero de una película antigua, con su traje a medida y un botón abierto en cada manga sólo para que quedara claro. Lark lo presentó como Fabian Fazzo.

—La señora me ha dicho que puedo apostar a favor o en contra de que Mickey Wolfmann sigue con vida.

—Sí, y si tus intereses apuntan hacia lo más exótico —respondió Fabian—, podría sugerirte un tipo de apuesta a lo Aimee Semple McPherson, para que me

entiendas: apostar a que Mickey organizó su propio secuestro.

—¿Y cómo podría demostrarse algo así?

Fabian se encogió de hombros.

—¿Ninguna petición de rescate y aparece vivo?, ¿alegaciones de amnesia?, ¿el jefe de policía Ed Davis no da una conferencia de prensa? Si Mickey organizó su propio secuestro, pierdes, si no, ganas cien a uno. Más, dependiendo de la cantidad de ceros que figure en la nota de petición de rescate, si es que aparece y cuando se haga pública. Lo ponemos todo por escrito, y cualquier cosa que se nos olvide anotar se considera un imprevisto, se devuelve el dinero y sin resentimientos.

Vaya, se dijo Doc, vaya, vaya. El dinero bien informado —ahí se le apareció una fugaz imagen de un billete de cien dólares con gafas de montura de carey, leyendo un libro de estadística—, por sus buenas razones, que él tendría que investigar, esperaba que Mickey interpretara un regreso, digno de grandes titulares, de un exilio de invención propia. Para estos chicos listos era casi seguro. Pero que les dieran por culo. Doc encontró la ficha negra de Tito en el bolsillo.

—Aquí tiene, señor Fazzo, digamos que me gustan las apuestas improbables.

En su profesión, Doc había aprendido a lidiar con algunas miradas despectivas, pero la que le lanzó Fabian casi dolía.

—Iré a ponerlo por escrito, no tardaré. —Salió negando con la cabeza.

—Deberías habértelo pensado mejor —dijo Lark, que jugueteaba con la sombrilla de su copa.

—Oh, ya sabes, Lark, sólo soy uno de esos ingenuos hippies, no sé ser cínico, ni siquiera con los móviles de un promotor inmobiliario...

Fabian volvió al poco, con una actitud distinta.

—¿Te importaría subir a mi oficina del piso de arriba un momento? Es sólo por un par de detalles.

Doc meneó discretamente el pie. Sí, la pequeña Smith seguía en su tobillera.

—Hasta luego, Lark

—Ve con cuidado, querido.

La oficina de Fabian Fazzo resultó ser muy alegre y no siniestra como había imaginado Doc. Cuadros con dibujos de jardín de infancia enmarcados por las paredes, un aguacate cuya semilla Fabian había plantado en una lata gigantesca de frijoles en 1959 y que llevaba cuidando desde entonces, y una alargada fotografía mural de Fabian flanqueado por el Rat Pack al completo más varias caras que Doc casi recordaba de las películas que daban de madrugada por la tele. Frank Sinatra intentaba meter juguetonamente un enorme Corona cubano en la cara no del todo reticente de Fabian. Sammy Davis Jr. bromeaba divertido con alguien que quedaba fuera del encuadre. Pegado al labio inferior de Dean Martin, que también blandía una botella de Dom Pérignon, ardía lentamente lo que Doc habría jurado que era un canuto liado.

Fabian puso la ficha de cien dólares de Doc encima de la mesa.

—No te lo tomes a mal, pero tienes toda la pinta de ser un detective privado, un tipo que se patea las calles, aunque en tu caso sea con sandalias. Como cortesía profesional, te ofrezco la oportunidad de que vuelvas a pensarte la apuesta sobre Mickey Wolfmann, y además supuse que aquí tendríamos algo más de intimidad, porque en este mismo momento hay gente del FBI en el edificio.

—¿Y qué tiene que ver conmigo? Sólo estoy en la ciudad por un caso conyugal, sin ningún interés por las irregularidades en los permisos de juego, la propiedad cuestionable del casino, nada de eso que Marty Robbins llamaría *malignas perversidades*.

Fabian se encogió de hombros en un gesto demasiado rebuscado.

—Sí, supongo que eso es lo que hacen los federales en Las Vegas, y su gran plan maestro es arrebatar los casinos a la Mafia. Es lo que viene pasando desde que Howard Hughes compró el Desert Inn. Pero yo aquí sólo soy un cargo sin poder de decisión, nadie me cuenta nada.

Doc cambió radical y educadamente de tema:

—Mickey Wolfmann es otro gran derrochador con un buen historial aquí, ¿me equivoco? No sé dónde me contaron que conoció a su futura esposa cuando ella trabajaba en Vegas como *showgirl*.

—En sus buenos tiempos, Mickey salía con muchas chicas, le encantaba la ciudad, un perro viejo de Las Vegas de los años dorados; se construyó una casa junto a Red Rack. También tenía el sueño de levantar algún día una ciudad entera de la nada, en el desierto. —Fabian se quitó las gafas de leer y miró a Doc con ojos entornados y reflexivos—. ¿Te dice eso algo?

—¿Mickey también ha salido de compras y se ha encaprichado con un casino?

—A los chicos del Departamento de Justicia les encantaría que pasara algo así.

—¿Y el Kismet está en su lista?

—Ya has visto el local. Andan desesperados buscando a alguien que no sea de la Mafia que venga y se ponga a renovarlo. No hay día que no vengan con sus proyectos, todo a la última... ¿Esas tragaperras de tres rodillos? Olvídalas, lo que quiere el tío Sam son pantallas de vídeo; cada vez que metes una moneda, ves una imagen animada de los cilindros girando, algo que sale en la línea de premios. Pero todo es electrónico, ¿me sigues? Y además se controla desde algún otro sitio. A todos los manipuladores de tragaperras de la vieja escuela se les habrá acabado la suerte.

—Parece un poco amargado, señor Fazzo, si no le molesta que se lo diga.

—Pues me molesta, pero últimamente estoy harto de todo. Intento adivinar qué está pasando, todo el mundo cierra el pico. Ya me dirás. Lo único que sé es

que todo se acabó allá por el sesenta y cinco, y nunca volverá a ser como antes. La moneda de medio dólar, ¿vale?, la pobre tenía el noventa por ciento de plata, en el sesenta y cinco lo redujeron al cuarenta por ciento, y este año ya no lleva ni rastro de plata. Cobre, níquel, ¿qué será lo siguiente, papel de aluminio?, ¿me entiendes? Parece medio dólar, pero en realidad sólo simula serlo. Igual que esas vídeo-tragaperras. Es lo que han planeado para toda la ciudad, una inmensa imitación de sí misma, a lo Disneylandia. Diversión sana para la familia, niños en los casinos, partidas de Go Fish infantil con un límite en mesa de diez centavos, el carca de Pat Boone de cabeza de cartel, actores sin sindicarse interpretando a mafiosos graciosos, conduciendo coches antiguos que también hacen gracia, fingiendo que se matan unos a otros, bang, bang, bang, ja, ja, ja, Lamierdosa Vegaslandia.

—Pues en ese caso a lo mejor sabe apreciar el atractivo de vieja escuela de una apuesta perdedora sobre Mickey.

Fabian sonrió con tensión y sólo brevemente.

—Cuando uno pasa el suficiente tiempo aquí, tiene vibraciones. Escucha: ¿y si Mickey no estuviera tan desaparecido como creemos?

—En ese caso estoy contribuyendo al fondo para la remodelación del Kismet. Puede ponerle mi nombre al zapato de un repartidor de cartas, lo escribe en una plaquita abajo, a ras de suelo, a un lado.

Dio la impresión de que Fabian esperaba que dijera algo más, pero al final, tras encogerse de hombros y alzar las palmas de las manos, se levantó y acompañó a Doc por un pasillo en el que doblaron varias esquinas.

—Por ahí llegarás a donde tienes que ir. —Durante una fugaz pulsación cerebral, Doc se acordó del viaje de ácido en que le habían metido Vehi y Sortilège, en el que intentaba encontrar la salida en un laberinto que se hundía poco a poco en el océano. Aquí todo era desierto seco y contrachapado rayado, pero Doc tenía la misma sensación de una inundación inminente, una necesidad angustiada de no dejarse llevar por el pánico. Oyó música procedente de algún lugar más adelante, no el sonido con arreglos suaves de una banda de salón, sino más bien el irregular ir y venir de un grupo de músicos a su aire. Encontró lo que en mejores tiempos debía de haber sido un pequeño salón íntimo, con el aire cargado de humo de tabaco y maría. Allí, en un diminuto escenario ambarino, compartiendo con un guitarrista unos cuantos vatios gorroneados mientras el resto de la banda tocaba en acústico, estaba Lark, con un aire vivaz pese a todas las horas que había pasado de pie a lo largo del turno que acababa de concluir, cantando una canción country swing que decía:

Luna llena en Piscis,
sueños peligrosos por delante,
si estás ahí fuera viajando,

o si estás acostado en casa,
mantén frío un paquete de seis,
asegúrate de que llevas bien puesto el sombrero,
luna llena en Piscis,
y es sábado por la noche...
Ahí va mi mejor ex amigo,
con su zapatos de Frankenstein,
y ahí está mi novia Ella,
lleva la tristeza del hombre lobo,
cuando aúlla los Do más altos
y se prepara para morder.

(¡Anda con cuidado!).

Luna llena en Piscis,
otro sábado noche.

Aquella pandilla

de vampiros de la ciudad está
enseñando sus colmillos, y puede
hacerle cosas raras a tu cerebro.

¿Y qué si te hace sentir
un poco desquiciado?

No es para tanto, en realidad

no estás loco.

Sólo son unos tipos de por aquí viajando,
y nunca dura mucho,
los buenos ratos pasan rápido,
sin darte cuenta ya ha amanecido,
olvida los escalofríos y las crisis,
enciende esa luz de neón.

Luna llena en Piscis,
mierda

es sábado noche.

Ella no podía verlo desde donde estaba, pero aun así Doc la saludó con la mano, aplaudió y silbó como todos los demás, y luego reemprendió su búsqueda de una salida por las regiones traseras del casino mal iluminado. Más o menos al mismo tiempo que se le pasaba por la cabeza que Fabian Fazzo tal vez había querido enviarle a otro sitio, dobló una esquina con demasiada prisa y se topó de bruces con problemas calzados con zapatos marrones.

—Oh, mierda. —Sí, eran otra vez los agentes especiales Borderline y

Flatweed, junto con un pelotón de otros trajeados, que acompañaban a una persona que Doc reconoció cuando ya era demasiado tarde, posiblemente porque no quería dar crédito a lo que veía. Y porque, para empezar, se suponía que nadie debía ver lo que estaba viendo. El borroso atisbo que tuvo de Mickey en traje blanco, con un aspecto muy parecido al que presentaba en el retrato de su casa en las colinas de L.A. —esa pose forzada para parecer un visionario—, pasando de derecha a izquierda, llevado a rastras, augusto, tranquilizado, como si lo estuvieran trasladando entre mundos, o al menos camino de un coche blindado a través de cuyas ventanillas no se puede ver nada. Difícil saber si lo llevaban detenido o si lo conducían en lo que la gente del mundo inmobiliario llamaba una visita de propietario en ciernes.

Doc había retrocedido inmediatamente a las sombras, pero no lo bastante rápido. El agente Flatweed lo había visto y se detuvo.

—Tengo un asuntillo que resolver aquí. Seguid adelante, no tardaré.

Mientras el resto del destacamento se perdía por el pasillo, el federal se acercó a Doc.

—Uno, en aquel local mexicano en West Bonnevill, aquello pudo haber sido una coincidencia —comentó amablemente, fingiendo que contaba con los dedos—; a Las Vegas va todo tipo de gente, ¿verdad? Dos, apareces en este casino en concreto, y uno empieza a hacerse preguntas. Pero, tres, aquí, en esta zona del Kismet Lounge que la mayoría de los parroquianos ni siquiera conoce, bueno, digamos que te sitúa fuera de la curva de probabilidades, y eso merece, desde luego, que se mire más de cerca.

—¿Como cuánto más de cerca, porque ya tienes las narices en mi cara?

—Yo diría más bien que eres tú el que está demasiado cerca. —Con la cabeza señaló hacia Mickey, que ya casi se había desvanecido a sus espaldas—. Has reconocido al sujeto, ¿verdad?

—Era Elvis, ¿no?

—Nos estás poniendo las cosas difíciles, mi querido Sportello, con tanta curiosidad por el asunto de Michael Wolfmann. Muy inoportuno.

—¿Mickey? Ya no es un caso del que me ocupe, tío, es más, nunca ha sido mi caso porque nadie me pagaba.

—Aun así lo has seguido hasta Las Vegas.

—Estoy aquí investigando una historia que no tiene nada que ver. Me he pasado por casualidad por el Kismet, eso es todo.

El federal lo miró un buen rato.

—Entonces no te molestará que te diga una cosa. Sois vosotros, los hippies. Estáis volviendo loco a todo el mundo. Siempre habíamos creído que la conciencia de Michael no supondría el menor problema. Después de tantos años de parecer que ni siquiera tenía. De repente decide *cambiar su vida* y entregar millones a un surtido de degenerados: negros, melencidos, vagabundos. ¿Y sabes

qué dijo? Lo tenemos grabado: « Siento como si me hubiera despertado de un sueño criminal que nunca podré expiar, que cometí un delito que no puedo reparar porque no se puede dar marcha atrás en el tiempo y optar por no cometerlo. Me cuesta creer que me haya pasado la vida haciendo que la gente pague por su cobijo, cuando debería haber sido gratuito. Es obvio» .

—¿Memorizaste todo eso?

—Es otra de las ventajas de una vida sin marihuana. A lo mejor te gustaría probarla.

—Esto..., ¿que prueba qué?, repítemelo.

Entonces se acercó el agente Borderline con una expresión inquisitiva en su rostro ancho y enrojecido.

—Ah, Sportello, nos encontramos de nuevo y, como siempre, es un placer.

—Ya veo que estáis muy ocupados, chicos —dijo Doc—, así que en vez de entreteneros —adoptó de golpe la voz de Casey Kasem cuando daba vida al Shaggy de Scooby Doo los sábados por la mañana—, ¿qué tal si me piro cagando leches?—Que fue lo que hizo acto seguido, aunque sin tener una idea muy clara de adónde se dirigía. ¿Qué iban a hacer ellos?, ¿empezar a disparar? Pues, mira, justamente, sí...

Al final, y a casi sin aliento, divisó un par de lavabos con los rótulos GEORGE y GEORGETTE, y apostando por los tabúes del FBI, se metió en el de señoras, donde encontró a Lark delante de uno de los espejos, retocándose el maquillaje.

—¡Mierda! ¡Otro hippie sexualmente confuso!

—Sólo hago tiempo para que los federales vayan a encular a otro, querida. Ví tu actuación, dicho sea de paso. Si yo fuera Dolly Parton empezaría a preocuparme.

—Bueno, la verdad es que gente de Roy Acuff estuvo aquí la semana pasada, escuchando, así que cruza los dedos por mí.

—En circunstancias normales, te diría que tomáramos una cerveza, pero...

Gritos de federales en las cercanías.

Ella hizo una mueca.

—Mi teoría es que se debe a la mala educación. Te enseñaré la salida trasera, y más vale que la aproveches.

Doc pasó entre olores de madera recién serrada, pintura fresca y masilla, hasta que llegó a una puerta de incendios y la abrió de un empujón, instante en el que una voz grabada irrumpió a todo volumen advirtiéndole que no se moviera y esperara la llegada de profesionales debidamente autorizados y entrenados para partirle la crisma. Salió a una zona de carga, con suelo de cemento corroído por el tiempo y mal iluminada, en la que vio formas oscuras que ya se aproximaban a él a la carrera.

Oyó el sonido de un motor. Doc miró por encima del hombro, y allí, doblando la esquina, con gran desgaste de rodadura de neumático, llegó la limusina de Tito,

con el techo abierto y la mitad superior de Adolfo agitando algún tipo de metralleta semiautomática en el aire. Los perseguidores de Doc se pararon en seco y empezaron a consultar entre sí.

La limo frenó al lado de Doc.

—¡Sube! —gritó Tito. Adolfo retrocedió un poco dejando sitio para que Doc se subiera al techo y se introdujera por él, luego recuperó la vertical mientras Tito aceleraba a la par que reducía de marcha, dejando una fragante estela de huellas de una manzana de largo y un chirrido que se oyó hasta la mitad del trayecto a Boulder Dam.

—¿Adónde, hermano? —preguntó Tito.

—No vas a creerte a quién he visto —dijo Doc.

—A Adolfo le pareció atisbar a Dean Martin.

Adolfo se deslizó dentro del coche.

—No exactamente.

—Bueno... —dijo Tito—, a ver..., ¿era Dean Martin o no era Dean Martin?

—Verás, de eso se trata: era Dean Martin, y no era Dean Martin.

—¿« Y » ? ¿No querrás decir « pero » ?

Doc debió de quedarse dormido. Le dejaron en la parte de atrás del motel, Trillium no estaba en la habitación, aunque sí sus cosas. Buscó alguna nota, pero no encontró nada.

Se lió un canuto, lo encendió y se acomodó delante de All-Nite Freaky Features, donde estaba a punto de empezar *La isla de Godzilligan*, una película para televisión en la que el monstruo japonés se reúne con los naufragos de la *sitcom*. Sobre los títulos de crédito, Godzilla, que había salido en busca de un poco de reposo y relajación después de su última jugada de demolición urbana, tropieza —literalmente— con la isla, provocando una angustia inmediata entre los supervivientes del histórico crucero *Minnow*.

—Tenemos que seguir con vida —le explica Mary Ann a Ginger—, hasta que las Fuerzas de Autodefensa japonesas se pongan manos a la obra, lo que normalmente hacen en menos tiempo del que se tarda en decir « kamikaze » .

—Ka-mi... —empieza a decir Ginger, pero la palabra queda ahogada bajo un cielo atestado de cazas, que empiezan a lanzar cohetes a Godzilla, el cual, como siempre, se lo toma como una leve molestia.

—¿Ves? —dice Mary Ann asintiendo con la cabeza mientras las risas enlatadas estallan jubilosas. En medio del alboroto, sin que le vieran, ha llegado el Profesor con un arma anti-Godzilla de aspecto peculiar en la que lleva tiempo trabajando, y que incluye varios paneles de control analógicos, antenas parabólicas y gigantescos rollos helicoidales de cristal que laten con un resplandor púrpura sobrenatural; pero antes de que pueda ponerla a prueba, Gilligan, confundiendo el artificio con el Capitán, cae de un árbol justo encima, y sólo por poco logra esquivar la radiación y el empalamiento.

—¡Acababa de calibrarla! —grita consternado el Profesor.

—A lo mejor todavía está en garantía —conjetura Gilligan.

Nos ofrecen un plano tomado desde una grúa, lo que se supone es el punto de vista de Godzilla. Éste contempla desde las alturas el comportamiento en la isla, tan encantadoramente caótico como siempre, y se rasca la cabeza de un modo que pretende recordarnos a Stan Laurel. Fundido a publicidad.

En cierto momento, Doc debió de perder el hilo de la película, y se despertó al día siguiente con Henry Kissinger en el programa *Today* diciendo:

—Bueno, entonces, deberrriiiamos bombarrdearrarlos, ¿no?

El Consejero de Seguridad Nacional quedó acallado por unos largos pitidos de claxon procedentes del aparcamiento de afuera. Eran Puck y Trillium en el Camaro, que había sido decorado de punta a punta con papel higiénico en diferentes colores de moda y pósteres psicodélicos, así como latas de cerveza y un cartel toscamente escrito de Recién Casados. Según parecía, tras una noche de juerga sin parar, la pareja se había pasado por el juzgado del condado, donde se sacaron la licencia, se encaminaron directamente a la capilla Wee Kirk O' the Heather, y al instante estaban casados, mientras Einar, que hacía las veces de padrino, decidía fugarse con otro novio que había estado esperando a una novia a la que finalmente le entró miedo, lo que, más que deprimirle, le alivió. Como final de la celebración, Puck y Einar convencieron al organista eléctrico para que les acompañara en un dúo del clásico de Ethel Merman *You're Not Sick. You're Just in Love*, de *Call Me Madam*, aunque se produjo el lío habitual acerca de quién cantaría la parte de Ethel Merman.

Pucky Doc encontraron un momento para hablar.

—Felicidades, tío, es una chica estupenda.

El matrimonio, incluso en una ciudad como ésa, tenía extraños efectos en un hombre.

—Ella puede salvarme. —Asintió con los ojos muy abiertos, como un fugitivo cualquiera en una estación de autobuses.

—¿Quién te persigue, Puck?

—Nadie —dijo con mirada suplicante, aunque no necesariamente hacia Doc.

—La salvación, mira, y yo tengo mis propias fijaciones con la cuestión, porque me da la impresión de que podría haber salvado a Mickey de lo que pasó, fuera lo que fuese. A lo mejor también a Glen.

La esvástica de la cabeza de Puck empezó a latir.

—No puede decirse que yo mismo haya estado andando de puntillas entre tulipanes, como dice la canción, en esa historia —dijo—. Glen era un chapucero, pero éramos hermanos de sangre, y eso tendría que haber importado algo. Pero ¿y si yo hubiera hecho ese turno? Me habría sacrificado a mí en su lugar. —Lo que no era lo mismo que decir que se habría sacrificado por Glen. En sus ojos había asomado una mirada que incomodaba a Doc—. Y tú..., tú no podrías haber

salvado a nadie.

—¿Estaba todo tan atado?, ¿eso crees?

—Más te vale no enmierdarte en esta historia, Sportello. —Ahora la esvástica latía con furia—. No es como la Mafia. Ni siquiera la supuesta Mafia que tu gente cree que es la Mafia.

Doc rebuscó un canuto.

—No te sigo.

Pucksacó el paquete de Kool del bolsillo de la camisa de Doc, le encendió un pitillo y no le devolvió la cajetilla.

—Esos jodidos mormones del FBI. No paran de sermonear que todo aquí es culpa de los macarronis. Como el fin del cuento, *finito*, sólo hay que cargarse a los macarronis, librate de los macarronis y todo irá como las rosas, como siempre dice Ethel. Bueno, pues olvídate de esa mierda de las razas, tío, eso no es más que una tapadera. Howard Hughes, ¿qué es? Ario hasta la médula, ¿no?, ¿y para quién trabaja?, ¿qué me dices de la Mafia detrás de la Mafia?

A ver, si Puck hubiera sido un drogata californiano normal de ciudad playera, Doc habría encasillado ese rollo en la categoría de simple paranoia, le habría deseado una feliz luna de miel y habría vuelto al trabajo. Pero Puck seguía empeñado en negar que supiera nada de nada, y fuera lo que fuese lo que le persiguiera, cerniéndose cada vez más cerca de él, le daba tanto miedo que ni siquiera el silencio le servía de mucho.

—Mira, ésta es fácil —Doc bajó la intensidad del interrogatorio—: ¿habló Mickey alguna vez de una ciudad que quería construir en medio del desierto?

—Últimamente, casi no hablaba de otra cosa. Arrepentimiento, que es una palabra española. Su intención era que cualquiera pudiera ir a vivir allí gratis, sin importar quién fuera; cualquiera podría presentarse allí, y si había una pieza libre, era suya, por una noche, para siempre, etcétera, etcétera y todo lo demás, como siempre dice el Rey de Siam. ¿Tienes un mapa de carreteras? Te lo enseñaré.

Trillium se acercó y deslizó una mano por debajo de uno de los brazos tatuados de Puck, el que lucía la calavera con la daga atravesándole la cuenca del ojo.

—Más vale que nos pongamos en camino, amor mío.

—Podéis quedaros el coche —dijo Doc—, que está pagado para otra semana, y también lo que haya dejado en la habitación, tomado como mi regalo de bodas. ¿Me devuelves los cigarrillos?

Trillium acompañó a Doc hasta donde Tito esperaba con la limo.

—Es el amor de mi vida, Doc, de verdad. Me necesita.

—Tienes mis números de la oficina y de casa, ¿verdad?

—Llamaremos, te lo prometo.

—Mis mejores deseos, señora Beaverton.

Anocheció, cogiendo a todos desprevenidos. Tito llevó en la limo a Adolfo e Inez al aeropuerto, y de vuelta, al entrar en la autopista, Doc y él repararon en un coche de color gris apagado que tomaba la salida para el aeropuerto, y avanzaba con un aire tan resuelto e implacable que les dejó bien claro para quién estaba allí. Tito ascendió hasta la autopista y se dirigió hacia el desierto.

—Bonita ciudad, pero que le den.

Como astronautas en una nave espacial, se vieron lanzados violentamente hacia los respaldos de los asientos cuando Tito puso en marcha cierto dispositivo secreto que mejoraba el rendimiento del motor, y al otro lado de las ventanillas los neones de la ciudad empezaron a estirarse en largos borrones espectrales, a virar hacia el azul por delante mientras en la lejanía negra enmarcada en el retrovisor de Tito cada punto de luz se tornaba rojizo, menguaba, convergía. Tito había puesto cintas de Roza Eskenazi en el estéreo del coche.

—Escúchala, adoro a esta chica, fue la Bessie Smith de su época, soul puro. —Siguió la canción unos compases—. *Tiátimo meráki*, ¿quién no lo ha sentido, tío? Una necesidad tan imposible, tan desvergonzada, que nada de lo que diga nadie importa una mierda.

A Doc le pareció la típica cháchara de adicto, pero cuando se acostumbró a las escalas y la elegancia vocal, se puso a pensar en Trillium, y se preguntó qué pensaría ella de estas *rembetissas* de Tito y del anhelo al que cantaban.

Condujeron toda la noche y, con las primeras luces, llegaron al desvío que Puck le había enseñado a Doc en el mapa; luego se metieron en una carretera estatal hasta una del condado, dejaron atrás el asfalto y entraron en un camino ranchero de tierra batida, pasaron por delante de puertas abolladas que colgaban de las bisagras, de rejas para el ganado junto a cursos de agua resecos, de cactus de yuca y cactus achaparrados, de flores silvestres del desierto junto al camino, vieron afloramientos rocosos en la lejanía, manchas oscuras en movimiento entre el brillo alcalino del día que podrían haber sido burros, coyotes o ciervos mulo, o puede que alienígenas de remotos aterrizajes del pasado, porque Doc percibía por todas partes pruebas de antiguas visitas.

Llegaron a una cumbre, y allí, al fondo de una larga pendiente que daba a un valle cuyo río podría haberse desvanecido hacia siglos, estaba el sueño de Mickey Wolfmann, su penitencia por haber cobrado antes a los humanos por darles cobijo: Arrepentimiento. Doc y Tito se encendieron un canuto para despertarse y se lo fueron pasando. Más allá de la urbanización se abría una extensión de desierto sólo parcialmente construida: aquí un disperso grupo de edificios de cemento, allí una o ¡dos chimeneas distantes entre manchas de chaparra! Más tarde, Doc y Tito no serían capaces de ponerse de acuerdo en lo que habían visto. Había varias estructuras que Riggs Warbling habría denominado

zomes, unidas por pasajes cubiertos. No se trataba de hemisferios perfectos sino acabados en punta. Doc contó seis; Tito, siete u ocho. El terreno que les separaba de la urbanización estaba salpicado de gigantescas rocas rosáceas casi esféricas, que también podrían haber sido artificiales.

—¿Podemos bajar a echar un vistazo?—preguntó Doc.

—¿Cómo?, ¿en esto? Se nos rompería un eje, destrozariamos el cárter, cualquier mierda de ésas. Se necesita un todoterreno. A no ser que quieras acercarte andando. ¿Tienes sombrero?

—¿Me hace falta un sombrero para andar?

—Los rayos, tío, rayos peligrosos. —Tito encontró en el maletero un par de gigantescos sombreros que había comprado en Glitter Gulch como recuerdo. Doc y él se los pusieron y emprendieron el camino hacia Arrepentimiento bajo la brisa del desierto.

Tardaron más de lo que habían pensado. Los zomes que se elevaban delante, como fondos pintados de las viejas películas de ciencia ficción, no parecían acercarse. Era como avanzar a tientas por un terreno peligroso en plena noche, aunque Doc era bien consciente del sol sobre su cabeza, la estrella de un planeta ajeno, más pequeño y más concentrado de lo que debería, bombardeándolos implacablemente con una dura radiación. Los lagartos surgían de detrás del mundo visible y se quedaban quietos, tan intemporales como una roca, sin respirar, para observar a Doc y Tito.

Al cabo de un rato, aquello empezó a parecerse por fin a una obra abandonada. Tablones de madera que se blanqueaban al sol, bobinas de cable oxidado, trozos de tuberías de plástico, marañas de cable Romex, un compresor de aire estropeado. El viento había arrancado algunas láminas de plástico, descubriendo el armazón de debajo, con sus puntales y empalmes, lo cual a veces les daba el aspecto de una pelota de fútbol destripada, y otras de dibujos de cactus, o de las conchas marinas que la gente se trae de Hawái.

—No veo ninguna cerradura —dijo Doc.

—Lo que no significa que podamos entrar.

Doc encontró una puerta, la abrió fácilmente y entró en una inmensa bóveda en sombras.

—Muy bien, puedes quedarte donde estás.

—Oh, oh —dijo Doc.

—O puedes seguir adelante, directo al otro mundo. No me preguntes si me importa una mierda. —Era Riggs Warbling con una barba de un par de semanas y sosteniendo un Magnum 44, un Ruger Blackhawk, amartillado y apuntando al centro de la frente de Doc, con un cañón que temblaba muy poco, si es que temblaba, cosa que no podía decirse de la voz de Doc.

Se quitó respetuosamente el sombrero.

—Vaya, ¿qué tal, Riggs? Pasaba por aquí y pensé que aceptaría tu invitación.

¿Te acuerdas de mí?, ¿Larry Sportello?, ¿Doc? Y... y éste es mi amigo Tito.

—¿Os ha mandado Mickey?

—Humm, no, a decir verdad he estado intentando averiguar qué le pasó a Mickey.

—Dios. Qué no le habrá pasado a Mickey es lo que hay que averiguar. — Riggs bajó el arma, aunque seguía pareciendo muy nervioso—. Pasad.

Dentro había una nevera gigante llena de cervezas y cosas de comer, varias tragaperras, una mesa de billar y sillones reclinables. Y, de hecho, ahora que se fijaba Doc, más espacio, en comparación con lo que podía apreciarse desde el exterior, del que uno habría imaginado. Riggs captó su mirada y le leyó el pensamiento.

—Mola, ¿eh? Una especie de variante retorcida de la obra de Bucky Fuller, básicamente, con la diferencia de que hay menos dólares por metro cúbico, aquí hay más metros cúbicos por dólar.

En circunstancias normales, la respuesta de Doc habría sido: «Ejem, ¿no es lo mismo?». Pero por cierto matiz en el comportamiento de Riggs, tal vez la mirada fija desquiciada, o la fuerza con la que todavía agarraba la bruñida pistola negra, o la incapacidad para evitar que la voz se le quebrara en registros más agudos, Doc concluyó que hacerse el tonto sería una reacción más sensata.

De repente, la cabeza de Riggs se desvió en un ángulo distinto, y pareció que miraba a través de la pared del zome a algún punto del remoto cielo. Al cabo de unos segundos llegó el sonido sin amortiguar de motores de aviones de caza, acercándose desde esa dirección. Riggs levantó la boca del arma unos centímetros y durante unos segundos dio la impresión de que iba a empezar a disparar. El rugido sobre sus cabezas alcanzó un volumen casi insoportable y luego se desvaneció.

—Los mandan desde la base aérea de Nellis cada media hora —dijo Riggs—. Al principio creí que era sólo una vía de vuelo rutinaria, pero resulta que no, que el zumbido ensordecedor es intencionado y autorizado. Día y noche. Algún día conseguirán que Mickey apruebe un ataque con cohetes, y Arrepentimiento pasará a la historia, bueno, ni siquiera eso, porque destruirán también todos los documentos.

—¿Por qué iba Mickey a bombardear este sitio? Es su sueño.

—Lo era. Ya has visto cómo está todo esto. Ha retirado el dinero, ha echado a los contratistas, todo el mundo se ha ido menos yo.

—¿Cuándo pasó?

—Más o menos cuando desapareció. De repente se acabó el filántropo con la cabeza llena de ácido. Le hicieron algo.

—¿Quién?

—Quien fuera. Y ahora ha vuelto con Sloane, sí, la feliz pareja está junta otra vez, suite nupcial en Caesar's, cama de agua grande con forma de corazón, no le

quita la mano del culo en público, como si dijera: «Esto es mío, tíos, ni se os ocurra mirarlo», y Sloane soportando el numerito entero de compraventa de sí misma, sin mirar siquiera a los ojos a otro hombre, en especial a los de quienes ha estado, ¿cómo diría?, viendo.

«Creía que a Mickey no le importaba», estuvo en un tris de decir Doc, pero estaba casi seguro de que las palabras no salieron de su boca.

—Es un hombre de familia renacido, fuera lo que fuese lo que le hicieron a su cerebro, también le reprogramaron la picha, y ahora, claro, ella no me va a alegrar el día. Así que me quedo aquí sentado, con el rifle sobre las rodillas, como el fantasma de un buscador enloquecido en una vieja mina de plata, esperando a que el virtuoso marido escoja el momento. Ya muerto, pero todavía sin saberlo. ¿Te has enterado de que llegó a un acuerdo con el Departamento de Justicia?

—Puede que oyera algunos rumores.

—Pues escucha lo que hizo. A lo mejor sirve de ejemplo para la juventud o algo así. Mickey compra una diminuta parcela en el Strip, demasiado pequeña para que sirva siquiera de aparcamiento, pero justo al lado de un importante casino, y anuncia su intención de construir un «minicasino», como esas tiendecitas que hay pegadas a las gasolineras: entrada y salida rápidas, una tragaperras, una ruleta, una mesa de blackjack. Los Hombres de Negocios Italianos de la puerta de al lado piensan en el voluminoso tráfico de bajo nivel que pasará entonces por delante de las mismísimas narices de su refinada clientela, y se ponen como locos, amenazan, gritan, traen a sus madres en primera clase, en vuelos de larga distancia, para que se planten delante de Mickey y lo miren fijamente a los ojos en silencioso reproche. Bueno, a veces no tan silencioso. Al final, el casino cede, Mickey consigue el precio que pedía, un múltiplo de locos de lo que había pagado, que ahora invertirá en la remodelación y expansión del Kismet Casino and Lounge, del que se ha hecho socio.

—Así que ahora tenemos otro pez gordo de Vegas, cuidate el culo, Howard Hughes y demás; bueno, gracias por ponerme al día, Riggs.

Cuando pudieron hacerse oír de nuevo, Tito habló por primera vez.

—¿Podemos acercarte a algún sitio?

—Lo que pasa con los zomes —dijo Riggs con una sonrisa de desesperación— es que pueden servir como puertas a otras dimensiones. Los F-105, los coyotes, los escorpiones y las serpientes, el calor del desierto, nada de eso me molesta. Puedo irme de aquí cuando quiera. —Hizo un gesto con la cabeza—. Lo único que tengo que hacer es atravesar esa puerta de ahí y estoy a salvo.

—¿Puedo echar un vistazo? —dijo Doc.

—Más vale que no. No es para todo el mundo, y si no es para ti, puede ser peligroso.

Le dejaron viendo *Let's Make a Deal* en un pequeño televisor portátil en

blanco y negro, cuya imagen, cada vez que pasaban los cazas, se codificaba en fragmentos afilados que daban la impresión de que no volverían a recomponerse, pero en los silencios entre los sobrevuelos se rehacían, se diría que gracias a una peculiar forma de piedad de los zomes.

Tito y Doc se alejaron en la limo hasta que vieron un motel con un rótulo que decía ¡BIENVENIDOS A TOOBFREEEX! ¡LA MEJOR TELE POR CABLE DE LA CIUDAD!, y decidieron alojarse allí. Cuestiones de zona horaria demasiado complicadas para que ninguno de los dos las entendiera habían disparado la cantidad de canales disponibles aquí, independientes y en cadena, hasta una escala pasmosa, y unos creativos gestores de canales por cable no tardaron en explotar ese extraño ataque de hipo en el espacio-tiempo... Ahí todo el mundo iba a ver algo. Entusiastas de los culebrones, cinéfilos de películas antiguas, amantes de la nostalgia, habían conducido desde cientos, puede que miles, de kilómetros para darse un baño en esos rayos catódicos, como los *connoisseurs* de las aguas termales visitaban antaño ciertos balnearios. Hora tras hora se regodeaban contemplando las pantallas, mientras el sol seguía su órbita por el cielo neblinoso, los chapoteos levantaban ecos en las baldosas de la piscina cubierta y los carritos de las mujeres de la limpieza chirriaban adelante y atrás.

Los mandos a distancia estaba sujetos con pernos a los pies de las camas, y recorrer todas las opciones posibles parecía requerir más tiempo del que iba a durar lo que fuera que quisieras ver, pero, de algún modo, cuando los músculos del pulgar de Doc estaban a punto de sufrir un espasmo, dio con una Maratón retrospectiva de John Garfield que, intuyó, llevaba en pantalla varias semanas. Y en ese momento estaba a punto de empezar otra película de Garfield en la que James Wong Howe también había sido director de fotografía, *Yo amé a un asesino* (1951), que, la verdad, no era una de las favoritas de Doc —fue su última película antes de que los antisubversivos se lo cargaran y destilaba todo el olor de la lista negra—, y eso que Dalton Trombo escribió el guión, aunque en los títulos de crédito aparecía otro nombre. John Garfield interpretaba a un delincuente fugitivo que se liga a Shelley Winters en una piscina pública y a continuación se dedica a amargarle la vida a la familia de la chica, obligándoles a punta de pistola, por ejemplo, a comerse un pavo de atrezo con pinta de bien cebado («Tenéis que zamparos el pavo»), y él, por su mezquinamente desperdiciada vida, acaba literalmente muriendo en el arroyo, aunque, claro, con una bella iluminación. Doc había esperado sumirse en el sueño a mitad de la peli, pero la última escena lo encontró todavía despierto y mirando sin apartar la vista de la pantalla, mientras el sudor se le helaba bajo el aire acondicionado. De algún modo, era como ver a John Garfield muriendo de verdad, con toda la respetable clase media en la calle, mirando con suficiencia cómo la palma.

Tito roncaba en la otra cama. Ahí fuera, a su alrededor, hasta las últimas lindes de las habitaciones ocupadas, había fanáticos de la tele enganchados en el universo de video: la isla tropical, el Long Beach Saloon, la Nave Espacial *Enterprise*, fantasías criminales en Hawái, niños monísimos en salones de ensueño con públicos invisibles que se reían de cuanto hacían, noticias breves de béisbol, imágenes grabadas en Vietnam, helicópteros armados e intercambios de disparos, chistes a medianoche, famosos hablando, y una chica esclava en una botella, *Arnold* el cerdo..., y ahí estaba Doc, sobrio, atrapado en un mal rollo de bajo nivel del que no sabía salir, dándole vueltas a cómo los Psicodélicos Sesenta, este breve paréntesis de luz, podían acabar finalmente y todo se perdería, volvería a la oscuridad..., a cómo cierta mano pavorosa saldría de la oscuridad y se reapropiaría del tiempo, con la misma facilidad que se le quita un canuto a un fumeta y se apaga para siempre.

Doc no se durmió hasta cerca del amanecer y no se despertó del todo hasta que iban ya por el Cajon Pass, y le dio la impresión de que era como si hubiera estado soñando que ascendía un horizonte de cumbres que no eran sólo geográficas, tras dejar atrás un territorio asolado y saqueado, y que ahora descendía a un nuevo terreno por una pronunciada pendiente definitiva en la que le resultaría muy difícil dar media vuelta y más aún remontarla de nuevo.

A eso de medianoche, Tito dejó a Doc en Dunecrest y fue como si aterrizara en otro planeta. Entró en el Pipeline y se topó con dos centenares de personas que no conocía pero que se comportaban como parroquianos de toda la vida. Peor aún, ninguno de sus conocidos andaba por allí. Ni Ensenada Slim o Flaco the Bad, ni San Flip o Eddie, el del piso de abajo. Doc se pasó por Wavos y el Epic Lunch, por el Screaming Ultraviolet Brain, y el Man of La Mancha, donde el menudo te hacía moquear nada más asomarte, y cada vez se repitió la misma historia. No reconocía a nadie. Durante un instante, pensó en volver a su apartamento, pero temió que tampoco lo reconocería o, peor aún, que el piso no lo reconocería a él, que no estaría allí, o que la llave no entraría o algo así. Entonces se le ocurrió que a lo mejor Tito lo había dejado en alguna otra ciudad costera, como Manhattan o Hermosa o Redondo, y que los bares, casas de comidas y demás donde había entrado se distribuían de manera similar en esa otra ciudad —con la misma vista del océano o de la esquina de la calle, por ejemplo—, así que se agarró cuidadosamente la cabeza con ambas manos y se esforzó en concentrarse y prestar atención, esperando que pasara el siguiente transeúnte que no le pareciera amenazante.

—Discúlpeme, señor, me parece que estoy un poco desorientado, ¿sería tan amable de decirme si estoy en Gordita Beach?

Con toda la sensatez que fue capaz de reunir y en lugar de salir corriendo presa del pánico a buscar al policía más próximo, el tipo dijo:

—Guau, Doc, soy yo, ¿estás bien? Tienes toda la pinta de desvariar como un colgado.

Y al cabo de un rato Doc descubrió que había abordado a Denis, o a alguien que se hacía pasar por él, y, dadas las circunstancias, prefirió creérselo.

—¿Dónde están todos, tío?

—Hay vacaciones en la universidad o algo así. Un montón de jovencitos folloneros por todas partes; yo me voy a quedar pegado a la tele hasta que acabe el lío.

Denis tenía una mercancía mexicana mejorada con nieve carbónica y se bajaron a la playa a fumársela. Observaron las luces intermitentes de las alas de un monomotor, de aspecto frágil y hasta perdido, que se elevaba hacia el resplandor oscuro sobre el agua.

—¿Cómo fue por Vegas, tío?

—Gané un montón de monedas de cinco centavos en una tragaperras.

—Qué pasada. Escucha: ¿sabes quién ha vuelto?

Por el modo en que lo miraba Denis, no podía ser nadie más. Doc prendió un Kool, pero encendió la punta equivocada y ni siquiera se dio cuenta durante un rato.

—¿Y qué hace?

—¿Por qué no apagas eso?, huele a mil demonios.

—O, por decirlo de otro modo: ¿con quién está?

—Con nadie, por lo que sé. Se aloja en la casa de Flip, la que está encima de la tienda de surf en El Porto. El Santo se ha pirado a Maui.

—¿Y cómo anda de ánimo?

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Quiero decir que si está paranoica. ¿Sabe la poli que ha vuelto? Lo último que oí es que había un montón de órdenes de búsqueda y captura de alta prioridad sobre ella, ¿qué ha pasado con todo eso?

—Pues no parece muy preocupada.

—Vaya, sí que es raro. —¿Había llegado también ella a algún tipo de acuerdo?

—Podemos acercarnos hasta allí, si quieres —dijo Denis.

Por varias razones, Doc prefirió no hacerlo. Denis se fue a ver a Lawrence Welk por la tele.

—¿Qué vas a ver? —Doc no pudo evitar la pregunta.

—Algo sobre Norma Zimmer —gritó Denis por encima del hombro—, todavía intento averiguar qué exactamente.

La llave entró, no parecía que hubieran desvalijado ni registrado el apartamento, las plantas seguían vivas. Doc lo regó todo, puso café en el filtro y llamó a Fritz.

—Tu novia ha vuelto —anunció Fritz, y guardó silencio. Al cabo de un rato, cada vez más irritado, Doc dijo:

—Sí, ya, y tiene una buena delantera, ¿y qué?

—Según ARPAnet, Shasta Fay Hepworth se presentó anteayer en el LAX. Tras lo cual, el FBI, que de algún modo me monitoriza cuando me engancho a la red, no ha parado de pasarse por aquí preguntándome qué interés tengo en ella. ¿Te importaría decirme qué coño está pasando?

Doc recapituló el viaje a Vegas, o lo que recordaba de él, interrumpiéndose a los diez minutos de resumen para comentar:

—Claro que si pueden pinchar tus líneas de ordenador, el teléfono será pan comido para ellos.

—Glups —coincidió Fritz—, pero sigue.

—Sí, Mickey parece estar entero, los federales lo conservan en hielo. Glen

Charlock sigue muerto, pero, vaya, ¿a quién le importa un delincuente de más o de menos, verdad?

Se estuvo quejando minuto y medio más hasta que Fritz dijo:

—Ahora es tu problema. Este viaje de ARPAnet me consume demasiado tiempo, que invertiría mejor persiguiendo a todos esos curtidos acreedores y morosos, así que me parece que me voy a tomar un descanso. Si quieres algo más, mejor pregúntamelo ahora, porque el bueno de P.D. está a punto de volver al mundo de carne y hueso.

—Veamos —dijo Doc—, hay un tal Puck Beaverton...

—Recuerdo haber hecho un pequeño negocio con un tipo que se llamaba así hace tiempo. ¿Qué pasa con él?

—No sé —dijo Doc—. Algo.

—Alguna rara vibración de ácido.

—Lo has pillado.

—Algún desequilibrio inefable y extraño en las leyes del karma.

—Sabía que lo entenderías.

—Doc...

—No lo digas. Ese chico, Sparky, ¿sigue trabajando para ti?

—Pásate por aquí, te lo presentaré. Y tengo también un poco de esta nueva mierda, la llaman «vara tailandesa». Un poco gomosa, pero si consigues encenderla...

En cuanto Doc colgó, el teléfono volvió a sonar, y era Bigfoot, que fue al grano:

—¡Bueno! Parece que la escurridiza señorita Hepworth ha vuelto a unirse a tu pequeña comunidad de inadaptados estragados por la droga.

—¡Guau! ¡No me jodas! ¡Ahora me entero!

—Ah, claro..., has estado temporalmente fuera del planeta otra vez. Llamadas telefónicas, visitas en persona, nada parecía funcionar. No sabes lo nerviosos que nos pone.

—Me concedí unas breves vacaciones. Ojalá tuviera yo tu ética del trabajo.

—No, no la querías. ¿Algo nuevo en el asunto de Coy Harlingen?

—Siguiendo una pista falsa tras otra, nada más.

—Alguna de ellas incluía al joven... ¿Cómo se llamaba? ¿Beaverton, no?

Que te den por culo, Bigfoot.

—Seguí la pista de Puck hasta West Hollywood, pero nadie ha vuelto a verlo desde que Mickey se desvaneció.

—En cuanto al doctor Blatnoyd y su desgraciado accidente deportivo, le mencionamos tu interesante teoría de la herida punzante a la gente del doctor Noguchi..., les preguntamos sobre aleaciones dentales de cobre y oro y demás, y uno de ellos sonrió de una manera rara y dijo: «¿Le importa si vamos al laboratorio a comprobarlo?», «Claro que no», dije yo. «Genial. Oh,

¡Dwayne!»), y de un salto entró un perverso labrador con, debo decir, una actitud tan poco colaboradora que todos nos desanimamos bastante.

—Jooo, y se supone que son unos perros magníficos para los niños...

—De hecho, tenemos uno en casa.

—Creí que sólo le daba un buen consejo a un colega de profesión, intentaba librarte de algún problema futuro, eso es todo...

—¿Y por qué?

—Para cuando te llegue el momento de declarar también a ti...

—De..., Sportello, ¿estás insinuando que...?

Doc se permitía una sonrisa maliciosa a la semana, y tocaba esa noche.

—Lo único que digo es que, si hasta Thomas Noguchi, el mejor forense de Estados Unidos, ha tenido que presentarse ante un juzgado, ¿quién de vosotros, protectores y servidores del pueblo, está a salvo? Sólo hace falta que aparezca un supervisor del condado con ladillas en el culo.

Silencio total.

—¿Bigfoot?

—He disfrutado de una tranquila velada familiar con la señora Bjornsen y los niños, y el perro, viendo a Lawrence Welk y mira ahora lo que has hecho.

Doc oyó que alguien descolgaba una extensión del teléfono. Una voz de mujer, con un filo agudo por delante y una manera seca de acabar las frases, dijo:

—¿Va todo bien, Kitkat?

—¿Qué es esto? —dijo Doc.

—*Esto* es la señora Chastity Bjornsen, y si *eso* es uno de los «empleados especiales» más sociópatas de mi marido, le agradecería que dejara de hostigarle en su día de descanso, dado que ya tiene bastante que hacer durante toda la semana para sacar a los drogatas y tirados como usted de las calles.

—Vale, vale, zarzamora, Sportello sólo ha estado dejándose llevar por su sentido del humor.

—¿Doc Sportello?, ¿el verdadero Doc Sportello? ¡Vaya! ¡Por fin! ¡El Señor Vileza Moral en persona! ¿Tiene la menor idea de las facturas del terapeuta que hay en esta casa de las que usted es directamente responsable?

—Bueno, preciosa, el Departamento corre con la mayor parte de esos gastos...

—Después de hacerte una deducción en el salario que atragantaría a un caballo, y mientras tanto, Christian, no acabo de entender tu falta de sangre al responder a este infeliz pirado hippy con sus interminables provocaciones...

Doc descubrió que se había quedado sin cigarrillos. Dejó el auricular en la mesa de la cocina y fue a buscar su cartón de Kool, que tras una larga búsqueda resultó estar en el congelador, junto a los restos de una pizza que se había olvidado, cuyos ingredientes, aunque coloristas, ya no era capaz de identificar, o

al menos no todos. Aun así, como tenía hambre, decidió prepararse un sándwich de mantequilla de cacahuete y mayonesa, encontró una lata fría de Burgie, y se dirigió ya a la otra habitación para encender la televisión cuando oyó extraños ruidos que salían del teléfono, cuyo auricular parecía, de hecho, descolgado...

—Oh. —Se acercó el aparato al oído, aunque los Bjornsen, ahora en plena discusión a grito pelado, eran perfectamente audibles desde la otra punta de la cocina mientras repasaban cierta historia personal reciente, desconocida para Doc, pero en cualquier caso vergonzosa, y al cabo de un par de minutos, calculando qué oportunidades tenía de decir siquiera una palabra más, volvió a colocar el auricular en su sitio con tanta suavidad como si fuera a cantarle una canción de cuna y se fue a ver los dos minutos finales de *Área 12*.

La película de terror del sábado por la noche era *Yo anduve con un zombie* (1943), de Val Lewton, presentada por la superestrella de la subcultura Larry Vincent, alias «Seymour», a quien le gustaba dirigirse a su rebaño de fieles espectadores como «taraditos», y también presentaba el programa anual de Halloween en el Wiltern Theatre, que Doc procuraba no perderse nunca. Había visto esa peli de zombis un par de cientos de veces y el final seguía confundiéndole, así que se pasó la hora de las noticias liando cigarrillos que le ayudaran a soportarlo, sobre todo las canciones de calypso, pero pese a sus buenas intenciones se quedó dormido a la mitad, como tantas veces antes.

La mañana siguiente —olor de océano, café recién hecho, buen rollo— Doc estaba en Wavos, hojeando el *Times* del domingo para ver si salía algo del caso Wolfmann, que no salía —aunque, claro, con veinte o treinta secciones distintas uno nunca sabía qué podía esconderse entre los anuncios de inmobiliarias—, y estaba a punto de atacar una especialidad de la casa llamada Shoot the Pier, compuesta básicamente de aguacates, brotes, jalapeños, corazones de alcachofa en salmuera, queso blanco de Monterrey y aliño Green Goddess sobre una rebanada de pan de masa fermentada que primero había sido cortada a lo largo, untada con mantequilla de ajo y luego tostada, todo por setenta y nueve centavos, una ganga, cuando, ¿quién fue a entrar?: Shasta Fay en persona. Llevaba, hasta donde Doc podía decir, a no ser que tuviera una cómoda entera llena de ellas, la misma vieja camiseta de Country Joe & the Fish que en los viejos tiempos, las mismas sandalias y la misma parte de abajo del bikini. Por extraño que parezca, su apetito no pidió permiso para que le disculparan; pero, por otro lado, ¿qué estaba pasando?, ¿Sufría un *flashback* de ácido?, ¿estaba a punto de toparse con James «Moondoggie»? Darren en *El túnel del tiempo* o algo así? Lo último que sabía Doc con seguridad es que su ex chica había sido objeto del interés de incontables niveles de las fuerzas del orden, pero aun así ahí estaba ahora, con el mismo atuendo, la misma actitud desenfadada, y como si ni siquiera hubiera

conocido todavía a Mickey Wolfmann, como si la aguja de un estéreo hubiera sido levantada del surco y colocada más atrás en alguna vieja canción sentimental sobre el elepé de compilación de la historia.

—Hola, Doc.

Que, para variar, era lo único que hacía falta y, como era de esperar, fijate, ahí estaba. Colocando suavemente el suplemento de libros del periódico sobre su regazo, sonrió con toda la naturalidad que le fue posible.

—Me dijeron que habías vuelto. Recibí tu postal, gracias.

Ella formó uno de esos ceños fruncidos y desconcertados que debió de haber perfeccionado en el jardín de infancia.

—¿Postal?

Bueno, esto también parecía importante, pensó, y más vale que lo anote o se me olvidará. Los bromistas del tablero de güija haciendo otra vez de las suyas, sin duda.

—Creí que era tu letra, pero debía de ser de otro... ¡Bueno! ¿Y dónde has estado?

—Tuve que ir al norte, por asuntos de familia. —Encogimiento de hombros —. Y por aquí, ¿ha pasado algo?

¿Menciono a Mickey?, ¿no lo menciono?

—Tu... tu amigo en el negocio de la construcción...

—Oh, todo eso acabó. —No parecía especialmente triste al respecto. Ni contenta tampoco.

—A lo mejor me he perdido algo en las noticias... ¿No habrá reaparecido, por un casual?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—He estado fuera.

Alrededor del cuello, en un trozo de correa, llevaba colgada una concha marina, puede que incluso traída de alguna remota isla del Pacífico, cuya forma y marcas recordaron a Doc uno de los zomes del proyecto ahora abandonado de Mickey en el desierto.

Entró Ensenada Slim.

—Qué hay, Shasta. Eh, Doc, Bigfoot te ha estado buscando.

—Ay, Dios. ¿Cuánto hace?

—Acabo de verlo en el Brain. Parecía muy preocupado por algo.

—¿A alguno de vosotros le apetece acabároslo? —Doc salió por la puerta trasera, y casi se dio de bruces con Bigfoot, que pasaba el rato en el callejón esbozando una peculiar sonrisa.

—No te pongas tan nervioso, no tengo intención de infligirte ningún daño físico, por más que me gustaría. Supongo que se debe a esta era hippy olvidada de Dios y a su erosión de los valores masculinos, diría. A estas alturas, Wyatt Earp habría estado utilizando tu cabeza para ejercitarse con una almádena.

—Eh, eso me recuerda..., mi bolsa, voy a sacar algo de la bolsa que tengo aquí, ¿vale?, sólo con dos dedos, y despacio —Doc sacó la antigua taza de café que había encontrado en Vegas.

—Aunque uno se va endureciendo con el trabajo de policía —dijo Bigfoot—, de vez en cuando le tocan la fibra sensible profundamente. ¿Qué es...?, ¿qué se supone que es esto?

—Es la taza salvabigotes personal de Wyatt Earp, tío. Ves, lleva su nombre escrito y todo.

—¿Puedo preguntar, sin pretender ofender, por la procedencia de este...? —Hizo una pausa como si buscara a tientas el término apropiado.

—De un marchante de antigüedades en Vegas llamado Delwyn Quight. Me pareció bastante respetable.

Bigfoot asintió con amargura un buen rato.

—Obviamente no estás suscrito al *Tombstone Memorabilia Collectors' Alert*. El hermano Quight posa en sus páginas centrales al menos cada dos meses. El tipo es sinónimo de earpiana fraudulenta.

—No me jodas. —Peor aún, ¿y si eso significaba que la *corbata Liberace* también era una imitación?

—Pero es la intención lo que cuenta —dijo Bigfoot—. Escucha —y exactamente con la misma cadencia que Doc pronunció las mismas palabras—: siento lo de anoche. —Permanecieron callados exactamente el mismo número de latidos, y de nuevo dijeron al unísono—: ¿tú?, ¿qué es lo que sientes tú? —Eso podría haberse alargado todo el día, pero entonces dijo Doc:

—Qué raro.

Y Bigfoot dijo:

—Extraordinario.

Y el hechizo se rompió. En silencio recorrieron sin prisa el callejón hasta que Bigfoot dijo:

—No sé muy bien cómo decirte esto.

—Oh, mierda. ¿Quién es esta vez?

—Leonard Jermaine Loosemeat, a quien es posible que recuerdes como un camello de heroína de poca monta de Venice. Acabó flotando. Lo encontraron en uno de esos canales.

—El Drano. El camello de Coy Harlingen.

—Sí.

—Curiosa coincidencia.

—Defineme « curioso ». —Doc oyó algo en su voz, le miró y por un segundo creyó que Bigfoot había sufrido la crisis nerviosa de poli tanto tiempo pospuesta. Le temblaban los labios, tenía los ojos húmedos. Vio la mirada de Doc y se la devolvió. Por fin dijo—: No deberías enmierdarte en esto, Doc.

Puck Beaverton le había dado el mismo consejo gratuito.

Lo cual no impidió que Doc condujera hasta Venice esa noche para ver qué podía ver. Leonard llevaba tiempo viviendo en un bungalow junto a un canal, y tenía un bote de remos amarrado en un pequeño muelle del patio trasero. De vez en cuando pasaba una draga, y la noche anterior se veía a todos los drogatas que habían escondido sus alijos en el canal corriendo por allí frenéticamente, intentando recordar con exactitud dónde habían puesto qué. Doc llegó por casualidad en medio de uno de esos ejercicios. En la noche suave y de una calidez que invitaba al baño, media docena de estéreos sonaban a la vez por las ventanillas abiertas y las puertas deslizantes de cristal. Luces de jardín de bajo voltaje resplandecían entre la fronda nocturna, por los caminos de entrada y en los patios. Los vecinos paseaban por allí con botellas de cerveza o canutos en las manos, u holgazaneaban en los pequeños puentes contemplando el alboroto.

—¿Qué? ¿Te olvidaste de ponerlo en algo impermeable otra vez?

—Uy.

Doc había obtenido la dirección de El Drano de la ficha de interrogatorios de Bigfoot. Casi antes de que tuviera tiempo de llamar, un tipo gordo con gafas gruesas y un diminuto bigote abrió la puerta, sosteniendo un taco de billar con espléndidas incrustaciones de nácar que estaba entizando.

—¿Qué?, ¿no viene ningún equipo de cámara?

—En realidad, estoy aquí representando al HULK, es decir, dicho a la inversa, el Kolectivo de Liberación de la Unión de Heroinómanos; trabajamos en Sacramento y somos básicamente un grupo de presión en la asamblea del estado a favor de los derechos civiles de los yonquis. Permítame que le acompañe en el sentimiento.

—Hola, soy Pepe, y los yonquis, es más, los drogatas en general, son escoria humana enferma que no sabrían qué hacer con los derechos civiles si se les acercaran y les mordieran el culo, aunque, claro, no es que los derechos civiles se dediquen a eso, oh, pero pasa, a propósito, ¿no jugarás a Bola Ocho?

Las paredes interiores eran de fibra de vidrio pintadas de rosa prisión, un tono que por esa época se creía que calmaba a los internos. En cada habitación había una mesa de billar, incluidos modelos en miniatura para los lavabos y la cocina. Había casi otras tantas televisiones. Pepe, que parecía no tener a nadie con quien, o del que hablar, desde la defunción de El Drano, se lanzó a un monólogo en el que Doc intentaba deslizar alguna pregunta de vez en cuando.

—... no es que me doliera el dinero que le prestaba, ni siquiera el que me debía porque yo le ganaba sistemáticamente las partidas de billar, lo que de verdad me irritaba eran los prestamistas, y los matones que enviaban; si toda la historia se reducía a pagar un dinero a un alto interés, bueno, eso supongo que habría tenido sus propias reglas de integridad, pero es que también comerciaban con el dolor y el perdón, ¡su perdón!, y negociaban con fuerzas oficiales de

mando y control, que tarde o temprano traicionarían todos los acuerdos a los que llegaban porque entre los poderes invisibles no hay confianza ni respeto.

Se había detenido un momento delante de uno de los televisores para repasar los canales; Doc aprovechó la ocasión para preguntar:

—¿Crees que pudo ser uno de esos prestamistas quien mató a Leonard?

—Tal vez, salvo que todo aquello ya había acabado. Por primera vez desde que lo conocía, Lenny había saldado todas sus deudas. Mi impresión es que alguien, de cierto nivel, había decidido perdonarle todo lo que debía. Y por si fuera poco, además, cada mes empezó a llegarle un cheque por correo. Un par de veces, miré a hurtadillas la suma. Pasta gansa, amigo, ¿cómo has dicho que te llamas?

—Larry. Hola. Ese dinero... ¿crees que era de un cliente?

—Le preguntaba, claro, y unas veces me decía que eran gastos operativos, y otras que anticipos a cuenta, pero una noche, que no tendría que haberse metido nada porque eran las fiestas de Navidad, estaba de buen humor, amable con todo el mundo, añadiendo un poco de peso a cada bolsa, pero a eso de las tres de la madrugada empezó a alucinar de mal rollo, y fue entonces cuando mencionó el «dinero de sangre», yo le pregunté más tarde y él fingió que no se acordaba, pero yo conocía bien la expresión de su cara, hasta cada poro, y se acordaba, vaya si se acordaba, no me cabe duda. Algo le corroía por dentro. Nadie lo habría dicho viéndole, pero yo sé que tenía conciencia. Uno de esos cheques llegó la semana pasada y, en circunstancias normales, lo primero que habría hecho Lenny hubiera sido ir al banco a depositarlo, pero éste lo dejó ahí, estaba muy alterado por algo..., ten, mira, a mí no me sirve de nada, no me dio poderes.

El cheque había sido emitido por la Caja de Ahorros y Créditos Arbolada de Ojai, una de las de Mickey Wolfmann, recordó Doc, y que también utilizaba el Chryskydon Institute, e iba firmado por un director financiero cuyo nombre no supo descifrar ninguno de los dos.

—Peor que una receta falsa —dijo Pepe.

—Una bonita suma en calderilla, Pepe. Tiene que haber algún modo de que puedas cobrarlo.

—A lo mejor podría donarlo a tu organización, en nombre de Leonard, claro.

—No voy a presionarte en ningún sentido, pero podría venirnos bien para nuestro nuevo programa Salva a un Rockero. Ya sabes cuántos músicos han tenido sobredosis estos últimos años, es una epidemia. Me he fijado especialmente en mi propio sector, la música surf. Yo soy un gran fan de los Boards; de hecho, fue así como me involucré personalmente en la prevención de sobredosis, desde que murió uno de sus saxofonistas... ¿Te acuerdas de Coy Harlingen?

Podría haberse tratado de un inesperado efecto secundario de todo el

chocolate que había fumado, pero Doc sintió una gélida descarga eléctrica atravesando la habitación: Pepe se envaró, su rostro, incluso pese a todos los reflejos rosas, se vació de repente en un alarmante tono blanco, y Doc vio el dolor que debía de haber sufrido todo ese tiempo, cuánto debía de haber significado Leonard para él, hasta qué punto había supuesto que toda esa charla desesperada le ayudaría a salir adelante..., pero ahí había algo de lo que le habían prohibido hablar, algo que le hacía dudar hasta de sí mismo, sabedor de que no podía permitirse ni tocar el tema, con Coy Harlingen claramente en el centro del asunto. El silencio de Pepe se alargaba, las múltiples voces de los televisores de todas las habitaciones se combinaban en disonancias irregulares, hasta que, demasiado tarde, dijo:

—No, ese nombre no me dice nada. Pero lo entiendo. Demasiadas pérdidas innecesarias. Tu gente debe de estar en condiciones de hacer algo magnífico, no me cabe duda.

Si El Drano, siguiendo las órdenes de alguien, había cambiado la mierda al tres por ciento que le vendía a Coy por algo que lo mataría, parecía evidente que nadie se había molestado en aclararle que se trataba de un montaje y que Coy seguía con vida. Todo ese tiempo habían dejado que creyera que era un asesino. ¿Fue demasiado para esa conciencia que Pepe dijo que tenía? ¿Iba a confesárselo a alguien? ¿A quién no le hubiera hecho gracia que se fuera de la lengua?

En una de las mesas de billar se había dibujado una disposición imposible de bolas, lista para que la resolviera algún superhéroe del deporte.

—Uno de los tiros de protección de Lenny —dijo Pepe—. Lleva ahí desde que salió y no volvió. Siempre quiero acabar la partida, sé que podría limpiar la mesa, pero, por alguna razón...

Doc volvió a su coche caminando por un barrio un poco más calmado, los drogatas habían vuelto todos a sus casas y se disponían a acostarse, el alboroto se había apagado, había salido la luna, lo que se había encontrado, se había encontrado, y lo que se había perdido, se había perdido para siempre salvo para los afortunados dragadores que al día siguiente dieran con ello. Perdido, y sin perder, y lo que Sauncho llamaba *lagan*, deliberadamente perdido y reencontrado..., y ahora había algo que arañaba como una gallina traviesa los márgenes del corral descuidado que era el cerebro de Doc, pero no podía localizarlo, ni menos aún, a medida que caía la noche, explicarse a qué se debía.

Pensó que lo mejor que podía hacer era preguntarle por Adrian Prussia a Fritz, que tenía más historia compartida con el prestamista que Doc. Sparky, que trabajaba en el turno de los vampiros, todavía no había llegado.

—Yo ni me acercaría a Adrian —le aconsejó Fritz—. Ya no es el sano pez gordo de la Cámara de Comercio que conocíamos en los viejos tiempos, Doc,

ahora es un mierda peligroso.

—¿Cómo puede ser peor de lo que era? Si es la razón por la que dejé de ser pacifista y empecé a ir armado.

—Le pasó algo, hizo un trato con alguien más importante que él, se metió en una historia más gorda que cualquier movida en la que hubiera participado hasta entonces.

—Esta noche me han contado en Venice algo parecido sobre él. «Fuerzas oficiales de mando y control», así lo llamaron. Me pareció raro en ese momento. ¿Con quién has estado hablando?

—Con la oficina del fiscal general del estado, llevan años detrás de él. Pero nadie puede tocarle, en parte por la importante cartera de valores de deudas pendientes que posee. Las sumas no es que sean descomunales, pero, tomadas una por una, bastan para garantizarse la obediencia.

—La obediencia a...

—Mandos. Controladores. Prussia recibe el dinero, más los intereses de usurero, y los otros consiguen que se haga lo que quieren que se haga.

—Pero hay prestamistas por todas partes. ¿Están todos metidos en esto también?

—Puede que no. Prussia es alérgico a la competencia. Cualquiera que amenace ni lejanamente su parte del pastel es susceptible de correr algún peligro.

—¿Como morir?

—Si quieres decirlo así.

—Pero cuantos más negocios como éstos haga...

—Más posibilidades de que acabe enchironado, sí, sería lo lógico. Aunque no tanto si domina a los que es más probable que se encarguen del enchironamiento.

—¿El LAPD?

—Oh, no lo quiera el Cielo.

—¿Y la inmunidad de que goza Prussia con ellos se extiende también a la gente que envía por ahí a cobrar?

—Así suele funcionar.

—Entonces aquí hay algo que no mola nada. —Doc soltó una versión resumida de la historia de Puck Beaverton—. ¿La última vez que lo detuvieron? Lo investigué. Una semilla que encontraron en la bolsa de su aspiradora; mi sobrinito, que tiene cinco años, podría haberlo sacado de chirona. Pero nadie se tomó la molestia, así que lo detuvieron y, con su historial, podría haberse pasado seis años en la trena, como poco.

—Tal vez se metió con algún poli.

—No es probable que lo hiciera con los polis a los que prestaba Prussia: eso iba todo sobre ruedas y las relaciones eran fluidas. Pero, aun así, Puck fue el único de los hombres de Prussia que ha sido encarcelado.

- Así que se trató de algo personal.
- Mal rollo. Significa que tengo que volver a hablar con Bigfoot.
- A estas alturas, ya deberías saber cómo hacerlo.
- No, me refiero de persona a persona.
- Dios. Ni me cuentes cómo acaba algo así.

Doc se imaginó que seguramente encontraría a Bigfoot en el Campo de Tiro Cárgate a un Criminal, junto a South La Brea. Por alguna razón, a Bigfoot le gustaba utilizar los campos de tiro civiles. ¿Le había expulsado el LAPD de las instalaciones policiales? ¿Había tantos colegas que querían cargárselo y simular que había sido un accidente? Doc no se sentía con ánimo de preguntarlo.

Después de cenar, en cuanto oscureció, fue al campo de tiro. Sabía que Bigfoot prefería la sección de Pandillas Urbanas, Bandas y Hippies (PUBH), donde imágenes de plástico a tamaño natural de negros, chicanos y amenazas melencidas para la sociedad se te acercaban tambaleándose por una galería de tiro tridimensional mientras hacías añicos a los mamones. Al propio Doc le gustaba pasar el rato en la zona poco iluminada de la galería. Últimamente había acabado considerando esas visitas como una ocasión no tanto de ejercitar la visión nocturna cuanto de asistir a una representación de la muerte de John Garfield en el arroyo, asesinado por la traición y la persecución del Hollywood real, y del orden dominante bajo el cual consecuencias como ésa eran inevitables porque eran el resultado de una voluntad gélida y de la velocidad inicial de las balas disparadas en la oscuridad.

Como era de esperar, allí estaba Bigfoot, en la caja registradora, ajustando cuentas.

- Tengo que hablar contigo —dijo Doc.
- Iba al Raincheck Room.

Esa estimable cantina de West Hollywood tenía fama por su obsesión por ahorrar en las facturas de la luz. Doc y Bigfoot encontraron un apartado al fondo.

- La señora Bjornsen te manda recuerdos, dicho sea de paso.
- Pero ¿qué dices?, si me odia.

—Pues parece que no, ahora más bien la intrigas. Si no estuviera tan seguro de mi matrimonio, casi tendría celos.

Doc procuró borrar toda expresión comprensiva de su cara mientras pensaba: ah, ya, pobre suequito, espero que mantengas el 38 reglamentario fuera del alcance de los demás. Hasta donde Doc intuía, la mujer estaba peligrosamente desequilibrada y calculó que faltaba semana y media para que el apocalipsis se desatara sobre los Bjornsen.

- Vale, pues dale saludos de mi parte.
- ¿Qué más puedo hacer por ti esta noche?

—Corrígeme si me equivoco, Bigfoot, pero tengo claro desde hace tiempo que andas desesperado por hablar con Puck Beaverton, pero no puedes decirlo porque te enmierdarías con poderes que ni pueden nombrarse, así que en lugar de correr el riesgo, me pones a mí a tiro de todos los fusiles AK de la jungla para que abran fuego... ¿Hasta ahora voy más o menos bien encaminado?

—Estamos pisando terreno muy sensible, Sportello.

—Sí, todo ese rollo ya me lo sé, pero alguien va a tener que ser menos sensible durante un rato, limpiarse la barbilla, levantarse y enfrentarse a los hechos, porque estoy harto de que jueguen conmigo todo el tiempo, así que, si necesitas algo, dilo de una vez, ¿tan difícil es?

Tratándose de Doc, la perorata pasaba por un arrebato, y Bigfoot lo miró con lo que, tratándose de Bigfoot, podía pasar por asombro. Hizo un gesto con la cabeza hacia el bolsillo de la camisa de Doc.

—¿Me das uno de éstos?

—No vas a empezar a fumar ahora, Bigfoot, fumar le sienta mal a tu culo.

—Sí, es verdad, pero no estaba pensando en fumármelo por el culo, ¿verdad que no?

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa?

Bigfoot se encendió el cigarrillo, le dio una calada sin tragarse el humo con un estilo que irritó a Doc y dijo:

—Entre algunos de mis colegas, Puck Beaverton, pese a tratarse de un delincuente con delitos graves, visibles problemas de control de sus impulsos y una esvástica en la cabeza, siempre ha sido considerado un tipo encantador. —Se concedió medio latido de pausa—. Por varias razones.

—Y ahora se supone que yo tengo que decir...

—Te estaba lanzando un anzuelo. Lo siento, es una mala costumbre.

—Como fumar.

—Muy bien. —Bigfoot aplastó el cigarrillo con gesto cabreado y clavó la mirada en Doc, quien, por reflejo, ya estaba mirando con codicia la larga colilla—. El anterior patrón de Puck, AP Finance, hacía negocios regularmente con muchos oficiales del Departamento, todo amistoso y, hasta donde sé, todo legal. Puede que con una desgraciada excepción.

Un nombre que no podía pronunciarse en voz alta. Doc se encogió de hombros.

—Parte de esa fijación de Asuntos Internos de la que no paras de hablar. — Esperó haberlo dicho con la suficiente despreocupación.

—Por favor, entiéndelo, sin una necesidad prioritaria de saberlo...

—Por mí, chachi, no pasa nada, Bigfoot. Y este poli innombrable, ¿qué le parecía a Puck?

—Lo detestaba. Y el odio era mutuo. Por... —Pero se lo pensó mejor.

—Por buenas razones. Pero vosotros tenéis el Decimoprimer Mandamiento,

que os impide criticar a un colega piesplanos, me hago una idea. —Entonces a Doc se le ocurrió una salida—: ¿Puedo preguntar si este tipo sigue en su puesto?

—Él... —El silencio era tan elocuente como la palabra retenida—. Su situación es la de Inactivo.

—Y su expediente también es reservado, ¿a que sí?

—El archivo de Asuntos Internos está cerrado hasta el año 2000.

—Pues no parece que se debiera a causas naturales. Eh, ¿a quién se lo agradeces, como siempre dice Elvis, cuando tienes tanta suerte?

—Aparte de lo obvio, te refieres.

—Puck, claro, podría haber sido él. Pero dime, este poli, ¿cómo lo llamamos?, ¿agente X?

—Detective.

—Vale, digamos que fue este poli misterioso el que detuvo a Puck con aquella mierdecilla de cargo por unas semillas de maría, esperando que, con sus antecedentes, lo devolverían a Folsom durante un largo tiempo. Si no fue Puck el que se lo cargó, veamos quién más podría... ¡Eh! Qué me dices de Adrian Prussia, que no puede permitirse quedar mal delante de la comunidad, ni siquiera dejar que uno de los suyos sea arrestado, menos aún condenado. Es un palo que alguien le está dando no sólo a Puck sino también al mismo Adrian. Un palo casi peor que si algún pringado se negara a devolverle un préstamo. Qué era lo que pasaba en esos casos; siempre se me olvida.

—¿Empiezas a darte cuenta? —Bigfoot asentía de forma lúgubre—. Te crees que el LAPD es una interminable juerga monolítica, ¿verdad?, sin nada que hacer en todo el día más que imaginar nuevos modos de perseguiros a vosotros, la escoria hippy. Pero podría ser igualmente el patio de San Quintín. Bandas, adictos, matones, zorras y soplones, y todos van armados.

—¿Puedo decir algo en voz alta?, ¿alguien me escucha?

—Todos. Nadie. ¿Acaso importa?

—Pongamos que Adrian Prussia se cepilló al detective X, o encargó que se lo cepillaran. ¿Y qué pasa? Nada. A lo mejor en el LAPD todos saben que lo hizo él, pero no se filtran quejas a la prensa, ni hay ninguna venganza organizada por horrorizados colegas... No, en vez de eso, Asuntos Internos lo guarda todo bajo llave durante los próximos treinta años, y todo el mundo finge que se trata de otro héroe de la poli caído cumpliendo su deber. Olvidémonos de la honradez, o del respeto a la memoria de todos los verdaderos héroes de la poli muertos... ¿Cómo podéis ser tan poco profesionales?

—Pues la cosa todavía es peor —dijo Bigfoot en un tono lento y ahogado, como si intentara hablarle a Doc desde el pasado, desde años de historia vedada a los civiles—. Prussia ha sido el sospechoso principal en... digamos, varios homicidios, y en cada ocasión, tras la intervención de las más altas jerarquías, se ha ido de rositas.

—¿Y qué me quieres decir con eso?, ¿que « no es espantoso » ?

—Lo que estoy diciendo es que hay una razón para todo, Doc, y antes de montar el numerito de ciudadano indignado te interesaría saber por qué, para empezar, Asuntos Internos debía siquiera llevar este caso, por no mencionar el hecho de que sean precisamente ellos los que están acallando la historia.

—Me rindo. ¿Por qué?

—Adivínalo. Utiliza lo que te queda de cerebro. El problema con vosotros es que nunca os dais cuenta de cuándo alguien os está haciendo un favor. Os creéis que, sea lo que sea, tenéis derecho porque sois unos tipos guays o algo así. —Se levantó, dejó caer un puñado de metralla encima de la mesa, lanzó un saludo malhumorado al camarero y se dispuso a salir a la calle—. Échate un vistazo en el espejo de vez en cuando. Haz un esfuerzo por « captar el rollo », tu « rollo », « tío », hasta que comprendas que nadie te debe nada. Luego vienes a verme. — Doc había visto cabreado a Bigfoot alguna vez, pero hoy se estaba dejando llevar por la emoción.

Estaban en la esquina de Santa Mónica y Sweetzer.

—¿Dónde habías aparcado? —dijo Bigfoot.

—Al lado de Fairfax.

—También voy en esa dirección. Acompáñame, Sportello, te enseñaré algo. —Pasearon por Santa Mónica. Por toda la calle, los hippies hacían dedo para que los recogiera algún automovilista. El rock 'n' roll atronaba desde las radios de los coches. Los músicos que acababan de despertarse salían del Tropicana en busca de un desayuno vespertino. El humo de los porros formaba bolsas por toda la calle, esperando emboscar a algún transeúnte desprevenido. Los hombres murmuraban en los umbrales de las porterías. Unas manzanas más adelante, Bigfoot dobló a la derecha y avanzó sin prisa hacia Melrose.

—¿Ya te suena el barrio?

Doc tuvo una intuición.

—Es el antiguo barrio de Puck —Buscó el complejo con patio cubierto de malas hierbas del que le había hablado Trillium. Empezó a moquear y las clavículas se le estremecieron, y se preguntó si uno o todos los miembros del feliz trío aparecerían en cualquier momento, lo que a Sortilège le gustaba denominar « manifestarse », y con el raballo del ojo vio que Bigfoot lo vigilaba atentamente. Sí, y quién puede asegurar que no sea posible el viaje en el tiempo, o que lugares con direcciones en el mundo real no estén hechizados, no sólo por los muertos sino también por los vivos. Fumar un montón de hierba y tomar ácido de vez en cuando ayuda, pero a veces incluso un prosaico maestro de la sobriedad de miras tan estrechas como Bigfoot podía darse cuenta.

Se acercaron a un edificio de apartamentos con patio interior casi disuelto en el anochecer.

—Ve a echar un vistazo por ahí, Sportello. Siéntate al lado de la piscina de allí,

bajo los helechos de Nueva Zelanda. Vive una auténtica experiencia de la noche. —Miró su reloj con un aspaviento teatral—. Lamentablemente, tengo que marcharme. Mi señora me está esperando.

—Una dama muy especial, sin duda. Dale recuerdos de mi parte.

No se veía ninguna luz, ni incandescente ni de rayos catódicos, encendida en ninguna de las ventanas de los apartamentos. El edificio entero podría estar abandonado. El tráfico de Santa Mónica era apenas audible. Salió la luna. Pequeñas criaturas corrían entre la maleza. Pero lo que acabó surgiendo sigilosamente entre los arbustos no eran en realidad fantasmas sino conclusiones lógicas.

Si Asuntos Internos silenciaba el asesinato de un detective del LAPD, entonces es que alguien del Departamento quería verlo muerto. Si no les hacía gracia encargarse ellos mismos, entonces se podía recurrir a los especialistas a sueldo, y esa lista incluiría razonablemente a Adrian Prussia. Sería interesante revisar las otras acusaciones de homicidios de las que, según Bigfoot, se había librado Prussia. Sin embargo, incluso en la remota posibilidad de que Bigfoot tuviera acceso a ellas, era probable que no pudiera pasarle la información a Doc. Lo que explicaría por qué había estado agobiando tanto a Doc, desde el principio, para que descubriera alguna otra vía para llegar a la historia del prestamista.

Doc se preguntó qué vía podía ser ésa. La ARPAnet de Fritz era como dar palos a ciegas: según Fritz, de un día para otro nadie sabía qué podía encontrar en ella, o qué no. Lo que reducía las opciones a Penny. Que ya lo había vendido a los federales y que tendría pocos inconvenientes en revenderlo al LAPD. Penny, que a lo mejor ya ni quería volver a verlo. Esa Penny.

Doc nunca había llevado la cuenta, pero probablemente había pasado mucho más tiempo en las plantas superiores del Palacio de Justicia, en el calabozo de hombres, que abajo, al otro lado de la ley. Los ascensores estaban en manos de un pelotón de mujeres uniformadas, comandadas y aterrorizadas por una dama corpulenta de aspecto patibulario, con un peinado afro, que se situaba en el vestíbulo con un par de castañuelas y daba la salida a los ascensores, uno por uno, con diversas señales. *Takk-tarrrrrrkk-tak-tak* podía significar, por ejemplo, «Ascensor Dos sube el siguiente; tiempo para entrar y salir: cuarenta y cinco segundos; en marcha», y así sucesivamente. Antes de dejarle subir, miró a Doc de arriba abajo.

Penny compartía su cubículo con otra ayudante del fiscal del distrito llamada Rhus Frothingham. Cuando Doc asomó la cabeza; por la puerta, Penny no es que se quedara boquiabierta, pero sí que le entró un incontrolable ataque de hipo.

—¿Estás bien?—preguntó Rhus.

Entre un hipido y otro, Penny se explicó, pero lo único que pudo entender Doc fue: «... el tipo del que te había hablado...».

—¿Llamo a Seguridad?

Penny lanzó una mirada inquisitiva a Doc, como si le preguntara: ¿debería? Esas dos podrían haber pasado perfectamente por un par de azafatas de las playas de la región. Rhus estaba sentada envarada ante su mesa, simulando que leía un expediente. Penny se excusó y se encaminó al lavabo de señoras, dejando a Doc inmerso en la mirada fija de Rhus como un viejo radiador de coche en un baño de ácido. Al cabo de un rato, él se levantó y trastabilló por el pasillo para encontrarse con Penny cuando ésta salía del lavabo.

—Sólo quería saber cuándo estarás libre para comer. No pretendía desquiciarte. Hasta invito yo.

Aquella mirada de soslayo.

—Creía que nunca más querrías volver a hablar conmigo.

—Si quieres que te diga la verdad, el FBI ha sido una compañía tremendamente estimulante, así que pensé que te debía unas costillas o algo.

Al final acabaron en un garito con infulas de comida sana, abierto hacia poco al lado de Melrose, llamado *The Price of Wisdom*, del que Doc sabía por Denis, que había hablado maravillas de él. Estaba en la planta de arriba de un bar

desvinculado donde Doc recordaba haber pasado el rato en algunas de sus etapas más sórdidas, aunque se había olvidado de cuáles. Penny levantó la mirada hacia el parpadeante rótulo de neón y frunció el ceño.

—El Ruby's Lounge, ajá, lo recuerdo muy bien, solía servir para una detención por un delito grave a la semana.

—Unas hamburguesas de queso que no estaban nada mal, creo recordar.

—Que los críticos locales de restaurantes votaron unánimemente como las Más Tóxicas de la Southland.

—Ya, pero compensaba las infracciones de la reglamentación de higiene con el montón de ratones y cucarachas que aparecían cada mañana con sus patitas al aire, fritos junto a las hamburguesas que se los habían cargado.

—Me está entrando más hambre por momentos.

Guiados por un rótulo escrito a mano, LA SABIDURÍA VALE MAS QUE LAS PIEDRAS PRECIOSAS, JOB, 28:18, Doc y Penny subieron a un salón lleno de helechos, paredes de ladrillo visto, vidrios de colores, manteles en las mesas y Vivaldi en el equipo de sonido, nada de lo cual resultaba demasiado del gusto de Doc. Mientras esperaban una mesa, paseó la mirada por la clientela, que en su mayoría parecía demasiado preocupada por su buena forma; los comensales se miraban unos a otros por encima y alrededor de unas ensaladas tan llenas de detalles como las montañas en miniatura de los jardines zen, intentaban identificar diversos objetos creados a partir de semillas de soja con la ayuda de linternas de bolsillo o lupas; se sentaban aferrando cuchillo y tenedor en cada mano mientras contemplaban bandejas de berenjenas Wellington o formas romboides de col rizada de un verde intenso, servidas en fuentes demasiado grandes para ellos en un orden de magnitud.

Doc empezó a preguntarse, demasiado tarde, cómo estaría de ciego Denis cuando había venido aquí. La cosa no se animó cuando por fin llegaron los menús.

—¿Entiendes algo de esto? —dijo Doc al cabo de un rato—. No lo sé leer, ¿soy yo o está escrito en una lengua extranjera?

Ella le dedicó una sonrisa de la que él había aprendido a no fiarse demasiado.

—Sí, pero aclárame una cosa, Doc, porque traerme a un sitio como éste podría considerarse un acto hostil, ¿estás cabreado conmigo?, ¿no estás cabreado?

—¿Ésas son las opciones?, bueno déjame pensarlo un momento...

—Aquellos federales me ayudaron en cierta ocasión. Y me pareció un modo fácil de devolverles el favor.

—Ése soy yo —dijo Doc—, siempre fácil.

—Estás cabreado.

—Para mí aquello ya es historia. Pero me fastidia que no me preguntases nada antes.

—Porque te habrías negado. Todos vosotros odiáis al FBI.

—¿A qué te refieres con lo de nosotros, qué nosotros? Si yo fui un « agente federal infantil de la patrulla de Dick Tracy » y hasta me pedí el kit por correo. Aprendí a espiar a todos los vecinos, les tomé las huellas dactilares a todos mis compañeros de clase de primero, entintaba a todos los que se me ponían a tiro, hasta me mandaron al despacho del director, « ¡Pero si soy un agente federal infantil! ¡Me conocen en Washington DC! ». Me castigaron a quedarme después de clase durante un mes, pero era con la señorita Keely y podía mirarle por debajo del vestido de vez en cuando, así que tampoco fue tan terrible.

—Qué espanto de niño.

—Eh, que eso pasó mucho antes de que inventaran las minifaldas...

—Escucha, Doc, los federales quieren saber qué hacías en Vegas.

—Fui de marcha con Frank y toda la panda, jugamos un poco a bacarrá, pero hay algo más importante aún: ¿qué pintaban allí tus dos amigos idiotas chuleando delante de mí con sus trajes baratos?

—Por favor. Pueden citarte a declarar. Tienen jurados de acusación permanentes que han llegado a procesar a un burrito de judías. Pueden hundirte en un mundo de angustia.

—¿Sólo para averiguar por qué fui a Vegas? Eso no suena muy rentable.

—O puedes contármelo a mí, y yo se lo diré a ellos.

—Tómalo como una pregunta de un agente infantil a otro: Penny, ¿qué sacas de esto?

Ella se puso seria.

—A lo mejor prefieres no saberlo.

—Déjame adivinar: no se trata de algo guay que van a hacer por ti, sino más bien de una putada que no te harán.

Ella le acarició la mano, en un gesto que hacía tan raras veces que parecía no saber bien cómo tocarle.

—Si por un momento pudiera creerme que...

—Que yo sería capaz de protegerte.

—A estas alturas, hasta una idea práctica sería bienvenida.

Medianoche, totalmente a oscuras, no recuerda si han vaciado la piscina o no, pero ¿qué mierda importa? Bota una, dos veces, luego salta desde la punta del trampolín y allá va, como una bala de cañón ciega.

—Seguramente ya sabrás que tus colegas tienen a Mickey Wolfmann.

—El FBI. —Tal vez hubiera un signo de interrogación al final, pero Doc no lo oyó. Ella entornó los ojos, y él vio que se le marcaba el pulso en la sien con tanta fuerza que uno de sus largos pendientes centelleó como una señal luminosa de advertencia—. Lo sospechamos, pero no podemos probar nada. ¿Puedes tú?

—Vi cómo se lo llevaban.

—Lo viste. —Ella pensó unos segundos, dando golpecitos a ritmo de banda de instituto sobre el mantel—. ¿Estarías dispuesto a declarar por mí?

—¡Claro, nena, faltaba más!... Esto, un momento, ¿qué significa eso?

—Tú, y o, una grabadora, tal vez otro ayudante del fiscal como testigo.

—Guau, incluso te cantaría unos compases de *That's Amore*. Lo que pasa es que...

—Muy bien, a ver, qué es lo que quieres tú.

—Tengo que echar un vistazo al expediente de alguien. Historia antigua, pero sigue sellado. Pongamos que hasta el año 2000.

—¿Sólo eso? No es gran cosa, lo hacemos a todas horas.

—¿El qué?, ¿abrir expedientes oficialmente sellados? Y yo aquí, con tanta fe en el sistema.

—A este paso, estarás preparado para el examen de acceso al Colegio de Abogados cualquier día. Escucha, ¿te importa que vayamos a mi casa? —y al instante, Doc, aunque habría apostado a que era imposible, tuvo una erección. Como si ella se hubiera dado cuenta, añadió—: Y podemos comprar una pizza de camino.

Hubo una época, durante su periodo de déficit de control de los impulsos, en que la respuesta de Doc habría sido: « Cásate conmigo ». Pero lo que ahora dijo fue:

—Te has cambiado de peinado.

—Me convencieron para que fuera a ver a un genio de los rulos de Rodeo Drive. Hace estas mechas, ¿ves?

—Chachi. Parece que hayas vivido en la playa durante un tiempo.

—Estaban promocionando un peinado Chica Surfista Especial.

—Pintiparado para mí —dijo Doc.

—¿Para quién si no, Doc?

En casa de Penny tardaron alrededor de minuto y medio en dar cuenta de la pizza. Los dos echaron mano a la vez al último trozo.

—Creo que es mío.

Penny soltó la pizza y dejó caer la mano, le agarró el pene y le dio un buen apretón.

—Y esto, según creo... —Alcanzó una caja donde guardaba algunos capullos asiáticos que él había olido desde que habían entrado en el comedor.

—Lía uno mientras voy a buscar un atuendo apropiado.

Él estaba retorciendo la punta del canuto cuando ella volvió sin llevar nada encima.

—Ya estamos.

—Dime, ¿seguro que no estás cabreado?

—¿Yo?, ¿cabreado?, ¿qué es eso?

—Ya sabes, si alguien por quien sintiera algo, aunque sólo fuera por acostarme con él de vez en cuando, me hubiera delatado al FBI, la verdad, me lo pensaría dos veces... —Doc encendió el canuto y se lo pasó—. Quiero decir que

—añadió de forma pensativa después de exhalar— si fuera mi picha, y una joven y creída fiscal se imaginara que iba a sacar algo así como así...

—Oh —dijo Doc—. Bueno, hay mucho de verdad en lo que dices... A ver, déjame...

—Ni lo intentes —gritó ella—, hippy de mierda colgado, quita la mano de ahí, ¿quién te ha dicho que puedes?, sal de mí..., ¿qué crees que...? —A esas alturas estaban follando, podría decirse, vigorosamente. Fue un polvo rápido, aunque no demasiado, pero sí lo bastante guarro y vulgar, con colocón incluido, y, de hecho, por un incalculablemente breve instante, Doc creyó que no iba a acabar, aunque se las arregló para no dejarse llevar por el pánico.

En circunstancias normales, Penny se habría levantado de un salto nada más acabar y se habría sumido en cualquier actividad del mundo real, y Doc se habría acercado al televisor a ver si por casualidad pillaba alguna de las eliminatorias de baloncesto, aunque esa noche jugaba la División del Este a lo mejor todavía no había terminado el partido. Pero en vez de eso, como si ambos apreciaran la importancia del silencio y el abrazo, se quedaron allí tumbados, volvieron a encenderse el canuto y se tomaron su tiempo fumándose hasta el final, aunque, dado su alto contenido en resina, casi se había consumido en cuanto tocó el cenicero. Sin embargo, demasiado pronto, como si la Realidad hubiera irrumpido en la habitación encendiendo las luces, echando un vistazo y diciendo « ¡Hrrrump! », y era la hora de las noticias de las once, acaparadas, como siempre, y para Penny cada vez más irritantemente, por las noticias del caso Manson, a punto de ir a juicio.

—Date un respiro, Bugliosi —gruñó a la pantalla mientras el fiscal principal ocupaba su par de minutos nocturnos diarios con las cámaras.

—Habría pensado que todo este rollo de antes del juicio te iba —dijo Doc.

—Sí, durante un tiempo. Me dejaron meter un par de declaraciones, pero aquello se parece mucho a unos niños subidos a una cabaña en un árbol. La única parte que aún me gusta es escuchar a esas chiquitas hippies contando cómo hacían todo lo que Manson les decía que hicieran. La historia amo-esclavo, ya sabes, ¿no te parece molón?

—¿Ah sí? Nunca me dijiste que te ponían esos jueguecitos, Penny, ¿quieres decir que todo este tiempo podríamos haber...?

—¿Contigo? Olvídalo, Doc.

—Qué...

—Bueno... —¿Lo que asomó en sus ojos era lo que llaman un brillo travieso? —. Eres casi lo bastante bajo, supongo. Pero, mira, no se trata sólo de la mirada hipnótica, el gran atractivo de Charlie es que está ahí delante, a la altura de los ojos, cara a cara con las chicas a las que domina. Puede que todo se reduzca a ese rollo de joder al Papi, pero lo verdaderamente perverso es que el Papi en cuestión no mide ni uno sesenta.

—Guau, tía, bueno..., podría hacer algo al respecto.

—Mantenme informada, en cualquier caso.

Emitieron publicidad sobre la película de última hora, que esa noche era *Godzilla contra Ghidrah, el dragón de tres cabezas* (1964).

—Eh, Penny, ¿piensas ir a trabajar mañana?

—Puede que a eso de mediodía. A menos que tengas una idea mejor, me parece que voy a quedarme frita.

—No, espera un momento, esto podría gustarte. —Intentó explicarle que esa película japonesa de monstruos era en realidad un remake del clásico para chicas *Vacaciones en Roma* (1953), y en ambas pelis aparecía una elegante princesa que visita otro país, donde conoce a un individuo de clase obrera del que se enamora, aunque, pese a vivir algunas aventuras juntos, al final tienen que separarse; sin embargo, en algún momento de la explicación, Penny se había arrodillado grácilmente, empezó a chuparle la polla, y sin darse cuenta estaban follando otra vez. Después, ya sentados en el sofá, empezó la película. Doc debió de quedarse dormido mediado el pase, pero hacia el final se despertó y descubrió a Penny sorbiéndose los mocos con un kleenex, cautivada finalmente por la parte romántica o humana del argumento.

El día siguiente era, como suele decirse, otro día, y cuando Doc se encontró en el Palacio de Justicia una vez más, sentado en una silla, comprada hacía mucho en un mercadillo de cosas usadas, ante el micro de una grabadora en un cubículo desordenado entre escobas, fregonas, artículos de limpieza y una antigua máquina enceradora de suelos que podría haberse montado con piezas de tanques de la segunda guerra mundial, empezó a preguntarse si la cariñosa Penny de la noche anterior no habría sido sólo una alucinación más producto de sus ilusiones. Para empezar, no paraba de llamarle Larry y evitaba su mirada. La testigo que trajo resultó ser, lógicamente, su colega de cubículo Rhus, cuya mirada fija se había intensificado por la noche, pasando de la suspicacia al aborrecimiento.

Doc relató para ellas lo que había visto en Vegas, tras pasarse antes por su despacho para recoger su cuaderno de notas, señal no tanto de su profesionalidad como de su flaca Memoria de Fumeta. Por alguna razón que se le escapaba, mostraron un excepcional interés por el traje blanco de Mickey. El corte de la solapa y demás. De confección o hecho a medida. ¿Y qué actitud mostraba?, quisieron saber. Aparte del FBI, ¿quién más había? ¿Quién parecía al mando?

—No sabría decirlo. Estaba la seguridad del casino, y todo tipo de civiles trajeados por allí, pero en cuanto a gente de la Mafia, si es ahí adonde queréis ir a parar, ¿llevaban fedoras negros, hacían comentarios a lo Eddie Robinson? No, por allí no había, no que yo sepa.

A Doc esos juegucitos de la fiscalía del condado le recordaban a los de una pulga queriendo pisar un elefante. Uno podía pillar al FBI sodomizando al presidente en el Lincoln Memorial a medio día y las fuerzas del orden locales tendrían que quedarse de brazos cruzados y mirando, más o menos asqueadas dependiendo del presidente que se tratara.

Por otro lado, nadie le preguntó por Puck Beaverton, y Doc no contó nada. De vez en cuando descubría a las dos ayudantes del fiscal intercambiándose miradas intencionadas. En razón de qué, no tenía ni idea. Por fin, la cinta se acabó y Penny dijo:

—Creo que hemos terminado. En nombre de la oficina del Fiscal del Distrito, muchas gracias por su colaboración, señor Sportello.

—Y muchas gracias a usted, señorita Kimball, por no agradecerérmelo mientras la cinta estaba en marcha. Y señorita Frothingham, si me permite decirlo, el largo de la falda que lleva hoy le sienta especialmente bien.

Rhus gritó, cogió una papelera galvanizada y se disponía a arrojarla a Doc a la cabeza cuando Penny intervino y la convenció de que saliera. Justo antes de desaparecer ella también, miró a Doc, señaló el teléfono e hizo un gesto de llamada. Sin embargo, quién iba a llamar a quién no le quedó tan claro.

El reloj que colgaba en lo alto de la pared y que a Doc le recordaba la escuela primaria de San Joaquín marcaba una hora que, sencillamente, no podía ser. Esperó a que las manecillas se movieran, pero no, de lo que dedujo que el reloj estaba estropeado y que seguramente llevaba años así. Lo cual era genial, porque hacía mucho Sortilège le había enseñado la esotérica habilidad de saber qué hora era mirando un reloj estropeado. Lo primero que tenía que hacer era encenderte un porro, cosa que en el Palacio de Justicia podría parecer raro, aunque no tanto en ese apartado cubículo que, quién sabe, a lo mejor hasta quedaba fuera de la jurisdicción de los estupas locales; y aunque sólo fuera por protección, se encendió también un puro De Nobili y llenó la habitación con una preventiva nube de humo del clásico favorito de la Mafia. Después de inhalar humo de maría durante un rato, volvió a levantar la mirada hacia el reloj y, como era de esperar, ahora marcaba otra hora, aunque también podía deberse a que Doc se hubiera olvidado de dónde estaban las manecillas antes.

Sonó el teléfono, descolgó y oyó a Penny:

—Ven a mi cubículo, habrá un paquete esperándote. —No le saludó ni le dijo hola ni nada.

—¿Estarás tú?

—No.

—¿Y esa como se llame?

—No habrá nadie más que tú. Tómate el tiempo que necesites.

—Gracias, nena, y, eh, a propósito, me preguntaba que si pudiera encontrarte una peluca al estilo de las chicas de Manson, ¿sería, no sé, un problema? —El

cambio en el sonido ambiente al colgar Penny despertó un eco que se alargó durante un rato—. Estaba pensando en un pelo como el de Lynette «Squeaky» Fromme, ya sabes, algo largo y rizado al mismo tiempo, y... Oh. Esto... ¿Penny?

Abajo, en el cubículo de Penny, esperando a Doc en una vieja caja de madera hecha polvo, decorado con todo tipo de pegatinas de alto-secreto, reposaba el expediente de la extraña historia de Adrian Prussia con el Código Penal de California, incluidas las numerosas veces que eludió el castigo por asesinato en primer grado. Doc se encendió un Kool, abrió la carpeta y empezó a leer, y al instante tuvo claro por qué el Departamento no quería que se divulgara nada de aquello. Lo primero que pensó es cuántos riesgos había asumido Penny al desvelar los documentos, puede que ni siquiera fuera consciente. Para ella no era más que un pedazo de historia antigua.

El nombre del detective X resultó ser Vincent Indelicato. Los abogados de Adrian habían alegado homicidio justificado. Su cliente, el señor Prussia, un hombre de negocios muy respetado, creyendo que alguien había irrumpido en su apartamento de la playa en Gummo Marx Way, había confundido al difunto con el enfurecido marido de una conocida y, jurando además que había visto un arma, disparó la suya. Nadie lamentaba más lo sucedido que el señor Prussia cuando descubrió que se había cargado a un detective del LAPD, una persona con la que de hecho se había cruzado alguna vez en el curso de sus negocios habituales.

El cuerpo fue identificado por el oficial que realizó la detención, compañero desde hacía muchos años del detective Indelicato, el teniente Christian F. Bjornsen.

—¿Qué coño está pasando aquí? —se preguntó Doc en voz alta.

El compañero de Bigfoot. El tipo con el que no iba estos días, del que no hablaba, o al que ni siquiera mencionaba por su nombre. El aire de melancolía obsesiva de Bigfoot empezaba a cobrar cierto sentido. Era el duelo, desde luego, y un duelo sincero.

Y dónde si no podrían haber tenido lugar los hechos más que en Gummo Marx Way, GMW, como se conocía en la zona, el mísero bulevar en que, tarde o temprano, acababa todo el mundo que vivía en el trecho de costa de Doc, aunque nadie que él conociera hubiera vivido allí o ni siquiera conociese a su vez a alguien que lo hubiera hecho. Pero de algún modo siempre estaba presente, y los habitantes de los pueblos playeros de la South Bay y otros lugares sabían que, en un momento u otro de sus vidas, deberían pasarse por allí. La casa de una novia cuyos padres psicópatas la querían de vuelta antes del toque de queda. Un camello escurridizo como una rata en lo alto de una palmera, cuyos clientes

menos cautelosos se encontraban dando usos al orégano y a los polvos de Bisquick para los que nunca estuvieron pensados. Un teléfono público en un bar desde el que un amigo de un amigo, en peligro y sin recursos, te había llamado, con la esperanza ya desvaneciéndose en su voz, a una hora intempestiva de la noche.

—Vale, espera un momento —murmuró Doc, puede que en voz alta—, es lo que hay, que, a ver, es... —El compañero de Bigfoot es asesinado por Adrian Prussia, con la aparente colaboración de miembros del Departamento. ¿Cómo reacciona Bigfoot? ¿Saca un pistolón del tamaño apropiado y unos cargadores de más y va a buscar a Adrian?, ¿pone una bomba en el coche del prestamista?, ¿opta por que quede todo dentro del LAPD y se embarca en una cruzada solitaria y no violenta por la justicia? No, nada de lo anterior, en lugar de eso lo que hace Bigfoot es..., es buscar a un investigador privado medio memo que siga figoneando en el caso, tal vez incluso con la torpeza necesaria para llamar la atención.

Y entonces ¿qué? ¿Qué esperaba Bigfoot que pasara? ¿Que alguien decidiera ir a por Doc? Chachi. ¿Y dónde estaría el anónimo y secreto compañero que le cubriría la espalda a Doc?

Como si buscara algo que sabía que no quería encontrar, Doc hojeó rápidamente las otras detenciones del expediente. Le quedó claro como el vodka que se guarda en el congelador que, fuera cual fuese la relación que había entre el LAPD y Adrian Prussia, él bien podría además trabajar para ellos como asesino a sueldo. Una y otra vez lo detenían, interrogaban, citaban a comparecer, acusaban, tanto daba..., por lo que fuera, los casos nunca llegaban a juicio, todos se negociaban en interés de la justicia, por no decir de Adrian, que de forma invariable salía bien parado. La idea revoloteó como en frágiles alas de polilla entrando y saliendo de la conciencia de Doc: la oficina del fiscal del distrito tenía que estar al tanto de todo, si es que no era directamente cómplice. A veces no había suficientes pruebas para un caso, o lo que había no lo admitiría un juez, o era demasiado circunstancial, o no se encontraba el cadáver, o una tercera persona se adelantaba y se autoinculpaba de un delito inventado como homicidio voluntario. Uno de esos solícitos primos en particular llamó la atención de Doc, uno que resultó ser nada menos que su viejo colega Boris Spivey, con el que había jugado a preguntas y respuestas en el aparcamiento, en la actualidad en fuga en algún lugar de Estados Unidos, con su novia Dawnette. De Pico Rivera. Curiosamente, tras cumplir condena reducida en el pabellón de baja seguridad de San Quintín, a Boris lo habían soltado y sin más empezó a trabajar directamente para Mickey Wolfmann. Lo que le convertía, junto con Puck, en el segundo antiguo alumno de AP Finance que Doc conocía que había estado a sueldo de Mickey. ¿Es que Adrian Prussia dirigía también una agencia de talentos?

Doc estaba a punto de cerrar la carpeta e ir a buscar una máquina de

cigarrillos cuando algo más reciente le llamó la atención. Era una fotografía con mucho brillo que no aparecía como información adjunta de nada, como si la hubieran metido ahí al desgaire. Mostraba a un grupo de hombres en un muelle junto a una caja abierta del tamaño aproximado de un ataúd, lleno de billetes estadounidenses. Entre ellos estaba Adrian Prussia, con una versión aproximada de un atuendo de marinerito de yate, sosteniendo en alto uno de los billetes y esbozando esa sonrisa de comemierda que le había ganado el cariño de tantos. Era un billete de veinte y le pareció extrañamente familiar. Doc rebuscó en su bolsa de flecos hasta que encontró una lupa Coddington y miró a través de ella la fotografía entrecerrando el ojo. « ¡Ajá! », lo que había pensado. Era aquel dinero de pega de la CIA con el busto de Nixon otra vez, como los billetes que Sauncho y sus colegas habían pescado de las aguas. Y, al fondo, oscilando en calma y anclada en una bahía sin nombre, levemente desenfocada, como si se viera a través de los velos del otro mundo, la goleta *Colmillo Dorado*. Había una fecha en el dorso de la foto. Hacía menos de un año.

De vuelta a la playa, Doc se pasó por las oficinas de Hardy, Gridley and Chatfield. Sauncho estaba allí, aunque, en aquel momento, mentalmente ausente, pues la noche anterior había visto *El mago de Oz* (1939) en un televisor en color.

—¿Sabías que empieza en blanco y negro? —informó a Doc con cierta angustia—, ¡pero luego cambia al color! ¿Te das cuenta de lo que significa eso?

—Saunch...

Como si nada.

—... el mundo en el que vemos vivir a Dorothy al principio de la película es blanco y negro, de hecho más marrón que negro, pero ella se cree que lo ve todo en color, el mismo color normal, el de todos los días, en que nosotros vemos nuestras vidas. Luego el ciclón se la lleva y la arroja al País de los Munchkin, ella sale por la puerta y de repente nosotros vemos que el blanco y marrón pasa a technicolor. Pero si nosotros lo vemos así, ¿qué ve Dorothy? ¿En qué se ha transformado su «color» normal de Kansas? ¿Eh? ¿En qué extrañísimo hipercolor, tan alejada de nuestro color cotidiano como el technicolor del blanco y negro...? —y así sucesivamente.

—Sé que debería... inquietarme, Saunch, pero...

—Como mínimo, la cadena debería haber avisado —dijo Sauncho, bastante indignado a esas alturas—. El País de los Munchkin ya es raro de por sí, sin tener que aumentar la confusión del espectador, y creo que ahí hay una buena demanda colectiva contra la MGM, así que voy a presentar el caso en la siguiente puesta en común semanal de este bufete.

—Bueno, ¿puedo preguntarte algo que tiene cierta relación con esto?

—Te refieres a Dorothy y el...

—Bueno..., algo así. Te acuerdas de aquel alijo de billetes de Nixon que sacasteis del mar. Acabo de ver por casualidad una fotografía de un prestamista llamado Adrian Prussia posando al lado de una caja llena del material. Puede que del mismo lote que encontrasteis, puede que no. ¿Hizo alguien un seguimiento de lo que le pasó después de que lo recuperarais?

—Me gustaría creer que está a buen recaudo en un almacén de pruebas federal de alguna parte.

—Te gustaría, pero...

—Bueno, durante un buen rato, en la cubierta del barco, la cosa se desmadró un poco... Los federales son como todos los demás, uno no puede esperar que vivan de sus salarios.

—Lo raro de esa fotografía es..., es que parece que todos acaban de desembarcar del *Colmillo Dorado*, o puede que estén a punto de subir a bordo.

—Genial. Y a ver, dime otra vez qué tiene eso que ver con Dorothy Gale y su forma de ver el color.

—¿Qué?

—Dijiste que esa foto que viste tenía «cierta» relación.

—Oh. Oh, bueno estaba tomada con ese..., ese extraño proceso de color. Sí, daba la misma impresión que los colores que ves cuando vas de ácido.

—Buen intento, Doc.

Con la intención de pasarse por su oficina, Doc dejó la Marina por Lincoln Boulevard, cruzó el arroyo y siguió por Culver hasta Vista del Mar. Ya en el aparcamiento, sintió que pasaba algo raro, no sólo por el silencio del edificio al atardecer sino también por la conducta de Petunia.

—Oh, Doc, ¿de verdad tienes que subir ahora mismo? Hace siglos que no mantenemos una de nuestras interesantes charlas.

Estaba seductoramente sentada en una especie de taburete alto de bar junto a la mesa de recepción, y a Doc no se le escapó que su atuendo lila de ese día no parecía incluir ropa interior a juego, de hecho ni a juego ni de ningún otro color. Fue una suerte que él llevara gafas de sol, lo que le permitió mirar más tiempo del normal.

—Esto, Petunia, ¿acaso estás diciéndome que tengo visitas esperando?

Ella bajó la mirada y la voz.

—No exactamente.

—¿No son exactamente visitas?

—No están exactamente esperando.

La puerta de arriba, sin cerrar con llave, estaba un poco entreabierta. Doc se agachó y sacó el pequeño Magnum de cañón romo de la tobillera, aunque no hacía falta aguzar mucho el oído para saber qué estaba pasando dentro. Se deslizó

con sigilo al otro lado de la puerta y lo primero que vio fue a Clancy Charlock y a Tariq Khalil en el suelo de su oficina, follando.

Al cabo de un rato, Tariq levantó la mirada.

—Eh. Doctor Sportello, el hombre que buscaba. ¿Todo bien?

Doc levantó las gafas de sol y fingió examinar la escena.

—Yo diría que sí, pero, visto lo visto, tú deberías saberlo mejor que yo...

—Lo que quiere decir —aclaró Clancy desde algún lugar de abajo— es que si te molesta que usemos tu oficina. —Según parecía, mientras Doc estaba en Vegas se habían presentado ahí cada uno por su lado, buscándole, y Petunia decidió que hacían una pareja muy mona, así que les dio una llave. Doc se disculpó y bajó con la intención de tener unas palabras con Petunia, en especial sobre el sentido de « mona » .

—Sé que tienes alma de alcahueta, Petunia, y por lo general soy partidario de cualquier tipo de intimidad, pero no entre elementos implicados en un caso en el que estoy trabajando. Se pierde demasiada información...

Y así siguió. Aunque de poco servía todo eso frente al brillo tal vez un punto desquiciado en la mirada de Petunia.

—Pero ya es demasiado tarde, ¿no lo ves? ¡Están enamorados! Yo sólo soy el canalizador kármico. Tengo el don para saber quién puede formar pareja y quién no, y nunca me equivoco. Incluso me he quedado hasta tarde no sé cuántas noches para sacarme un título en Consejera de Relaciones y así poder contribuir por poco que sea a la suma total de amor en el mundo.

—¿La suma total de qué?

—Oh, Doc. El amor es lo único que nos salvará.

—¿A quién?

—A todo el mundo.

—¡Petun-ya! —gritó el doctor Tubeside desde algún rincón del fondo del despacho.

—Bueno, a él quizá no.

—Me parece que me vuelvo arriba a ver si siguen allí...

Tras llamar con suavidad un par de veces a la puerta de su oficina, Doc asomó la cabeza con cautela por la rendija y esta vez vio a Tariq y a Clancy con la ropa puesta otra vez, jugando la mar de tranquilos una partida de gin rummy y escuchando un álbum de la Bonzo Dog Band que Doc no sabía que tuviera. Obviamente, la alucinación tal vez no fuera ajena al momento, pero, bien pensado, si eso estaba sucediendo en realidad, lo único que tenía que hacer un fumeta como él era mirarlos para ver si el elemento que compartían todos, Glen Charlock, había cobrado presencia y energía, como un fantasma que se va materializando poco a poco.

Clancy vio a Doc y le susurró algo a Tariq. Dejaron las cartas en la mesa y Tariq dijo:

—Nos imaginábamos que aparecerías en algún momento, tío.

Doc se acercó a la cafetera eléctrica y empezó a preparar café.

—Tuve que ir a Las Vegas —dijo—. Creí que buscaba a Puck Beaverton.

—Clancy mencionó algo. ¿Hubo suerte?

—Casi nada. —Doc se encogió de hombros—. Era Vegas.

—Está cabreado —dijo Clancy.

—No lo estoy.

—Quería hablar contigo de Glen —dijo Tariq.

—Yo también —añadió Clancy.

Doc asintió, rebuscó un cigarrillo por su camisa, salió con los dedos vacíos.

—Toma —dijo Clancy.

—¿Virginia Slims?, ¿qué es esto? —Pero Clancy sostenía en alto su encendedor, como una Estatua de la Libertad—. Vale, vale —dijo Doc—, al menos es mentolado.

—Debería haberte contado toda la historia —dijo Tariq—. Ahora es demasiado tarde, pero tendría que haberme fiado más de ti.

—Un detective blanco al que no conocías, ¿y no te fiabas de mí? Guau, ahora sí estoy cabreado.

—Tienes que contárselo —le dijo Clancy a Tariq.

—Pero... —Doc se acercó a echar un vistazo a la cafetera—. Espera un momento, tío, ¿no dijiste que habías jurado guardar silencio al respecto?

—Eso no cuenta —dijo Tariq—. Antes creía que sí, pero Pucky y los otros nazis también juraron protegerse unos a otros pasara lo que pasase y fijate de qué le sirvió a Glen. ¿Y se supone que soy yo el que ha de respetar esa mierda? Ahora no estoy obligado a nada. Si no les gusta, a ver hasta dónde son capaces de llegar.

—Muy bien. Entonces, ¿qué era lo que te debía Glen exactamente?

—Primero tienes que hacer un juramento.

—¿Cómo? Acabas de decir que eso eran memeces.

—Sí, pero tú eres un blanquito. Tienes que firmar con tu sangre, sangre de verdad, que no se lo dirás nunca a nadie.

—¿Sangre?

—Clancy lo hizo.

—Estoy en mitad de la regla, cariño —señaló ella.

—En ese caso... ¿me dejas una poca de la tuya? —se preguntó Doc.

—Anda ya, a la mierda. —Tariq se encaminó a la puerta.

—Un tipo emocional, ¿eh? —Doc se acercó al fichero y sacó su reserva de maría de emergencia. Porque, si eso no era una emergencia, ya me dirás qué...

Cuando iban por el segundo canuto, o puede que el tercero, todos empezaron a relajarse. Tariq habló de lo que Glen y él habían hecho juntos cuando estaban en chirona.

Era complicado. El agravio original había sido entre dos facciones chicanas,

Nuestra Familia, que tenía su base en el norte de California, y los Sureños, que eran de por aquí, del sur. Por entonces, entre la población carcelaria, se movía un soplón conocido como El Huevoncito, que había hecho daño a muchos internos, negros, blancos y también chicanos. Todo el mundo odiaba a aquella rata, todo el mundo sabía que tenían que cargárselo, pero, por razones de historia de las bandas, condenadamente enrevesadas sobre todo si fumabas hierba, nadie de los presos chicanos, ni del norte ni del sur, podía ocuparse como era debido, así que le pasaron el trabajito a los Hermanos Arios, que en aquel momento tenían por casualidad una vacante para un nuevo miembro e intentaban reclutar a Glen Charlock. Una parte de la iniciación consistía en que el nuevo tenía que matar a alguien. A veces, rajarle la cara bastaba, pero eso solía implicar que te perseguirían para vengarse, así que era mejor, explicó Tariq, matarlo y acabar de una vez por todas.

Glen quería entrar en la Fraternidad, pero no quería matar a nadie. Sabía que la cagaría de una forma u otra y que lo pillarían, porque era lo que le pasaba siempre, y, si no se lo cepillaban al momento los secuaces de El Huevoncito, seguro que se ganaba un viaje al interior del estado hasta la Sala Verde de San Quintín, donde se llevaban a cabo las ejecuciones, o acababa enchironado de por vida, cuando lo único que de verdad deseaba, a veces desesperadamente, era salir a la calle. Por otro lado, los Hermanos se estaban poniendo muy pesados con el asunto. De manera que Glen decidió buscar a alguien para subcontratar el trabajo, y así llevarse el mérito entre los Hermanos pero librarse de las represalias de todos los demás.

Tariq gozaba de reputación como artista del punzón al que nunca pillaban, pero acercarse a él requería más cautela de la que Glen solía hacer gala. Blancos y negros no tenían por costumbre mezclarse, ni tampoco se les animaba a ello.

—Parece divertido —admitió Tariq—, pero te costará mucho. Si no me equivoco, más de lo que tienes o es probable que llegues a tener en tu vida.

Y era verdad hasta ahí, con la salvedad de que Glen contaba con algunos contactos excepcionales en la calle, aunque se cuidaba de no compartir esa información a menos que no le quedara más remedio. En ese momento le pareció que no le quedaba otra.

—¿Cómo querrás el pago?, ¿en efectivo?, ¿en chocolate?, ¿en tías? —Tariq se limitó a clavarle la mirada—. Anda, échame una mano: ¿en sandías?

Tariq calibró si tomárselo a malas, se encogió de hombros e hizo un gesto mínimo con el dedo con que se aprieta el gatillo para indicar armas de fuego.

—Mira por donde. Resulta que mis amigos están especializados en esa rama. ¿De qué cantidad estamos hablando?

—Oh, de la que sirva para pertrechar a, pongamos, entre un pelotón y una compañía de negros.

Glen miró a su alrededor por si les escuchaba alguien.

—No lo querrás aquí dentro, ¿verdad que no, tío?

—Mierda, no; soy un chico malo, no tonto. Pero todos tenemos amigos fuera, y a los míos les vendrían bien ahora mismo.

—¿Muy pronto?

—Tan pronto como quieras que los otros blanquitos te la chupen agradecidos.

Un borrón, una sombra, pasó a su lado, y ni Tariq ni Glen estuvieron muy seguros de lo que habían visto, pero sabían quién era.

—Una rata que corre a su madriguera —dijo Glen.

—Significa que hemos paseado y hablado demasiado. Más vale que a partir de ahora cortemos rápido.

Al poco, El Huevoncito, descanse en paz, fue encontrado misteriosamente muerto tras un cacheo por la mañana temprano en el pabellón de Tariq, lo que le dio a éste una coartada perfecta y nunca levantó sospechas. A Glen, que también pudo justificar dónde estaba a esas horas, tampoco se le consideró sospechoso, aunque se preocupó de pedir ayuda a los Hermanos para deshacerse de un punzón del comedor en el que previamente había vertido un poco de su propia sangre. Y así lo aceptaron en la Fraternidad Aria y, poco después de la liberación de Tariq, él también salió a la calle y se encontró con una oferta de trabajo de Mickey Wolfmann.

Y tal como fueron las cosas, por razones logísticas, la gente de Tariq, la Milicia Armada Negra de Guerreros Anti-Hombre (MANGAH), tuvo que esperar porque Glen se demoraba en cumplir su parte del trato entregando las armas ligeras y los tipos empezaron a ponerse nerviosos.

—Eso fue más o menos cuando vine a verte —dijo Tariq.

—Me hago una idea de por qué no querías dar demasiados detalles —dijo Doc—. A lo mejor debería haber hecho ese juramento.

—Me han dicho que te han estado dando por culo los del FBI local, los colegas de cama del Hermano Karenga.

—Sí, pero no pude contarles gran cosa porque no sabía nada de esto. Ahora supongo que tengo que empezar a preocuparme por la Brigada Antirrojos y también por los de la DIDP.

—¿Cómo es posible?

—Verás, técnicamente, se trata de una rebelión armada negra, ¿no?, lo que nos lleva de lleno al fantabuloso mundo de colores tipo Charles Manson, y en el LAPD hay suficientes idiotas que se toman en serio al viejo Charlie cuando empieza a gritar sobre ese rollo.

—Sí, en la oficina de la MANGAH también, ya he visto las camisetas y toda esa mierda. Como las fotografías de las fichas policiales de Manson con un peinado afro pintado con aerógrafo superpuesto, son muy populares.

—¿Y qué me dices de Lynette «Squeaky» Fromme?

—Sí, menudo culo tiene esa zorra.

—No, me refería a las camisetas de Squeaky, en las que lleva un peinado afro.

—Oh..., que yo sepa no hay. ¿Quieres que te busque una?

—Pues mira, sí, y también otra con Leslie van Houten, ¿qué me dices?

—Queridos amigos —murmuró Clancy.

—Muy bien —dijo Doc—, en ese caso..., supongo que lo que de verdad me interesa que me cuentes es quiénes eran esos «amigos» de Glen que estaban organizando lo de las armas.

—Una panda de dentistas blanquitos de la parte baja de Sunset. Que trabajan en un edificio raro como el culo que parece un diente gigante.

—Oh, oh. —Doc procuró no delatar el vacío que se le acababa de abrir en el alma—. Bueno. Se me ocurren un par de sitios donde echar un vistazo.

Se plantearon preguntas. Como, básicamente, qué coño estaba pasando aquí. Si Glen tenía desde el principio «amigos» en el Colmillo Dorado, ¿qué pintaba en chirona? ¿Estaba pringando por algún otro, algún personaje de más alto nivel en la organización del Colmillo? ¿Lo habían sembrado allí como una semilla, el infiltrado del Colmillo dentro, como si tuvieran un plan maestro para situar a sus agentes en todas las áreas de la vida pública? ¿Y hasta qué punto estaba implicado el Colmillo en el asesinato de Glen? ¿Era Glen otro Rudy Blatnoyd, había tocado un punto de acupresión jamás cartografiado en el misterioso cuerpo del Colmillo Dorado que resultó tan molesto que tuvieron que cargárselo?

¿Y eran las respuestas de elección múltiple?

A esas alturas había oscurecido y todos tenían hambre, así que acabaron en el Plastic Nickel de Sepúlveda. Dentro, las paredes estaban decoradas con reproducciones de plástico plateadas de las caras de la moneda de cinco centavos de Estados Unidos, cada una del tamaño aproximado de una pizza gigante. Un seto artificial de unos sesenta centímetros de altura, muy verde y también de plástico, separaba las hileras de apartados. Multitudes de desconocidos especialistas en montaje de setos habían encajado miles de pequeñas ramitas con hojas modulares de imitación ensamblándolas en formas de una complejidad casi infinita para crear esa maleza extrañamente entretenida. Con el paso del tiempo, se habían ido perdiendo todo tipo de objetos en su interior, entre ellos colillas de canuto, pinzas de colilla y pipas de hachís, calderilla, llaves de coches, pendientes, lentes de contacto, diminutos paquetes de papel satinado para coca y heroína y demás. La vida por debajo, pongamos, de un gramo. Se sabía que había habido clientes que se pasaban horas, mientras se les enfriaba el café, revisando cuidadosamente el seto centímetro a centímetro, sobre todo si habían tomado *speed*. De vez en cuando, avanzada la noche, se veían interrumpidos por una de las imágenes de plástico colgadas en la pared, cuando Thomas Jefferson giraba el perfil izquierdo hasta mirar de frente, se desataba la cinta que le sujetaba el pelo atrás, se lo sacudía inundando el escenario de un delirante halo

pelirrojo a todo color, y hablaba a fumetas seleccionados, por lo general citando la Declaración de Independencia o la Carta de Derechos, soltándoles citas que de hecho habían resultado de gran ayuda en numerosas defensas ante la ley centradas en cuestiones como el registro y el decomiso. Esta noche esperó hasta que Clancy y Tariq se dirigieron juntos a los lavabos, entonces se volvió rápidamente hacia Doc y dijo:

—¡Y bien! El Colmillo Dorado no sólo trafica con la Esclavitud, también difunde los instrumentos de la Liberación.

—Eh..., pero como padre fundador, ¿no te saca un poco de quicio toda esa cháchara del apocalipsis negro?

—El árbol de la Libertad tiene que renovarse de vez en cuando con la sangre de patriotas y tiranos —respondió Jefferson—. Es su abono natural.

—Ya, ¿y qué pasa cuando los patriotas y los tiranos son la misma gente? —dijo Doc—, como, mira, ahora tenemos este presidente que...

—Mientras sangren —explicó Jefferson—, que más da. Entretanto, ¿qué vas a hacer con la información que acaba de proporcionarte el señor Khalil?

—Veamos, ¿cuáles son las opciones? Acudir al FBI y chivarme de Tariq y la MANGAH. Azuzar a los federales contra el Colmillo Dorado, después de haber advertido a Tariq con tiempo para que aleje el culo. Contárselo todo a Bigfoot Bjornsen y dejarle que lo presente a la DIDP o a quien sea, y que ellos se encarguen. ¿Me dejo algo?

—¿No empiezas a ver un hilo que une todo esto, Lawrence?

—¿Que no me puedo fiar de ninguno de ellos?

—Ten presente que el trato de venta de armas de Glen no llegó a realizarse. Así que en realidad no estás obligado a contarle nada a nadie. No obstante, lo que sí tienes que hacer es... —De repente se calló y volvió a su perfil con coleta.

—Hablando solo otra vez —dijo Clancy—. Tienes que encontrar el verdadero amor, Doc.

Pues la verdad, pensó, me conformaría con encontrar la forma de salir de ésta. Sus dedos, con voluntad propia, empezaron a deslizarse hacia el seto de plástico. Tal vez si buscaba el tiempo suficiente, hasta una hora avanzada de la noche, daría con algo que le ayudara, algún resto diminuto y olvidado de su vida que ni siquiera sabía que había perdido, algo que ahora lo cambiaría todo. Dijo:

—Me alegro por ti, Clancy, pero ¿qué fue de aquello de dos a la vez?

Ella echó la cabeza hacia atrás para señalar a Tariq, que se les acercaba de vuelta.

—Doc, este hombre es *al menos* dos a la vez.

De vuelta en casa, Doc se encontró a Scott y Denis en la cocina, investigando la nevera, tras haber entrado por la ventana del callejón después de que Denis, un poco antes, cuando estaba en su apartamento, se hubiera quedado dormido, como solía pasarle, con un canuto en la boca; sólo que esta vez, el porro, en lugar de caerle sobre el pecho, quemándolo y despertándolo, siquiera a medias, se había deslizado rodando hasta acabar entre las sábanas, donde no tardó en empezar a arder sin llama. Al cabo de un rato, Denis se despertó, fue al baño con la intención de darse una ducha, y empezó a mojarse. En cierto momento, las llamas prendieron en la cama y subieron inflamadas hasta el techo, justo en el punto por encima del cual estaba la cama de agua de su vecino Chico —afortunadamente, sin él tumbado—, que al ser de plástico se fundió por el calor y soltó casi una tonelada de agua a través del agujero que ya se había quemado en el techo, con lo que se apagó el incendio en el dormitorio de Denis y convirtió el suelo en una especie de piscina infantil. Denis volvió tambaleándose del baño e, incapaz de explicarse lo que veía, confundió además a los bomberos, que acababan de llegar, con la policía, y se marchó corriendo por la calle hasta la casa de la playa de Scott Oof, donde intentó describirle lo que había pasado, que se resumía básicamente en un sabotaje deliberado de los Boards, que no habían parado de conspirar contra él.

Doc encontró un puro White Owl, del cual había extraído la mayor parte de su contenido y lo había sustituido con sinsemilla de Humboldt, lo encendió y empezó a pasarlo.

—No sé cómo pudieron ser los Boards, tío, de verdad —exhaló Scott.

—Eh, que los vi —insistió Denis—, el otro día, merodeando por el callejón.

—Ésos sólo eran el bajo y el batería —dijo Scott—, estábamos dando una vuelta. Va a haber un concierto gratuito en el Will Rogers Park, lo llaman Surfadelic Freak-In, y los Boards quieren que los Beer les hagan de teloneros.

—Chachi —dijo Doc—, felicidades.

—Sí, ya —añadió Denis—, si no fuera porque son totalmente malignos, claro.

—Bueno, sí, tal vez sea el sello con el que han firmado —reconoció Scott—, pero...

—Hasta Doc piensa que son zombis.

—Seguramente es verdad —dijo Doc—, pero uno no siempre puede culpar a

los zombis de su estado, no es como si hubiera asesores de orientación laboral que anduvieran por ahí diciendo: «Eh, chico, ¿te has planteado alguna vez tus oportunidades profesionales con los no muertos?».

—El mío me dijo que debería dedicarme al mundo inmobiliario —dijo Scott—, como mi madre.

—Tu madre no es una zombi —señaló Denis.

—No, no lo es, pero deberías ver a algunos de sus colegas del negocio...

—Pues examínala regularmente buscando mordiscos —le aconsejó Doc—, que es como se transmite.

—¿Alguien entiende por qué le llaman «bien» inmueble? —se preguntó Denis, que se estaba liando un canuto.

—Eh, Doc —se acordó Scott—, vi a ese Coy otra vez, el que tocaba con los Boards, el que supuestamente estaba muerto pero luego no lo estaba.

Doc estaba tan pedo que casi no pudo preguntar:

—¿Dónde?

—En Hermosa, haciendo cola fuera del Lighthouse.

Comentario que mandó a Doc al Retrete de la Memoria, a los tiempos en que Shasta y él empezaban a salir, las veladas holgazaneando delante del Lighthouse Café, cuando ninguno de los dos podía permitirse sus precios, escuchando el jazz que salía de dentro y comiendo los perritos calientes del famoso puesto de Juicy James que había al doblar la esquina, en cuyo rótulo se veía un perrito caliente gigantesco con cara, brazos y piernas, sombrero y atuendo de *cowboy*, disparando un par de revólveres de seis tiros y con toda la pinta de estar pasándose en grande. Los domingos había siempre una *jam session*. Los músicos de estudio se presentaban con los coches que se habían comprado con su primer buen sueldo, los coches que recuperarían en los años venideros de los depósitos de vehículos embargados, que sacarían con grúas de aludes de lodo, que mantendrían a salvo de los estragos de los abogados de divorcio, de los que conservarían todas las piezas de repuesto originales para las reventas que nunca llegarían, fantasías de los tiempos en que nacían los deseos, Morgan de la sala de exposición de Westwood con capós sujetos con tiras de cuero, Cobras 289 y Bonneville del 62, y aquel sobrenatural DeSoo en el que James Stewart, tras haber doblado la curva del amor, persigue a Kim Novak en *Vértigo* (1958).

En Ojai, Doc y Coy se habían separado en extrañas circunstancias, cuando el segundo se desvaneció abruptamente en el anochecer, medio irritado, medio desesperado, después de que Doc medio le prometiera, por decir algo, que buscaría algún modo de que Coy se librara de los contrasubversivos que lo controlaban. Exceptuando el rápido vistazo que Bigfoot le permitió dar al expediente de Coy del LAPD, Doc no había hecho grandes avances, de modo que tenía motivos para sentirse culpable, porque técnicamente se suponía que también estaba trabajando para Hope.

Así que pensó en darse una vuelta hasta la Pier Avenue. Las palmeras a lo largo del Strand proyectaban sombras a través de la niebla, que despedía su habitual olor químico; el rótulo de Juicy James resplandecía alegre y borroso a cierta distancia indeterminada, y allí, delante del Lighthouse, claro, estaba Coy, entre la irregular cola de *hipsters* que movían la cabeza siguiendo la música, que hoy era de Bud Shank acompañado de una sección rítmica.

Doc aguardó a una pausa entre canciones y dijo, qué hay, temiendo presenciar otro numerito del Hombre Invisible, pero en ese momento Coy tenía la pinta de un marinero de permiso en tierra, deseoso de vivir a fondo el momento hasta que tuviera que volver al estado de servidumbre.

—Pude tomarme el día libre. —Eché un vistazo a la luz sobre el océano—. Pero alguien podría pensar que voy a desertar.

—¿Necesitas que te lleve de vuelta a Topanga? Siempre y cuando no tenga que entrar contigo, claro.

—Oh, eso ya está arreglado. Ahora todo va bien.

—¿Qué ha pasado?, ¿han hecho a Drácula miembro de la banda?

—En serio. Fueron las chicas. Ninguna de ellas podía soportarlo más, así que se reunieron, pusieron dinero y contrataron a un exorcista. Un sacerdote budista del templo que hay en el centro de la ciudad. Vino un día, hizo sus cosas, y ahora los Boards y la casa están oficialmente deszombificados. Le hicieron un contrato de mantenimiento para que realice comprobaciones psíquicas del perímetro.

—¿Y no te reconoció de golpe algún miembro de la banda?

Se encogió de hombros.

—Es posible. Pero ya no importa tanto como antes.

Cuando llegaron al coche, la bruma se había espesado. Doc y Coy se subieron a él, Doc puso en marcha los limpiaparabrisas para que dieran un par de pasadas y luego fueron por la Pier Avenue.

—¿Puedo birlarte un pitillo? —preguntó Coy. Doc le alcanzó el paquete que llevaba en el salpicadero, empujó el encendedor hacia él y giró a la izquierda para entrar en la Pacific Coast Highway—. Eh, ¿qué es ese botón de ahí?

—¿Qué?, ah, más vale que no lo toques, es el... —Se vieron sumergidos en las reverberaciones que estremecían hasta los huesos de *Interstellar Overdrive*, de Pink Floyd. Doc encontró el mando del volumen... el Vibrasonic. Ocupa la mitad del espacio del maletero, pero está ahí cuando lo necesitas.

Al pasar por debajo de la pista de aterrizaje del aeropuerto, perdieron la música un momento y Doc dijo:

—Entonces, ¿los Boards ya no son tan perversos?

—Bueno, puede que anden un poco confusos de vez en cuando. ¿Conoces a algún grupo al que no le pase?

—¿Has vuelto a tocar con ellos?

—En eso estoy. —Doc supo que le diría algo más—. Mira, siempre he

necesitado creer que no era un mierda, que yo le importaba a los demás. Cuando me llamaron de California Vigilante fue algo así como, eh, alguien ha estado observándome todo este tiempo, alguien que quiere algo de mí, algo que yo ni siquiera sabía que tenía...

—Un don —le dijeron— para proyectarte en personalidades alternativas, infiltrarte, recordar, informar de lo visto.

—Un espía —tradujo Coy—, un soplón, una comadreja.

—Un actor muy bien pagado —respondieron—, y sin tener que aguantar a groupies ni a paparazzi ni a públicos que no se enteran de nada.

Significaría dejar la heroína, o al menos el tipo de adicción que tenía entonces. Le contaron historias sobre yonquis que habían conseguido controlar su adicción. La técnica se denominaba «la Disciplina Superior», más exigente que la disciplina militar, la deportiva o la religiosa a causa del abismo que tenía que salvar con éxito cada momento del día. Le presentaron a algunos de esos yonquis trascendidos, y le dejó pasmado su energía, su color, el vigor de sus pasos, la viveza mental cuando improvisaban. Si Coy era capaz de cumplir con sus expectativas o superarlas, recibiría, además, el incentivo añadido de una dosis anual de Percodan, considerado entonces como el Rolls-Royce de los opiáceos.

Claro que eso significaba abandonar a Hope y Amethyst para siempre. Pero nadie en casa, se recordaba una y otra vez, había sido feliz desde hacía ya mucho tiempo, y los Vigilas se comprometieron a mandar a Hope una gran suma, dejando bastante claro que procedía de Coy. Tendría que parecer algo que les hubiera legado en testamento, porque para llevar a cabo este trabajo debería asumir una o más identidades distintas, y la vieja identidad de Coy Harlingen tenía que dejar de existir.

—¿Simular mi muerte? Bueno, y qué sé, tío, eso es un karma muy chungo. No sé si me apetece lo que Little Anthony & the Imperials llamaban «tentar la mano del destino», no sé si me entiendes.

—¿Por qué pensar en esto como si se tratara de la muerte?, ¿por qué no verlo mejor como una reencarnación? A todo el mundo le gustaría tener otra vida. Aquí está tu oportunidad. Además, será divertido, podrás asumir riesgos sin parangón siquiera en el excitante mundo de la adicción a la heroína, y la paga es mucho, muchísimo mejor que la tarifa mínima de músico sindicado, en el improbable caso de que la cobraras.

—¿Podré ponerme dientes nuevos?

—¿Una dentadura postiza? Puede arreglarse.

En el trato le aseguraron que también participaba el camello de Coy, El Drano, quien proporcionaría una Blanca China sin cortar, especialmente letal, que se encontraría en la escena de la sobredosis. A Coy le instruyeron para que utilizara sólo la dosis justa para parecer creíble en la sala de urgencias, pero no tanto como para que lo matara.

—No es que fuera mi parte favorita del lío —le confesó Coy a Doc—. Me decía: más vale que esta vez no la cague. Más vale que no pierda la cabeza, que controle, pero claro, no lo hice. Tal como fue, poco me faltó para palmarla.

—¿De dónde sacó tu camello la heroína? —preguntó Doc, más por seguirle la corriente que por otra cosa.

—De una pandilla de tipos duros que te la traen directamente, no del contacto con el que solía tratar de forma habitual El Drano. Fueran quienes fuesen, lo habían acojonado, aunque él sólo era el tipo que servía de tapadera, y únicamente participaba para impedir que siguieran el rastro hasta esa otra fuente. Pero no paraban de repetirle: «jamás digas una sola palabra». Silencio, eso era lo que les importaba. Así que cuando el otro día apareció flotando en el canal, ya sabes, yo, claro, no pude dejar de hacerme preguntas.

—Pero pudo ser cualquier cosa —dijo Doc—, tenía todo un historial.

—Es posible.

Con el tiempo, como tantas otras almas regeneradas antes que él, pasó más de un mal rato en el programa para dejar la heroína de Chryskylodon, en comparación con el cual, las visitas al Taller de Mantenimiento de la Sonrisa de Rudy Blatnoyd, Doctor en Odontología, parecían casi unas vacaciones. La dentadura nueva implicó también una nueva embocadura para el saxo, y eso requirió así mismo un tiempo de ajuste, pero al final, una noche se encontró en un retrete del LAX, pasando notas comprometedoras en papel higiénico por debajo de la pared a un legislador del estado con anhelos sexuales secretos a quien los Vigilas querían tener, como decían ellos, «en el equipo». Después de esa —supuso— prueba, las misiones fueron haciéndose cada vez más exigentes: la preparación a veces incluía la lectura de Herbert Marcuse y del presidente Mao e incluso comprender los textos, además de sesiones diarias de entrenamiento en un dojo en Whittier, formación en la pronunciación dialectal de las afueras de Hollywood y clases de conducción evasiva en Chatsworth.

Coy no tardó en darse cuenta de que los patriotas que lo dirigían eran a su vez dirigidos por otros más poderosos, que parecían creerse con el derecho de jugar con las vidas de todos los que no eran tan buenos y listos como ellos, o sea, el resto del mundo. Coy se enteró de que lo habían clasificado como «personalidad adictiva», y estaban convencidos de que, una vez comprometido a trabajar como soplón por su país, abandonar esa vida le parecería tan difícil o más que dejar la heroína. Al poco ya lo mandaron a merodear por los campus —de universidades, *colleges* e institutos— para que aprendiera a infiltrarse en grupos antiguerra, antirreclutamiento y anticapitalistas de todo tipo. Durante los primeros meses estuvo tan ocupado que no le quedó tiempo para pensar en lo que había hecho, o si aquello tenía algún futuro. Una noche estaba en Westwood, siguiendo a elementos de un grupo de la UCLA llamado las Brigadas Revolucionarias de Usuarios de Pipas de maría (BRUP), cuando reparó en una niña que tendría

aproximadamente la edad de Arethyst, parada, casi sin aliento por la excitación, ante el escaparate iluminado de una librería, y llamaba a su madre para que se acercara a mirar. « ¡Libros!, ¡Mamá, mira!, ¡Libros!» . Coy se quedó clavado, mientras sus presas seguían con su noche. Fue la primera vez desde que había firmado para los Vigilas que había dedicado el menor pensamiento a la familia que había abandonado por algo que debía de haber creído que era más importante.

En ese momento lo tuvo todo claro: el error kármico de fingir su propia muerte; la posibilidad de que la gente que él estaba ayudando a emboscar estuviera corriendo peligros abisales, entre ellos la muerte; y, lo más claro de todo, cuánto echaba de menos a Hope y Amethyst, mucho, mucho más desesperadamente de lo que jamás había imaginado. Sin nadie a quien recurrir, sin comprensión ni apoyo, Coy, de repente, demasiado tarde, quiso recuperar su antigua vida.

—Y eso fue más o menos cuando me pediste que les echara un ojo.

—Sí, así de desesperado estaba.

—Es aquí, ¿no?

Doc paró en el arcén, cerca de la zona de estacionamiento de la entrada de la casa de los Boards.

—Una cosa.

—Oh, oh.

—La primera oferta de trabajo de California Vigilante: ¿quién te la hizo?

Coy miró a Doc de arriba abajo, como si lo viera por primera vez.

—Cuando empecé a espiar, me preguntaba por qué la gente hace las preguntas que hace. Pero al poco me di cuenta de que ya saben la respuesta pero quieren oírla con otra voz, como de fuera de su propia cabeza.

—Vale —dijo Doc.

—Más vale que vayas a hablar con Shasta Fay, me parece.

Conduciendo de vuelta hacia la carretera de la costa, Doc se dejó arrastrar a un viaje paranoico en toda regla con respecto a Shasta, persuadido de que debía de haberse metido caballo todo el tiempo que había estado con él, puede que incluso antes de que se conocieran; una ferviente yonqui que aprovechaba cada oportunidad que se le presentaba para salir a las noches de delicada brisa e ir a algún sitio que antes le había buscado su organización para que no tuviera que ocultárselo a Doc en casa..., sólo para volver durante un rato a la fraternidad de los yonquis, y descansar de ese inútil siervo de la clase de los acreedores del que ya estaba planeando separarse y demás. Le llevó casi todo el trayecto hasta Gordita darse cuenta de que, una vez más, estaba haciendo el gilipollas. Cuando llegó a casa, se rehízo el peinado para que le quedara medianamente presentable,

salió y se encaminó por el paseo marítimo hasta El Potro. Caída ya la noche y con el oleaje invisible, había recuperado su antiguo yo ingenioso de siempre, escaso de optimismo, dispuesto a que lo tomaran por un primo otra vez. Lo normal.

La tienda de surf de la planta baja había cerrado temprano, pero había luces encendidas en las ventanas del Santo, y Doc sólo tuvo que llamar dos o tres veces para que Shasta abriera la puerta e incluso le sonriera antes de decir hola, pasa. Llevaba las piernas desnudas bajo una especie de blusa holgada mexicana, de un morado claro con algunos bordados naranjas, y el pelo envuelto en una toalla, y olía como si acabara de salir de la ducha. Él sabía que había una razón por la que se había enamorado de ella al principio, aunque se le olvidaba una y otra vez; pero ahora se acordó a medias, y tuvo que agarrarse mentalmente la cabeza y sacudirse rápido el cerebro antes de reunir la confianza necesaria para abrir la boca.

Shasta le presentó a su perra *Mildred* y pasó un buen rato trajinando por la cocina. Flip había cubierto la mayor parte de una de las paredes del salón con una fotografía ampliada de una ola gigantesca, una monstruosidad tomada en Makaha el invierno anterior, con un diminuto pero instantáneamente reconocible Greg Noll acunado en ella como un leal adorador en el puño de Dios.

Shasta volvió con un paquete de seis Coors de la nevera.

—Ya sabes que Mickey ha vuelto —dijo.

—He oído algún rumor, sí.

—Oh, ha vuelto al hogar, ajá, sí, al hogar con Sloane y los niños, ¿y qué?

C'est la vie.

—*‘Que será será’.*

—Lo has captado.

—¿Lo has visto?

—¿Te parece probable? Estos días yo no soy más que una molestia.

—Claro, pero a lo mejor, si te cambiaras de peinado...

—Cabrón. —Ella levantó los brazos, desanudó la toalla, se la tiró y se sacudió el pelo, él no diría que con violencia exactamente, pero en sus ojos apareció una mirada que recordaba, o esa impresión le dio—. ¿Qué te parece así?

Ladeó la cabeza como si le hubiera hecho una pregunta seria.

—Más oscuro de lo que era.

—He vuelto a mis viejos tiempos de rubia sucia. A Mickey le gustaba casi platino, y me pagaba una peluquera para que me tiñera en Rodeo Drive. —Y a Doc no le cupo la menor duda de que Penny y ella se habían encontrado en la misma peluquería, donde al menos uno de los temas de charla había sido él, y, como era de esperar...—: Se dice por ahí que te ha pillado no sé qué cuelgue con las chicas de San Francisco.

—Sí..., bueno, «cuelgue», depende de lo que tú... ¿Estás segura de que

quieres hacer eso?

Se había desabotonado la blusa y, mirándole directamente a los ojos, empezó a acariciarse los pezones sin prisa. *Mildred* levantó la vista con un momentáneo interés y luego, sacudiendo la cabeza despacio de un lado a otro, se bajó del sofá y salió del salón.

—Sumisas, con el cerebro lavado, pequeñas adolescentes calentorras —prosiguió *Shasta*—, que hacen exactamente lo que quieras que hagan antes incluso de que ni siquiera tú sepas qué es. Ni te hace falta decir una palabra en voz alta, ellas lo reciben todo por telepatía. Tu tipo de chica, *Doc*, ése es el secreto íntimo que corre sobre ti.

—Eh. ¿Eres tú la que me ha estado robando las revistas?

Dejó caer la blusa, se arrodilló y gateó despacio hacia donde estaba sentado *Doc* con una lata de cerveza intacta y una erección, y, así arrodillada, le quitó delicadamente los huaraches y le dio un suave beso en cada pie descalzo.

—Y ahora —susurró—, ¿qué haría *Charlie*?

Seguramente no lo que haría *Doc*, que fue buscar medio canuto en el bolsillo de la camisa y encenderlo. Y eso hizo.

—¿Quieres un poco? —Ella levantó la cara, y él le acercó el canuto a los labios mientras inhalaba. Fumaron en silencio hasta que *Doc* tuvo que poner lo poco que quedaba en una pinza de cocodrilo que llevaba encima—. Mira, siento lo de *Mickey*, pero...

—*Mickey*. —Clavó una larga e intensa mirada en *Doc*—. *Mickey* podría haberos enseñado a todos vosotros, pandilla de folladores playeros muertos de hambre, un par de cosas. Era muy poderoso. A veces casi podía hacerte sentir invisible. Rápido, brutal, no precisamente lo que se llamaría un amante considerado, un animal, de hecho; pero *Sloane* adoraba eso de él, y también *Luz*, a la vista está, todas lo adorábamos. A veces es tan agradable que te hagan sentir invisible de ese modo...

—Sí, y a los hombres les encanta oír ese tipo de mierda.

—... él me llevaba a comer a *Beverly Hills*, sin quitar una de sus grandes manos de mi brazo desnudo, conduciéndome a ciegas por esas calles brillantes hasta algún sitio que estaba a oscuras y donde hacía frío y no se oía nada de comida, sólo alcohol..., todos bebían, mesas llenas de tipos en un salón que podría haber sido de cualquier tamaño, y allí todos conocían a *Mickey*, y algunos de ellos querían ser *Mickey*... Para el caso, bien podría haberme sacado atada de una correa. Siempre me hacía llevar esos pequeños minivestidos, nunca me permitía que me pusiera nada debajo, ofreciéndome a quien quisiera mirar. O sobar. O a veces me entregaba a sus amigos. Y yo tenía que hacer lo que ellos querían, fuera lo que fuese...

—¿Por qué me lo cuentas?

—Oh, no sabes cuánto lo siento *Doc*, te estás enfadando, ¿quieres que pare?

—A esas alturas se había subido a su regazo, las manos, abajo, jugueteaban con su coño, su culo irresistiblemente al aire, sus intenciones, incluso para Doc, más que evidentes—. Si mi novia se hubiera fugado para ser la putita que compraba y vendía un promotor cabronazo, estaría tan cabreado que no sabría qué hacer. No, ni siquiera voy a mentirte, sé qué haría. Si tuviera a la pequeña zorra infiel en mi regazo así... —Que fue hasta donde pudo llegar. Doc se las apañó para soltarle con ganas no más de media docena de manotazos en el culo antes de que las afanosas manos de Shasta los hicieran correrse a los dos...—. ¡Cabrón! —gritó ella..., pero no, supuso Doc, a él—. ¡Cabronazo!

Sólo más tarde se acordaría Doc de buscar síntomas elocuentes de zombi en ella, por si acaso la habían manipulado de algún modo, como le habían hecho a Mickey, pero la verdad es que le pareció la Shasta de siempre. Por supuesto, ella podría haber llegado a un acuerdo para eludir el destino de Mickey, pero en ese caso, ¿con quién había pactado? ¿Y cuál era el precio? Antes de que pudiera preguntar nada de eso, ella se había puesto a hablar, con tranquilidad, y él sabía que lo que más le convenía era escuchar.

—Te dije que me había ido al norte por cuestiones familiares, pero lo que pasó en realidad fue que..., pues que un par de gorilas me encontraron, me llevaron a San Pedro y me subieron a un barco, y nunca supe cuáles eran sus intenciones, porque en cuanto llegamos a Maui, me busqué la vida para escaparme.

—Algún primer oficial que sabía apreciar los culos bonitos, sin duda.

—De hecho, fue el jefe de cocina. Luego en Pukalani me encontré con Flip haciendo autoestop, me dio las llaves de su casa y me pidió que se la cuidara. ¿Por qué parece tan raro de repente?

—Por la misma época en que pasaba eso, Vehi Farfield me dio un poco de ácido y, mientras viajaba, te vi, en ese mismo barco, el *Colmillo Dorado*. Yo estaba en algún sitio, no sé dónde, al viento, intentando subir a bordo, manteniéndome cerca todo lo que pude... Ahora eres tú la que parece rara.

—¡Lo sabía! En aquel momento sentí algo, y lo único que se me ocurrió es que tenías que ser tú. Me entraron escalofríos.

—En ese caso, tenía que ser yo.

—No, me refiero a que parecía como... ¿Como si estuviera hechizada? Por eso, en la primera isla en que desembarcamos, te envié aquella postal.

—El guía espiritual de Vehi dijo que no estabas en el barco por tu propia voluntad, pero que saldrías bien parada.

—Dudo que supiera que a bordo todo el mundo iba armado. Oficiales, tripulación, pasajeros.

Ella no lo preguntó directamente, pero Porfirio, el jefe de cocina, no tuvo inconveniente en explicárselo:

—Piratas.

—¿Perdón?—dijo ella.

—El cargamento que llevamos, señorita, es muy deseable, en especial en el Tercer Mundo.

—¿Cree que podría llevarme prestado algo del arsenal del barco, por si acaso?

—Usted es una pasajera. Nosotros la protegeremos.

—¿Está seguro de que eso es lo que soy?, ¿no le parezco una carga más deseable?

—Pero ¿está coqueteando, no?

—Sí, ¿sí?—dijo Doc al cabo de un rato—. Y entonces tú dijiste...

—Dije: «Ooh, Porfirio, espero que no tengan pensado venderme a alguna espantosa banda de comunistas chinos pervertidos que me harán toda clase de cochinas chinas...» .

Doc encontró un poco de hierba tailandesa de Fritz y la encendió.

—Ya. —Y tras ofrecerle una calada, añadió—: Y entonces Porfirio dijo...

—«Permítame que se las haga todas yo antes, señorita, con su permiso, claro, así al menos sabrá lo que le espera» .

—Ajá.

—Bueno, ya sabes cómo son esos veleros, con todos los cabos, las cadenas, las poleas, los ganchos y esas cosas...

—Okay, ya está bien..., veamos ese bonito culo enrojecido de ahí.

—Pero... Doc..., ¿qué acabo de decir?—Se arrodilló encima del sofá, hundió la cabeza en un cojín y se ofreció.

—Te vendría bien un tatuaje justo aquí. ¿Qué te parece «Chica mala, muy mala» ?

Ella miró hacia atrás, con ojos entornados y rosáceos.

—Creía que preferirías una hoja de marihuana...

—Humm. A lo mejor más valdría que...

—No...

—¿Qué clase de esclava sexual de la China Roja eres? Sólo quieres... sí, arquee la espalda, sí, precioso, así...

Empezaron a follar y esta vez tampoco tardaron mucho. Un poco más tarde ella dijo:

—Esto no significa que volvamos a estar juntos.

—No. Claro que no. Pero ¿puedo decirte una cosa?

—Claro.

—Nunca me cabré contigo, Shasta, por lo nuestro, nunca me sentí la parte perjudicada ni nada por el estilo. La verdad, durante un tiempo, cuando Mickey parecía otro de esos *freaks* conversos tras una vida de virtuoso, incluso estaba dispuesto a concederle el beneficio de la duda. Me creí lo que me dijiste sobre lo sincero que era.

—Lo malo —añadió ella con un matiz de tristeza— es que yo también me lo creí.

—Y si alguien debería vengarse en el culo de otro por aquí...

—Oh —dijo Shasta—, oh, bueno. Déjame que me lo piense.

Fue a la cocina y encontró una caja de Froot Loops, encendieron la televisión y se sentaron a comer tranquilamente los cereales secos mientras veían el partido de los Knicks y los Lakers. Doc habría dicho que era como en los viejos tiempos, salvo que era ahora y había llegado a la conclusión de que sabía mucho menos de lo que creía saber entonces.

—¿No quieres subir el volumen?

—No, se oye el chirrido de todas esas zapatillas.

En la media parte, ella lo miró y dijo:

—Estás pensando en algo.

—Coy Harlingen. Me lo encontré en Hermosa.

—Así que al final no tuvo una sobredosis como todo el mundo decía.

—Mejor aún, ahora está limpio.

—Me alegro. Que le dure.

—Pero está atrapado en una historia en la que no quiere estar. Ha trabajado como soplón para el LAPD, y también lo vi en la tele en una especie de concentración de Fascismo por la Libertad, fingiendo que insultaba a Nixon, trabajando en secreto para una organización llamada California Vigilante.

—Entonces —murmuró Shasta— supongo que eso tengo que apuntármelo, porque fui yo quien puso en contacto a Coy con Burke Stodger, y fue Burke el que lo llevó al huerto de los Vigilas. —No tenía perdón, prosiguió, pero fue durante aquel periodo desquiciado para todos en Hollywood, justo después de lo de Sharon Tate. A muy pocas jovencitas de la comunidad de aspirantes a estrellas se les había ocurrido hasta entonces que unas facciones bonitas y un escaso peso corporal no tenían por qué servirte para comprarte algo que de verdad importara. La conmoción por los asesinatos de Cielo Drive ya fue espantosa en la vida ciudadana, pero el impacto sobre Shasta y sus amigas fue paralizante. Podías ser la chica más dulce de la profesión, gastar sensatamente tu dinero, podías ser cuidadosa con la droga, consciente de hasta qué punto podías fiarte de la gente en esa ciudad, es decir, nada; podías ser agradable con todo el mundo —encargados de focos, operadores de cámara, hasta con los guionistas, con gente a la que ni siquiera se tenía por qué saludar— y aun así, pese a tus esfuerzos, acabar horriblemente asesinada. En miradas que siempre habías sabido pasar por alto ahora atisbabas el brillo especial de los ojos de un loco, y así te encerrabas detrás de cerraduras dobles y triples en una habitación iluminada sólo por la pantalla del televisor, aguantando con lo que hubiera en la nevera hasta que reunieses el suficiente valor para salir otra vez a la calle.

—Que fue por la época en que conocí a Burke Stodger. Éramos vecinos y

salíamos a pasear a nuestros perros más o menos a la misma hora todas las mañanas, y yo sabía más o menos quién era él, pero no había visto ninguna de sus películas, hasta que una noche que no podía dormir, mientras iba repasando los canales de la tele, me topé con *.45-Caliber Kissoff*. Normalmente no me quedo a ver ese tipo de películas, pero había algo en esa...

—¡Te entiendo! —gritó Doc—. Esa película me hizo ser quien soy hoy. El investigador privado que interpretaba Burke Stodger, guau, siempre quise ser él.

—Creía que querías ser John Garfield.

—Bueno, y todo eso se hizo realidad, pero, mira tú por dónde, John Garfield también aparece en esa película, aunque no en los créditos: ¿te acuerdas de la escena del funeral, en la que Burke está consolando discretamente a la viuda junto a la tumba, utilizando un paraguas para ocultarse?, bueno, pues si te fijas bien, un poco más allá de su teta izquierda, o sea, a la izquierda de la pantalla, un poco desenfocado, junto a un árbol, está John Garfield con un traje de mafioso de raya diplomática y un sombrero homburg. Por entonces ya estaba en la lista negra y debió de pensar que un papel era un papel, por pequeño que fuera.

—Burke se vio en la misma situación, pero decía que había encontrado una salida.

—Sí, una que no le agobió tanto que le produjera un ataque mortal de corazón... Ay, ya estoy otra vez, hablando como un amargado.

Para consternación de muchos en la profesión, Burke se había dejado convencer por los mismos fanáticos caza rojos que en el pasado le habían obligado a dejar el país. Testificó ante subcomités, donó su barco a la causa antisubversiva y al poco ya volvía a trabajar en películas de bajo presupuesto sobre el FBI, como *Yo fui un malvado drogadicto comunista* y *¡Chívate, rojillo, chívate!*, una racha de suerte que duró mientras los guiones anticomunistas llevaron culos a las butacas de los cines. Cuando Shasta conoció a Burke, estaba semirretirado, se daba por satisfecho con jugarse unos dólares en los dieciocho hoyos en el Wilshire Country Club (o sólo nueve, si encontraba un miembro del club que fuera medio judío), o se pasaba el rato en Musso & Frank's contando historias del mundo del espectáculo a otros abuelos, al menos al porcentaje de veteranos de la industria que no cambiaban de acera o a veces hasta de arcén de autopista con una expresión de asco en la cara para evitarlo.

Burke conocía un camino que llevaba a la parte de atrás del campo de golf, y Shasta y él habían adoptado la costumbre de convertirlo en parte de su paseo matutino. Para Shasta ése era a menudo el mejor momento del día, la mañana que bullía de vida con los repartos tempraneros, los trabajos en el césped y las piscinas, el regado del asfalto: un instante tranquilo, fresco, que olía como el desierto después de la lluvia, plantas exóticas del jardín, sombras por todas partes para protegerse un rato antes de que se impusiera el cielo vacío del día.

—Te vi en un episodio de *La tribu de los Brady* —le dijo ella una mañana.

—Pues he hecho una prueba para otro, y estoy esperando que me digan algo, va sobre que Jan se pone peluca. —Burke encontró una pelota casi nueva en la hierba, la recogió y se la guardó en el bolsillo.

—¿Qué tipo de peluca?

—Morena, me parece. Ella se cansa de ser rubia.

—Qué me vas a contar. Aun así, no debe de ser lo mismo que cambiar de ideas políticas, supongo.

Ella temió haber sido demasiado brusca, pero él se limitó a rascarse pesadamente la cabeza fingiendo que pensaba:

—Sí, claro, me lo pensé, repensé y volví a pensármelo, despierto hasta la madrugada, todas esas historias de viejo. Pero me han tratado bien. Sigo saliendo en el barco, a veces hasta tengo trabajo. —A pesar de la apacible y prometedora mañana, el alegre sombrero de paja, la camisa a rayas pastel y los pantalones cortos de lino pálido, una nota triste de actor envejecido se había introducido en su voz—. Y dicho sea de paso, gracias por no sacar el tema de Vietnam. Si empezamos a hablar de eso, me tendrás todavía en menos.

—Ahora todo eso ya es, digamos, ¿remoto?

—¿No tienes novios por las calles que vayan gritando « ¡Muerte al cerdo! » o montando bombas o lo que sea que hagan?

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—Olvidate de los tíos con ideas políticas, en esta profesión, ¿cuántos hombres con los que pueda salir he conocido?

—Aprovecha lo que te depare la suerte, siempre ha sido así, hija. La única gran diferencia que veo hoy son las drogas. Allá donde mires hay muchos jóvenes espléndidos y prometedores que acaban en prisión o muertos.

A esas alturas, claro, ella estaba pensando en Coy. Él no era, ni podría ser jamás, el amor de su vida, pero Shasta tenía suficiente oído musical para respetar lo que él hacía para ganarse la vida; si es que la suya podía llamarse vida. Era un buen amigo, que hasta el momento no le andaba con gilipolleces, y, aunque colgado de caballo casi todo el tiempo, nunca la había mirado con ese espeluznante aire a lo Manson. Sin duda, necesitaba un cambio de vida.

—Hay un saxofonista que me tiene un poco preocupada. —Y siguió hasta acabar contándole a Burke más de lo que pretendía sobre la historia de Coy con la heroína—. No puede pagarse un programa de desintoxicación, pero es lo que necesita. Es lo único que lo salvará.

Burke caminó un rato tranquilamente al sol. Los perros se acercaron y el de Burke, *Addison*, levantó la mirada hacia su dueño y alzó una ceja.

—¿Lo ves? Demasiadas horas sentado delante de la televisión, viendo películas de George Sanders. No, no... « Eres demasiado bajo para ese gesto » ... Ahora que lo pienso hay un programa de rehabilitación, uno que dicen que funciona. Claro que no tengo ni idea de si es lo que se ajustaría a los gustos de tu

amigo.

La siguiente vez que habló con Coy, le pasó el número de teléfono de Burke.

—Y entonces Coy simplemente desapareció. Nada raro, desaparecía cada dos por tres, un momento lo tenías ahí delante, puede incluso que en medio de un solo, y al siguiente, bufff, ¿adónde ha ido? Pero esa vez el silencio era casi audible.

—Eso debió de ser la primera vez que entró en aquel antro de Ojai —dijo Doc.

—¿La primera?, ¿y cuántas veces ha estado internado?

—No lo sé, pero tengo la impresión de que es un cliente habitual.

—Eso quiere decir que a lo mejor todavía se mete. —Una expresión de desdicha afloró en su cara.

—Tal vez no, Shasta. Tal vez se trate de otra cosa.

—¿Y qué otra cosa podría ser?

—Sea lo que sea a lo que se dedique en realidad esa gente, desde luego no es a ayudar a los y onquis a volver al buen camino.

—Debería decir, «bueno, Coy es una persona adulta, capaz de cuidar de sí mismo...», pero, Doc, no es así, y por eso estoy preocupada. No sólo por él, también por su mujer y su hija.

La primera vez que vio a Coy estaba haciendo dedo en Sunset, con Hope y Amethyst. Shasta conducía su Eldorado, y ya ni recordaba cuántas veces la habían recogido a ella otros en esa calle, así que esa vez los recogió ella. Tenían algún problema con su coche, le explicó Coy, y buscaban un garaje. Hope y Amethyst se subieron delante y Coy detrás. El bebé, pobrecito, estaba muy colorado y apático. Shasta reconoció la sucia mano del caballo. Se le ocurrió que los padres de la criatura sólo habían venido a Hollywood a pillar, pero se contuvo y no los sermoneó. Ya entonces había aprendido lo bastante como novia de Mickey Wolfmann para saber que no era quien para interpretar papeles de gran dama..., era la suerte, la pura chiripa, la que había puesto a cada uno donde estaba, y la mejor forma de pagar por la suerte que se hubiera tenido, por efímera que fuese, era echando una mano siempre que se pudiera.

—¿Y Mickey y tú ya estabais, cómo decirlo, por la labor entonces? —Doc no pudo evitar la pregunta.

—Eres un cabronazo entrometido, ¿verdad?

—Digámoslo de otro modo: ¿cómo os llevabais la mujer de Coy y tú?

—Ésa fue la única vez que la vi. Se alojaban en algún lugar de Torrance, Coy casi nunca estaba en casa. No, no le di mi número de teléfono; un par de días después yo estaba en La Brea, Coy hacía cola en Pink's, vio mi Eldorado y se acercó corriendo entre el tráfico, el resto ya es historia. ¿Que si chismorreaban de nosotros?, ¿que si yo estaba engañando a Mickey? Menudas tonterías preguntas.

—Pero si yo no...

—Mira, en el caso de que todavía no te hayas dado cuenta, yo nunca fui la chica más dulce en esta profesión, no tenía ningún motivo para desperdiciar medio minuto con un yonqui enfermo como Coy, que se encaminaba visiblemente a un mal fin. No era mi buena obra de caridad, no nos chutábamos juntos y, en cualquier caso, a poco que pienses en algunas de las chicas con las que tú has salido...

—Vale, vale. Fuera lo que fuese lo que pretendieras, el caso es que acabaste salvándole la vida. Y entonces él se convirtió en un soplón del LAPD y en agente secreto de los Vigilas y puede que del Colmillo Dorado, de la organización, no del barco, y hasta el momento hay tres fiambres que tal vez puedan apuntarse o tal vez no en su lista kármica.

—Un momento. Crees que Coy... —Se incorporó apoyándose en un codo y le miró con ojos enrojecidos—, ¿crees que yo estoy metida en eso, Doc?

Doc se acarició la barbilla y miró al vacío durante un rato.

—Verás, hay gente que dice tener « presentimientos en las tripas », pues yo, Shasta Fay, los tengo *con la picha*, y lo que percibe mi picha es...

—Me alegro de haber preguntado. Voy a preparar café, ¿te apetece?

—Claro..., pero ahora, me estaba preguntando...

—Oh, oh...

—Cuando te dije que había visto a Coy en Hermosa, no pareciste muy sorprendida.

Siguió un largo silencio desde la cocina, interrumpido sólo por los sonidos de la preparación del café. Ella volvió y se detuvo un instante en el umbral, una cadera ladeada, una rodilla doblada, hermosa Shasta desnuda.

—Lo vi una vez en Laurel Canyon y me hizo jurarle que nunca se lo mencionaría a nadie. Dijo que si alguien llegaba a enterarse, tenía los días contados. Pero no entró en detalles.

—Parece como si ya entonces hubiera alguien desesperado por impedir que la tapadera se descubriera. Pero se descubrió igualmente, desde la primera vez que Coy intentó usarla. ¿Qué coño pensaba que iba a pasar?

—No lo sé. ¿Qué pensabas tú cuando te dio por hacer tu viaje para ser investigador privado?

—Era una situación diferente.

—¿No me digas? Pues hasta donde yo veo, Coy y tú sois como dos gotas de agua.

—Gracias, ¿y cómo es posible?

—Los dos: polis que nunca quisisteis ser polis. Preferíais estar surfeando, fumando, follando o cualquier cosa menos lo que estáis haciendo. Los dos debisteis de creeros que perseguiríais a delincuentes y en vez de eso habéis acabado trabajando para ellos.

—Joooder. —¿Sería cierto? Todo ese tiempo, Doc había dado por supuesto que andaba por ahí partiéndose el culo por tipos que, si alguna vez llegaban a pagarle algo, sería media onza de maría o un pequeño favor al vuelo o puede que sólo una breve sonrisa, tan prolongada como verdadera. Se puso a repasar los clientes de pago que podía recordar, empezando por Crocker Fenway, siguiendo por ejecutivos de los estudios, héroes de la Bolsa de los años de bonanza, rentistas de muy lejos que necesitaban nuevos coños o contactos de droga, viejos ricos con esposas jóvenes y viceversa... Sin duda era un historial de mierda y, después de todo, no muy distinto, supuso, de los intereses para los que había estado trabajando Coy.

—¡Mal rollo! —¿Tendría razón Shasta? Doc debió de parecer bastante deprimido. Shasta se acercó y lo rodeó con los brazos.

—Lo siento, estaba sobreactuando. Me encantan las bromas pesadas, no puedo resistirme.

—¿Crees que por eso me estoy matando por encontrar un modo para que Coy se libre de esa gente? Aunque no pueda hacerlo solo. Porque no puedo...

—*Courage*, mi querida Margarita Gautier..., todavía estás muy lejos de convertirte en carnaza del LAPD. —No había estado mal como comentario consolador, pero no impidió que Doc empezara a darle vueltas a esa posibilidad.

Salieron más tarde, el viento arrastraba una lluvia ligera, mezclada con la espuma salada que se elevaba como una pluma de las olas. Shasta paseó despacio hasta la playa y luego por la arena húmeda, su nuca dibujaba una curva cuyo encanto ella bien conocía desde los tiempos en que se acostumbró a dar la espalda. Doc seguía las huellas de sus pies descalzos, que ya se deshacían en la lluvia y entre las sombras, como en una estúpida tentativa de encontrar el camino de vuelta a un pasado que, pese a ambos, había acabado en el futuro que era. El oleaje, sólo visible por momentos, le martilleaba el espíritu, y a golpes le desprendería los pensamientos, algunos para que cayeran en la oscuridad y se perdieran para siempre, otros para que quedaran oscilando al borde de la luz intermitente de su atención, tanto si quería verlos como si no. Shasta lo había clavado. Olvídate del quién... ¿para qué seguía trabajando?

A medida que Doc se acercaba al centro de L.A., el *smog* se iba espesando hasta que no le dejó ver el extremo de la siguiente manzana. Todo el mundo llevaba los faros encendidos, y recordó que en algún lugar a su espalda, en la playa, era todavía un clásico día de sol californiano. Dado que se dirigía a visitar a Adrian Prussia, decidió no fumar mucho, así que no supo explicarse la repentina aparición, alzándose por delante de él, de un promontorio gris oscuro del tamaño del Peñón de Gibraltar. El tráfico pasaba por delante, pero nadie más parecía verlo. Pensó en el continente hundido de Sortilège, que regresaba y emergía en el corazón perdido de L.A., y se preguntó quién se daría cuenta si así fuera. Los habitantes de esta ciudad sólo veían lo que todos convenían en ver, creían lo que salía por la tele o en los periódicos matutinos que la mitad de ellos leía cuando iban en coche al trabajo por la autopista, y todos vivían en el ensueño de estar a la última, de que la verdad los hacía libres. ¿De qué les serviría Lemuria? Sobre todo si resultaba ser un lugar del que se habían exiliado hacía ya demasiado tiempo para que lo recordaran.

AP Finance estaba encajado en algún lugar entre South Central y los vestigios del río, hogar de indios, vagabundos y bebedores variados de Midnight Special, en un conjunto desolado de calles que parecían vacías, entre trechos de antiguos railes ocultos a la vista por paredes de ladrillo, que se perdían serpenteando entre las malas hierbas. Enfrente, al otro lado de la calle, Doc se fijó en media docena de hombres jóvenes, que ni merodeaban ni se drogaban sino que estaban serenos y atentos, como si esperaran a que se produjera alguna entrega. Como si fuera ese único cometido, un acto especializado, lo que les había llevado ahí, y nada más importara, porque el resto quedaba en manos de Dios, del destino, del karma, de los otros.

Dentro, la impresión que tuvo Doc de la mujer en la mesa de recepción fue que había salido mal parada en algún acuerdo de divorcio. Demasiado maquillaje, el pelo peinado por alguien que estaba dejando de fumar, un minivestido que lucía con tan poca gracia como una actriz principiante luciría un vestido victoriano. Le entraron ganas de preguntar « ¿Te encuentras bien? », pero en vez de eso pidió ver a Adrian Prussia.

En la pared de la oficina de Adrian había una fotografía enmarcada de una pareja de novios, tomada hacía mucho en algún lugar de Europa. Encima de la

mesa se veían un donut azucarado a medio comer y un vaso de papel con café, y detrás estaba Adrian, callado y mirándole fijamente. La luz neblinosa del centro recalentado de la ciudad se filtraba por la ventana a su espalda, una luz que no podría haber emanado de ningún proyecto puro o legítimo de amanecer, más propia de fines o condiciones estipulados de antemano, muy a menudo tras una negociación sólo testimonial. Con una luz como ésa sería difícil ver bien a alguien, y mucho menos calar a Adrian Prussia. Pero Doc lo intentó de todos modos.

Adrian tenía el pelo corto, blanco, con una raya a un lado que dejaba al descubierto una veta de cuero cabelludo rosáceo. Pasando por alto el pelo y concentrándose en el rostro, Doc vio que era más bien el de un hombre joven, no demasiado lejos de las diversiones de la juventud, y que no estaba destinado, al menos no todavía, a evolucionar hacia la austera competencia que el pelo parecía anunciar. Llevaba un traje azul celeste de algún tejido sintético con una caída algo descuidada y un Rolex Cellini que no parecía funcionar, lo que no impedía que lo consultara de vez en cuando para hacer saber a sus visitantes cuánto de su preciado tiempo le estaban haciendo perder.

—¿Así que has venido por Puck? Espera un momento, y una mierda..., me acuerdo de ti, eres el chico de la agencia de Fritz de Santa Mónica, ¿no? Una vez te dejé mi bate de Carl Yastrzemski edición especial, para que le apretaras los tornillos y aflojara la pasta que debía aquel tipo que no pagaba la pensión alimenticia de sus hijos; le echaste el guante en el Greyhound y le hiciste bajar, pero luego no usaste el bate.

—Intenté explicarlo entonces, todo fue por lo mucho que siempre había admirado a Yaz.

—En este negocio no hay sitio para esas memeces. Y bien, ¿en qué andas ahora?, ¿todavía sigues buscando morosos o ya te has hecho cura?

—Investigador privado. —Doc no vio la necesidad de ocultarlo.

—¿Te han dado una licencia?, ¿a ti? —Doc asintió, Adrian se rió—. ¿Y quién te ha mandado aquí?, ¿para quién trabajas ahora?

—Depende —dijo Doc—. De momento, investigo en mi tiempo libre.

—Respuesta equivocada. ¿Cuánto tiempo de ese que llamas tuyo crees que te queda, chaval? —Consultó de nuevo el reloj de pulsera parado.

—Era lo que estaba a punto de preguntar.

—Déjame que llame a mi socio para que venga un momento. —Por la puerta, con un paso que indicaba indiferencia a que estuviera abierta, cerrada o atrancada, entró Puck Beaverton.

Eso no iba a acabar bien.

—Qué hay, Puck

—¿Te conozco? Me parece que no.

—Me recordabas a alguien que conocí una vez. Error mío.

—Tu error —dijo Puck Y a Adrian Prussia—: ¿Qué hago con... eh? —preguntó ladeando la cabeza hacia Doc.

—Tengo un día muy ocupado por delante —dijo Adrian saliendo por la puerta—. Yo no sé nada de esto.

—Por fin solos —dijo Doc.

—A veces ayuda tener mala memoria —le advirtió Puck, que se sentó en la silla de ejecutivo de Adrian y sacó un canuto un poco más largo de lo normal, probablemente liado con un papel E-Z Wider, le pareció a Doc. Puck lo encendió, le dio una larga calada y se lo pasó a Doc, quien sin pensárselo dos veces lo tomó e inhaló. No se dio cuenta, hasta que ya era demasiado tarde, de que Puck, tras asistir regularmente durante años a una escuela ninja en Boyle Heights, se había convertido en un maestro en la técnica conocida como Inhalación Fingida, que le permitía dar la impresión de que fumaba el mismo canuto que su potencial víctima, y así Doc fumó persuadido de que ese porro era normal cuando en realidad llevaba suficiente PCP para tumbar a un elefante, lo que sin duda había sido la intención original de Parke-Davis cuando lo inventó.

—El ácido te invita a atravesar la puerta —como le gustaba decir a Denis—, el PCP, la abre, te empuja adentro, la cierra de golpe a tu espalda y echa la llave.

Al cabo de un rato, Doc se vio paseando al lado de sí mismo por la calle, o puede que por un largo pasillo.

—¡Hola! —dice Doc.

—¡Guau! —responde Doc—. ¡Tienes la misma pinta que en el espejo!

—Chachi, porque tú no tienes *pinta de nada*, tío, es más, ¡eres invisible! —Y así dio comienzo un clásico y, de no haber sido por el factor de la Memoria del Fumeta, memorable mal viaje. Parecía que había dos Docs, el Doc visible, que tenía más o menos su mismo cuerpo, y el Doc invisible, que venía a ser su mente, y por lo que pudo entender, ambos estaban enzarzados en una discusión malhumorada que ya se alargaba un buen rato. Para empeorar las cosas, todo eso iba acompañado por la banda sonora de Mike Curb para *La perversa* (1969), que se podía considerar sin temor a equivocarse la peor banda musical jamás infligida a una película. Por suerte para ambos Docs, a lo largo de los años los dos se habían visto impelidos a realizar los suficientes viajes involuntarios de ese tipo como para haber desarrollado una útil serie de habilidades paranoicas. Incluso en los tiempos que corrían, aunque esporádicamente pudiera sorprenderle algún bromista con un inhalador nasal de aspecto normal cargado de nitrito de amilo, o un preadolescente de mejillas rosáceas que le ofrecía un bocado de un cucurucho de helado de brote de peyote, Doc sabía que podía contar con la humillación, como poco, para que les guiara, a él y a su Doc adversario, sanos y salvos a través de cualquier viaje, por desagradable que fuera.

Al menos así había sido hasta ahora. Pero ahí, salida de, bueno, no puede decirse que ninguna parte, pero sí de ciertas malas tierras tan inmisericordes al

menos como la nada misma, surgió una figura, alta y con capa, con caninos descomunales y pérfidamente puntiagudos y unos ojos luminosos que escrutaban a Doc con un aire repelentemente familiar.

—Como ya habrás imaginado —susurró—, soy el Colmillo Dorado.

—¿Te refieres a que lo eres como J. Edgar Hoover «es» el FBI?

—No exactamente..., ellos se han puesto el nombre del peor de sus miedos. Yo soy la venganza inimaginable a la que recurren cuando uno de ellos se ha vuelto un incordio insoportable, cuando todos los demás castigos han fallado.

—¿Puedo preguntarle una cosa?

—Sobre el doctor Blatnoyd. El doctor Blatnoyd sentía una atracción fatal por actividades dudosas cuando había que repartir beneficios, una atracción que, comprensiblemente, sus coadjutores veían con malos ojos.

—Y usted de hecho... ¿cómo se dice...?

—Muerdo. Hundo éstos... —sonrió pavorosamente— en su cuello. Sí.

—Buf. Bueno. Gracias por aclarármelo, señor Colmillo.

—Oh, por favor, llámame «El Dorado».

—Está desvariando de puro flipe —dijo alguien.

—Yo no —se quejó Doc.

—Ten, esto debería calmarlo. —Y a continuación supo que le introducían una aguja en el brazo, y le dio tiempo de empezar a plantear la pregunta razonable: «¿Qué coño...?», pero no pudo completarla hasta que se despertó, misericordiosamente no muchas horas más tarde, en una habitación, esposado a un catre de hierro de una institución represiva: «... ¿es esto?».

—Oh, por decirlo de otro modo, ¿qué llevaba ese canuto?

—¿Te encuentras mejor? —Ahí estaba Puck clavándole una mirada especialmente maligna—. No tenía ni idea de que fueras un guerrero dominguero, me habría salido más barato si hubiera usado cerveza.

A Doc le resultaba difícil seguir el hilo, pero intuyó que Puck le había enviado de forma deliberada a un mal viaje, lo que le había dado a alguien el pretexto para sedarlo y traerlo ahí..., pero, pero ¿dónde estaba? Creyó oír el oleaje cerca..., tal vez hasta lo sentía a través de las vigas y viguetas.

—¿Otra vez tú, Puck?, ¿qué tal la señora?

—¿Quién te lo dijo?

—Oh, oh. ¿Qué pasó?, ¿quién me dijo qué?

—Los paramédicos le dieron una buena oportunidad, mejor que la que tienes tú en este momento.

—¿Qué le has hecho, Puck?

—Nada que ella no quisiera. Y además, ¿a ti qué mierda te importa?

—Qué rápido se olvidan. Yo soy el que os reunió, a los dos tortolitos.

—No te preocupes por ella. Yo ya sé qué hacer con la chica. Incluso sé qué hacer contigo. Pero, con todo, hay algo que creo que deberías saber. Es sobre

Glen.

—Glen.

—Escucha, Sportello, te aseguro que le avisé justo antes de que se lo cepillaran.

—¿Antes de que qué?

—Glen era el objetivo desde el principio, chico listo. Esa organización a la que le estaba vendiendo armas ya no se fiaba de él más que los Hermanos, que lo pusieron en la lista negra por traicionar a su raza.

—Y ahora me estás contando esto porque...

—Porque eres el único que conozco al que Glen le importara media mierda. Él y yo fuimos buenos colegas durante un tiempo: yo me llevé algún pinchazo de puzón por él, y él pasó tiempo en el agujero de aislamiento por mí; pero luego le di la espalda y ayudé a que le tendieran la trampa. Qué mal bicho soy, ¿verdad? Pero al menos le debía la llamada telefónica, ¿no?

—¿Le avisaste? Y entonces, ¿por qué no se largó?

—Era el primer trabajo decente que tuvo en su vida. « Mi deber es proteger a Mickey ». Menudo memo. Mira por donde, Glen y tú sois básicamente el mismo tipo de memo.

—No quisiera interrumpir, pero ¿dónde me has dicho que estamos?, ¿y cuándo podré pirarme de aquí?

—Cuando hayas sido neutralizado como amenaza.

Doc analizó brevemente la situación. Estaba esposado, alguien le había quitado la Smith.

—No estoy muy seguro, pero yo diría que como amenaza potencial soy un cero a la izquierda.

—Adrian tenía unos asuntos en la ciudad, pero volverá pronto, y entonces ya trataremos de lo tuyo. ¿Te apetece un pitillo? —Esperó a que Doc asintiera—. Qué pena..., he dejado de fumar, y tú también deberías, gilipollas.

Puck se acercó una silla plegable y se sentó a horcajadas echándola hacia atrás.

—Déjame que te cuente algo sobre Adrian. Le han acusado de asesinato en primer grado más veces de las que nadie puede recordar, y se ha ido de rositas todas. El de prestamista es sólo su trabajo público. Cuando se bajan las persianas, cuando se han hecho las últimas apuestas, cuando la gente a la que explotan en los talleres clandestinos y los vagabundos que gorronean centavos van a donde les toca y la calle queda vacía y tranquila otra vez..., es entonces cuando Adrian empieza a trabajar.

—Es un asesino a sueldo.

—Siempre lo ha sido. Lo que pasa es que no lo supo hasta hace un par de años.

Adrian había entendido desde el principio, explicó Puck, que lo que la gente

compraba, cuando pagaba intereses, era tiempo. De manera que la única forma de tratar con todos los que no se presentaban con las cantidades usurarias que debían era arrebatarles de nuevo su propio tiempo, una moneda mucho más preciosa, incluyendo —y de ser necesario— el tiempo que les quedaba de vida. Hacerles daño físicamente implicaba algo más que causarles dolor, era arrebatarles su tiempo. Y así, un tiempo del que creían disponer por completo, tenían que pasarlo ahora en estancias hospitalarias, visitas a médicos, terapias físicas, y para todo tardaban más que antes porque ya no podían moverse bien. Por eso no puede decirse que Adrian no haya trabajado como asesino a sueldo durante toda su carrera profesional.

Un día, durante una de sus rondas, Adrian se pasó por casa de un cliente de la Brigada Antivicio del LAPD quien, pegando la hebra, mencionó a cierto chulo y pornógrafo que se movía en los márgenes del negocio del cine, con intereses en bares de *striptease*, agencias de modelos y «edición especializada», de quien el Departamento mostraba un sumo interés en librarse. Resultó que también poseía largos y detallados informes sobre una red de prostitución de Sacramento, y amenazaba con tirar de la manta a no ser que se le pagara una suma que él, que era un mindundi de poca monta, no entendía que era impensable, por más que incluso las alegaciones más insignificantes de lo que él contaba, probadas o no, bastarían para haber derribado la administración del gobernador Reagan.

—El gobernador tiene mucha fuerza en este momento, el futuro de América le pertenece; alguien le puede hacer un gran favor a la historia de América con esto, Adrian.

Aunque a esas alturas ya había varias almas en la lista de difuntos atribuibles a Adrian, no pocos víctimas del bate Louisville Slugger, algo en su interior le hizo tomar una decisión silenciosa y fatídica. Puede que le ayudara el hecho de que siempre había votado republicano.

—Bueno, como buen ciudadano americano que soy —dijo Adrian—, me gustaría ofrecer mis servicios, y mi única condición es que no tenga que pasar ningún tiempo en la cárcel.

—¿Qué te parece si se te acusa pero luego se te suelta tras un acuerdo judicial antes de llegar al tribunal?

—Muy bien, pero ¿por qué ir tan lejos?, ¿por qué no dejarlo como un crimen sin resolver?

—Por el dinero federal. La cantidad que recibimos depende de nuestra tasa anual de delitos esclarecidos. Hay una fórmula. Cuantos más casos aclaremos, más recibimos. —Adrian debió de parecer incómodo, porque el policía añadió—: Podemos garantizarte que no tendrá consecuencias para ti, ni legales ni de ninguna otra clase.

Aunque no le importaban mucho los trámites de la detención y la acusación y menos aún los honorarios de los abogados, Adrian supuso que era el precio que

tenía que pagar por la emoción fría e intensa que se adueñaba de él cuanto más se acercaba al momento crítico. Tenía algo sexy. Como una seducción.

Organizó el secuestro de su objetivo, lo llevó a un almacén desocupado de la Ciudad del Comercio y contrató a un par de profesionales especializados en sadomaso gay.

—Nada demasiado bestia —les dijo Adrian—, sólo ponérmelo de humor. Luego os podéis marchar.

Miraron a Adrian, luego al cliente, y por último se miraron entre sí, se encogieron de hombros y, siguiendo el principio de « Nunca se sabe lo que le va a la gente », se pusieron manos a la obra. Después de que cobraran y se marcharan llegó el turno de Adrian.

—Corrompes a los inocentes —así se dirigió a su víctima, quien, a esas alturas, cubierta de magulladuras y moratones, tenía una erección indomable—, además mantienes la adicción de millones de colgados y perdedores a sus cutres apetitos de coños oxigenados y pollas descomunales, arruinas sus vidas familiares, les haces tirar mucho dinero y acaban recurriendo a mí, a mí, imagínate qué mierda, sólo para poder pagar el alquiler. ¿Y vas y tienes los cojones de ir a por un hombre como Ronald Reagan? ¿De creerte siquiera que juegas en la misma liga que él? Craso error, colega. Y la verdad, no te queda mucha vida para cometer otro mayor. Así que empieza a rezar, memo, porque en verdad te digo, tu hora ha llegado.

Adrian se había pasado el fin de semana anterior recorriendo diversos centros comerciales de las afueras, visitando tiendas de artículos de bricolaje para el hogar, para reunir las herramientas con las que ahora se disponía a trabajar. El pene de la víctima, no hace falta decirlo, iba a ser objeto de una atención especial.

Cuando acabó el trabajo, Adrian recogió el cadáver mutilado y lo llevó en coche a una autopista en construcción a varios kilómetros, donde lo arrojó dentro de uno de los moldes vacíos para los pilares de apoyo, que estaban a punto de ser rellenados de cemento. El operario de una hormigonera, conocido de unos amigos de Adrian y generosamente compensado, le ayudó entonces a encajar los restos humanos en lo que se convertiría en una tumba vertical, una estatua invisible en memoria de alguien a quien las autoridades no deseaban recordar sino borrar de la faz de la Tierra. Incluso a día de hoy, Adrian no podía conducir por la red de autopistas sin preguntarse cuántos de los pilares que veía tendrían fiambres dentro.

—Le da un nuevo sentido —comentó alegremente— a la expresión « pilar de la comunidad » .

Además de asegurarse de que lo veían con la víctima en un bar de West Hollywood a primera hora de la noche, Adrian había dejado a propósito un montón de pruebas circunstanciales. Se animó a sus dos ayudantes del almacén

para que se presentaran como testigos, y Adrian dejó sangre y huellas dactilares por todo el local para que las encontraran los policías y, siendo quienes eran, las contaminaran cuanto pudieran. Aunque el operario de la hormigonera había desaparecido inexplicablemente, varios dependientes de ferretería fueron capaces de identificar a Adrian como el comprador de algunos artículos que más tarde se encontrarían en el almacén, manchados de una sangre que, se supuso, pertenecía a la víctima. Sin embargo, sin cuerpo no había caso. Adrian firmó una declaración aceptable para los ruines federales, y salió libre.

Tan sencillo como eso. Lo interpretó como si su vida hubiera doblado una esquina. Como no tardaría en descubrir, la lista de malhechores que al Departamento le gustaría quitar alegremente de en medio parecía no tener fin, ni tampoco lo tenían las agendas Rodolex secretas llenas de nombres de asesinos profesionales, a quienes el precio, dada la política federal de generosa ayuda a las fuerzas del orden locales, les parecía, casi siempre, bien.

Durante los meses, y luego años, que siguieron, Adrian fue especializándose en asuntos políticos: activistas negros y chicanos, gente contraria a la guerra, terroristas universitarios, y un amplio surtido de otros cabrones rojillos, con el tiempo, a Adrian todos acabaron pareciéndole lo mismo. El arma elegida solía salir por lo general de su colección de bates de béisbol, aunque de vez en cuando le podían convencer para que usara un arma de fuego que había desaparecido misteriosamente de la escena de algún otro crimen, remota en el tiempo y el espacio. Se convirtió en visitante asiduo de Parker Center, donde no siempre sabían su nombre, pero nunca cuestionaban su presencia. Era como haberse encontrado de repente con una vida hecha en el ejército. Tras años de callejones sin salida y falsos comienzos, Adrian había descubierto su vocación y reclamaba su identidad.

Sin embargo, imagínense su sorpresa cuando un día sus silenciosos benefactores del LAPD acudieron a él para pedirle que se cargara a uno de los suyos. ¿Qué estaba pasando? Ellos sabían que era el tipo que se ocupaba de los políticos.

—Cepillarme a un poli, no sé. No acaba de tener, esto..., cómo lo llamáis, magia. A menos que se me esté pasando algo por alto...

—En esta profesión —le explicó su contacto—, hay un código. Tiene que haber confianza. Todo depende de eso, no es negociable.

—Y ese detective...

—Digamos que lo ha infringido.

—Un soplón de los federales, ¿algo así?

—Más vale no entrar en los detalles.

De hecho, Adrian reconoció el nombre del detective, Vincent Indelicato, quien había pedido prestado a APF alguna vez: no era un cliente problemático, siempre cumplía con los pagos más los intereses a tiempo. Adrian también sabía

que Puck Beaverton odiaba a Indelicato desde hacía tiempo y, mejor aún, en la actualidad estaba en libertad bajo fianza por una mierdecilla de infracción que Indelicato le había cargado. Algo referente a unas semillas de maría.

Adrian había intentado estimularse, exaltándose para sentir la misma indignación letal que sentía contra los rojos y los pornógrafos, pero, por alguna razón, su corazón no estaba por la labor. Finalmente, llamó a Puck

—Mira, he estado intentando arreglarte lo de esa detención de mierda, Puck, pero aprietan el culo cada vez que lo menciono.

—No se preocupe, señor P. —respondió Puck—, es uno de esos casos en los que te encuentras con el poli equivocado en el momento inoportuno. Vincent Indelicato es el único miembro del Departamento al que odio a muerte, y él siente lo mismo hacia mí, así que no parece que vaya a dejar pasar ni una.

—¿Tiene eso algo que ver con Einar?

—Ese cabrón de pasma, a la menor oportunidad que se le presenta... lo acosa, lo encierra por nada... Odio puro a los homos, y Einar, como es tan inocente, tío, como un niño pequeño, no ve lo perverso que es todo, lo sistemático. Al hijo de puta de Indelicato hay que llevarlo al paredón y fusilarlo... Es una pena que no me encierren por... no sé, algo real. A lo mejor eso me haría ganar algo de respeto dentro.

—Ahora que lo mencionas... —Adrian le explicó su historia como asesino a sueldo, y le habló de su tarjeta salvoconducto para no entrar en la cárcel—. Pero lo que no tengo esta vez es ninguna gana. Quiero decir, este Indelicato es un cliente, un mierda, sí, pero a mí no me dice nada. Podría cargármelo, pero ¿qué? ¿Dónde está la pasión? ¿Me entiendes? Mientras que alguien que verdaderamente lo odie...

—Lo que está diciendo... es que lo haga yo...

—Pero me detienen a mí. Y si acabas entrando en chirona por ese cargo de nada, la radio macuto de la prisión correrá la voz de que fuiste tú quien en realidad se cargó al poli que te metió ahí dentro, y tu credibilidad en el patio recibirá una buena inyección de *speed*.

Y así sucedió: Adrian preparó el número, Puck lo representó, y en un sistema judicial perfecto ambos habrían sido condenados por asesinato en primer grado, pero no pueden sobrestimarse los extremos a los que una fuerza con inseguridades tan arraigadas como el LAPD puede llegar para que la función no acabe como es debido.

—Y para colmo —concluyó Puck—, se llegó a un acuerdo sobre aquellas jodidas semillas antes de llegar a juicio, así que ni siquiera tuve que entrar en la cárcel. Menuda historia, ¿eh?

—Lo que deja una pregunta sin responder —dijo Doc—, y ya que estamos aquí charlando y tal: ¿quién contrató a Adrian?

—¿Y a quién le importa una mierda? Poli contra poli, preguntar es perder el

tiempo.

—No, no, es fascinante, como diría Mister Spock, cuéntame más.

Pero ambos oyeron el sonido de un coche entrando en el garaje y puertas que se cerraban de golpe. Al poco, la voz amortiguada pero reconocible de Adrian llamaba:

—Puckie..., estoy en casa...

Puck estaba de pie, y en la expresión de su cara Doc vio, demasiado tarde para variar, lo absoluta y peligrosamente loco que había estado siempre ese musculitos.

—Hoy tenemos un regalo especial para ti, Doc, acabamos de recibir un cargamento de jaco puro del número cuatro, sin que le hayan puesto ningún dedo blanco encima entre el Triángulo Dorado y tu propia vena palpitante; hay formas peores de ser eliminado para siempre de la lista de tocacojones. Permíteme que salga un momento y te traigo un poco.

Puck se fijó en la mirada de Doc hacia su tobillo y la funda de pistola vacía y sonrió con satisfacción, y a Doc le pareció que la esvástica de la cabeza de Puck también centelleaba risueña.

—Ajá, la llevo aquí —dijo palmeándose el bolsillo interior de la chaqueta—. Te la devolveré pronto, aunque no sé si estarás en condiciones de usarla. Y ahora no te vayas. —La puerta se cerró tras él, y el pestillo de un cerrojo quedó encajado ruidosamente.

Existe un método bastante sencillo de quitarse unas esposas, que Doc había aprendido en cuanto empezó a tener altercados habituales con el LAPD. La varilla metálica arrancada del capuchón de un bolígrafo habría servido, pero también le habían quitado el boli cuando le sacaron la Smith. Sin embargo, Doc siempre se tomaba la molestia de llevar en distintos bolsillos de los pantalones, sueltas y, esperaba, invisibles para los demás, dos o tres cuñas de plástico que había cortado hacía mucho de una tarjeta de crédito Bullocks caducada que Shasta se había dejado al marcharse. La idea era deslizar la tira de plástico dentro de una de las esposas para soltar el trinquete de bloqueo y de paso cubrir la rueda dentada para impedir que el trinquete volviera a encajarse.

Conseguir tan sólo que una de las cuñas cayera de su bolsillo le requirió muchas torsiones, tensión muscular y casi hacer el pino, pero finalmente Doc se liberó de las esposas, se levantó con un crujido de la cama y miró a su alrededor. No había mucho que ver. La puerta estaba diseñada para que no se pudiera abrir desde dentro y no había nada con que forzarla. Colocó la silla plegable bajo la lámpara del techo, se subió y desenroscó la bombilla. Todo quedó a oscuras. Cuando por fin se las arregló para bajarse de la silla, sufrió una especie de *flashback*, posiblemente por la droga para elefantes que le habían dado. Vio viejas imágenes familiares, como si se tratara de espíritus guías que habían ido hasta allí para ayudarle a escapar. Dagwood y Mr. Dithers, Bugs y Sam Bigotes,

Popeye y Brutus giraban violentamente dentro de unas nubes de polvo de un verde y un magenta saturados, y durante un segundo y medio comprendió que él pertenecía a una única y antigua tradición marcial en la que oponerse a la autoridad, someter a pistoleros a sueldo y defender el honor de una dama venían a ser lo mismo.

Oyó movimiento al otro lado de la puerta, pero no conversación. Había un cincuenta por ciento de posibilidades de que Puck estuviera solo. Doc agarró una de las esposas, dejó que la otra se balanceara y esperó. Cuando Puck abrió lo bastante la puerta para darse cuenta de que el cuarto estaba a oscuras, y antes de que pudiera decir «oh, oh», Doc se le había echado encima y le machacó la cabeza con la esposa suelta, le pateó la rodilla para derribarlo, y luego se abalanzó sobre él y se entregó a una rabia que, comprendió, le proporcionaría el equilibrio que necesitaba para pasar por ese trago; le aferró la cabeza y siguió golpeándosela casi en silencio contra el umbral de mármol de la puerta hasta que todo quedó resbaladizo por la sangre.

Puck había dejado caer una bandeja en la que llevaba una cuchara, una aguja y una jeringuilla, pero no se había roto nada.

—Bien. Pues entonces aquí tienes.

Registró los bolsillos de Puck y recuperó su propia pistola, un llavero, una cajetilla de tabaco y un encendedor —el mezquino cabronazo le había mentido incluso sobre eso—, y, manteniendo un oído atento a Adrian, preparó cuidadosamente la heroína, introdujo un poco en la jeringuilla y, sin molestarse en extraer el aire de la punta, la metió en el cuello de Puck por la zona donde creía que debía de estar la yugular; empujó el émbolo hasta el fondo, esposó a Puck por si recuperaba el conocimiento, recogió sus huaraches y salió al pasillo. Parecía vacío. Encendió uno de los mentolados carceleros de Puck, inhaló con cuidado por si había más PCP en el pitillo, y, utilizando el sonido del oleaje como guía, fue avanzando hacia lo que esperaba que fuera la calle.

—¿Puck? —Era Adrian, desde la otra punta del pasillo, empuñando una pistola, y Doc se tiró al suelo en el mismo momento en que Adrian alzaba la mano y disparaba. La bala rebotó en un gigantesco gong de pezón vietnamita que colgaba al lado. Una nota, pura, acampanada, llenó la casa. Doc se encontró en un gran patio interior que daba a una pieza con un salón y un ventanal con cortinas. Algo de luz procedente del océano se filtraba entre los intersticios de las cortinas. Podía ver, pero sólo un poco. Entró en el salón y rodó hasta situarse detrás de un sofá, se quitó un huarache y lo arrojó en dirección a Adrian. Eso provocó un disparo desde el patio. El destello de la boca del arma llenó la habitación. El gong seguía vibrando. Más que oírlo, Doc sintió cómo Adrian se arrastraba hacia él. Esperó hasta ver una densa mancha de sombra moviéndose, apuntó, disparó y rodó hacia un lado inmediatamente, y la figura cayó como una pastilla de ácido en la boca del Tiempo. No hubo más disparos. Doc esperó cinco

minutos, o puede que diez, hasta que oyó gemir en algún punto del largo salón invisible.

—¿Eres tú, Adrian?

—Soy un trozo de carne picada —sollozó—. Oh, mierda...

—¿Te he dado? —dijo Doc.

—Me has dado.

—Herida mortal, espero.

—Eso parece.

—¿Cómo puedo estar seguro?

—A lo mejor sale en las noticias de las once, gilipollas.

—Quédate ahí, procura no espicharla. Llamaré a una ambulancia.

Fue a buscar un teléfono. Nadie le disparó. Estaba llamando a la ambulancia cuando oyó ruidos de movimiento justo debajo del suelo, en lo que supuso que debía de ser el garaje. Encontró unas escaleras y bajó cautelosamente a echar un vistazo.

Ocupado en descargar un paquete de veinte kilos del maletero de un Lincoln Continental estaba Bigfoot Bjornsen, que le miró sin el menor asomo de sorpresa.

—¿Te has encargado de ese par sin problemas? Cualquier cosa que yo pueda...

—Me has tendido una jodida trampa, Bigfoot, ¿qué pasa?, ¿es que no tienes pelotas para hacerlo tú o qué?

—Lo siento. Ya tengo bastantes malos rollos personales con el capitán, y tú estabas al alcance de la mano.

—Y eso de ahí, ¿es lo que me parece?

Un breve latido, como si una masa congestionada de nieve en lo alto de la ladera de una montaña esperara el permiso para caer en avalancha. Bigfoot se encogió de hombros.

—Bueno, sólo es uno. Hay un montón. Quedan más que suficientes como prueba.

—Ajá, y ese que cargas ahí tiene más valor en la calle que el que crees que saben contar los polis. Bigfoot, Bigfoot, ya he visto esa película, tío, y, según creo recordar, el personaje acaba mal.

—Tengo obligaciones.

La puerta del garaje estaba abierta. Bigfoot llevó el paquete hasta un Impala del 65 aparcado en la entrada, abrió el maletero y lo metió dentro.

—Vas a timar al mismísimo Colmillo Dorado, tío. La jodida organización entera, no sé si te acuerdas de que se cepilló a uno de los miembros de su propio consejo de administración en Bel Air la otra noche.

—Eso será según tus propios delirios, claro. En la División, en este momento, creemos más bien que debemos investigar la lista de Maridos Iracundos que, según parece, tiene una considerable extensión. ¿Te llevo a algún sitio?

—No. ¿Sabes que te digo?, a la mierda todo esto, sobre todo tú. Me voy andando. —Se dio la vuelta y se marchó.

—Oooh —dijo Bigfoot—, qué susceptible.

Doc siguió andando, el sol acababa de ponerse, un resplandor siniestro se desvanecía sobre el filo del mundo. Mientras caminaba empezó a resultarle cada vez más familiar ese trecho de bungalows de estuco y cabañas playeras, y al cabo de un rato se acordó de que estaba en Gummo Marx Way, donde, según los expedientes que le había dejado ver Penny, Adrian tenía una casa, en la que había sido asesinado el compañero de Bigfoot. Gummo, arteria principal hacia el arrebatado impulsivo y el abandono, cuesta arriba y cuesta abajo a la vez, tanto daba lo que les hubiera explicado el profesor de geometría. Quién sabía cuántas veces habría rondado por allí Bigfoot desde la muerte de su compañero, y con cuánta impotencia y rabia.

Doc resistió el impulso de mirar hacia atrás. Que Bigfoot hiciera lo que quisiera. No podía estar a más de tres kilómetros de una parada de autobús, y a Doc le vendría bien un poco de ejercicio. Oía el viento en lo alto de las palmeras y el latido regular del oleaje. De vez en cuando, le adelantaba un coche a toda velocidad encaminándose hacia quién sabe qué ingrata tarea, a veces con la radio encendida, otras tocando la bocina a Doc por ser un peatón. Al poco, divisó una chillona cabaña de surfista al otro lado de la calle, y un coche fúnebre, un Cadillac del 59, aparcado delante, con las ventanas tintadas de negro y el cromado, hasta donde veía Doc, rigurosamente original, y un par de tablas largas encajadas donde solían montar los fiambres. Se acercó a echar un vistazo.

De repente algo parpadeó en el margen de su campo visual, como cuando ves cosas en casas que se supone que están vacías. Se agazapó detrás del coche fúnebre, echó mano a su Smith, y justo en ese momento emergió Adrian Prussia de un cono de luz de una farola situada más adelante.

¿Cómo?

O bien Doc había alucinado imaginándose que había matado a Adrian, lo que ciertamente era posible, o bien sólo lo había herido y Adrian se las había apañado para salir por detrás, había bajado hasta la playa y caminado hasta encontrar un sendero que le llevó a través de los dientes de león de nuevo a la calle.

—Jodidos hippies, sois tan fáciles de engañar. —Lo cierto es que la voz de Adrian no sonó muy sobrada, pero en ese momento Doc prefería no hacerse ilusiones.

—Sigue tu camino, Adrian, todavía puedes escaparte, ve en paz, tío, no me pongas en el brete de elegir entre tú o la nada.

—Ni hablar, después de lo que le has hecho a Puck. Voy a por ti, gilipollas. — Doc se agachó bajo los últimos destellos del cielo, planteándose varias posibilidades, como rodar debajo del coche fúnebre y disparar a los pies de Adrian—. A lo mejor te da tiempo para disparar una vez. Pero tendrás que

levantarte y quedar al descubierto, y el disparo tendrá que ser perfecto. Mientras tanto, te volaré la cabeza en cuanto la vea.

Desde la Gummo Marx Way que había dejado atrás, a Doc le llegó el sonido de sirenas. Le pareció que eran más de una, y cada vez más fuertes.

—¿Ves? Llamé a una ambulancia para ti y todo.

—Gracias —dijo Adrian—, muy considerado por tu parte. —Y se desplomó de bruces sobre la calle, y cuando Doc por fin se asomó un poco para echar un vistazo le pareció que no se movía. Bien muerto.

Doc miró hacia atrás y vio las luces parpadeantes delante de la casa de Adrian: una ambulancia y dos o tres coches patrulla. Comentando la jugada con Bigfoot, sin duda. A él más le valía seguir con su paseo nocturno por la Gummo Marx Way. No era que huiera de la escena del crimen, ¿verdad que no? Acabarían descubriendo el cadáver de Adrian, a lo mejor iban tras Doc o a lo mejor no, a lo mejor lo detenían ahora o a lo mejor más tarde..., ¿qué importaba? En teoría, sabía que acababa de matar a dos personas, y que le esperaban meses, puede que años, de agobios, pero, bien mirado, no era él quien se había quedado tirado en la calle.

Intentó recordar la letra de *The Bright Elusive Butterfly of Love* cuando a su espalda escuchó un rugido casi tan melodioso, que reconoció como procedente de un tubo de escape de un V-8 con un silenciador Cherry Bomb Glasspack Era Bigfoot, que aminoró la velocidad, se detuvo a su altura y bajó la ventanilla.

—¿Vienes?

A ver, ya me dirás. Se subió.

—¿Dónde está El Camino?

—En el taller, necesita llantas nuevas. Éste es de Chastity.

—Y... ahora vamos a separarnos.

—Deja de preocuparte, Sportello. Todo está bajo control.

—‘¿Palabra?’

Bigfoot levantó tres dedos como en el juramento del Boy Scout, con la diferencia de que estaban, digamos, un poco doblados. «Semi ‘palabra’».

Bigfoot no volvió a hablar hasta que llegaron a la San Diego Freeway, que tomaron hacia el norte.

—Tienes razón. Sé que debería haberlo hecho yo.

—Eso es algo entre tú y quien sea, tío. El fantasma de tu compañero, tal vez.

Bigfoot encendió la radio del coche, que estaba sintonizada —seguramente soldada— a una emisora de música ligera. Sonaba una especie de popurrí de Glen Campbell. Pero Bigfoot seguía mentalmente en la GMW.

—Vinnie llegó de Nueva York, ¿sabes? Tardé una semana en entender una palabra de lo que decía, no tanto por el acento como por el tempo. Luego yo

mismo empecé a hablar igual, y nadie me entendía. Todavía me pregunto si no podría haberme adelantado a él aquel día, pero como siempre, Vinnie iba demasiado rápido. Vinimos a la GMW por un chivatazo que le habían dado, y antes de que me diera tiempo de parar el coche, él había salido por la puerta y ya entraba en la casa. Yo sabía qué iba a pasar. Estaba pidiendo refuerzos cuando oí los disparos. Durante un rato no hice más que chillar como un estúpido: Vinnie, ¿estás ahí? Y estaba, claro, y no estaba. Pobre desgraciado. Condenado a acabar mal tarde o temprano. Desquiciado como él solo, vale, pero mis espaldas nunca estuvieron tan bien guardadas ni antes ni después. Es difícil explicárselo a un civil, pero, de verdad... le debía mucho.

Bigfoot condujo un rato. Doc dijo:

—¿Sabes qué?, ¿quieres que te sea totalmente sincero? Creía que habías sido tú.

—¿Que había sido yo?, ¿que yo fui el que se cargó a Vinnie?, ¿a mi propio compañero? Por Dios santo, Sportello, ¿es que no puedes cortar ese numerito de fumeta paranoico?

—Llámalo como quieras, Bigfoot, es una reacción normal, ¿no?, ¿cómo quieres que sepa lo que pasa con vosotros, todos arrastrándoos por ahí detrás de vuestro telón de acero azul, jugando a vuestros jodidos jueguecitos de poder?

Bigfoot no respondió, pero había veces en que Doc podía entender lo que callaban sus silencios, y éste en concreto decía: hay demasiadas cosas de las que no tienes ni idea, así que jódete.

Pero eso no impidió que siguiera insistiendo:

—A lo mejor el Departamento os tenía a los dos en la misma lista negra; quiero decir que, aunque fuera tu compañero y todo eso, cargártelo hubiera sido un buen medio de recuperar tu prestigio, ¿no?

—No sabes de qué estás hablando. Muchas gracias por preocuparte, pero eso lo tenía cubierto, ¿vale? Soy un poli del Renacimiento, ¿te acuerdas?, aprendí a ser lo que todas las partes interesadas querían que fuera.

—No, Bigfoot..., no, ¿sabes lo que creo que eres de verdad? Pues eres el Charlie Manson del LAPD. El pirado perverso y vociferante que se ha colado hasta el centro mismo de ese pequeño reino de polis, al que nada ni nadie puede tocar, y que Dios les ampare si un buen día te despiertas con ganas de hundirlo todo, porque entonces más vale que los polis corran para salvar el pellejo, y cuando se despeje el humo de las balas, habrá pájaros cantores construyendo sus nidos en todos los rincones vacíos de la Casa de Cristal. Además de cristales rotos y mierda.

Complacido visiblemente con esa puesta al día de su personaje, Bigfoot aceleró hasta los ciento cincuenta o ciento sesenta kilómetros por hora y avanzó con despreocupación, se diría casi como un suicida, serpenteando entre el tráfico en el tradicional estilo de autopista. Por la radio del coche de Chastity Bjornsen

salió la sincopa cansina e irreverente de metal de un arreglo de Herb Alpert, que Doc reconoció horrorizado como una versión de *Yummy Yummy Yummy* de Ohio Express. Alargó la mano hacia el mando del volumen, pero Bigfoot se le adelantó.

—Por si te interesa saberlo —dijo Doc—, Puck me contó que fue él quien disparó. Adrian cobró por el trabajo y cargó con la acusación, y luego lo soltaron. Lo habitual. Pero puede que ya sepas todo eso. Y puede que también sepas quién, dentro del LAPD, pagó a Adrian para hacerlo.

Bigfoot miró a Doc y luego volvió a fijar la mirada en la autopista.

—O bien lo sé, lo que significa que no voy a decírtelo, o no lo sé, en cuyo caso nunca lo averiguarás por tu cuenta.

—Vale, olvídale. Sólo soy el civil estúpido que está ahí fuera para atraer el fuego enemigo.

—Mi oferta de trabajo sigue en pie. Acéptala, aprenderás un par de cosas. Puede que incluso seas carne de Academia. —Se acercaban a la salida de Canoga Park y Bigfoot puso el intermitente.

—No me lo digas —dijo Doc.

—Sí, tuvimos que retirar tu tartana de la vía pública otra vez, estaba mal aparcada, en el barrio de Adrian.

—Espera un momento. ¿Vas a dejar que me vaya tranquilamente en mi coche, no me arrestas ni me acusas ni nada? ¿Y cómo se supone que vamos a arreglarlo?

—¿Arreglar el qué?

—Todo eso..., ya sabes —dijo echando la cabeza hacia atrás en dirección a la Gummo Marx Way y haciendo vagos gestos de bang, bang con el pulgar y el índice.

—Ni idea de a qué te refieres, Sportello, sin duda debe de ser una de tus alucinaciones.

—No lo entiendo. Adrian debía de ser uno de los valores principales del Departamento. ¿Cómo van a tomarse el que haya sido eliminado?

—Lo único que, en confianza, puedo decirte es que Adrian se estaba pasando de listo. Y mucho; no me pidas que te dé detalles, sólo ten la tranquilidad de que los chicos estarán muy contentos de librarse de él. Y también de Puck, porque ahora podrán decir que los asesinos de Vinnie han sido identificados finalmente, han tenido un fin violento pero se ha hecho justicia, la tasa de delitos esclarecidos salta otra muesca y recibimos equis millones más de los federales. En la ciudad, lo que ha pasado les parecerá a todos lo que tú llamarías chachi.

—A lo mejor tendría que llevarme una pequeña comisión.

—Pero eso te pondría en nómina, ¿no?

—Vale..., entonces, ¿no podrías darme algún pequeño chivatazo o algo así? Es por esos casos en los que estoy trabajando; Puck fue tan amable de mencionar

que todo el lío en el Chick Planet Massage aquel día no era nada más que una tapadera para cargarse a Glen Charlock. Dijo que nunca tuvo nada que ver con Mickey. ¿Sabías tú algo de eso? Claro que lo sabías, ¿por qué no me lo contaste?

Bigfoot sonrió.

—¿Se me pasó? Jesucristo de mi vida, me estoy poniendo peor que un fumeta. Sí, bueno, lo que pasó es que Mickey tropezó con algo que no debería haber visto, y a los chicos disfrazados de John Wayne les entró pánico y decidieron retirarlo de la vista pública durante un tiempo. Luego los federales lo descubrieron: aquí tenemos a un multimillonario adicto al ácido a punto de regalar todo su dinero; y por descontado, ellos tenían sus propias ideas acerca de cómo gastarlo. Como mantenían buenas relaciones con ese Colmillo Dorado tuyo por unas actividades relacionadas con la heroína en Extremo Oriente, internaron a Mickey en Ojai para un leve lavado de cerebro.

—Pues parece que consiguieron lo que querían. Mi mala suerte y mi peor costumbre de llegar siempre a deshora. Un hombre ve la luz, intenta cambiar su vida, mi gran oportunidad para rescatar a alguien de las garras del Sistema, y llego demasiado tarde. Y ahora Mickey ha vuelto a sus viejos hábitos de cerdo avaricioso.

—Bueno, puede que no, Sportello. A veces lo que se va vuelve, pero nunca acaba exactamente en el mismo sitio, ¿te has fijado? Como un disco sobre un plato, lo único que hace falta es variar un surco y el universo se transforma en otra canción completamente distinta.

—¿Has estado tomando ácido, Bigfoot?

—No, a no ser que te refieras a la variedad estomacal.

En el aparcamiento, Bigfoot se detuvo delante de la oficina, entró y volvió a salir con un impreso de autorización para sacar el vehículo de allí.

—Puedes empezar a rellenarlo, yo voy a comprobar una cosa, volveré para firmártelo todo.

Con el tubo de escape Glasspack latiendo como la línea de bajo de un blues de tempo acelerado, se alejó, y entró en la zona de deslumbrante luz de vapor de mercurio que saturaba un aparcamiento repleto de irritación ciudadana bien visible. No tardó mucho, pero Doc ya empezaba a ponerse nervioso. La intuición extrasensorial de los fumetas, sin duda, que se disparó aún más cuando vio que, en un gesto de amabilidad totalmente irreal, acercaban su coche hasta la puerta misma de la oficina.

—¿Qué es esto? —dijo Doc.

—Conduce con prudencia —le aconsejó Bigfoot, tocándose una invisible ala de sombrero. Volvió a subirse al Impala, pisó a fondo haciendo vibrar el motor varias veces y se dispuso a marcharse—. Ah, casi se me olvidaba.

—Dime, Bigfoot.

—Chastity y yo llamamos a un tasador el fin de semana pasado para que

mirara algunas de nuestras piezas. ¿Y te acuerdas de la taza salvabigotes de Wyatt Earp? Pues resulta que es auténtica. Sí. Podías haberte quedado esa mierda y conseguido billetes de los grandes. —Riéndose sádicamente entre dientes se alejó con mucho ruido.

Tras salir del aparcamiento, Doc realizó un giro a la izquierda más marcado de lo que pretendía, se subió a un trecho de bordillo de la calle y entonces oyó un ominoso estampido procedente del maletero. Lo primero que le pasó por la cabeza es que se había soltado algo del Vibrasonic. Paró y se bajó a comprobarlo.

—¡Arg! Bigfoot, pedazo de cabrón.

¿Cómo había podido esperar que aquel perro rabioso se diera por contento sólo con Adrian y Puck? Todos habían sido meros instrumentos en un concierto ajeno, incluido Doc. Ahora llevaba veinte kilos de Blanca China del número 4 rebotando por su maletero, y Bigfoot sin duda estaba informando del pequeño detalle; una vez más, Doc era el cebo, y sólo podía confiar en la lentitud mental del LAPD para que no lo pescaran en algún paso elevado de la autopista. Tenía que deshacerse de esa mierda asiática en algún lugar seguro, y rápidamente.

Sin salir de las carreteras secundarias, Doc se dirigió hacia el este, se detuvo un momento en un centro comercial y fue a la parte trasera hasta los contenedores de basura; encontró dos cajas de cartón de aproximadamente el mismo tamaño, metió la droga de Bigfoot en una y llenó la otra con sacos de basura y escombros de obras, y luego se dirigió al Aeropuerto de Burbank, aparcó cerca de una cabina telefónica y se gastó la mayor parte de un paquete de monedas de veinticinco centavos intentando que le pasaran, a través de un operador de móvil, a la radio emisora-receptora de la limo de Tito, por si se daba el improbable caso de que éste estuviera trabajando tan tarde.

—Inez, cuántas veces tengo que jurártelo: no es el nombre de un caballo, no es el número de teléfono de un corredor de apuestas, es sólo esa azafata de cóctel...

—¡No, no, Tito, soy yo! —aulló Doc a causa de la pobre conexión.

—¿Inez? Suenas muy rara.

—¡Soy Doc! ¡Necesito un coche limpio, sin marcas!

—Oh, ¡eres tú, Doc!

—Sé que te aviso con poco tiempo, pero si pudieras encontrarme algún Falcon...

—Eh, que no me gano la vida haciendo de chulo, tío...

La conversación se alargó un buen rato, los despegues y aterrizajes de los reactores los interrumpían, la recepción iba y venía. Doc tuvo que rebuscar más monedas y pronto se vio gritando entre dientes como Kirk Douglas en *El ídolo de barro* (1949). Pero finalmente aclararon que Adolfo estaría allí en menos de media hora con otro coche, y Doc se preparó para la fase dos de su plan, que

requería, y rápido, fumar un poco de hierba hawaiana liada en un canuto de cierto diámetro y llevar la caja llena de basura del contenedor al mostrador de Kahuna Airlines, donde compró un billete para Honolulu con una dudosa tarjeta de crédito que había aceptado en cierta ocasión como pago por sus servicios; facturó la caja de cartón de pega como equipaje y vio cómo se alejaba rodando hacia lo que azafatas que conocía habían descrito como una pesadilla burocrática, con la esperanza de que el Colmillo tardara su debido tiempo en despertarse de ella.

—Irás segura, ¿verdad?

—Ya lo ha preguntado muchas veces, señor.

—Llámame Larry... Lo único que pasa es que vosotros tenéis la peor fama de la industria por perder mierda, así que estoy un poco nervioso, eso es todo.

—Señor, puedo asegurarle...

—Oh, olvídale. Lo que de verdad necesito ahora es información sobre la Tierra de los Pigmeos.

—¿Cómo dice?

—¿Tienes un atlas de vuelo a mano? Busca: «Pigmeos, Tierra de los».

Tratándose de unas aerolíneas californianas, con instrucciones claras de ser todo lo amable que pudieran, alguien de uniforme y pelo corto apareció al poco con un atlas de vuelo y empezó a hojearlo de pie, cada vez más desconcertado y disculpándose.

—Esté donde esté, señor, no tiene instalaciones de aterrizaje.

—¡Pero yo quiero ir a la Tierra de los Pigmeos! —dijo Doc con un tono algo así como sollozante.

—Pero, señor, la Tierra de los..., de los Pigmeos parece no disponer de... pistas de aterrizaje.

—Pues entonces tendrán que construir una, ¿no?, deme eso... —Agarró el micrófono de la megafonía de detrás del mostrador, como si estuviera en una frecuencia de onda corta atentamente monitorizada por los pigmeos, a la espera de ese tipo de mensaje—. ¡Muy bien, ahora, escúchenme! —empezó a berrear órdenes a un imaginario equipo de obreros de la construcción pigmeos—. ¿Que si es un qué? Claro que es un Boeing, enanito..., ¿algún problema al respecto?

La gente de seguridad empezó a entrar en el perímetro visual de Doc. El personal de supervisión se cernía a su alrededor observándolo con una especie de fascinación enfermiza. Los clientes que hacían cola detrás de él encontraron razones para salirse de la cola y alejarse. Él desenchufó el micrófono, se recolocó el sombrero en un garboso ángulo a lo Sinatra y, con una voz de cantante de *lounge* de la que no tenía que avergonzarse del todo, empezó a trabajarse al público cantando:

Hay un cielo lleno de corazones,

partidos por la mitad,
algunos volando con tarifa íntegra,
otros con la reducida,
todos actores secundarios
yo, tú y él,
interpretando nuestros papeles,
en un cielo lleno de corazones...

Ahí arriba en primera clase,
vino de diez dólares,
partidas de canasta,
qué buen rato,
de repente, oh, oh,
se enciende la señal de Prohibido Fumar,
así empieza todo,
en un cielo lleno de corazones...

[*Puente*]

Con el rugido del turboventilador...
te fuiste por tu camino...
te echaré de menos, pero...
tampoco hay mucho que decir...

Ahora vuelo solo
en clase turista,
bebiendo licor barato,
hasta que me caigo de culo,
mirando cómo mi canción sentimental
se cae de las listas de éxitos,
pero así son las cosas
en un cielo lleno de corazones...

En realidad, esa melodía había sonado brevemente en la radio hacía un par de semanas, así que al llegar a los últimos ocho compases había gente que le acompañaba, algunos como voz principal y otros de coro, mientras seguían el ritmo con los pies. Testigos de sobra para tener ocupado al Colmillo un buen rato. Mientras tanto, Doc se había ido acercando poco a poco hacia la salida y, tras lanzarle el micro al cliente que tenía más cerca, salió por la puerta y echó a correr hasta encontrar a Adolfo al volante de un 442 Olds con el motor al ralentí, en el espacio que había junto a su propio coche, y en la radio a Rocío Dúrcal estaba a punto de romperse el corazón.

Doc se subió a su coche y los dos salieron del aparcamiento, condujeron hasta que encontraron una calle razonablemente oscura en North Hollywood y, sin demora, pasaron la inconveniencia de veinte kilos del maletero de Doc al del Olds. Doc le dio sus llaves a Adolfo.

—Ellos tendrán este número de matrícula y la descripción del coche, sólo necesito un par de horas, intenta mantenerlos ocupados tanto como puedas...

—Iba a cambiarme dentro de un rato con mi primo Antonio «Bugs». Ruiz, que no sabe lo que significa la palabra '*peligro*', y además le importa un comino —respondió Adolfo.

—Es más de lo que puedo devolverte, *vato*.

—Tito cree que es él el que te debe algo a ti. Aclaraos entre vosotros, chicos, no me metáis a mí.

El Oldsmobile no tenía dirección asistida y, mucho antes de llegar a la San Diego Freeway, Doc se sintió como si hubiera vuelto a las clases de gimnasia a hacer flexiones para el señor Schiffer. El lado bueno era que nadie parecía seguirle. Todavía. Y aún tenía que responder la interesante pregunta: ¿cómo se mantienen veinte kilos de heroína escondidos y a buen recaudo durante un breve periodo cuando se están movilizand o inmensos recursos para encontrarla, recuperarla e imponer el castigo debido por birlarla?

De vuelta en Gordita, mientras buscaba algún sitio donde aparcar, pasó por delante de la casa de Denis, que seguía decorada con montones de yeso mojado, listones astillados, cables y tuberías de plástico, como si alguien hubiera derramado por encima un cuenco gigantesco de cereales de fantasía en mal estado. Y, como Doc bien sabía, Denis estaba viviendo en medio de todo aquello, pirateando la electricidad que necesitaba para la nevera, la televisión y la lámpara de lava a los vecinos de al lado. Hasta que el casero, que estaba de vacaciones en Baja, descubriera el modo de cobrar del seguro una cantidad suficiente para pagar las reparaciones, no era probable que nada cambiara ahí.

—¡Psicodélico! —exclamó Doc. Un lugar perfecto para ocultar el alijo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ya sólo calzaba un huarache.

Los bares todavía no habían cerrado, y Denis no parecía estar en casa. Manteniendo un oído atento a los juerguistas de las cercanías, Doc metió la caja de cartón con la heroína entre los restos del salón de Denis y la escondió detrás de un fragmento de techo desmoronado, cubriéndola con un gigantesco harapo de plástico de lo que había sido la cama de agua de Chico. Sólo entonces reparó en que la caja que había sacado del contenedor de basuras a oscuras había servido de embalaje para un televisor de veinticinco pulgadas, detalle que no le pareció digno de reflexión hasta el día siguiente, cuando se pasó por casa de Denis a eso del mediodía y se lo encontró sentado, serio y atento ante la heroína profesionalmente embalada, ahora fuera de la caja, mirándola fijamente, como, según descubrió, llevaba haciendo ya un buen rato.

—En la caja decía que era un televisor —explicó Denis.

—Y no te pudiste resistir. ¿Por qué no comprobaste primero si había algo que pudieras enchufar?

—Bueno, no encontré por ninguna parte el cable de conexión, pero pensé que a lo mejor era algún tipo de tele que no lo necesitaba.

—Ya, ya, ¿y qué... —¿por qué le seguía el juego?— estabas viendo cuando llegué?

—Mira, tengo la teoría de que es, bueno, de que es uno de esos canales educativos. Un poco lento, vale, pero no peor que el instituto...

—Sí, Denis, gracias, le daré una calada a eso, si no te importa...

—Y quédate con la película, Doc, si miras el tiempo suficiente, ¿ves como empieza a... cambiar?

Para su pasmo, al cabo de un par de minutos, Doc empezó a percibir modulaciones en el color y la intensidad de la luz que aparecían entre las capas de plástico fuertemente envueltas en cinta adhesiva. Se sentó al lado de Denis y se fueron pasando el canuto con la mirada clavada en el paquete. Jade/Ashley se presentó con un gigantesco termo lleno de Orange Julius, vasos de papel y una bolsa de Cheetos.

—La comida —les saludó—, y además con los colores a juego, también y... guau, ¿qué coño es eso?, parece caballo.

—Qué va —dijo Denis—, a mí me parece que es... un documental.

Y así se sentaron uno al lado del otro, dando sorbos, masticando ruidosamente y mirando el paquete. Por fin, Doc se apartó.

—Lamento ser el chico malo, pero tengo que devolver la mercancía.

—Espera hasta que haya acabado esta parte.

—Hasta que veamos qué pasa —añadió Jade.

Doc había estado hablando por teléfono con Crocker Fenway, el padre de Japonica, que lo había llamado a eso de mediodía, interrumpiendo un sueño sobre la goleta *Colmillo Dorado*, que había recuperado su antigua identidad laboral, además de su verdadero nombre, *Preserved*. De algún modo, el exorcista zen del que le había hablado Coy, el que había deszombificado la mansión de los Boards en Topanga, también había estado trabajando en la goleta, limpiando los oscuros residuos de sangre y traición..., llevando a los inquietos espíritus de aquellos que habían sido asesinados y torturados a bordo a un reposo en paz. El mal que hubiera poseído en el pasado la goleta se había ido para siempre.

Se acercaba el crepúsculo, había llovido un poco y la tapa oscura de nubes se retiró unos dedos de ancho del horizonte para descubrir una franja tan clara y luminosa que incluso el tráfico que se dirigía hacia casa por la autopista se ralentizó para contemplarla. Sauncho y Doc estaban en la playa. La última luz

albaricoque caía a raudales hacia el interior y estiraba sus sombras colina arriba, más allá de las torres de los socorristas, hasta las terrazas de buganvillas, rododendros y dientes de león.

Sauncho le estaba haciendo una especie de resumen de las conclusiones finales de un juicio, como si acabara de presentar un caso:

—... pero no hay manera de eludir el tiempo, el mar del tiempo, el mar del recuerdo y el olvido, los años de esperanzas, perdidos e irrecuperables, de esta tierra a la que casi se le permitió reclamar su mejor destino, sólo para que se lo arrebatasen los mismos malvados de siempre, y se viera arrastrada y secuestrada en el futuro en que debemos vivir ahora y para siempre. ¿Hemos de confiar en que este bendito barco se dirija a una costa mejor, a una Lemuria que no se haya hundido, emergida y redimida, donde el destino americano, misericordiosamente, no haya llegado...?

Desde la playa, Doc y Sauncho veían la goleta, o creían verla, zarpando hacia mar abierto, todas las velas desplegadas y resplandecientes. Doc quería creer que Coy, Hope y Amethyst iban a bordo, encaminándose hacia una vida segura. Estaban en la barandilla, diciendo adiós con las manos. Casi los veía. Sauncho no estaba tan seguro. Empezaron a discutir al respecto.

Momento en el cual Crocker había martilleado con gongs a Doc devolviéndolo a la realidad de otro día aromatizado de petróleo en la playa.

—Yo no —graznó Doc al auricular.

—¡Claro que hace mucho tiempo! —dijo el príncipe de Palos Verdes, demasiado animado para esa hora de la mañana.

—Espere un momento mientras compruebo una cosa. —Doc se dejó caer del sofá y se tambaleó hasta la cocina. Se desplazaba en pequeños bucles, intentando recordar qué se suponía que estaba haciendo; sin saber muy bien cómo, puso agua a hervir y café instantáneo en una taza, y al cabo de un rato también recordó que el teléfono seguía descolgado.

—Qué hay. ¿Me ha dicho que se llamaba...?

Crocker volvió a presentarse.

—Unas personas que conozco han perdido algo, y por ahí corre la teoría de que usted sabe dónde está.

Doc se bebió la mitad de la taza de café, se escaldó la boca y por fin dijo:

—No será usted uno de los jefazos en esta historia, ¿verdad que no, tío?

—Eso no es asunto suyo, señor Sportello, pero a lo largo de los años se me ha acabado conociendo en esta ciudad como un buen negociador en situaciones complicadas. Mi problema en este momento es que usted puede tener en depósito gratuito un artículo cuyos dueños desean recuperar, y si esto puede arreglarse rápidamente no habrá penalizaciones sobrevenidas.

—Como que no me destrozarán o algo así.

—Por suerte para usted, ésa es una sanción que prefieren aplicar sólo a los

suyos. Dado el tipo de negocios a los que se dedican, sin una confianza absoluta en los socios todo podría derivar rápidamente hacia la anarquía. Los colaboradores externos como usted suelen disfrutar del beneficio de la duda, y usted, a cambio, debe fiarse de su palabra sin la menor vacilación.

—Chachi. ¿Quiere que nos veamos en el sitio de siempre?

—¿Un aparcamiento en Lomita? Me parece que no. Es territorio suyo. Y además, a estas alturas seguramente habrán construido encima alguna otra cosa. ¿Por qué no nos vemos esta noche en mi club, el Portola? —Le dio una dirección cerca de Elysian Park

—Seguro que hay normas de vestir —dijo Doc.

—Chaqueta y corbata si es posible.

De camino, Doc mantuvo un ojo fijo en el retrovisor por si veía El Caminos o Impalas curiosos. Una de las muchas cosas elementales que no había podido descubrir sobre Bigfoot era a qué tipo de parque automovilístico tenía acceso. Cuando llegó a la salida de Alvarado, se le ocurrió que tenía que empezar a preocuparse también por los helicópteros.

El club de Crocker Fenway se encontraba en una mansión de estilo Moorish Revival que databa de la era Doheny-McAdoo. En una sala al lado del vestíbulo donde enviaron a Doc a esperar, había un mural que representaba la llegada de la expedición de Portolá, en 1769, a un recodo del río cerca de lo que acabaría siendo el centro de L.A. De hecho, muy cerca de allí. El estilo pictórico le recordó a Doc las etiquetas que había en las cajas de frutas y verduras cuando era niño. Montones de colores, buena ambientación, atención al detalle. La vista era hacia el norte, hacia las montañas, que en la actualidad la gente de la playa sólo podía ver un par de veces al año desde la autopista, cuando el viento arrastraba el smog, pero que aquí, a través del aire de aquellos días, eran todavía nítidamente visibles, coronadas de nieve y con filos cristalinos. Una larga recua de mulas de carga serpenteaba perdiéndose en la verde lejanía a lo largo de las orillas del río, que estaba sombreado de álamos, sauces y alisos. En la escena, todo el mundo parecía una estrella de cine. Algunos iban a caballo, con mosquetes y lanzas y llevaban armaduras de cuero. En el rostro de uno de ellos, ¿el mismo Portolá en persona?, se veía una expresión de admiración, como si dijera: ¿qué es esto?, qué inesperado paraíso, ¿caso Dios dibujó con su dedo y bendijo este pequeño valle perfecto, destinado sólo a nosotros? Doc debió de ensimismarse un buen rato en el panorama, porque le sobresaltó una voz a su espalda.

—Un amante del arte.

Parpadeó dos o tres veces, se dio la vuelta y vio que era Crocker, con el aspecto que denominaban bronceado y en forma, y como si alguien acabara de pasarle una pulidora de suelos por la cara.

—Desde luego es un pedazo de cuadro —asintió Doc.

—La verdad es que nunca me he fijado mucho. ¿Por qué no subimos al bar de los invitados? Ah, a propósito, bonito traje.

Más bonito de lo que Crocker imaginaría. Doc lo había encontrado en la gran

liquidación de la MGM, celebrada no hacía mucho, tras dirigirse como una flecha infalible hacia él entre los miles de percheros cargados con montones de rutinarios atuendos de cine que llenaban uno de los estudios de sonido. Lo estaba llamando. Una nota que llevaba sujeta decía que lo había lucido John Garfield en *El cartero siempre llama dos veces* (1946), y resultó que le quedaba perfecto; sin embargo, no queriendo poner en peligro el hechizo que podía conservar activo entre sus hilos, Doc no vio motivos para contarle nada de eso a Crocker. También se había puesto la corbata de Liberace, a la que Crocker miraba una y otra vez aunque parecía incapaz de hacer ningún comentario.

No era precisamente el tipo de bar de Doc. Repleto de mobiliario que imitaba el estilo Misión, y con tanta madera oscura que uno no veía en qué se sentaba o qué bebía siquiera. Una tapicería con estampados de jungla, por no decir una iluminación más colorista, lo habría animado un poco.

—Por una resolución pacífica —dijo Crocker levantando un vaso chato con un malta West Highland destilado en exclusiva para el Portolá e inclinándolo hacia el ron con Coca-Cola de Doc.

Una sutil referencia, sin duda, a los recientes acontecimientos en Gummo Marx Way. Doc esbozó una sonrisa falsa y risueña.

—Y bien... ¿cómo está la familia?

—Si se refiere a la señora Fenway, sigo tan enamorado de ella como lo estaba el día que recorrió el pasillo de la Iglesia Episcopaliana de San Juan con toda la belleza del Producto Nacional Bruto. Si se refiere a mi encantadora hija Japonica, a la cual espero que no haya sido usted tan idiota para que se le pasara siquiera por la cabeza rozarla con un dedo, bueno, está bien. Sí, bien. Es más, sólo debido a ella, y nuestro pequeño problema de hace unos años, le estoy dando tanta vidilla a usted ahora.

—No sabe cómo se lo agradezco, señor. —Esperó a que Crocker estuviera a punto de tragar un poco de escocés para añadir—: A propósito, ¿no conocerá por casualidad a un dentista llamado Rudy Blatnoyd?

Atragantándose y farfullando lo menos posible, Crocker acertó a responder:

—El hijo de puta que hasta hace poco corrompía a mi hija, sí, creo recordar ese nombre, pereció en un accidente de trampolín o algo así, ¿no?

—El LAPD no está tan convencido de que fuera un accidente.

—Y usted se pregunta si lo hice yo. ¿Qué motivo le parece que podría tener? Sólo porque el tipo se aprovechara de una niña emocionalmente vulnerable, la arrancara de los brazos de una familia que la quería, la obligara a participar en prácticas sexuales que horrorizarían hasta a un sibarita perverso como usted..., ¿implica todo eso que tuviera el menor motivo para poner fin a la carrera de ese miserable pedófilo? Me toma por una persona muy vengativa.

—Mire..., yo sospechaba que se follaba a su recepcionista. —Doc puso su voz más inocente—. Pero, claro, ¿qué dentista no lo hace?, es como un juramento

que les obligan a prestar en la facultad de odontología y, en cualquier caso, eso queda muy lejos de un sexo raro y extravagante, ¿no?

—¿Y qué me dice de cuando obligó a mi niña a escuchar los álbumes grabados *por el reparto original* de los musicales de Broadway mientras se la tiraba? ¿Y las habitaciones de hotel con una decoración ordinaria a las que la llevaba durante las convenciones de endonocistas? ¡El papel pintado! ¡Las lámparas! Y ni quiero acordarme de su colección secreta de redecillas vintage...

—Ya, sí..., pero Japonica es mayor de edad, ¿no?

—A los ojos de un padre, siempre son demasiado pequeñas.

Doc echó una rápida mirada a los ojos de Crocker pero no vio mucha emoción paternal. Lo que sí vio le hizo agradecer haber optado por no fumar mucho en el camino.

—En cuanto al asunto que nos trae aquí: la gente a la que represento está dispuesta a ofrecerle una generosa compensación por la devolución intacta de lo que les pertenece.

—Chachi. Y supongamos que ni siquiera tenga que ser en forma de, digamos, dinero.

Por primera vez, Crocker pareció desconcertado.

—Bueno..., el dinero sería mucho más fácil.

—Últimamente me preocupa más la seguridad de ciertas personas.

—Oh..., personas... Vaya, eso dependerá, supongo, de la amenaza que representen para mis jefes.

—Estoy pensando en aquellos más cercanos a mí en la vida, pero también hay un saxofonista llamado Coy Harlingen, que ha estado trabajando en secreto para varias organizaciones antilibertarias, entre ellas el LAPD. Últimamente cree que ha elegido la carrera equivocada. Le hizo perder a su familia y su libertad. Como usted, tiene sólo una hija...

—Por favor...

—Vale, vale. Pero en cualquier caso, quiere dejarlo. Creo que puedo arreglarlo con la poli, pero hay otro grupo llamado California Vigilante. Y quienquiera que los dirija, claro.

—Oh, los Vigilas, una pandilla bastante despreciable, útiles en las calles, pero sin el menor sentido político, aparte del simple gamberrismo. Tiendo a pensar que ellos preferirían que no desvelara ninguna información confidencial.

—Sería lo último que haría.

—Es su garantía personal, Sportello.

—Si intenta cualquier tontería, iré a por él en persona.

—En ese caso y salvo sorpresas, no veo por qué no podría acordarse para él algún tipo de desvinculación amistosa. ¿Es eso todo lo que quería? Nada de dinero, ¿está seguro?

—¿Cuánto dinero debería sacarle para no perder su respeto?

Crocker se rió sin alegría.

—Un poco tarde para eso, Sportello. La gente como usted pierde el derecho a que la respeten la primera vez que paga un alquiler.

—Y cuando el primer casero decidió cargarse al primer inquilino para cobrar el depósito, su jodida clase entera perdió el respeto de todos.

—Ah. Entonces lo que quiere es ¿qué?, ¿una indemnización? ¿Más cuántos años de intereses? Eso sería una cuestión de contabilidad, claro, pero supongo que podríamos resolverlo.

—Por supuesto. Nada que ver con usted, un par de cientos de pavos, lo necesario apenas para enrollarlo y esnifar coca por los billetes. Pero mire, cada vez que uno de ustedes se pone así de avaricioso, el nivel de mal karma sube una pequeña muesca más de doscientos dólares. Al cabo de un tiempo eso empieza a acumularse. Y ahora, bajo las narices de todos se ha amontonado todo ese odio de clase, creciendo poco a poco. ¿Adónde cree que se dirige?

—Parece como si hubiera estado hablando con Su Santidad Mickey Wolfmann. ¿Ha ido a echar un vistazo a Channel View Estates? Algunos de nosotros removimos cielo y tierra, sobre todo tierra, para impedir que esa promesa de plaga urbana llegara a materializarse, un episodio más en una lucha que lleva librándose desde hace años: los propietarios de residencias como yo contra los promotores como el Hermano Wolfmann. Las personas con un honesto sentido del respeto por la conservación del entorno contra la escoria humana en manzanas de viviendas superpobladas que ni siquiera sabe lavarse sola.

—Memeces, Crocker, lo que está en juego ahí es el valor de las propiedades.

—Lo que se juega aquí es que *cada uno esté en su sitio*. Nosotros... —hizo un gesto que abarcaba el Bar de Invitados y la perspectiva que se perdía en una sombra aparentemente sin fondo—, nosotros estamos en nuestro sitio. Lo hemos estado siempre. Mire a su alrededor. Inmuebles, servidumbre de aguas, petróleo, mano de obra barata..., todo eso es nuestro, y siempre lo ha sido. Y usted, al final de la jornada, ¿qué es?: una unidad más en esta multitud de transeúntes que van y vienen sin parar en la soleada Southland, anhelando que lo sobornen con un coche de cierta marca, modelo y año, una rubia en bikini, treinta segundos encima de una ola, un perrito caliente con chile, por el amor de Dios. —Se encogió de hombros—. Nunca nos quedaremos sin gente como ustedes. Su provisión es inagotable.

—¿Y no le preocupa que —Doc le devolvió una sonrisa cordial— algún día se transformen en una turba salvaje gritando a las puertas de Palos Verdes, o que incluso intenten entrar?

Encogimiento de hombros.

—En ese caso, haremos lo que haya que hacer para mantenerlos fuera. Hemos estado sitiados por cosas mucho peores, y aquí seguimos. ¿No?

—Y gracias al Cielo que sea así, señor.

—Vaya, así que ustedes tienen ironía. No lo sabía.

—Más bien se trata de un detalle práctico. Si usted, sus amigos y sus compañeros de mesa no siguieran «en su sitio», ¿cómo íbamos a ganarnos la vida los detectives privados ordinarios como yo? No saldríamos adelante sólo con los conyugales y robos de coches, necesitamos esas actividades delictivas de altos vuelos para las que ustedes están tan dotados.

—Sí, bueno. —Crocker echó una mirada rápida a su Patek Philippe de fases lunares—. En realidad...

—Claro. No quiero entretenerle. ¿Dónde y cuándo hacemos la entrega esta vez?

Muy fácil. Aparcamiento en el centro comercial de May Company, al lado del cruce de Hawthorne con Artesia, el día siguiente por la noche. El intercambio de bienes sólo se efectuaría después de la verificación de que a ciertos individuos se les habría permitido irse sin que los incordiaran. Las garantías futuras de seguridad personal no serían anuladas sin una causa razonable.

—Su reputación como negociador está en juego aquí, Crocker. Puede que yo no esté tan bien relacionado, y por descontado no me va tanto la venganza como a ustedes, pero si ha estado jugando conmigo aquí, mi buen señor, se lo digo ahora: más le vale andarse con cuidado.

—¿Venganza? —se quejó el susceptible magnate—, ¿yo?

Doc llevó a Denis como acompañante, en funciones de, bueno, puede que no de matón guardaespaldas, pero sí algo parecido, a modo de una especie de protección que hasta último momento no se dio cuenta de que necesitaba, un estímulo para su inmunidad contra los centros comerciales del sur de California, para su deseo de no desear, al menos, no lo que se encontraba en esos comercios.

—¿Eh? —dijo Denis mientras esperaban para hacer la entrega pasándose un canuto de uno a otro y Doc intentaba explicárselo—. ¿Y por qué vas a devolver ese televisor?

Doc miró a Denis de cerca.

—Eso..., Denis, no es un...

Denis empezó a reírse tontamente.

—Vale, Doc, vale, ya sabía que era caballo. Y ya sé que no traficas con caballo y es probable que ni siquiera saques ni un céntimo de este viaje esta noche. Pero deberías llevarte algo por las molestias.

—Me llevo su palabra de que no le harán daño a nadie. Ni a mis amigos ni a mi familia..., yo, tú, un par más.

—¿Y te lo crees? ¿Viniendo de quienquiera que sea que maneje este tipo de material?, ¿te fias de su palabra?

—¿Y qué quieres?, ¿es que sólo tengo que fiarme de las buenas personas?, tío,

a las buenas personas las compran y las venden todos los días. Tanto da que me de algún auténtico cabrón de vez en cuando, al final viene a ser lo mismo. Quiero decir que no apostaría por ninguno de los dos.

—Guau, Doc. Eso es muy fuerte. —Denis se estaba fumando el canuto casi entero, para variar—. Pero ¿qué significa exactamente? —preguntó al cabo de un rato.

—Ahí están.

Los agentes del Colmillo Dorado venían astutamente disfrazados esa noche como una saludable familia rubia californiana en un Buick Estate Wagon del 53, el último *woodie* que salió de Detroit, y componían un nostálgico anuncio del tipo de consenso de zona residencial que Cracker y sus socios deseaban que se estableciera por la Southland y por el cual rezaban día y noche, con todos los infieles que no eran propietarios de casas expulsados a algún atestado y remoto exilio, donde se les pudiera olvidar sin dificultad. El niño tenía seis años y ya parecía un marine. En su hermana, un par de años mayor, se insinuaba un posible futuro como drogadicta, pero no hablaba mucho, dándose por satisfecha con estar sentada mirando fijamente a Doc mientras seguía concentrada en sus propios pensamientos, que él prefería no conocer. Mamá y papá sólo estaban interesados en el negocio.

Doc salió y abrió el maletero.

—¿Os echo una mano?

—Yo puedo. —El papá llevaba una camisa de manga corta que revelaba, tal vez a propósito, una total ausencia de pinchazos. La mamá era una rubia californiana bastante esbelta con una especie de atuendo de tenis, y fumaba un cigarrillo con filtro de chica blanca. El humo se le metía en uno de los ojos, pero ni se molestaba en quitarse el cigarrillo de la boca. Cuando el maridito hubo guardado a salvo la droga detrás, ella dedicó a Doc media sonrisa y extendió un rectángulo plano de plástico.

—¿Qué es esto?

—Una tarjeta de crédito —metió baza la hija desde el asiento de atrás—, ¿los hippies no tenéis?

—A lo mejor he querido decir: ¿por qué me la da tu mamá?

—No es para ti —dijo la mamá.

Doc tomó el objeto con vacilaciones. Parecía normal, aunque emitida por un banco que no reconoció en un primer momento. Entonces vio el nombre de Coy Harlingen escrito en ella. El marido lo miraba con ojos entornados.

—Se supone que tienes que decirle: «Buen trabajo, bienvenido de nuevo al baño principal, que tengas buenos viajes». Así, en plural, «viajes».

—Supongo que seré capaz de acordarme. —Pero vio que Denis ya lo estaba anotando por si acaso.

Un par de minutos más tarde, el Buick se alejó hacia Hawthorne Boulevard.

Doc vio un El Camino hecho polvo, que sólo podía ser el de Bigfoot, siguiendo al coche. Sonaba distinto. Bigfoot debía de haberle puesto cabeceras nuevas a los tubos de escape o algo así.

Pero, al final, ¿adónde iba a llevar este seguimiento a Bigfoot? ¿Hasta dónde, en el karma de este extraño y retorcido policía, tendría que seguir los veinte kilos antes de que le condujeran a lo que creía que necesitaba saber?, ¿que era exactamente qué, que no me acuerdo?: ¿Quién contrató a Adrian para que asesinara a su compañero?, ¿cuál era la relación de Adrian con los jefes de Crocker Fenway?, ¿acaso el Colmillo Dorado, en cuya existencia para empezar no creía Bigfoot, era siquiera real?, ¿qué inteligencia demostraba ese empeño, ahora mismo, por ejemplo, cuando no contaba con ninguna cobertura?, ¿y hasta qué punto estaba a salvo Bigfoot y durante cuánto tiempo?

—Ten —dijo Denis al cabo de un rato pasándole un canuto en brasas.

—Bigfoot no es mi hermano —comentó Doc después de exhalar—, pero desde luego necesita a alguien que le cuide.

—Pues no eres tú, Doc.

—Lo sé. Y es una lástima, en cierto sentido.

Cuando volvió a casa, encajado bajo la puerta de la cocina había un sobre que Farley había dejado, con algunas ampliaciones de la película de la trifulca en Channel View Estates. Había primeros planos del pistolero que se había cargado a Glen, pero ninguno era legible. Podría haberse tratado de Art Tweedle bajo el pasamontañas de una tarjeta postal navideña, podría haber sido cualquiera. Doc sacó su lupa y miró cada imagen hasta que, una por una, empezaron a dispersarse flotando en pequeñas manchas de color. Era como si lo que hubiera sucedido, fuera lo que fuese, hubiera alcanzado algún tipo de límite. Era como encontrar la puerta al pasado sin vigilancia, sin ningún prohibido el paso porque no hacía falta. Incrustado en el acto del regreso, al final estaba este reluciente mosaico de dudas. Algo como lo que a los colegas de Sauncho en los seguros marítimos les gustaba llamar vicio propio.

—¿Es como el pecado original? —se preguntó Doc.

—Es lo que no se puede evitar —dijo Sauncho—, cosas que las pólizas navales prefieren no cubrir. Por lo general se aplica a la carga, como huevos que se rompen, pero a veces también al buque que lo transporta. Como por qué hay que achicar el agua de las sentinas.

—Como la Falla de San Andrés —se le ocurrió a Doc—; como las ratas dándose la gran vida en las palmeras.

—Bueno —Sauncho parpadeó—, a lo mejor si suscribes una póliza marítima sobre L.A., tomando a la ciudad, por alguna razón muy bien definida, como si fuera un barco...

—Eh, ¿y qué me dices de un arca? Es un barco, ¿no?

—¿Un seguro de un arca?

—El gran desastre del que Sortilège siempre está hablando, que se remonta a cuando Lemuria se hundió en el Pacífico. Alguna de la gente que escapó entonces se supone que llegó hasta aquí para ponerse a salvo. Lo que convertiría a California en una especie de arca, ¿no?

—Oh, un bonito refugio. Una parcela bonita, sólida y fiable.

Doc preparó café y encendió la tele. Todavía no había acabado *Hawai 5-0*. Se tragó los créditos del final, con las imágenes de la canoa gigantesca, que sabía que le gustaba ver a Leo, y luego llamó a sus padres a San Joaquín.

Elmina lo puso al tanto de las últimas noticias.

—Han vuelto a ascender a Gilroy otra vez. Ahora es director regional, lo van a mandar a Boise.

—¿Van a hacer las maletas y mudarse todos a Boise?

—No, ella se quedará aquí con los niños. Y con la casa.

—Oh, oh —dijo Doc.

—Gil sin duda eligió una buena pieza. No sale de las boleras, va por ahí a bailar con mexicanos y vete a saber qué hacen todo el día, y, claro, a nosotros nos encanta cuidar a nuestros nietos, pero ellos también necesitan a su mamá, ¿no te parece?

—Tienen mucha suerte de contar con vosotros, mamá.

—Sólo espero que cuando te cases, te lo pienses un poco mejor de lo que se lo pensó Gil.

—No sé, siempre me pareció que había que ser comprensivo con Vernix por su primer marido y todo eso.

—Oh, el preso reincidente. Era su tipo. Lo que no sé es cómo no acabó ella en Tehachapi.

—Qué curioso, siempre me pareciste su mayor admiradora.

—¿Y ves mucho a aquella preciosa Shasta Fay Hepworth?

—La he visto un par de veces. —Y no le pareció que hubiera nada malo en añadir—: Ha vuelto a vivir en la playa.

—A lo mejor es el destino, Larry.

—A lo mejor le hace falta un descanso del trabajo en el cine, mamá.

—Bueno, podría haberte ido peor. —Doc siempre sabía cuándo su madre hacía una pausa intencionada—. Y espero que no te hayas metido en líos.

Leo llevaba un rato escuchando por la extensión.

—Ya estamos otra vez.

—Sólo me refería a...

—Ella cree que vendes hierba, y quiere comprar un poco, pero le da vergüenza pedirla.

—Leo, a ver, te juro que... —Se oyeron ruidos secos de golpes y una trifulca.

—¿Hace falta que llame a los antidisturbios?

—Él nunca va a dejar de echármelo en cara —dijo Elmina—. ¿Te acuerdas de nuestra amiga Oriole, la que da clases en el instituto? El otro día confiscó un poco de hierba, y decidimos probar.

—¿Y cómo fue?

—Bueno, nosotras vemos un culebrón, *Otro mundo*, pero ese día no podíamos reconocer a ninguno de los personajes aunque hemos estado siguiendo todos los capítulos de la serie. Quiero decir que seguían siendo Alice, Rachel y esa Ada de la que no me he fiado desde *En una isla tranquila del sur* (1959), y los demás, sus caras eran las mismas, pero las cosas de las que hablaban tenían un sentido diferente, y además veía algo extraño en el color del aparato, y luego Oriole

trajo unas galletitas crujientes de chocolate, empezamos a comer y no podíamos parar, y sin darnos cuenta, un concurso había sustituido a *Otro mundo* y entonces llegó tu padre.

—Esperaba que quedara algo de maría, pero esas dos se la habían fumado toda.

—Qué mal rollo —dijo Doc comprensivamente—. Parece como si fueras tú el que quiere pillar, papá.

—La verdad —dijo Leo—, los dos nos preguntábamos...

—Tu primo Scott vendrá por aquí el próximo fin de semana —dijo Elmína—. Si pudieras encontrarnos algo, a él le encantaría traérnoslo.

—Claro. Pero, hacedme un favor, ¿queréis?

Elmína estiró la mano a lo largo de kilómetros de línea telefónica para pellizcarlo la mejilla y tirarle de ella un par de veces.

—¡El mejor de todos! Lo que tú quieras, Larry.

—No la fuméis cuando estéis haciendo de canguro, ¿vale?

—Claro que no —gruñó Leo—, ni que fuéramos drogadictos.

A la mañana siguiente, la alarma de incendios se disparó: era Sauncho.

—Creí que te gustaría saber esto. Me ha llegado el chivatazo de que el *Colmillo Dorado* entró anoche en San Pedro y que ha habido actividad durante toda la noche, y esta vez parece que se trata de una carga y descarga rápidas. Se dice que '*los federales*' están al tanto y van a actuar. La lancha de mi bufete está en la Marina y, si conduces rápido, puedes llegar aquí a tiempo.

—¿A tiempo de impedir que hagas alguna idiotez?

—Oh, y a lo mejor preferirías ponerte unas Sperry Topsiders en lugar de ese solitario huarache.

El tráfico colaboró, y Doc encontró a Sauncho en la Linu's Tavern bebiéndose un Tequila Zombie, pero ni siquiera le había dado tiempo de pedirse uno para él cuando sonó el teléfono que había detrás de la barra.

—Para ti, cariño —dijo Mercy, la camarera, pasándole el teléfono a Sauncho, que asintió una vez, luego otra, y a continuación, moviéndose más rápido de lo que nunca le había visto hacer Doc, dejó un billete de veinte sobre la barra y salió corriendo por la puerta.

Cuando Doc lo alcanzó, Sauncho ya estaba en el muelle soltando las amarras de una pequeña lancha intra-fueraborda de fibra de vidrio propiedad de Hardy, Gridley and Chatfield. Sauncho ya había puesto en marcha el motor y se separaba del amarradero entre una bruma azul de gases del tubo de escape cuando Doc se las arregló para subirse tambaleándose a bordo.

—Repítame qué pinto yo en esta botella de Clorox.

—Vas a ser el segundo de a bordo.

—¿Cómo Gilligan? Eso te convierte... a ver, espera... ¿en el Capitán?

Pusieron rumbo al sur. Gordita Beach emergió entre la bruma, desmenuzándose suavemente en las brisas saladas; el pueblo destartado se desparramaba en colores desgastados por la intemperie, como trocitos de pintura descascarillada en una remota ferretería, y la ladera que ascendía hasta Dunecrest —que Doc siempre, sobre todo tras noches de excesos, había creído muy empinada, una cuesta en la que todo el mundo, tarde o temprano, hacía polvo el embrague al subirla para salir de la ciudad— parecía desde allí extrañamente plana, casi inexistente.

Las olas eran bastante buenas hoy en este tramo de la costa. Los vientos que soplaban desde la orilla se habían calmado lo bastante para que salieran algunos surfistas, que esperaban formando una cola, cabeceando sin parar, como una Isla de Pascua a la inversa, le había parecido siempre a Doc.

Con los viejos prismáticos de Sauncho, vio a un poli en una motocicleta de la patrulla de carreteras persiguiendo a un chico de pelo largo por toda la playa, serpenteando entre la gente que intentaba aprovechar algunos rayos de mediodía. El poli llevaba el atuendo completo de motorista —botas, casco, uniforme— y cargaba con un variado armamento; el chico iba descalzo y con ropa ligera, y se le veía en su elemento. Corría como una gacela, mientras el poli lo perseguía con torpeza, peleándose con la arena.

Doc tuvo una visión, como en una máquina del tiempo, y creyó ver a Bigfoot Bjornsen al principio de su carrera como joven policía en Gordita. Bigfoot siempre había odiado esto y no veía el momento de salir de ahí.

—Este sitio está maldito desde el principio —le decía a quien quisiera escucharle—. Los indios vivieron aquí hace mucho y ya tenían un culto con drogas, fumaban ‘*toloahe*’, que es lo que nosotros llamamos *jimsonweed*, les producía alucinaciones, se engañaban pensando que visitaban otras realidades..., bueno, a poco que se piense, tampoco se diferenciaban demasiado de los colgados hippies de hoy en día. Sus cementerios eran portales sagrados que daban acceso al mundo de los espíritus, y no podían abusar de ellos. Gordita Beach se ha erigido justo encima de uno.

Después de haber visto muchas películas de terror del sábado por la noche, Doc sabía ya que construir algo encima de un cementerio indio era el peor de los karmas posibles, aunque a los promotores inmobiliarios, que eran unos malvados por naturaleza, les daba igual dónde construir siempre que los solares estuvieran nivelados y fueran accesibles. A Doc no le hubiera sorprendido lo más mínimo descubrir que Mickey Wolfmann había cometido esa profanación más de una vez, atrayendo una maldición tras otra sobre su ya miserable alma.

Esos espíritus indios eran difíciles de ver y de controlar. Uno los seguía con pasos lentos, puede que sólo con intención de disculparse, y ellos volaban como el viento, y esperaban que llegara su hora...

—¿Qué estás mirando? —dijo Sauncho.

—Donde vivo.

Dieron la vuelta a Palos Verdes Point, y allá, a lo lejos, fuera de San Pedro y con todas las velas de estay y foques desplegados, floreciendo como una rosa cubista, zarpaba la goleta. La expresión en el rostro de Sauncho era de puro amor no correspondido.

Doc sólo había visto una vez a la *Preserved* a todo trapo, durante el viaje de ácido que le habían provocado Vehi y Sortilège. Ahora, más o menos sobrio, se fijó en que guardaba un notable parecido con la goleta de *El lobo de mar* (1941), a bordo de la cual John Garfield es atacado y derribado por Edward G. Robinson al grito de: « Sí, sí, soy el Lobo de Mar, ¿ves? Soy quien manda en este barco y lo que yo digo se hace, sí..., porque nadie juega con el Lobo de Mar, ves... ».

—¿Todo bien, Doc?

—Oh... Estaba... ¿estaba hablando en voz alta?

Viraron y siguieron adelante. Al poco aparecieron un par de manchas verdosas en el radar, acercándose a cada barrido, y Sauncho encendió la radio. Algunas de las transmisiones sonaban como un bar de Gordita Beach cualquier noche de entre semana.

—Tus colegas del Departamento de Justicia —supuso Doc.

—Y la Guardia Costera. —Sauncho contempló la goleta por los prismáticos durante un rato—. Ahora ya nos ha visto. Demasiado pronto... ¡eh! Algo de humo. Está cambiando a diésel. Bueno, eso nos deja fuera.

Pronto estaban mirando el culo o, como le gustaba llamarlo a Sauncho, el saliente de popa de un cúter de la Guardia Costera siguiendo al *Colmillo Dorado* a velocidad de emergencia, y al poco el barco del DJ también se había puesto a la altura del de Sauncho y Doc. Jóvenes fiscales con curiosos sombreros agitaban latas de cerveza y hacían comentarios a gritos. Doc vio al menos a media docena de monadas en bikini corriendo de proa a popa. Llevaban la KHJ a todo volumen, y sonaba el vigoroso himno revolucionario de Thunderclap Newman *Something in the Air*, que varios de los pasajeros del DJ y sus invitados coreaban a ritmo, con toda la pinta de hacerlo sinceramente, aunque Doc se preguntó cuántos de ellos habrían reconocido la revolución si se hubiera presentado y les hubiera saludado.

—¿Te molesta si me pongo aquí atrás? —dijo Doc—. Supongo que tu bufete de abogados no llevará equipo de pesca a bordo.

—Pues ahora que lo dices, si miras en ese armario... Hasta se han comprado una sonda para poder seguir los bancos de peces. —Sauncho encendió el aparato y empezó a mirar su pantalla. Al cabo de un rato murmuró algo y buscó cartas marinas—. Aquí hay algo raro, Doc... Según esto, mira..., aquí no puede decirse que haya fondo, sólo cientos de metros de profundidad. Pero esta sonda..., a no ser que tenga el sistema eléctrico jodido...

—Saunch, ¿no oyes nada?

Desde algún punto por delante de ellos les llegaba un murmullo rítmico que, de haber estado en tierra, podría haber sido tomado por oleaje. Pero tan mar adentro difícilmente podría serlo.

—Algo, sí.

—Bien.

El sonido se fue haciendo más fuerte y Doc empezó a cronometrar el intervalo mentalmente. A menos que estuviera nervioso y contara demasiado rápido, le pareció que rondaba los treinta segundos, lo que en circunstancias normales —que no era el caso— indicaba olas de más de diez metros de altura. En ese momento, la pequeña embarcación había empezado a cabecear en el oleaje, que se había vuelto, se diría, más pronunciado. También le estaba pasando algo a la luz, como si el aire se espesara delante de ellos a causa de un temporal imprevisto. Incluso con los prismáticos era difícil mantener la goleta a la vista.

—¿El barco de tus sueños quiere llevarnos a algún sitio? —gritó Doc, no del todo presa del pánico.

El oleaje —si es que era eso— se había convertido en un rugido ensordecedor que desgarraba el día. Una espuma cargada de sal cáustica los azotaba y se les metía en los ojos. Sauncho moderó la velocidad y gritó:

—¿Qué coño pasa?

Doc se dirigía hacia la popa para vomitar, pero optó por esperar. Sauncho señalaba algo desde la amura de babor con cierto nerviosismo. No había rocas a la vista, ni costa, sólo mar abierto a su alrededor, pero lo que contemplaban en ese instante hacía que la costa norte de Oahu en su momento más majestuoso pareciera Santa Mónica en agosto. Doc calculó que las series de olas que se deslizaban hacia ellos desde el noroeste medían diez o puede que hasta doce metros desde la cresta hasta el lecho, rizándose inmensamente, destellando al sol, rompiendo en una sucesión de explosiones.

—No puede ser el Banco de Cortés. —Sauncho miraba las cartas de navegación con los ojos entornados—. No hemos llegado tan lejos. Pero por aquí no hay nada más, así que, ¿qué coño es?

Ambos lo sabían. Se trataba de la mítica ola de San Flip de Lawndale, también conocida por los ancianos del lugar como el Umbral de la Muerte. Y la goleta se encaminaba directamente hacia él.

Sauncho había estado siguiendo su rumbo con un lápiz graso amarillo sobre la pantalla del radar.

—O se están suicidando o cometiendo baratería, difícil de saber, ¿por qué no vuelven?

—¿Dónde están ahora los federales?

—Los del Departamento de Justicia parece que han virado, pero los Guardacostas todavía intentan interceptarla.

—Hay que tener pelotas para eso.

—Es lo que te dicen cuando te apuntas: tienes que salir, pero no tienes por qué volver.

Estaban lo bastante cerca ahora para ver dos, pongamos que tres, estrechas formas oscuras separándose de la goleta, que parecieron quedar suspendidas durante un momento sobre la superficie y luego se alejaron levantando una estela de espuma, mientras el ruido de los motores ahogaba por un instante el del oleaje que rompía a su alrededor.

—Lanchas rápidas —gritó Sauncho—, quinientos caballos de potencia, puede que hasta mil, tanto da, nadie va a perseguirlas aquí.

Doc observó la goleta a través de la luz oceánica ensuciada. Se desvanecía y volvía a aparecer entre la espuma. Puede que fuera por la visibilidad, pero de repente pareció mucho más vieja, más desgastada por el mar, más semejante al barco que había visto en sueños la otra mañana. El sueño de la fuga de Coy con su familia hacia la seguridad. *Preserved*.

—La han abandonado —gritó Sauncho entre el estruendo y la tenue luz.

—Mierda, tío, lo siento mucho.

—No tienes por qué. Al menos han parado los motores. Sólo tenemos que suplicar que no encalle en lo que sea que haya ahí abajo. —En los momentos de calma entre las olas que rompían, explicó que si podía ser recuperada, quedaría bajo control judicial, y si los dueños no se presentaban a reclamarla en un año y un día, se consideraría oficialmente abandonada, y la propiedad pasaría entonces a alguien que determinaba una legislación marítima tan enrevesada que a Doc le costó seguir la explicación.

Mientras tanto, los guardacostas habían mandado un grupo de abordaje a la goleta, y ahora recogían velas, subían orinques y anclas de tormenta para mantener la proa al viento, preparaban los aparejos y las luces de remolque. Según lo que oían por la radio, un remolcador de alta mar estaba ya de camino.

—Hemos hecho bien en venir —dijo Sauncho.

—Si no hemos hecho nada.

—Ya, pero supón que no hubiéramos venido. Entonces sólo se contaría la versión del Gobierno, y podríamos despedirnos de esa vieja goleta besándole la popa.

En la base de los Guardacostas de Terminal Island, Sauncho tuvo que entrar en la oficina a rellenar papeleo y resolver el amarraje por una noche del intrafueraborda, luego Doc y él se subieron a un coche lleno de marineros de permiso que se dirigían a Hollywood, que les dejaron en la Marina. En la Linus's Tavern se encontraron con Mercy, que acababa de salir de trabajar.

—No llegué a acabar aquel Zombie —se dio cuenta Sauncho.

—Seguro que el cuerpo te pide celebrarlo —dijo Doc—, pero yo tengo que pasarme por la oficina, hace mucho que no voy.

—Lo sé..., tengo que tranquilizarme, no deberíamos llamar a la mala suerte, pueden pasar muchas cosas en un año y un día. Empieza a salir gente no se sabe de dónde, aseguradores múltiples, reclamaciones de particulares, ex esposas, quién sabe qué. Pero supongamos que hubiera una póliza marítima legal vigente, que permitiera que la propiedad volviera al que la suscribió...

Joooder, llámenlo Intuición de Fumeta.

—¿No será que has suscrito tú mismo una póliza, Saunch?

¿Era la luz del local? ¿Tenía que ir alguien corriendo a avisar al papa para informar de un caso milagroso de un abogado que se estaba sonrojando?

—Si la cosa acaba en litigio, yo estaré ahí —reconoció Sauncho—. Aunque es más probable que uno de tus amigos millonarios de los bajos fondos acabe robándola en una subasta.

Movido por un impulso sentimental, Doc hizo gesto de abrazarlo, y, para variar, Sauncho se encogió.

—Lo siento. Espero que salga bien, tío. Ese barco y tú estáis hechos el uno para el otro.

—Sí, como Shirley Temple y George Murphy. —Antes de que nadie pudiera impedirlo, Sauncho empezó a cantar *We Should Be Together*, de *Little Miss Broadway* (1938), consiguiendo de hecho una imitación vocal bastante buena de la chiquilla de cabecita rizada. Se puso de pie, como si fuera a empezar un zapateado, pero a esas alturas Doc le estiraba nervioso de la manga.

—¿No es tu jefe ese que está allí?

Ciertamente era el intimidante C.C. Chatfield *in propria persona*. Además, estaba lanzando miradas intencionadas hacia Sauncho. Éste dejó de cantar y saludó con la mano.

—No sabía que también fueras un admirador de Shirley Temple, Smilax —atronó C.C. en medio de lo que, afortunadamente, no era la multitud de clientes que se presentaban a la hora de salida del trabajo—. Cuando hayas acabado con tu cliente, acércate. Tengo que hablar contigo de esa idea de la MGM.

—No habrás sido capaz —dijo Doc.

—Había una demanda colectiva esperando que alguien la presentara —se quejó Sauncho—, si no somos nosotros, será otro. Y piensa en el potencial. Todos los estudios de la ciudad son vulnerables. ¡Warners! ¿Y si encuentras suficientes espectadores cabreados que no quieren que Laszlo e Ilsa se suban juntos al avión? ¿Y si quieren que Mildred estrangule a Veda al final, como pasa en el libro? Y, y...

—Te llamo pronto. —Doc palmeó todo lo cuidadosamente que le fue posible el hombro de Sauncho y salió del Linus's.

El trabajo estaba llegando a su fin ese día en la consulta de energía del doctor Tubeside. Petunia, muy atractiva hoy de fucsia claro, murmuraba íntimamente con un caballero mayor de pelo largo y con unas gafas de sol envolventes muy oscuras.

—Oh, Doc, me parece que no conoces a mi marido. Te presento a Dizzy. Cariño, éste es Doc, del que tanto te he hablado.

—Hermano —saludó Dizzy, tendiendo lentamente una mano con callos de músico, de bajo para ser exactos, en los dedos, y sin darse cuenta, Doc se vio enzarzado en un complejo apretón de manos, incluyendo gestos típicos de Vietnam, de varias prisiones del estado y de organizaciones fraternales que celebran sus reuniones semanales en las afueras del perímetro urbano.

El doctor Tubeside salió de la oficina del fondo y le dio a Petunia un frasco grande con un preparado.

—Si de verdad vas a seguir adelante con esa historia de la dieta vegetariana —dijo agitando las píldoras que había en el frasco para puntuar sus palabras—, necesitarás un suplemento, *Petun-ya*.

—Tenemos noticias, Doc —dijo Petunia.

—Bombo —dijo Dizzy.

Doc realizó una rápida comprobación de lo radiante que estaba ella y sintió que una sonrisa estúpida se adueñaba de su cara.

—Vaya, quién lo iba a decir. Creía que el resplandor de la habitación se debía a que tenía una especie de *flashback*. Felicidades, chicos, es maravilloso.

—Lo sería si no fuera por este pirado —dijo Petunia—, que se cree que ahora tiene que traerme a la oficina y venir a recogerme. Justo lo que necesito, un chófer flipado. Quitate las gafas, cariño, deja que todos vean el torbellino de esos preciosos ojos.

Doc subió al piso de arriba.

—¡Y apaga las luces y cierra con llave! —aulló el doctor Tubeside.

—Nunca me olvido —respondió Doc. Lo de siempre.

Había un montón de correo esparcido al otro lado del umbral, la mayor parte menús de pizzas repartidas a domicilio, pero también un lujoso sobre con membretes dorados que llamó la atención de Doc. Reconoció la tipografía de imitación árabe del Kismet Casino and Lounge, North Las Vegas.

Lo primero que vio dentro del sobre fue un cheque por diez mil dólares. Parecía bastante auténtico. «Tras una exhaustiva comprobación», decía la carta que lo acompañaba, «durante la cual se ha consultado a los mejores —y, por cierto, los más caros— expertos jurídicos, psicológicos y religiosos, se ha determinado que Michael Zachary Wolfmann fue de hecho secuestrado contra su voluntad y, como los alienígenas del espacio de la cercana Área 51, sus secuestradores siguen inaccesibles a los recursos legales ordinarios. La suma

adjunta corresponde a nuestra apuesta de 100 a 1, aunque las apuestas en ciertos casinos al sur de aquí habrían proporcionado un premio mucho más lucrativo. “¡La mala suerte del jugador empedernido!”.

» Espere más correo de nuestro local, incluida su invitación exclusiva a la Gran Inauguración del nuevo y totalmente reconceptualizado Kismet Casino and Lounge, que se celebrará en algún momento por concretar de la primavera de 1972. Esperamos verle de nuevo. Gracias por su continuado interés en el Kismet.

» Cordialmente, Fabian P. Fazzo, Jefe Ejecutivo de Explotación, Kiscorp» .

El teléfono Princess sonó, y era Hope Harlingen.

—Jesús, Doc, Jesús. Dios te bendiga.

—¿He estornudado o algo así?

—Lo digo en serio.

—De verdad. A veces se me olvida si he estornudado o no, y tengo que preguntarlo. Me da vergüenza y todo.

Siguió un breve silencio.

—Rebobinemos —dijo ella—, ¿fuiste tú el que deslizó esos pases por debajo de la puerta de mi patio?

—No. ¿Qué pases?

Al parecer, alguien le había dado a ella y a Amethyst pases para el backstage del masivo Surfadelic Freak-In que se había celebrado la noche anterior en el Will Rogers Park.

—Oh, guau, ¿me lo perdí? La banda de mi primo, Beer, iba a hacer de telonera de los Boards.

—¿Beer?, ¿de verdad? Doc, fueron una pasada, como si viéramos a los próximos Boards.

—A Scott le encantará escucharlo, a mí no sé si tanto. ¿Tocó Coy?

—Ha vuelto, Doc, está vivo y de vuelta y llevo veinticuatro horas viajando por las nubes, y ya no sé qué creer.

—¿Y cómo está la pequeña como se llame?

—Todavía duerme. Diría que todavía está un poco perdida. No creo que se haya hecho aún una idea clara sobre Coy. Pero lo único que repite del concierto es el momento en que Coy cogió un saxo barítono, sacó el micro del pie, lo metió en el pabellón del saxo y empezó a tocar con todas sus fuerzas. Le encantó. Él ha ganado muchos puntos con eso.

—Así que... vosotros estáis...

—Oh, y a veremos.

—Chachi.

—Nos vamos a Hawai el fin de semana que viene.

Doc recordó su sueño.

—¿Vais en barco?

—Volamos con Kahuna Airlines. Coy consiguió los billetes en algún sitio.

—Procura no facturar muchas maletas.

—Acaba de llegar. Toma, habla con él. Te queremos.

Hubo sonidos, que le irritaron por un momento, de besos prolongados, y Coy dijo por fin:

—Estoy oficialmente fuera de la nómina de todos, tío. Burke Stodger me llamó en persona para decírmelo. ¿Fuiste anoche al concierto?

—No, y mi primo Scott se me va a cabrear de verdad. Se me olvidó. Me han dicho que te saliste.

—Toqué algunos solos largos en *Steamer Lane* y *Hair Ball* y el homenaje de Dick Dale.

—Y supongo que tu hija se lo pasó en grande.

—Tío, ella es... —y se quedó en silencio. Doc escuchó su respiración durante un rato—. Ya sabes lo que dicen los indios: me has salvado la vida, ahora tienes que...

—Ya, sí, eso se lo inventó algún hippy. —Menuda gente, tío. No tienen ni idea de nada—. Tú salvaste tu vida, Coy. Ahora tienes que vivirla —y colgó.

Cuando, avanzado ya el último cuarto, quedó trágicamente claro que los Lakers perderían el séptimo partido de la final con los Knicks, Doc empezó a pensar con quién había apostado, y cuánto, y luego en los diez mil dólares, y en todos los demás a los que debía dinero, entre los que, ahora lo recordaba, se contaba Fritz, así que apagó la tele y, decidido a ir a pasear su desconsuelo, se subió al Dart y se encaminó a Santa Mónica. Cuando llegó al Gotcha! había todavía un par de luces encendidas dentro. Se dirigió a la parte de atrás y llamó a la puerta. Al cabo de un rato se abrió unos centímetros y se asomó un chaval con el pelo muy corto. Tenía que ser Sparky.

Lo era.

—Fritz dijo que te pasarías por aquí algún día. Entra.

La sala de ordenadores bullía. Todas las bobinas de cintas giraban adelante y atrás, y ahora había el doble de pantallas de ordenador de lo que Doc recordaba, todas encendidas, además de al menos una docena de televisores también encendidos, cada uno sintonizado en un canal distinto. En un equipo de sonido que debía de haber sido saqueado de un cine sonaba *Help Me, Rhonda*, y la vieja y deteriorada cafetera de filtro del rincón había sido sustituida por una gigantesca máquina de café italiana recubierta de tuberías, palancas de válvulas e indicadores, y tantos cromados que podías conducirla despacio por cualquier bulevar de East L.A. y pasar inadvertido. Sparky se acercó a un teclado y pulsó una serie de órdenes en un código peculiar que Doc intentó entender pero no supo, y entonces la máquina de café empezó a..., bueno, no exactamente a respirar, sino a soltar vapor y agua caliente se diría que con determinación.

—¿Adónde ha ido Fritz?

—Anda por el desierto, no sé dónde, persiguiendo morosos. Como siempre.

Doc se sacó un canuto del bolsillo de la camisa.

—¿Te importa si...?

—No, nada. —Lo dijo con la amabilidad justa, no más.

—¿Tú no fumas?

Sparky se encogió de hombros.

—Si fumo me cuesta más trabajar. O a lo mejor soy una de esas personas a las que no le van las drogas.

—Fritz dijo que después de pasar un rato en la red era como si hubiera estado

en un viaje psicodélico.

—También dice que el ARPAnet se ha adueñado de su alma.

Doc lo pensó un momento.

—¿Y es verdad?

Sparky frunció el ceño y su mirada se perdió a lo lejos.

—Al sistema no le sirven para nada las almas. No es así como trabaja. Ni siquiera esta historia de meterse en las vidas de otros tiene nada que ver con el viaje a Oriente para diluirse en una conciencia colectiva. Se trata sólo de encontrar cosas que otro no creía que fueras a encontrar. Y avanza muy rápido, como si cuanto más supiéramos, más pudiéramos saber, casi ves cómo cambia de un día para otro. Por eso trabajo a última hora. Así el susto que me llevo al día siguiente no es tan grande.

—Guau. Si no aprendo algo sobre esto me quedará obsoleto.

—Todo es muy chapucero. —Hizo un gesto que abarcó la sala—. Aquí, en la vida real, en comparación con lo que se ve en las pelis de espías y en la televisión, estamos todavía muy lejos de esa velocidad o capacidad; incluso a los aparatos de visión nocturna e infrarrojos que han estado usando en Vietnam todavía les falta mucho para parecerse a las gafas de rayos X, pero todo avanza exponencialmente, y un día de estos todo el mundo se despertará y descubrirá que ha estado sometido a una vigilancia de la que no puede escapar. Los que se escaquean ya no podrán, tal vez ya ni siquiera haya un sitio al que escaquearse.

La máquina de café interpretó una ruidosa versión vocal sintetizada de *Volare*.

—La programó Fritz. Yo habría preferido *Java Jive*.

—Un poco anterior a tu época.

—Todos son datos. Unos y ceros. Todo recuperable. Eternamente presente.

—Chachi.

Teniendo en cuenta sus orígenes robóticos, el café no estaba mal. Sparky intentó enseñar a Doc un pequeño código.

—Oh, oye —recordó entonces Doc—, esta red vuestra ¿incluye también hospitales? Si alguien entra en urgencias, ¿podrías averiguar cómo está?

—Depende de la zona.

—¿Vegas?

—Tal vez pueda sacar algo a través de la Universidad de Utah, déjame mirar. —Hubo una ráfaga de percusión plástica y glifos verdes alienígenas en la pantalla, y al cabo de un rato Sparky dijo—: Aquí tengo el Sunrise, y el Desert Springs.

—Constará con el nombre de Beaverton o de Fortnight. Bastante reciente, creo.

Sparky tecleó algo más y asintió.

—Muy bien. En el Sunrise Hospital aparece una Trillium Fortnight, domicilio en L.A., ingresada con conmoción cerebral, cortes y moratones... Estuvo

ingresada para observación y tratamiento dos..., tres noches, se le dio el alta quedando al cuidado de sus padres..., parece que el martes pasado.

—Es ella. —Miró la pantalla por encima del hombro de Sparky—. Quién lo iba a decir, es ella. Bueno, gracias, tío.

—¿Estás bien? —Ahora parecía impaciente por volver a su trabajo.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No sé. Me has parecido un poco raro, y casi todos los de tu edad me llaman «chaval».

—Voy a ir a Zucky ¿, ¿quieres que te traiga algo?

—Hasta medianoche no me entra el hambre, y entonces suelo llamar a Pizza Man.

—Vale. Dile a Fritz que le debo dinero. ¿Y te importaría que me pasara por aquí de vez en cuando, siempre que procure no darte el coñazo?

—Claro. Si quieres puedo ayudarte a montar tu propio sistema. Es la ola del futuro, ¿no?

—Chachi, tío.

En Zucky ¿, Doc se sentó a la barra y pidió un café y un pastel de crema de chocolate grande, y durante un rato se dedicó al ejercicio de cortar porciones de cuarenta y cinco grados, ponerlas en un plato y comérselas una por una con un tenedor, aunque al final cogió lo que quedaba con las manos y se la acabó entera.

Magda se acercó a echar un vistazo.

—¿Te gusta el pastel con eso?

—Ahora trabajas por las noches —comentó Doc.

—Siempre he sido ave nocturna. ¿Por dónde anda Fritz? Hace tiempo que no lo veo.

—Por el desierto, según me han dicho.

—Pues tú tienes pinta de que también te ha dado el sol.

—Conozco a un tipo que tiene un barco, el otro día fuimos a dar una vuelta.

—¿Pescasteis algo?

—Básicamente nos dedicamos a beber cerveza.

—Pareces mi marido. Una vez planearon ir a Tahití y acabaron en Terminal Island.

Doc se encendió un pitillo después de cenar.

—Mientras volvieran sanos y salvos.

—No me acuerdo. Tienes un poco de nata montada en la oreja.

Doc entró en la Santa Mónica Freeway y cuando estaba haciendo la transición a la circunvalación sur de San Diego, la niebla empezó su desplazamiento nocturno tierra adentro. Se apartó el pelo de la cara, subió el volumen de la radio, se encendió un Kool, se repantigó cómodamente para

conducir y contempló cómo todo iba desapareciendo poco a poco, los árboles y arbustos a lo largo de la mediana, el depósito de autobuses escolares amarillos en Palms, las luces en las colinas, los rótulos de encima de la autopista que te decían dónde te encontrabas, los aviones que descendían hacia el aeropuerto. La tercera dimensión se tornaba menos fiable por momentos, una hilera de cuatro intermitentes delante de él podía pertenecer tanto a dos coches distintos en carriles contiguos a una distancia prudencial como ser un par de faros dobles del mismo vehículo, delante de sus narices..., no había modo de saberlo. Al principio, la niebla llegaba en capas separadas, pero al poco todo se volvió espesa y uniforme, hasta que lo único que pudo distinguir Doc eran los haces de luz de sus propios faros, como los pedúnculos de un extraterrestre, apuntando a la blanca silenciosa de delante, y las luces de su salpicadero, donde el velocímetro era la única forma de saber lo rápido que iba.

Fue avanzando hasta que finalmente encontró otro coche detrás del que circular. Al cabo de un rato vio en el retrovisor que otro vehículo se había situado a su vez detrás de él. Iba en un convoy de tamaño desconocido, en el que cada coche mantenía al que llevaba delante a la distancia suficiente para ver sus luces traseras, como una caravana en un desierto de la percepción, reunida por un tiempo para buscar seguridad al atravesar un trecho de ceguera. Era una de las pocas cosas que había visto hacer gratis a los habitantes de esta ciudad, exceptuando a los hippies.

Doc se preguntó cuántos de sus conocidos habrían quedado atrapados por la calle esa misma noche en la niebla y cuántos otros estarían en sus casas condenados a la niebla de la tele o en la cama, durmiéndose. Algún día —supuso que Sparky lo confirmaría— habría teléfonos como equipamiento estándar en todos los coches, puede que hasta ordenadores en el salpicadero. La gente se intercambiaría nombres, direcciones y las historias de su vida y formaría asociaciones de ex alumnos que se reunirían una vez al año en algún bar cerca de una salida de autopista, distinta cada año, para recordar la noche en que crearon una comuna temporal para ayudarse mutuamente a llegar a casa a través de la niebla.

Encendió el Vibrasonic. En la KQAS sonaba el clásico de autopista de Fapardokly *Super Market*, con su triple picado, que en circunstancias normales era ideal para conducir por L.A. —aunque, dadas las condiciones del tráfico esa noche, Doc habría preferido otro *beat*—, luego siguieron algunas grabaciones piratas de Elephant's Memory, y la versión de los Spaniels de *Stranger in Love*, y *God Only Knows* de los Beach Boys, que, sólo al cabo de un rato, Doc se dio cuenta de que había estado cantando. Miró el indicador del nivel de gasolina y vio que le quedaba todavía más de medio depósito, y lo que diera de sí. Tenía un vaso grande de café de Zucky's y una cajetilla de cigarrillos casi entera.

De vez en cuando alguien señalaba un giro a la derecha y dejaba

cuidadosamente la fila para ir tanteando su camino hacia una vía de salida. Los rótulos de salida más grandes, los suspendidos sobre el asfalto, eran completamente invisibles, pero a veces era posible entrever alguno de los más pequeños al nivel de la carretera, justo donde empezaba a separarse el carril de salida. Así que siempre se trataba de una de esas decisiones irreversibles de último momento.

Doc pensó que si se le pasaba la salida de Gordita Beach, tomaría la primera cuyo rótulo pudiera ver y volvería atrás por las calles. Sabía que en Rosencrans la autopista empezaba a desviarse en un ángulo abrupto hacia el este, y en algún momento, en Hawthorne Boulevard o en Artesia, dejaría la niebla atrás, a no ser que esa noche se esparciera y ocupara toda la región. Puede que en ese caso se prolongara durante días, puede que entonces tuviera que seguir conduciendo, más allá de Long Beach, a través de Orange County y San Diego, y cruzar una frontera donde, en la niebla, y a nadie sabría quién era mexicano, quién anglo, ni quién era nadie. Pero, bien pensado, se quedaría sin gasolina antes de que eso llegara a suceder, tendría que abandonar la caravana y parar en el arcén, y esperar. Esperar que pasara alguna cosa, lo que fuera. Como que un canuto olvidado se materializase en su bolsillo. Como que los de la patrulla de carreteras se acercasen pero prefiriesen no incordiarle. Como que una rubia inquieta en un Stingray parase y se ofreciese a llevarle. Como que la niebla se dispase, y que, por esta vez, sin saber cómo, hubiera allí otra cosa.

Nota

[1] En español en el original. Se han marcado siempre entre comillas simples " las palabras y expresiones que aparecen en español y cursiva en el original. (*N. del E.*) <<